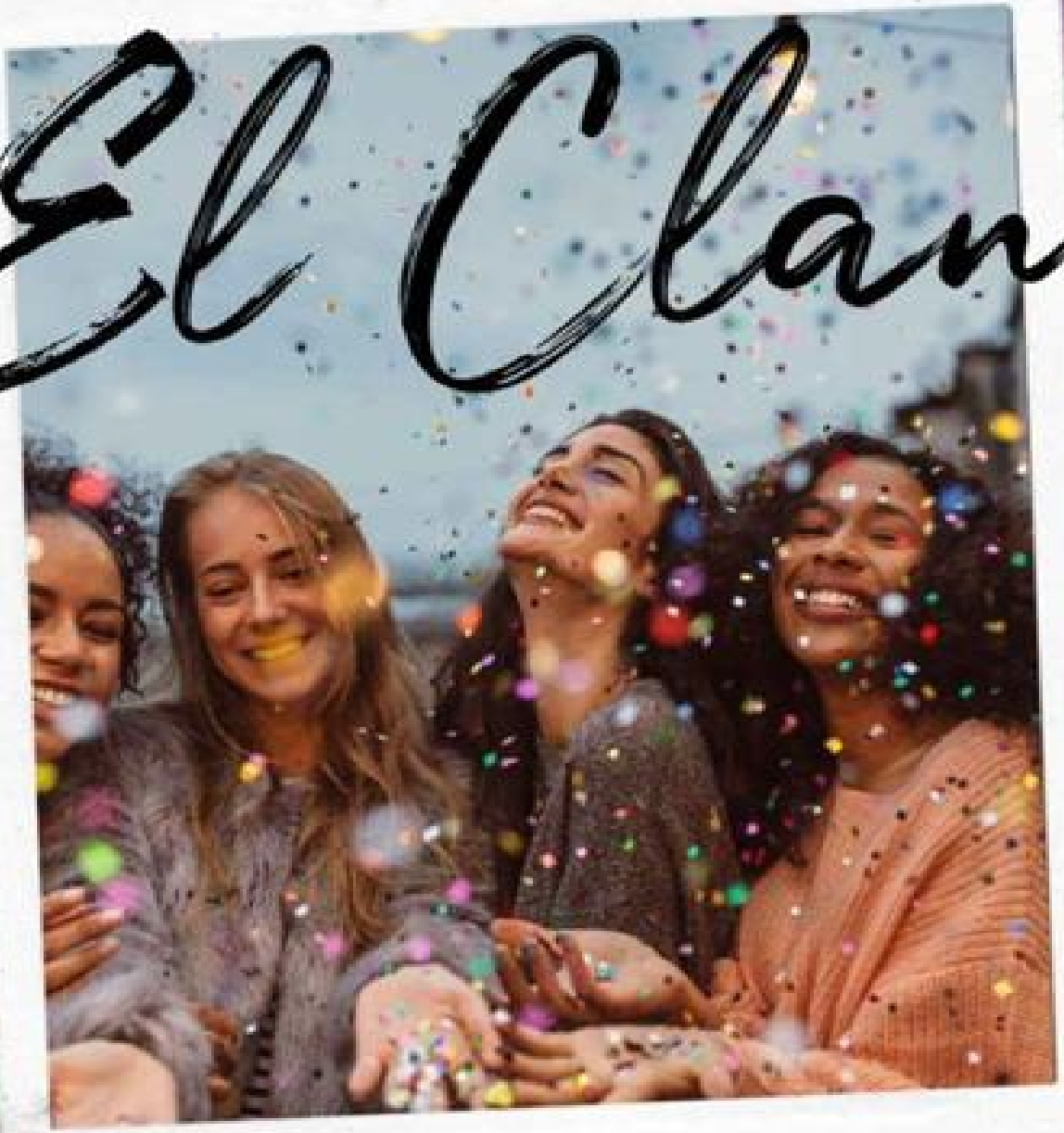
El Clan



Betty Carrillo Z.

El Clan

Betty Carrillo Z.

Foto de portada: Daniellis R./ L. Farinelli
Edición: Betty Carrillo Z. / A. Lebrón / San Mar Valerio / L. Farinelli
© Betty Carrillo Z., 2025
San Juan, Puerto Rico
E-mail: bcarrilloz@outlook.com
Facebook: https://www.facebook.com/bettycarrilloz.novelas
Twitter: @BettyCarrilloZ
Instagram: @bettycarrilloz
Página de autor Amazon: amazon.com/author/bettycarrilloz

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito del titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Índice

Argumento
Dedicatoria
Nota de Autora
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40

Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Epílogo
LIBROS PUBLICADOS

Argumento

Ximena, Karen, Estefanía y Mayha son amigas desde hace quince años; una clase de tenis las unió, a pesar de ser tan diferentes entre ellas. El Clan, se hacen llamar porque son inseparables.

Ellas comparten todo, menos el secreto de Ximena. La cardióloga del grupo se enamoró perdidamente de una de ellas, pero lo que siente es tan inmenso, que oculta sus sentimientos por temor a perder a su amiga y amor secreto.

Tras su confesión, la dueña de su amor se sentirá contrariada sin saber qué camino tomar. Sus sentimientos quieren ir en un rumbo, pero su raciocinio le mostrará otra vía de escape.

Su lucha interna entre el corazón y la razón se enfrentarán para que, de ningún modo, El Clan se desvanezca.

Dedicatoria

Siempre me ha gustado leer cualquier cosa que se me ponga por delante. Hace años, cuando era una adolescente (bueno, ni tanto), mi hobby era leer revistas del corazón; de esas rosadas que encontraba en los estantes de los supermercados. Un día, en una de esas revistas, me encontré una carta de una chica más joven que yo, que vivía en Japón. Ella se sentía sola en un país que no conocía del todo, aunque era hija de un japonés: por eso solicitaba amistades que hablaran español. Ese mismo día le escribí y desde ahí, nació la amistad más duradera que tengo.

Hoy es mi mejor amiga y este libro se lo dedico.

Nuestra relación es hermosa, pero no es perfecta. Vivimos a miles de kilómetros de distancia, nos aconsejamos algo y hacemos lo contrario. Odio cuando sufre; odio cuando se enferma y no poder hacer nada porque no es tan sencillo como ir a su encuentro en un auto. Cuando nos necesitamos, nos extrañamos o simplemente queremos vernos, tenemos que recurrir a las aplicaciones de los celulares. Imagina cada vez que quieres contarle algo a tu bestie y que sea tan difícil por la distancia. Pero no siempre fue así; antes era peor. Debíamos esperar a que las cartas que nos enviábamos por correo llegaran y, por lo general, se tomaba unas tres semanas. Así de grande es la distancia que nos separa.

Nos conocimos en persona veinte años después, cuando ya ella tenía hijos y yo, madurez para agarrar un avión sola para ir a conocerla. No sé por qué, pero no estaba ansiosa ni nerviosa. Iba a conocer a mi amiga de juventud, se suponía que tuviera al menos un poco de ansiedad, pero juro que nada sentía, solo ilusión. Cuando nos vimos fue como si esa persona de ojos rasgados y yo, hubiésemos ido a cenar la noche anterior. No hubo un antes ni un después, simplemente nuestro cariño fue real desde aquella primera carta. Todos los procesos de adolescencia y juventud, los pasamos juntas sin vernos; y todos los procesos de adultez también. Los amores, desamores, enfermedades, las alegrías, han sido compartidas por las dos.

Antes, creía que debía solicitar un espacio en el Show de Cristina Saralegui para que nos ayudara a reunirnos porque éramos unas crías y, obviamente, era complicado. Hoy, muchos años después, mi amiga visita mi país con mucha frecuencia (no por mí, es que tiene un novio puertorriqueño. Shhh…) O yo, voy al suyo.

Sus hijos son mis sobrinos y sus ex amores son mis enemigos. Mi familia es la suya y mi ex, es su adoración. Es celosa en extremo; verifica el perfil de cualquier persona que salga en una foto a mi lado y que ella no conozca. Ella es introvertida y tímida; yo, una extrovertida que habla hasta con las rocas. Pero somos el dúo perfecto. “El dúo de temer”, dice precisamente mi ex.

La mayor prueba para nuestra relación fue cuando me enamoré profundamente. Se lo oculté por muchos años. Después de tantas relaciones amorosas con hombres, no sabía cómo explicarle lo que me estaba pasando. Y no porque no le tuviera confianza, sino por el temor a que creyera que podía verla de otra manera. Ese temor lo tenemos todas, así que creo me pueden entender.

¿Se enojó? ¡Claro! Pero no por la noticia, sino por no haberle dicho algo que ella ya sospechaba. “Hace tiempo no me hablas de alguien y siempre sales en las fotos con la misma persona”, me dijo. Esa fue su sospecha.

Este libro trata sobre una linda relación de amor que nació de la más sincera amistad, pero el mensaje que quiero llevar es que los amigos son el bálsamo para nuestras vidas. Una verdadera amistad no es perfecta. Las protagonistas de esta historia, Ximena, Karen, Mayha y Estefanía, son el vivo ejemplo de ello. Dentro de “El Clan” hubo un amor que se transformó en pasión;

hubo desacuerdos y alegrías. También apoyo, espacio y dolor.

De igual forma, mientras escribo estas líneas, comparo la amistad con las relaciones románticas a larga distancia. Siempre que haya todo lo anterior, es posible. No es fácil ni mantener un amor y tampoco una amistad a miles de kilómetros, pero nunca se ha escrito que es imposible.

Doy gracias a Dios por haberte puesto en mi camino, por tantos años compartidos y por tantas risas. También hemos pasado por muchas cosas tristes, pero al igual que El Clan, NOS TENEMOS.

Este libro es para ti, K.

Nota de Autora
IMPORTANTE

Esta nota es más un tutorial que otra cosa…

El Clan es la historia sobre un amor secreto. Ximena se enamora de alguien que, hasta mitad del libro, no sabemos quién es. No es que quisiera confundir a mis lectores ni hacerlos bolas; es que la historia nació en mi cabeza de ese modo y así la plasmé. Te pido que trates de no ser curios@ y saltarte capítulos hasta encontrar a la mujer que le quita el sueño a la cardióloga. Lee capítulo a capítulo, por favor; haz tus investigaciones y disfruta la historia.

Eso sí, tienes la encomienda de ir adivinando y luego saber que tan buena investigadora resultas. Traté de crear una incertidumbre sin confundir a quien lee. A veces creo que lo logré, otras, hasta yo me confundí.

Ahora, paso a los agradecimientos.

Agradezco inmensamente a mis editoras: A. Lebrón, San Mar y, por supuesto, a L. Farinelli. Además de editar, me ayuda en todo el proceso.

Gracias a mis chicas de la ONLU por siempre estar: Nancy, hermosa Dani, Bely, Carol, San Mar, Far. Cada día me hacen sonreír, en medio de la tristeza o un mal día. Las adoro.

¡Gracias a mis fieles lectoras por estar al pendiente de mis historias y respirarme en la nuca si me tardo mucho!

Y un agradecimiento especial a Kika por todo el trabajo y el apoyo que nos ofrece a cada una de las escritoras autopublicadas. Tu trabajo es encomiable, pero tu cariño y entrega, es de otro planeta.

A ti, que tienes esta historia en tus manos, gracias. No te olvides de reseñar y puntuar, es de gran ayuda para todos.

Los quiero tanto.

Betty

Capítulo 1

—Vine en cuanto pude —anunció la recién llegada dejando su bolso sobre la silla, antes de acercarse a Ximena y saludarla con un beso en la mejilla.

—Hola. Gracias por venir —le agradeció Ximena sonriéndole. Se quedó observándola mientras se quitaba la chaqueta y la colocaba en el respaldo de la silla.

—Me tienes en ascuas —le confesó su amiga—. ¿Ya ordenaste? —preguntó, sentándose a la vez que agarraba el menú que había sobre la mesa.

Ximena le sonrió con cierta timidez. Si su amiga hubiese prestado más atención, habría percibido la tensión que la invadía. Pero ella estaba lejos de imaginarse lo transcendental que sería esa conversación.

—No… no he ordenado, te esperaba —respondió con un leve temblor en la voz.

Fue ese ligero temblor lo que hizo que la recién llegada la mirara y frunciera el ceño extrañada por el inusitado nerviosismo de la más segura de sus amigas, y por las prisas con que la requirió.

—¿Sucede algo? ¿Las chicas están bien? —cuestionó ahora ella, un tanto nerviosa.

Ximena negó con la cabeza.

—No… no —repitió cubriéndose la boca con las manos. Levantó la mirada hasta encontrarse con sus ojos.

La mujer dejó el menú sobre el tope y le prestó toda su atención a Ximena. Una hora antes, cuando estaba en su oficina, ella recibió la llamada en la que le solicitó que se reunieran; no le pareció extraño, pues, solían almorzar juntas. Ellas y otras dos amigas. Lo que sí le inquietó fue que le pidió total hermetismo con relación a las otras dos miembros del Clan. No siempre lograban coincidir sus horarios, pero al menos una vez a la semana se veían para beber una copa o chismear.

Era un rito de las cuatro amigas; reunirse. Cada una sacaba el tiempo, independientemente de lo cargado de sus agendas. Eran doctoras, abogada y periodista; su amistad databa de sus años de universidad cuando cada una coincidió en elegir, entre su currículo universitario, una clase electiva de tenis.

Su amistad se cultivó en poco tiempo. Ximena, la más atlética de las tres, era doctora. Parecía, ante los ojos de quien no la conociera, una mujer desaliñada; la mayoría de las veces iba con el cabello suelto, su mirada era penetrante. Era alta y delgada, pero de contextura firme. Ximena maquillaba sus ojos con delineador negro; un poco de labial siempre complementaba el brillo de su rostro. Se destacaba entre las tres, sin ser la más bella; su atractivo y magnetismo lograban que algunos voltearan a verla.

Su primer contacto, con el que hoy en día Ximena denominaba su Clan, hacía ya más de quince años, fue con Estefanía, quien era la mayor de las cuatro, y que nunca dio pie con bola en la clase de tenis. En un principio, ella sonreía desde las gradas cuando veía a Estefanía intentar un saque poderoso y la pelota se quedaba a media cancha. Viéndola abrumada al terminar una de las clases, ella se acercó y le ofreció ayuda. En un primer momento, Estefanía dudó en recibirla, pues Ximena parecía un rock star en lugar de una tenista, pero luego, al verla jugar con Karen, otra de las compañeras y ahora miembro del Clan, se maravilló. Aceptar su ayuda fue la salvación de su curso. Su salvación y la de sus amigas.

Las cuatro conectaron de inmediato. De una conversación en las gradas pasaron a quedar

para practicar. Mayha, una morena impresionante, también se les unió. Desde el primer semestre de aquella clase electiva se hicieron inseparables. Y era extraño; extraño e interesante. Solo dos de ellas compartían profesión; Ximena y Karen, la menor del grupo.

Estefanía era una periodista muy prestigiosa; de cabellos castaños y con unos impresionantes ojos verdes, se destacaba por su seriedad. Era comedida y serena en la mayor parte de las ocasiones. Era la guía emocional de las otras tres.

Karen, era pediatra, bisexual, pícara y enamoradiza. De cabellos lacios, claros y brillosos como la seda, era, en cambio, el dolor de cabeza de las amigas que temían que, si volvía a enamorarse de verdad, fuera a salir lastimada de nuevo.

Y, por último, Mayha. Era abogada, de las pocas que, una vez que salía de la oficina, dejaba sus casos allí, sin interés de que su trabajo interfiriera con su perfecta vida. Mayha se parecía a Beyoncé, lo sabía y sacaba partido de ello.

Pero esta tarde, solo dos de las cuatro se encontraban en aquel café al aire libre. En pleno centro de San Juan, con la brisa del mar Atlántico, acariciando con suavidad sus cabellos.

—Disculpa la prisa, sé que estás ocupada, pero… necesitaba hablarte —confesó Ximena, tras recostarse del respaldo y ladear la cabeza, desviando la mirada.

Su amiga la miró con evidente preocupación.

—Estás muy seria, Xime. ¿Qué ocurre?

—Esperemos al barman —pidió—. Una vez que comience a hablar, necesito cero interrupciones.

—Lo esperaremos, pero al menos dime que no es nada grave. Dime que estás enamorada, embarazada…

Ximena bufó.

—A menos que sea del Espíritu Santo —dijo sin intención de que fuera gracioso.

—No importa. De quién quieras, pero… dime que no estás enferma —le pidió con el alma en un hilo.

Ximena sonrió. Esa era una de las cosas que amaba de su amiga; su preocupación por el bienestar de todas. La manera como siempre la cuidaba; una forma que entendía era especial y única entre las cuatro. Ella extendió una mano hasta cubrir la de suya.

—No, tranquila, no es eso… Al menos no estoy enferma… físicamente —aclaró al final.

El barman al fin se acercó, fueron solo unos instantes de tregua. Unos segundos para que Ximena tratara de calmar el latir de su pecho y para que su amiga apaciguara su ansiedad. La pelinegra nunca fue una persona de andarse por las ramas. Era directa, sincera, así que el misterio que surgió desde la llamada colocó a la otra en el tope de su nivel de curiosidad y preocupación.

Pidieron vino, una copa de Cabernet para cada una. Muy frío. La calidez de la media tarde lo requería.

—Lo que te confesaré —disparó Ximena en cuanto el hombre dio la espalda—, lo hago con el solo propósito de quitarme un peso de encima.

—Xime, ¡por Dios! Dime qué pasa —le pidió su amiga, ya al borde de la ansiedad.

—Tranquila, te lo diré, pero déjame hablar sin interrumpir.

—Como si pudieras pedirme algo así —se quejó.

—Ahora eres mi amiga, necesito que no me interrumpas… —tomó su mano—. ¡Por favor! —al notar la seriedad de su petición, la mujer asintió con solemnidad. Ximena respiró aliviada —. Bien, esto no puede salir de aquí —advirtió—. Las chicas jamás deben enterarse de lo que te diré —de nuevo su amiga asintió. Entonces ella aspiró profundo, llenándose de fuerza para

continuar—. Hace unos cinco años… —carraspeó y se frotó las manos—. Emmm… comencé a sentirme atraída por alguien —confesó.

Su amiga bufó.

—Siempre te atrae alguien, amiga —bromeó.

Ximena sonrió.

—No vas a quedarte callada, ¿verdad? —la otra mujer sonrió, luego hizo un gesto con los dedos de que sellaba sus labios—. ¿Cuántas relaciones me has contado en esos años? ¿Cinco, seis? —su amiga negó, viendo como su rostro, con cada palabra, se tornaba más serio. Ximena se arremangó la chaqueta hasta los codos y cruzó las manos frente a su rostro en el instante cuando el mesero llegó con las copas a la mesa—. Han sido muchas porque he intentado de todas las maneras posibles arrancarme el sentimiento que tengo en el pecho. Te juro que lo último que hubiese querido en mi vida es abrigar lo que siento. Y si hoy te lo confieso es porque ya no puedo más.

Su amiga tomó la copa y sin llevársela a los labios, la volvió a dejar sobre la mesa.

—¿Es casada? Porque si es casada…

—No, no lo es… —la interrumpió.

—¿Te enamoraste de un hombre? —preguntó alarmada.

Ximena quiso reír, pero solo pudo fruncir los labios a la vez que negaba.

—Jamás me gustará un hombre —respondió.

Un extenso silencio rodeó la mesa, el espacio, el lugar repleto de personas. La pelinegra amagó con seguir hablando, pero su amiga la interrumpió.

—Solo haré una última pregunta antes de que me digas, de una vez y por todas quién es —Ximena asintió, esperando la interrogante—. ¿La conozco? ¿Te acostaste con ella?

Ximena tomó aire.

—Sí, la conoces. Y sí… —suspiró profundo antes de continuar—, me he acostado con ella muchas veces en la misma cama —su amiga abrió las manos, con un gesto interrogante—. Pero nunca ha pasado nada. Nunca tocaría a una amiga, aunque su cercanía me asfixiara.

La seriedad con la que la pelinegra la miraba hizo que la otra mujer tragara saliva, como si aquello que estaba por revelarle la fuera a dañar. Ximena bajó la cabeza. Acto que la otra quiso que no hubiese pasado, porque un rayo de luz iluminó todo el espacio. Su mente, sus sentidos. ¿Era a ella a quien Ximena amaba? ¿Ella?

El silencio las absorbió mientras la comprensión llegaba y Ximena levantaba la cabeza haciendo que sus miradas se encontraran.

—¿Desde cuándo? —preguntó con una increíble naturalidad que hizo que la pelinegra suspirara fuerte.

Ximena fue incapaz de mirarla a los ojos.

—Hace cinco años. Desde que te fuiste a Barcelona.

Su amiga se puso en pie, dándole la espalda. Tratando de internalizar lo que estaba sucediendo.

—¿Por qué ahora, Xime? ¿Por qué me cuentas esto?

—Ya te lo dije —respondió con calma—. Porque es insoportable mantenerlo en secreto. Al menos contigo.

—¿Y prefieres perder mi amistad que luchar contra eso que sientes? —le preguntó, girándose hacia ella.

—No quiero perder tu amistad. No podría.

—¿Y por qué lo echas a perder? Son quince años juntas para que ahora…

—Pero juramos ser sinceras con las otras —la interrumpió—. Juramos que no nos ocultaríamos nada.

—¡Estás enamorada de mí! —dijo alzando la voz. Los ojos le ardían—. Eso no es un secreto, eso es…

—Demoledor —completó ella con un nudo de dolor, atenazándole el alma.

Un gemido que salió de la garganta de la doctora, hizo que su amiga regresara a su lugar. De un sorbo bebió el vino, el suyo y el de ella. Levantó la cabeza al cielo y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, buscó los ojos de Ximena. El dolor que vio en ellos le rompió el alma. Sin dudarlo un instante, rodeó la mesa hasta abrazarla.

Ximena se colgó de sus hombros y lloró con la cara hundida en su cuello. La amaba más que a su vida y al fin, después de tanto, pudo confesarlo. Pero también lloraba porque no sabía si deshacerse de ese enorme secreto le traería consecuencias aún más demoledoras.

Capítulo 2

El mesero vio la escena y esperó paciente a que las dos mujeres se separaran. Cuando él regresó, solo cuestionó con un gesto y ellas ordenaron otra ronda. Estefanía secó el rostro de Ximena y le besó la nariz con cariño, luego regresó a su silla.

—Siempre me ha llamado la atención la cantidad de mujeres que pasan por tus manos. La manera como te siguen buscando después de que terminas con ellas solo me hace pensar en lo excelente amante que debes ser —Ximena levantó la cabeza y se encontró con un gesto de picardía quitándole seriedad al tema—. ¿Has tenido sueños húmedos conmigo?

Los ojos de ella quisieron salirse de sus cuencas; primero por el comentario y, segundo, porque el sonrojo del mesero mientras dejaba las copas sobre la mesa era señal de que escuchó aquello.

—¿Qué dices? —cuestionó Ximena con incredulidad.

—Quiero saber, en serio.

—No tengo sueños húmedos contigo —respondió, llevándose la copa a la boca. Su amiga no reaccionó, su sonrisa pícara fue desapareciendo a medida que veía como los colores en el rostro de Ximena iban apareciendo mientras hablaba—. Te amo —confesó—. Estoy muy enamorada de ti. Y por ese amor tan inmenso que creció con cada momento que hemos compartido, es que he tardado tanto en confesarlo. Tú nunca me vas a ver de otro modo y lo acepto —dijo con un tono dolido. Levantó las manos cuando ella hizo el gesto de hablar—. Lo acepto —repitió—. Y no porque crea que no lo merezco o que no pueda hacerte feliz. Nadie te hará más feliz que yo. Conozco tus defectos, tus secretos y virtudes —su amiga se estremeció, pudo notarlo—. Me conozco cada palmo de tu cuerpo sin tocarte… —ella se llevó los dedos a la boca—. Sé cuándo vas llegando a dónde estoy porque tu aroma es parte de mis sentidos. Pero, antes de perder tu compañía, tu amistad, tu presencia, porque me duela verte con alguien más, prefiero que la decisión la tomes tú. Consciente de lo que siento.

—¿Qué decisión? —le preguntó su amiga casi titubeando.

—Si teniendo la información que acabo de darte, puedes continuar con nuestra relación de amistad como siempre. Como si nunca te lo hubiese confesado, o si prefieres que me aparte de tu vida.

El impacto de aquellas palabras fue contundente. Ximena era la persona más directa y sincera de las cuatro. Sabía que sus sentimientos eran verdaderos, ella también la conocía, así que pedirle que tomara la decisión era algo difícil de digerir.

—Xime… —la pelinegra la miró a los ojos—, tome la decisión que sea, nos va a afectar. Lo que me acabas de confesar no es algo que pueda digerir como se bebe una copa.

—Lo sé, no te pido que me des una respuesta. Solo deseo saber si me entiendes.

Su amiga entrelazó las manos y apoyó la cara entre ellas. Ximena la miraba expectante, con el corazón doliéndole cada segundo un poco más. El silencio era ensordecedor. La espera, interminable. Como en cámara lenta, la mujer fue levantando la cabeza y sus ojos ya no tenían el brillo pícaro de minutos antes. Aquella nueva información le dolía y no sabía cómo expresarse.

—¿Por qué no quieres que las chicas lo sepan? —le preguntó, en cambio.

—Porque me basta con que solo tú me juzgues —respondió Ximena con firmeza.

Su amiga frunció el entrecejo con un gesto de sorpresa.

—¿Yo? ¿Cuándo te he juzgado? Has tenido más amantes que Luis Miguel. Ninguna ha

permanecido más de una semana a tu lado.

—Siempre hay una primera vez.

—¿Y por qué he de hacerlo? ¿Por qué ahora?

—Porque te afecta. Porque eres tú. Me enamoré de ti. Puedes hacerte cuentos mentales de las veces que hemos dormido en la misma cama. Puedes creer que te imagino desnuda… Puedes pensar que he traicionado nuestra amistad.

—No escoges de quien te enamoras, Ximena —alegó su amiga.

—No… —le concedió porque era la más absoluta de las verdades—, y no quiero perderte. Me basta con que no me mires del mismo modo, pero no soportaría ser la comidilla de las otras. Ellas no son tú.

El silencio las rodeó por unos instantes, mientras cada una bebía de su copa absorta en sus pensamientos.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó su amiga con un tono de evidente preocupación.

Ximena se acercó a su silla. Con decisión le tomó las manos y le besó los nudillos, luego dejó las manos entrelazadas presionando su frente. La otra mujer sintió la humedad colarse por los dedos y, por primera vez, desde su confesión, cerró los ojos para disfrutar de la calidez que ella le transmitía.

—¿Será difícil que sigamos con nuestra relación, así como hasta ahora? —le preguntó Ximena, desesperada por no perder su amistad, al menos.

—¿Qué pasará si me ves con alguien más?

Las palabras sonaron crueles, pero era necesario decirlas. Ximena le soltó la mano y regresó a su silla. Se limpió los ojos y sonrió con un gesto algo irónico.

—Llevo cinco años viendo como otras te tocaban —respondió—. Comí en la misma mesa con tus últimas dos novias con el alma hecha añicos, sin causarte ningún daño.

—Pero te lo causabas tú, y ahora lo sé. Y te quiero. No podría permitir que algún acto de mi parte te dañe.

—Me dañaría que intentes algo conmigo que no sientes —le aclaró Ximena—. Me dañaría perder nuestra relación, pero no soy egoísta. Prefiero mil veces que me seas sincera y que después de pensarlo me digas como proceder. Lo que quiero es que no tomes en cuenta mis sentimientos por ti, porque, a fin de cuentas, los llevo atados a mi alma hace mucho. Sé controlarlos —declaró—. Te quiero feliz, no obstante, ahora… estoy en tus manos. Conociendo esta información, mi vida y nuestra relación, están en tus manos.

Capítulo 3

—¿Y si la decisión que tome, no te agrada? ¿Si no es lo que esperas? —le preguntó a Ximena mientras caminaban una al lado de la otra, saliendo del restaurante.

—No espero nada, ya te lo dije —la pelinegra se detuvo frente al auto de la otra, le abrió la puerta, la sostuvo y se recostó del auto con los brazos cruzados—. Quiero dejar en tus manos el futuro de nuestra relación —dijo guiñándole un ojo para quitar peso al ambiente en el que se encontraban envueltas.

La mujer bufó. Sentía una fuerte opresión en el pecho, aunque intentaba disimularlo.

—En este momento y por lo que me pides, dudo mucho que nuestra amistad sea real. También dudo del amor que dices que me profesas —bromeó, sintiendo que la doctora le dejaba a cargo una decisión difícil.

Ximena bajó la cabeza; delineó el borde de la puerta con un dedo y frunció la boca. Cuando levantó la cabeza, se encontró con los ojos de su amiga.

—No digas eso ni en broma —le pidió con un tono dolido.

Su amiga tragó saliva y le cubrió la mano.

—Lo siento, Xime. Yo…

—Sabía que esta conversación podría convertirse en un momento álgido entre nosotras —la interrumpió—, pero ¿qué puedo hacer si me era imposible mantenerlo en secreto?

—Yo sé —aclaró—. Sé lo sincera que eres, Ximena. Por algo somos amigas. Eres la mujer más real que conozco.

—Créeme, hay circunstancias que me hacen pensar que ser sincera y real no es bueno. Mi opción hubiese sido alejarme. Pero, en ese caso, debía hacerlo con las tres y… ellas no tienen culpa de que me haya enamorado de una de las del Clan —dijo y rio. No obstante, la sonrisa se le borró cuando volvió a mirarla; con un gesto de pesar, le acarició la mano, le dio unas palmaditas y se alejó de la puerta—. Estaré bien —aseguró después de suspirar profundo—. Solo dame unos días antes de que nos volvamos a ver. ¿Te parece?

La otra mujer asintió; se quedó mirándola fijo unos instantes y luego entró al auto. Ximena cerró la puerta del auto por ella y retornó sobre sus pasos, dirigiéndose hacia el suyo. Con las manos en los bolsillos, vio salir del estacionamiento y alejarse, a la mujer que amaba.

Cinco minutos después, Ximena abordó su auto; había esperado de pie en la acera a que no hubiera ni rastro de las luces traseras del auto de su amiga. La presión en el pecho aumentaba con cada latido de su corazón. Esperó mucho tiempo para que de su boca salieran aquellas palabras, su confesión, y no se arrepentía. Desde que empezó a sentir cosas extrañas por su amiga se encendió una alerta. Primero, sentía que ninguna de las mujeres con la que la otra salía era suficientemente buena para estar a su lado. Luego, llegaron los celos. Como amigas íntimas que eran, se contaban casi todo; y con cada detalle, ella sentía morir de odio por una persona que no conocía. Le dolía saber que la besaban, y que decir de las noches de pasión.

Todo eso fue exacerbando su psiquis; todo y cada momento compartido. Pero debía mantener su secreto oculto, aunque muriera cada día; eran cinco años sufriendo por un amor. ¡Cinco años de su vida! Era demasiado, y era insoportable. Por eso, la noche anterior, y entre el desvelo y alguna copa de vino, tomó la decisión que, era posible, cambiara su vida. Confesarse con la persona que más amaba en su vida.

¡Y ya estaba hecho! Ahora debía esperar con paciencia para saber cómo se daban las cosas.

***

Por su parte, la otra mujer no llegó a su destino, sino que se detuvo cerca de un parque. Apagó el vehículo y bajó las ventanillas. Con el corazón latiéndole fuerte, dejó las manos en el volante mientras miraba al frente sin ver nada en realidad. De todas las cosas que Ximena le dijo, lo que la descolocó fue que dejaba en sus manos la decisión de cómo quedaría la relación entre ellas. En aquel instante no lo analizó mucho; estaba demasiado impactada para hacerlo. Pero a medida que se alejaba de aquel café, a su mente llegaban trazos de la conversación. Analizó sus opciones y la verdad, solo había una… Continuar con su amistad de quince años, como si nada entre ellas hubiese cambiado; como si la confesión fuera un sueño. Como si Ximena estuviera bromeando.

Ella asintió en silencio dentro del vehículo, conforme con su decisión. Se negaba a alejarse; Ximena era la mejor amiga de las tres, la que siempre estaba para todas, aun con su locura. No imaginaba una fiesta, un viaje, sin ella. No… y otra vez no.

El celular la sacó de su ensoñación. El timbre característico que compartía con las de su Clan la hizo sonreír; siempre sonreía cuando una de ellas la llamaba. Lo usual era para verse… Igual que la llamada de Ximena en la mañana, recordó.

—¡Hey! —contestó.

—Hola, amiga. ¿Mucho trabajo?

—No. La verdad estoy regresando de almorzar. ¿Cómo estás?

—Vaya, hoy se pusieron de acuerdo. Ximena también acaba de almorzar —comentó—. Te llamaba para verte —la mención del nombre la hizo estar alerta. ¿Habría Ximena omitido que se acababan de ver? —, pero nada, me conformaré con un sándwich.

Ella rio.

—¿Estás bien? —le preguntó a su interlocutora.

—Sí. Es que estaba cerca. He tenido uno de esos días de mierda y me apetecía chismear, pero… Te dejo, voy por ese sándwich. Oye, nos vemos el viernes en La Taberna, ¿de acuerdo?

—¡Como siempre! —respondió con una enorme sonrisa.

La pantalla del celular se oscureció. Ella lo mantuvo en la mano y después se lo llevó al pecho. En otro momento, se hubiese ofrecido a acompañarla a almorzar, aunque no comiera nada. Muchas veces lo hacían, pero esta vez solo tenía deseos de pensar, de quedarse quieta dentro del auto, mirando a la nada. Recordando las palabras de Ximena, sus palabras y sus sentimientos.

Ximena estaba pasando por una crisis emocional, lo sabía. Una amiga consuela y aconseja en esos casos, pero ahora no podía serlo. Ella era esa crisis que la pelinegra cargaba y no se sentía bien. Salió de su inacción, tiró de la palanca del asiento y bajó el respaldo. Ahora el techo de su vehículo llenaba su campo de visión. Cerró los ojos, se estrujó la cara y buscó en su mente algún indicio que le diera luz sobre lo que estaba pasando. Las veces que durmieron juntas, los roces mientras jugueteaban por cualquier tontería. Recordó que a ella le placía dormir con Ximena porque no se movía demasiado durante la noche. Rio porque, de hecho, las cuatro se rifaban la cama de Ximena. Y ella presumía que tenía un harén a su disposición.

¿Cuántas veces se le hizo insoportable su cercanía?, se lamentó en su interior.

A su memoria vino la vez que fue a su consultorio hecha un mar de lágrimas porque su última conquista la había engañado. Recordó que Ximena la escuchó con paciencia, como la abrazó y besó su cabeza incontables veces.

Ximena era su mochila; la mochila que cargaba todo el peso de sus pesares.

—¡Dios! —jadeó con pesar. Ahora Ximena sufría por amor y ella no podía consolarla.

Una hora se mantuvo dentro de su vehículo. Ya era hora de regresar, iría directo a su apartamento. Le informó a su asistente que no regresaría a la oficina. Su cabeza era un hervidero de pensamientos. Se daría una larga ducha, apagaría su celular y lo que quedaba de tarde la pasaría durmiendo o, en el peor de los casos, viendo alguna película en Netflix.

Capítulo 4

La Taberna, un viernes en la noche, era el lugar donde las cuatro amigas se reunían con frecuencia. Ellas se sentaban en la misma mesa, cerca de la barra y en la parte posterior del lugar, lejos de la entrada. Las sillas altas les otorgaban a los clientes una vista espectacular de cuatro pares de piernas larguísimas en todo su esplendor. Ellas lo sabían porque nunca llegaban juntas y, con cada aparición, cada una se fijaba en las otras.

"Enderézate". "Estás muy erguida". "La luz no te favorece", eran los habituales saludos si alguna, a la distancia, no lucía bien. Lograban impactar porque todas se cuidaban y se aconsejaban con tal de ser el centro de atracción. Aunque cuando se juntaban, se enfrascaban en lo suyo y poco le importaba lo demás. Eso sí, si alguna estaba en busca de un ligue, las otras la aconsejaban y le dejaban ser el foco de atención.

Ximena era la única que no vestía de falda corta esa noche; salió de su consultorio bastante tarde. Su conjunto de chaqueta y pantalón masculino, de color amarillo, le quedaba como un guante, como todo lo que vestía. Sus botas de tacones altísimos, que encajaba en el travesaño de la silla, la hacían ver, incluso sentada, más alta que su metro setenta y uno de estatura.

La doctora fue la última en llegar. De hecho, no fue hasta el último minuto que decidió que iría a su cita semanal, pues su ánimo durante el día no estuvo para fiestas. Hacía solo dos días de su confesión, y desde aquel miércoles no tenía comunicación con la amiga que amaba. No estaba molesta, ella fue quien le pidió espacio. Pero saber que la vería y que tal vez sus brazos se rozarían, la mantuvo durante el trayecto a La Taberna con el corazón agitado.

La susodicha fue más cuidadosa; logró, sin que las otras se dieran cuenta, sentarse en el medio. Así era menos probable una cercanía incómoda con Ximena. La música de Peso Pluma, y su ya famosa canción, "Ella baila sola", le dio la bienvenida a la doctora. Por la cara de las tres, ella supo que la solicitaron adrede. Odiaba la música de esa banda.

Ximena se detuvo frente a la mesa en cuanto la canción comenzó los primeros acordes e hizo algunos pasos de baile ante las carcajadas de las otras tres.

—¡Graciosas! —las acusó a la vez que las abrazaba una a una con un solo brazo. Aprovechó para absorber el aroma que desprendía la mujer que la tenía de cabeza.

—Llegas tarde —se quejó una de ellas.

—Lo sé, por poco no llego —dijo evitando mirar a la mujer del centro—. Ya están en lo suyo. ¿Me pidieron algo?

—No, pero de inmediato lo hacemos, Madame —dijo una, levantando la mano para llamar la atención de alguien que les sirviera.

Mayha era la morena del grupo. Su imagen gritaba sensualidad y erotismo, no pasaba mucho tiempo sin una conquista, a pesar de que ninguna la llenaba por completo. Aprovechaba su gran parecido con Beyoncé para flirtear, aunque en los últimos años tuvo una relación seria, que creyó era su ideal. Llevaba algunos meses sola; se dijo que intentaría centrarse en su despacho. Al menos durante su horario laboral.

—¿Lo mismo? —le preguntó la mesera a Ximena cuando atendió a su llamado.

—No —respondió—. Hoy estoy de vodka con toronja.

—¡Vaya! —exclamó otra—. ¿Estamos de conquista? —levantó las cejas.

Todas miraron a la pelinegra a la espera de su respuesta.

—¡Qué va! Estoy sin ánimos. Si hoy me acuesto con alguien, me duermo en sus brazos.

Tengo una carga emocional, de pelos —explicó. Sacudió la cabeza y forzó una sonrisa—. Pero cuenten, ¿cómo les fue esta semana?

Sus amigas entornaron los ojos por la esquiva respuesta. No se escaparía tan fácil de no dar una explicación a sus palabras.

—No vas a decir que estás desanimada sin explicarnos la razón —acotó Estefanía.

Ximena suspiró. Tenía que centrarse; debía disimular. A sus amigas nada les pasaba desapercibido. Nada.

—Un caso difícil en la oficina —dijo. Aunque era cierto, no era la razón al cien por ciento que la mantenía desanimada y triste—. Un caso de esos que piensas que no debe suceder —explicó. Recibió un apretón de manos de las mujeres a su lado. Karen, médico pediatra, alzó las cejas. Conocía ese sentir cuando le llegaban casos tristes—. Pero nuestro momento es para olvidar las cargas semanales, ¿cierto? Así que disculpen —pidió con una sonrisa tímida.

—Nada que disculpar, estamos para escucharnos. ¿Quieres hablar de ello? —ofreció Estefanía.

—No, Estefi. La verdad, quiero sacármelo de la cabeza —con el trago ya en la mesa, ella lo levantó a modo de brindis.

La noche transcurrió como siempre, entre risas y cuentos de trabajo. De vez en cuando, Ximena levantaba la vista y se encontraba con los ojos de su amiga puestos en ella. Respondía a su sonrisa y cambiaba la mirada, no sin antes luchar porque su respiración no se notara agitada. En ese instante, cuando giró la cabeza hacia la pista de baile, sus ojos se toparon con una mujer rubia con la que coqueteaba con frecuencia; que le sonrió y se acercó a ella.

—Oh, Oh… —se escuchó de una de las mujeres en la mesa.

—Buenas noches, chicas —saludó la rubia con una amistosa sonrisa—. Doctora, ¿quiere bailar? —la invitó, ofreciéndole la mano.

Ximena se recostó de la silla. No quería bailar, estaba claro, pero si se negaba, las otras cuestionarían. Ella nunca le decía “no” a una mujer. Con desgano, se levantó de la silla decidida a complacer a la rubia. Ya de pie, se despojó de la chaqueta, dejándola colgada en el respaldo.

Un par de ojos en la mesa se detuvieron en los hombros desnudos; en lo bien que lucían, gracias a la ventaja que le otorgaba una genética envidiable, pues Ximena no se ejercitaba, no tenía tiempo. Sus años de tenis quedaron en el olvido una vez que salió de la universidad. Esos mismos ojos se desviaron a su derecha, ante el temor de que ella la atrapara mirando un poco más de lo debido.

La realidad era que desde que Ximena hizo aparición en La Taberna, ella no pudo evitar fijarse en detalles de su amiga que antes le pasaron desapercibidos. La pelinegra movía su largo cabello con coquetería sin darse cuenta. Se fijó en sus manos cuando agarraba el vaso para llevárselo a los labios; tenían dedos largos y finitos, con uñas perfectamente esmaltadas de colores oscuros. Sus muñecas siempre estaban llenas de pulseras de cuero que no le restaba femineidad, a pesar de que su forma de vestir, era más de una rockera de los años ochenta, que una cardióloga de prestigio.

Era atractiva, ella siempre lo supo. Eran años viendo como muchas veces Ximena salía del brazo de una mujer distinta, y aunque antes era razón para comentar entre ellas, ahora le parecía incomodó aceptarlo. Llevaba dos días pensando en la confesión de su amiga y ese mismo tiempo, buscando detalles que pudieran darle luz de lo que pasaba por su mente.

Recordó como Ximena siempre le sacaba la silla cuando iban a cenar. En su cumpleaños, no importaba el día ni el lugar, era ella quien primero la felicitaba, de quien primero recibía flores.

También recordó con dolor las veces que le contó con detalles sus experiencias locas de cama con otras. Y con cada recuerdo, una espina se clavaba más hondo en su pecho. Ximena de verdad debía amarla para soportar todo aquello.

—¡Hey! —ella se sobresaltó con el llamado, estaba por completo distraída. Una de sus amigas llevaba algunos minutos hablándole sin recibir respuestas—. Vamos a bailar, ¿vienes? —la animó.

Por inercia, ella buscó los ojos de Ximena en la pista, sin hallarlos. La pelinegra parecía estar embelesada con algo que la rubia le decía al oído.

—En un rato las alcanzó. Voy a baño —respondió, bajando del taburete y dirigiéndose al área posterior del salón.

Llegó a los reservados y se apoyó de un lavabo. Temblaba, ella temblaba. Y no sabía la razón. Y no podía ser que lo que Ximena le confesó el miércoles le hiciera abrir los ojos a algo desconocido, eso era improbable. Pero, entonces… ¿Por qué sentía un calentón en el pecho? ¿Por qué no podía dejar de mirarla, de descubrir detalles que antes le pasaron desapercibidos?

Hizo algunas respiraciones antes de regresar a la mesa. Por suerte, la mesera recogía las botellas y el vaso. Aprovechó para pedir otra ronda para todas y volvió a su lugar. Miró a la pista; vio a sus tres amigas disfrutando de la música. Una de ellas pegada a cierta rubia. Ella, la verdad, no tenía deseos de bailar.

Capítulo 5

Karen Silva.

Karen era la menor del Clan; una mujer de treinta años, de cabellos claros como la miel. Cuando ella y el resto de las chicas se conocieron en la universidad, se convirtieron en inseparables. Su amistad con Ximena dio pie a la unión de otras dos amigas y, aunque ella y la pelinegra compartían algunos secretos entre sí, todas se consideraban íntimas.

Para las otras, bregar con Karen era un dolor de cabeza. Su alegría contagiosa, unido a su sensualidad, la convertían en un peligro para la raza humana. Coqueta, sensual, hermosa y sexy. Karen no se limitaba a salir con mujeres u hombres, aunque había expresado que jamás tendría una relación seria con alguien del sexo opuesto.

A pesar de que en el Clan se volvían locas tratando de entender sus enredos románticos. Karen era la dulzura encarnada; era sobreprotectora con las demás, aunque eran mayores que ella. Leal, inteligente y sensible. Amaba a los niños y cuando se trataba de su profesión, era catalogada como una de las mejores Pediatras del país.

Un evento en medio de la semana la dejó algo descolocada. Durante la noche anterior, y mientras compartía con sus amigas, hizo lo que estuvo a su alcance para que las demás no notaran su inquietud. De verla decaída o preocupada, ellas harían lo indecible por sacarla de su estado emocional y la verdad, era algo que prefería guardarse para sí. Necesitaba analizar la situación antes de actuar; no quería crearse falsas expectativas, no preocupar a nadie. Y en eso se le iba la noche, sin poder dormir, sentada en su sofá viendo la mañana llegar y estudiando algunos historiales de sus pequeños pacientes para distraerse de lo que le rondaba la cabeza.

Cerca de las siete de aquel domingo ya estaba alistándose para ir al hospital pediátrico donde hacía algunas rondas y muchas veces, guardia nocturna. Se vistió con un conjunto cómodo de Scrub, con caricaturas de Toy Story en la camisa. Se hizo un moño en el cabello y se maquilló los ojos y labios. Después de ir a la cocina y llenar un gran vaso térmico de café; tomó su maletín, su teléfono y salió de su lujoso apartamento.

Una vez descendió por el ascensor, le sonrió al guardia de seguridad que, de inmediato, le abrió la puerta con su mejor sonrisa.

—Doctora, qué placer verla. Siempre tan elegante —la halagó con coquetería.

—Gracias, José. ¿Cómo está tu esposa? —le preguntó. Vio como la sonrisa se le congeló en el rostro al guardia.

—Estamos bien, gracias.

—Me alegra. La saludas de mi parte, por favor. Y tú, ten buen domingo.

Después de guiñarle un ojo, Karen desapareció por la puerta hasta llegar a su vehículo de color azul. Una vez dentro, y acomodadas sus pertenencias, encendió el aire y bajó la visera del auto. Se miró en el espejo y buscó en la aplicación de mensajes de su celular.

Estefanía: “Buenos días, chicas. ¿Almorzamos hoy?”

Había varios mensajes en el grupo del Clan, encabezados por Estefanía. Parecía que tenía prisa por verlas. Ella leyó las respuestas de sus amigas antes de contestar. Todas estaban disponibles y, aunque su plan era terminar sus rondas y pasar por casa de sus padres, decidió que un almuerzo fortuito no se le negaba a nadie y mucho menos a sus amigas.

Karen: “Si no me ocupan toda la tarde, me uno”.

Tecleó, y buscó su vaso para beber su café.

Mayha: “No estaremos completas sin ti. Si no vas, no te enteras”.

Karen: “Es muy temprano. Debe ser importante porque nos vimos el viernes”.

Ximena: “¿Y? ¿No quieres vernos?”

No, no era eso, pensó.

Karen: “Lo comento por lo rápido que corren las noticias, porque es eso. ¿Hay una noticia?”

Mayha: “Ve, y Estefi nos contará”.

Karen: Bien, termino la ronda a las doce. Si no hay imprevistos, llego.

Estefanía: “Perfecto. A las dos en Res en llamas”.

Mordiéndose los labios, Karen arrancó el auto. Extrañamente, no le dio pensamientos al misterio de Estefanía; había otras situaciones que le llenaban su cabeza, con las que debía trabajar.

El edificio donde se encontraba el hospital pediátrico estaba pintado de colores alegres; desde las marcas en la calle, pintadas como lápices de colores, hasta los bancos que simulaban libros para colorear. El equipo médico vestía de Scrubs, con caricaturas y hasta algunos andaban disfrazados de superhéroes. Karen amaba trabajar con ellos porque se tomaban en serio la estabilidad emocional de los niños. El ambiente estaba preparado para que los pacientes, a pesar de sus condiciones, no sintieran tanto temor en un hospital, sino que se encontraban en un salón de juegos o, incluso, en la escuela.

—Buenos días, doctora —la saludó el doctor Lebrón.

—Hola, ¿cómo estás? —respondió con un tono amable.

—Llegó temprano hoy —observó el doctor, recostándose del *counter*, cerca de Karen que tomó la tableta para mirar la lista de pacientes. Ella sonrió sin apartar la vista de la pantalla.

—Sí, casi no he dormido. O salía de casa o enloquecía.

—¿Mal de amores?

—Es posible.

—Un *brunc*h a media mañana te vendría bien. ¿Vamos? —la invitó su colega—. Así te despejas de lo que no te deja dormir —ella bufó—. Nadie merece que una mujer tan guapa, pierda el sueño —insistió él.

Ella apartó la vista de la tableta, se giró frente a él con un gesto de hastío y le mostró la tableta.

—No puedo, tengo que ver seis pacientes —respondió, dirigiéndose por un pasillo hasta la puerta de su primer paciente.

Lebrón se movió con ella, caminando a su lado. Él no perdía la oportunidad de invitarla, a pesar de sus constantes negativas. Sin embargo, eran buenos colegas y se apoyaban mucho con los pacientes. Karen lo apreciaba sinceramente.

—¡Uf! Si quieres te doy una mano —se ofreció—. Ya cubrí el piso de Oncología.

—Te lo agradezco, Lebrón. De hecho, no sé qué me encuentre en el camino, es posible que tenga que aceptar esa ayuda, pero mientras, prefiero ver a mis niños de primera mano. Además, ya hice compromisos.

—Bueno —dijo resignado—, no digas que no lo intenté.

Ella sonrió y le puso una mano en el pecho.

—Siempre lo intentas —hizo ademán de entrar a la habitación.

—Silva —él le tocó el brazo y ella se detuvo.

—¿Algún día tendré esa oportunidad?
Ella le cubrió la mano y negó con la cabeza.
—Lo siento, doctor, debo ver a mi niño —dijo antes de entrar a la habitación.

Capítulo 6

Estefanía Lara.

Sus profundos ojos verdes no se apartaban un segundo de la pantalla de la computadora. La entrevista de su vida, la que todos anhelaban, ella la consiguió. Esa entrevista debía estar lista para publicación a primera hora de la mañana.

El sonido de las teclas al ser pulsadas llenaba la oficina casi en penumbras del rotativo más importante del país. Ella quería manejar todo lo concerniente al reportaje; la redacción, corrección, todo el trabajo, antes de publicar el artículo que logró con la única candidata abiertamente lesbiana que se postuló a la gobernación de su país de manera independiente y que llevaba la delantera en las encuestas.

Eleonora Rivas conocía el trabajo de Estefanía; sabía de su seriedad y su prestigio, pero, aun así, tardó meses en acceder a que ella la entrevistara. Antes, fue víctima de demasiadas críticas y discriminación por atreverse a aspirar a un escaño tan importante sin tener un partido como fuente de apoyo. De igual manera, su despampanante belleza y "su orientación", como decían sus oponentes, no era bien vista por los adversarios políticos y una buena parte del país de creencias arraigadas. Sus cualidades administrativas, su preparación académica y actos de altruismo, no contaban cuando se trataba aspirar a un escaño político.

Eleonora y Estefanía se reunieron en la casa de la política ese mismo día. La periodista, de cabellos castaños, llegó a la residencia de dos niveles en un auto que le envió la candidata. Una de las condiciones para acceder a la entrevista era, precisamente, el hermetismo con relación a su lugar de residencia. Los adversarios no se lo pondrían fácil si sabían dónde vivía la que era la principal contrincante del gobernador de turno. Eleonora no se arriesgaría, por lo que envió un auto a las instalaciones del periódico a recogerla.

La noche antes de recibir el mensaje de que la entrevista fue aceptada, Estefanía durmió poco. Los eventos de la semana y el encuentro con sus amigas la tenían por completo distraída. Terminó su reunión semanal con Ximena, Karen y Mayha, pasada la medianoche y justo al subir a su auto, vio el mensaje de la propia Eleonor Rivas.

Todas sus inquietudes, sus pensamientos confusos, dieron paso a los nervios por el encuentro con Eleonor, a pesar de que la entrevista, estaba preparada encima de su escritorio desde hacía días; solo esperaba la confirmación.

Una vez que la periodista fue recibida por un asistente de la candidata, la dirigieron hasta un salón elegante. La puerta se abrió y los ojos verdes se fijaron en la belleza no solo del lugar, sino de la mujer parada frente a un enorme ventanal de cristal. Vestía un conjunto de falda ajustada a las caderas, de cintura estrecha y piernas torneadas. Su brazo izquierdo descasaba en su cintura.

Ella se giró y las miradas se encontraron. Eleonor logró quitarle el aire a Estefanía. Ambas quedaron prendadas de la otra, a pesar de que ella detestaba el humo que desprende un cigarrillo que la candidata tenía entre los dedos de su mano derecha. Para Eleonor, la belleza de la mujer frente a ella era un plus que, unido a su profesionalismo, fueron las claves para acceder a darse a conocer de manera personal con los posibles votantes a su candidatura.

Estefanía, de profundos hoyuelos en las mejillas y cabello castaño ondulado, que solía llevar a la altura de los hombros, pudo atisbar un poco de coquetería de parte de la candidata cuando estrecharon sus manos. Ella, consciente de que también era una mujer guapa, se mantuvo serena,

tratando de que la belleza de la otra no disminuyera su seriedad y profesionalismo.

—Agradezco inmensamente la oportunidad, licenciada Rivas —dijo con voz firme después de estrechar sus manos.

La candidata, de cabellos rubios atados en un alto moño, la invitó a sentar.

—También le agradezco su interés. De hecho, si no fuera usted, no hubiese accedido a esta entrevista.

—Muchas gracias —respondió la castaña, sentándose en una butaca de color vino frente al sofá a juego, donde tomó asiento la otra mujer.

—Por supuesto, conozco el periódico y su impecable trabajo investigativo.

—Intento hacer lo mejor posible mi trabajo y créame, trataré todo lo que hablemos aquí con sumo cuidado y confiabilidad.

—Entiendo que usted también es lesbiana —comentó escudriñándola, en espera de su reacción.

—Lo soy, pero no creo que mi sexualidad tenga peso en lo que hablemos aquí —replicó un poco a la defensiva.

—Tranquila, lo que deseo es tener libertad para expresarme sin tapujos.

—Conmigo no tendrá ninguna queja, licenciada.

—Llámame Eleonor —le pidió con un tono sensual.

Casi cinco horas después de haber realizado la entrevista, Estefanía continuaba inmersa en la redacción de su escrito. Su oficina, apartada de las demás, le ofrecía total comodidad. A esa hora, solo ella y algún que otro empleado de mantenimiento se encontraban en el edificio. Ella se descalzó; pasó los pies por la espesa alfombra. Era su manera de relajarse. Sumida, en una exquisita satisfacción profesional, reclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Capítulo 7

Mayha Solís.

Desde que Mayha tuvo plena conciencia de lo que estaba sucediendo en su vida, cada pensamiento, era una tortura. En un principio se negó aceptarlo; la noticia era algo que podía catalogar como imposible, pero, con el pasar de los días, entendió que la vida era una tómbola. Un día se está arriba, y al siguiente no. Un día se tiene la oportunidad de amar y permitir que ese amor se corresponda, y tal vez al día siguiente no.

Con esas ideas y pensamientos, se levantó aquella mañana. Se sentía decaída, la mente es el peor enemigo. Juega pasadas incapaces de manejar. Ella tenía un gran grupo de apoyo; su Clan, sus chicas. Solo una de ellas conocía, o podía entender, lo que estaba sucediendo en su entorno. Mantener un secreto entre ellas era un evento difícil, pero en esta ocasión, y aunque sabía que en algún momento la verdad saldría a la luz, le era complicado mantenerse tranquila con la conciencia de que les ocultaba algo.

Esa mañana se levantó cerca de las siete; se levantó molesta. Hacía poco más de tres horas que había logrado conciliar el sueño, pero le era imposible volver a dormirse. Antes de que surgiera la inquietud con la que vivía desde hacía algunos días, los fines de semana eran de levantarse tarde, descansar y mirar de reojo la pila de archivos con casos legales que, en definitiva, solo estudiaba en su oficina.

Con su agenda libre, decidió que iría a darse un chapuzón en la playa, que era, prácticamente, su patio frontal. Su casa, de balcones abiertos, largas cortinas blancas que danzaban al ritmo del viento, era un paraíso para quienes la visitaban. Justo cuando se ponía su vestido de playa encima de su bikini, el celular le avisó la recepción de un mensaje que la hizo sonreír. Sus amigas querían reunirse.

Mayha era de piel canela, ojos y cabello de color miel. De mirada penetrante. Alta, de largas piernas que presumía como su mayor atractivo. Era una abogada bastante cotizada; mucho más desde que un caso que manejó y la tocó de cerca, llenó los titulares de los noticieros del país hacía algunos años y la colocó en la mirilla pública. Su colega, Johana Trejo, con quien salió algunas veces y hoy en día agradecía que nunca se acostó con ella, atentó contra la novia de su expareja, una prestigiosa y conocida psicóloga, ocasionándole heridas de cuidado.

Mayha manejó el caso en representación de la doctora Raissa Bellucci. El asunto fue complicado porque, aunque no había ninguna duda de que Trejo, cegada por los celos y la soberbia, atentó contra Bellucci y toda la evidencia la señalaba como culpable, la otra parte adujo que el arranque de celos y que el ataque físico a Bellucci, fue ocasionado por una locura temporal. El prestigio de Trejo y su evidente unión con los mejores abogados del país, logró convencer al juez de otorgar una condena menor, amparándose en que en el accidente la propia acusada terminó con heridas permanentes. Desde aquel momento los casos le llovían y Mayha se mantenía en constante actividad de índole jurídica.

A sus treinta y cuatro años, la abogada había recorrido mucho en su profesión. Era una excelente penalista, con un registro enorme de clientes y casos legales; además de que contaba con su propia oficina, casi desde que se inició en su profesión.

En el ámbito amoroso no tenía quejas. Tuvo una pareja formal por algunos años con la que ahora no tenía ninguna comunicación, y no porque hubiesen quedado mal, sino debido a que la

otra mujer no estaba dispuesta a exponer su sexualidad porque ocupaba un importante puesto político en el país. Ambas optaron por alejarse y evitar saber de la otra; era la única manera en que sanarían las heridas de una separación. Mayha sentía que Liza fue su pareja ideal, su amor. Y no pasaba un solo día en que no la recordara por cualquier cosa.

Su amistad con el Clan no siempre fue color de rosa. Mayha pertenecía a una familia de letrados de prestigio, por lo que se movía en grupos de clase alta; en contraste con Ximena y Karen, quienes se esforzaron un poco más en su vida universitaria. La diferencia de clases de las cuatro mujeres y la impresionante presencia de la morena, en un principio, causó algunos roces entre ellas, pero el cariño y la admiración de cada una por las otras las convirtió en inseparables.

Cerca de la hora pautada para almorzar con sus amigas, Mayha regresó de su chapuzón en la playa. Después de sacarse la arena, tomó una ducha frío, se vistió con un pantalón de hilo amarillo, en conjunto con una blusa de una sola manga, de color blanco. Se calzó unas sandalias blancas de tacón bajo y dejó su cabello amarrado en un moño. Este domingo la temperatura exigía total comodidad.

Mayha subió a su camioneta y marcó el número que conectaba a todas las chicas. Tras dos timbrazos, comenzaron a conectarse.

—Hola —saludó cuando todas estaba en línea.

—Aún faltan algunos minutos —comentó una como saludo.

—Asumo que no llegarán en punto y muero de hambre.

—Mayha, siempre tienes hambre. No entiendo como mantienes ese cuerpo.

—Desayuné solo una mimosa.

—¿Estás bien? —preguntaron a coro las otras, con evidente preocupación.

—Sí, solo algo trasnochada.

—¿Algo más que contar? Porque muero de curiosidad —comentó Ximena—. ¿Qué es lo que te traes, Estefi?

—No comiencen sin mí, termino las rondas en unos diez minutos. Llego en media hora y me uno —dijo Karen.

—En fin, ¿para qué llamaste Mayha? —quiso saber Estefanía.

—Para recordarles que tengo hambre y que necesito que no se tarden o almorzaré sin ustedes —amenazó, aunque la verdad era que sí tenía algo que contarles.

—No te atrevas.

—No se tarden —dijo y culminó la llamada, dejando a las otras con la palabra en la boca y ella con una gran sonrisa de satisfacción. Adoraba hacerles eso, aunque en más de una ocasión ellas le pedían cuentas porque lo consideraban de mala educación.

Una vez finalizó la llamada y se le pasó el instante de satisfacción, a ella volvieron los pensamientos que últimamente ensombrecían sus días. Suspiró profundo y sacudió la cabeza. Buscó en su bolso las grandes gafas Gucci y se las puso mirándose en el espejo del retrovisor. A pesar del intenso calor en el exterior, abrió la ventanilla y sacó el brazo, jugaba contra la fuerza del viento, una costumbre que tenía desde pequeña.

Veinte minutos después, Mayha llegó a su destino; un restaurante cerca de la playa donde ya avistaba el auto de Karen y el Toyota Camry de Estefanía. Volvió a sonreír.

Ellas la llenaban de vida.

Capítulo 8

—Entonces, ¿Eleonora Rivas es tan imponente como parece? —preguntó Mayha en cuanto las amigas estuvieron ubicadas en su mesa, después de saludarse con efusividad, como si su último encuentro hubiese sido hace meses.

Las mujeres tomaron asiento al aire libre, en la terraza del lugar. Un sencillo toldo las cubría del sol; la brisa marina acompañada del ritmo de una música de calipso y el murmullo de las conversaciones y risas de las demás personas que llenaban el lugar complementaba el ambiente dominical.

El tema que apremiaba a Estefanía era, en efecto, su reunión con la candidata. Una foto de las dos fue el preámbulo para la conversación. Sus amigas se pasaron el celular entre sí con evidente curiosidad, haciendo comentarios sobre lo bien que lucía Eleonora al lado de la periodista.

—Lo es —respondió Estefanía, abriendo los ojos con exageración—. Muy imponente —recalcó—. Y la verdad, mucho más hermosa que en fotos.

—¿Y su casa? ¿Es bonita?

—No les voy a contar intimidades, espero lo entiendan —aclaró, a la vez que alzaba la mano para llamar al mesero.

—Contarnos si tiene una hermosa casa no es violar tu código profesional, no seas tonta —acotó Karen, quien fue la primera en llegar, a pesar de que estaba trabajando. Las recibió con una mimosa en la mano.

—¡No seas cotilla!

Ximena sonrió, viendo la discusión entre sus amigas, sin opinar. Las miraba a una y a otra, evitando a toda costa fijar los ojos en una de ellas. De camino al restaurante solo se repetía que cuando se confesó con la mujer de la que estaba enamorada, le pidió espacio; un poco de tiempo para estabilizar sus emociones, esas que aún podía manejar. Pero la vida o las circunstancias no se lo estaban poniendo fácil. Desde que se confesó, hacía solo cinco días, era la segunda vez que la veía. Algo no muy usual, considerando el tiempo y sus agendas. Y para colmo, le tocó sentarse a su lado.

La doctora se recostó de la silla en cuanto le trajeron su bebida; se decidió por un agua mineral con hielo. El simpático joven vestido con ropa playera esperaba de pie, a su lado, para tomar la orden. Dos de las mujeres estaban decidiendo si compartir un plato o si pedir algo individual. Ximena las observaba, evitando que la mujer que amaba le saliera con algún tema de conversación con el que no pudiera seguirle el ritmo; estaban demasiado cerca para su gusto. Soltó un suspiro sin ningún motivo aparente. De repente, se encontró con un par de ojos fijos en ella. Y eso no fue lo peor; lo peor fue sentir la delicada mano en su muslo desnudo, pues vestía un short, llamando su atención.

—¿Estás bien? —le preguntó casi en un susurro, con esa dulzura y preocupación que día con día la enamoraba más.

Ximena no supo si tembló o si solo su cuerpo reaccionó a la descarga eléctrica que recibió ante el inocente toque, porque no era la primera vez que se tocaban. Sacudió la cabeza intentando normalizar sus latidos. Su corazón latía fuerte, la lucha interna era devastadora. Lograr que ella no notara lo que le hacía sentir y manejar sus reacciones frente a las demás, se le dificultaba como nada en el mundo.

Su amiga, al percatarse de su reacción, apartó la mano como si le quemara, sintiendo que de algún modo violaba su espacio. Unió sus manos debajo de la mesa, sintiéndose culpable. Su instinto la hizo preocuparse por ella, olvidando el espacio que Ximena le pidió días atrás.

—Sí, Xime, ¿estás bien? —se interesó otra de sus amigas, que vio el intercambio.

La pelinegra rompió el contacto visual con la mujer a su lado y puso atención a su otra amiga. Medio sonrió y gesticuló, quitándole peso al asunto.

—Sí, tranquilas. Es que no dormí bien.

Otra mano se posó en su muslo izquierdo como muestra de apoyo. Pero ese roce no ocasionó que su piel se le erizara.

—¿Qué pasa?

Ximena le sonrió.

—Nada, en serio —insistió—. Disculpen.

—Eso debe ser que no durmió con la rubia —comentó otra de sus amigas, refiriéndose a la mujer del bar de días antes, logrando que la broma alivianara el ambiente.

Por inercia, Ximena miró a su derecha. Notó como la mujer que amaba tragó saliva; casi juró que estaba incómoda. Lo que no podía confirmar era si esa incomodidad que advirtió cuando tomó la copa de mimosa y la bebió de un solo trago, era por el tema con la rubia o porque se arrepintió del gesto que tuvo antes al tocarla.

Ximena también tomó un poco de agua; de repente, ver tres pares de ojos sobre ella hizo que el calor del día se intensificara. Sonrió medio nerviosa. Apoyó un codo en el reposabrazos, analizando cómo salir del estudio visual del que era objeto en ese instante. Torció la boca con el misterio reflejado en su rostro, luego miró fijo a las dos mujeres frente a ella.

—¿Quieren saber si pasé la noche con alguien? —sus palabras lograron que la mujer de la derecha, que había permanecido ausente a la discusión de las otras tres, girara la cabeza para verla—. ¿Quieren saber por qué estoy tan distraída?

—Por supuesto, Ximena —contestaron a coro las otras dos.

Ella hundió los hombros, mostrando desilusión.

—Me despedí de la rubia al salir de la Taberna, así que dormí sola. Y anoche también —confesó, y le siguió un par de comentarios de burla.

Las amigas advirtieron que hacía ya varias semanas que no se iba a la cama con nadie y eso, la verdad, era algo extraño. Ximena miró de reojo a su derecha mientras las otras mujeres la chinchaban. Se encontró con una media sonrisa que no pudo identificar. De inmediato, y con mucha facilidad, la mujer que amaba se unió a los comentarios sobre el tema.

—Por eso insisto que algo te pasa, amiga —acotó una de ellas—. Actúas como una mujer enamorada, pero no te conocemos a nadie.

El comentario paralizó a dos de las presentes. Ximena quiso bajar la cabeza, no obstante, hacerlo era demasiado obvio, así que luchó por mantenerse erguida.

—Creo que la próxima vez que me acueste con alguien será con la que sienta más que un calentón —dijo con total seriedad.

El silencio se hizo espeso en la mesa. Una de las presentes alzó las cejas con total incredulidad y se llevó su copa de mimosa a los labios. Otra, se cubrió la boca con sorpresa y la aludida, bajó la cabeza con disimulo. Ximena transformó su rostro después de soltar la bomba. Ella no deseaba forzar nada, pero las palabras salieron solas.

—Estás callada —le dijo una de ellas a la mujer que Ximena amaba—. ¿Sabes algo o al menos qué le picó a nuestra Cardióloga?

El corazón de ambas comenzó a latir fuerte. Las dos temieron estar descubiertas.

—No pasa nada —intervino Ximena al ver en el apuro que se encontraba la mujer a su lado —. ¡Es verdad, lo digo en serio! Llegará el momento que me enamore, ¿no? Pues quiero eso. Quiero enamorarme —*aunque ya hace mucho que lo estoy*, pensó—. Y sentirme correspondida. Quiero hacer el amor, hacerlo con ternura, con toda la entrega que pueda ofrecer mi corazón.

Ximena suspiró profundo, dejando a sus amigas sin palabras. Levantó la mano para hacerse ver por el barman, quien se acercó de inmediato. Todas repitieron su pedido de mimosas y ella se unió, lo necesitaba. También ordenaron una bandeja de cortes fríos para compartir, a excepción de Mayha, que moría de hambre.

—Pero no vinimos a hablar de mí —añadió en cuanto el chico se retiró—. Estefanía nos citó aquí, así que eso significa que tiene mucho que contar —apuntó, mirándola y esperando que sus amigas no quisieran profundizar en sus comentarios.

Estefanía contó su impresión inicial con la candidata, les dio todos los detalles sobre su forma de tratarla, como le coqueteó y lo interesante que era su conversación.

***

Mientras la conversación en la mesa fluía, Ximena se sentía desfallecer; decir que estaba tranquila, no era correcto. Ella sentía que en cualquier momento su corazón se le saldría del pecho. Entrelazó las manos debajo de la mesa. Las amigas dejarían el tema en el tintero por ahora. Pero no estaba olvidado, así se lo hizo saber una de ellas.

Que de repente su amiga Ximena hiciera ese tipo de comentarios con tanta vehemencia, les causaba algo de curiosidad. Ella era una mujer libre; eso sí, cuando estaba con alguien, se entregaba a la relación. El Clan sabía que, en todos sus años de amistad, nunca se enamoró de verdad, aunque en su juventud sí había sufrido por amor. Tal vez por eso era tan renuente a las relaciones serias.

Durante la conversación, Ximena se mantuvo atenta, hizo algún comentario y se rieron mucho, pero la mujer a su lado conocía sobre su estado anímico en ese momento. Que ella fuera la razón de la nueva actitud de su amiga no significaba que no quisiera verla bien. Por eso, cuando todas estaban enfrascadas en la emoción por la llegada de la comida, ella, sin pensarlo mucho, buscó y apretó las manos frías de Ximena por debajo de la mesa.

La pelinegra, al sentir el contacto, se estremeció. La otra lo sintió y una extraña emoción la invadió cuando Ximena le devolvió el dulce gesto. Sin embargo, la cardióloga jamás se enteraría de que la mujer que amaba también estaba temblando.

Capítulo 9

Al contrario de lo que la doctora Ximena pensó, la tarde se les fue deprisa y la pasaron animadas. Incluso, en alguna ocasión pudo bromear con su amor secreto. De vez en cuando sus miradas se encontraron con complicidad, aunque los ojos no brillaban como de costumbre. Ella la conocía bien, sabía que su confesión la había perturbado, pero el cariño mutuo les permitía compartir agradablemente.

La bandeja de tapas se terminó, no así las copas de mimosa que llegaban a la mesa para acompañar la variada conversación de las mujeres. Hablaron sobre el tema que les llevó ahí; la posibilidad de Estefanía de tener algo con la candidata y algún tema de índole sexual que nunca era descartado.

Ellas se sentían dichosas de contar con su grupo, donde las dudas y experiencias de cama se comentaban con total libertad. Sin embargo, una de ellas, Mayha miraba con insistencia su reloj y no estaba tan habladora como de costumbre. De hecho, se notaba algo distraída. De eso se percató la periodista, hacía ya un rato.

—¿Tienes prisa, Mayha? —le preguntó escondiendo una sonrisa detrás de su copa antes de beber.

Mayha levantó la cabeza y frunció el entrecejo.

—¿Por qué lo preguntas?

—No paras de mirar el reloj y la verdad, me extraña.

—¿Te extraña? ¿Y eso? —le devolvió a la defensiva.

Estefanía se encogió de hombros.

—Bueno, eres la persona con menos prisa que conozco.

—Es cierto, llegas temprano solo a tus casos de corte —intervino Karen, logrando que las otras rieran.

Era cierto, Mayha no era la más puntual de las cuatro.

—Siempre llego temprano. De hecho, hoy quien último llegó fue Xime —se defendió—. Miro el reloj porque tenía un compromiso —acotó.

Las mujeres levantaron las cejas con sorpresa.

—¡Ah! Bueno, no nos habías dicho —dijo Karen.

—También te notas distraída. Si tienes algún problema, puedes contarnos —ofreció una de ellas.

La morena miró a una de sus amigas, la única que sabía por lo que estaba pasando. Con movimientos nerviosos se llevó la copa a los labios bajando la mirada. Suspiró y luego bebió de su trago para darse tiempo a tranquilizarse.

—Esta tertulia no estaba planeada —bufó.

Estefanía, sintiéndose aludida, ya que ella propuso reunirse, puso la copa en la mesa dispuesta de defenderse.

—Mayha, no estabas forzada a venir. Nadie te obligó —aclaró con firmeza—. No entiendo por qué te afectas tanto por una simple pregunta —comentó mirándola a los ojos.

—Es que…

—¿Qué les pasa? ¿Qué ocurre aquí? —intervino Ximena al notar el intercambio entre las tres.

El silencio fue inmediato. Cada una miró a otro lugar. Ximena no era la mayor entre ellas y

era, para los demás, la más informal, pero ellas la consideraban una líder, aunque entre sí todas se respetaban.

Ximena las observó, frunció el ceño porque, aunque muchas veces discutían, era algo a lo que nunca se acostumbraba. En quince años alguna de ellas se separó del grupo por días a causa de una discusión, casi siempre malentendidos. Cuando ocurría, las otras se sentían perdidas, algo culpables por darle la razón a quien la tenía y apoyar a la otra.

La vez que hubo una discusión fuerte fue causada por ella misma, por Ximena; sucedió cuando sintió la sangre hervir por una conversación subida de tono en la que la mujer que amaba contaba con detalles lo bien que se la pasaba con la que, en aquel momento, era su pareja. Ximena ya estaba enamorada y perdió los estribos. Cegada por los celos e incapaz de controlarlos, comentó lo mal que le iría a su amiga si seguía con aquella mujer.

—Te hará daño, pero como lo único que te interesa es el buen sexo, no lo puedes ver —le dijo en su momento sin una gota de empatía.

—¿Qué insinúas? —respondió esta, ofendida.

—No voy a explicártelo. A todas nos gusta el sexo, pero parece que te sales de la norma con esa mujer. No te conviene, sin embargo, si tu intensión es disfrutar de los placeres carnales, adelante. Solo no vengas luego a lamer tus heridas con nosotras.

Una frase llevó a la otra y la discusión subió de tono en segundos. Estuvieron semanas sin verse; semanas en las que la doctora lloraba en silencio al concebirse perdida, sola. Aceptaba que se pasó con sus palabras por culpa de lo que sentía, que ofendió con palabras a la mujer que amaba y no pudo explicarles a las otras la razón de su inmaduro comportamiento. Para las otras dos también fue un calvario. Se dividían para compartir, pues la susodicha no podía ni ver en pintura a Ximena y su nombre ni se mencionaba cuando se reunían.

Después de una reconciliación con flores y disculpas sinceras, Ximena manejó sus sentimientos. Debía sopesar si seguir viendo al amor de su vida o perderla para siempre. Sin contar con que eran un Clan. Lo que afectaba a una, lo hacía a las otras de forma directa. Por esa razón, y luego de pensarlo mucho, ella mantuvo en secreto sus sentimientos. A veces se arrepentía de no haberlos expresado en su momento, pero su temor a perderla era mayor.

Recordando ese evento, Ximena miró a cada una. Algo ocurría en aquella mesa; ella, más que nadie ahí, lo sabía. Vio los ojos de Mayha humedecerse y morderse los labios. Estefanía se encontraba recostada de la silla con los brazos cruzados al pecho mirando al mar. Y la menor, Karen, descansó los codos en la mesa, sin despegar los labios de su copa.

Ximena extendió las manos abiertas hacia el centro de la mesa. El movimiento llamó la atención de las demás, que respondieron al pedido silente. Cuando las cuatro estuvieron unidas, escucharon un leve gemido salir de la garganta de la morena.

—Discúlpenme, no fue correcto reaccionar así. Mi compromiso no es algo que deba ocultar —sonrió—. Era ir a ver a mis padres —confesó.

—Eso es importante —señaló Estefanía, acariciándole la mano.

—Chicas, todas tenemos situaciones —comentó Ximena con dulzura, colocando su mano derecha sobre las tres— y, posiblemente, no podamos compartirlo todo —hablaba más por ella que por las demás—. Sin embargo, nos tenemos. Eso es más de lo que otros en este lugar pueden tener —todas asintieron, conformes con sus palabras—. Estamos para todas, no lo olviden.

—En serio, disculpen —insistió Mayha.

—Tranquila.

—Y creo que es hora de una escapada de fin de semana —dijo una de ellas de pronto,

rompiendo el momento tenso—. Decidan, ¿playa, montañas o ciudad?

Para Ximena la idea lejos de animarla, la descolocó; y más todavía, porque venía de la mujer a su lado. Con disimulo apartó la mano para tomar su copa. En instantes, la imagen de la mujer de la que estaba enamorada vestida solo en pijama, compartiendo la misma habitación y tal vez la misma cama sin poder tocarla, la perturbó.

—Bueno, yo estoy algo complicada con mi agenda para una escapada, la verdad —se excusó.

Todas la miraron.

—No hay excusas. Saca un tiempo, Xime. Si no tienes intervenciones o algo grave, puedes hacerlo. Además, sabemos que los fines de semana tu oficina no abre.

Todas asintieron.

—Es cierto, llevamos meses sin irnos de escapada —añadió otra, levantando su copa vacía. Llamó la atención del mesero que se hizo presente en segundos.

—Haremos algo. Buscaré las opciones y ustedes van reservando la fecha. Tenemos nuestro compromiso con nosotras, ya lo saben. Este fin de mes nos iremos juntas. Todos nuestros problemas aquí se quedarán. ¡Vamos a conectar!

Solo una; la cardióloga, no estaba muy animada con la idea.

Capítulo 10

El plan estaba hecho. Aunque una de ellas se ofreció a ver los vuelos y hospedajes, las demás no pudieron resistirse a abrir sus aplicaciones y buscar ahí mismo, en la mesa, las opciones que a todas les conviniera. Y es que así era el Clan, "dicho y hecho".

Decidieron como destino Colombia, específicamente, Medellín. Habían ido hacía solo dos años, pues Estefanía quiso investigar las razones por las que ese país se convirtió en el *top* turístico de moda durante ese año. Y, por supuesto, su Clan se autoinvitó, prometiendo ayudar en lo posible a que el reportaje fuera un éxito. Y así fue, porque no había manera de que Medellín y su gente no las atraparan y las hicieran sentir en una fiesta interminable. Además, con poco presupuesto se podía disfrutar de unas buenas vacaciones en el país sudamericano. Sin obviar su gastronomía y música.

El viaje, en aquella ocasión, duró solo tres días, una escapada en toda norma. En cada mención del viaje salió a relucir que estuvieron poco tiempo y que deseaban, en alguna otra ocasión, ir a una discoteca de ambiente; tema que se sumó a su interés actual.

Las amigas buscaron la aplicación de hospedajes con la ilusión reflejada en cada rostro. Ximena sentía que ya había bebido mucho; era eso lo que le causaba mareos, o la impotencia que abrigaba al verse atrapada en una verdadera encerrona entre sus amigas. También sentía que la mujer con la que se confesó no le ponía las cosas fáciles y eso la envolvió en un estado de incomodidad cuando reservaron los vuelos e incluyeron un Airbnb en las cercanías del Peñol de Guatapé.

Ximena era quien menos opinaba; no obstante, accedió a comprar sus boletos y aportar a la estadía con tal de no crear incomodad entre el grupo, pero no estaba convencida de hacer ese viaje.

Cuando una de ellas mencionó y mostró una hermosa cabaña, a la orilla del lago con vistas al Peñol, las otras enloquecieron. Era un lugar rústico; con jacuzzi incluido en el balcón, tumbonas blancas frente al lago y área para hacer una barbacoa. También ofrecía hamacas y paredes de cristal con vistas a la famosa piedra que le daba nombre al sitio.

Fue justo la mujer a su derecha quien le mostró con emoción y al detalle las imágenes del sitio. A la doctora no le fue indiferente, era un lugar que invitaba al descanso y también a la intimidad. Sin hacer mucho escarceo, ella se fijó en la descripción de la hospedería. "Hospedaje para cuatro. Dos habitaciones, dos camas distribuidas en áreas opuestas de la residencia, apartada una de la otra".

—Es lindo —aceptó con un hilo de voz—. Decidan ustedes —dijo casi entre dientes.

Sus amigas notaron el poco interés que mostró.

—Ximena, si no estás complacida…

—Tranquilas, de verdad la cabaña es linda —interrumpió, y se puso en pie. Ellas la siguieron con la mirada—. Voy al baño. Regresaré en un minuto.

Las chicas se encogieron de hombros y continuaron con la búsqueda de opciones; estudiaron las amenidades, las facilidades, detalles del contrato y lo necesario para no encontrar sorpresas a su llegada. Pero justo, quien planeó todo ese revuelo, llena de preocupación y sin que las otras se percataran, se excusó y la siguió.

—¿En qué estás pensando? —la enfrentó Ximena una vez que la vio aparecer, a través del espejo del tocador.

—¿De qué hablas? —la cuestionó a su vez con el ceño fruncido al notar que la esperaba.

—No has entendido nada, ¿verdad?

—Xime, ¿a qué viene esto?

La doctora se rascó la ceja, abrió la puerta del baño, asegurándose de que no había nadie cerca. Regresó y la cerró a su espalda.

—¿Viste cuantas habitaciones tiene ese lugar? —ella asintió. Ximena levantó dos dedos frente a su cara—. Dos habitaciones, dos camas.

—¿Y qué es lo extraño? Llevamos quince años viajando y siempre ha sido así. Inclusive en alguna ocasión nos hemos quedado en lugares con una sola habitación. Estás ahogándote en un vaso de agua.

—No, no estoy ahogándome. Me ahogaré si… —se llevó las manos a la cabeza en evidente ansiedad—. Antes no me había confesado contigo. Antes no tenía que disimular al dormir contigo porque tú no estabas al tanto de mis sentimientos, pero ahora… ¿Puedes imaginar lo difícil que es esto? —le preguntó con un hilo de voz.

—Xime…, mírame — le pidió, luego la tomó por los brazos, obligándola a verla. Los ojos de la pelinegra reflejaban miedo, mucho miedo—. Me dijiste que querías que todo transcurriera con normalidad entre nosotras. Es lo que intento.

—No es lo mismo verte por un rato durante la semana que pasar varios días y noches a tu lado —explicó—. Necesito un poco de espacio. ¿Lo puedes entender? ¿Cómo se te ocurrió idear un viaje en este momento?

—Xime, lo siento. De verdad no fue mi intensión incomodarte —declaró con sinceridad.

—En serio me gustas. Estoy enamorada de ti —Ximena se estrujó la cara, la ansiedad la carcomía—. Será un martirio. Un verdadero martirio verte a diario.

Ella la miró con la sorpresa reflejada en el rostro. Ximena estaba afectada y ella no sabía que más decir.

Para la mujer, su petición era, ciertamente, un golpe a su orgullo. Podía dormir con cualquier de sus amigas, pero en esta ocasión precisaba ese contacto con Ximena. Lo necesitaba porque no había dejado de pensar en lo que hablaron, en su confesión y requería aclararse. La idea de un viaje juntas rondó por su cabeza hacía días y justo después de lo que pasó en la mesa vio que era la oportunidad.

—¿Entonces no irás? ¿Estás comprometiéndote para luego dejarnos plantadas con alguna excusa?

—No les haría eso —aseguró, caminando hacia el lavabo. Abrió el grifo y metió las manos debajo del chorro de agua.

La otra mujer la vio pulsar el recipiente del jabón y estregarse las manos con ímpetu, tal como si se preparara para entrar a un quirófano.

—Estoy tratando de que nuestra relación se mantenga intacta, Ximena —alegó. La doctora continuó restregando las manos casi con violencia—. No sé de qué otra manera actuar. Dejaste en mis manos la situación —explicó sin que ella la mirara—. Me lanzaste una bomba y ahora estoy quemándome con las llamas. ¿Me escuchas? —viendo que la doctora no levantaba la vista, en un arrebato, ella cerró el grifo, sacó algunas hojas de papel toalla, le tomó las manos y se las secó. Por fin Ximena se irguió, mirándola.

— Tú inventaste todo este revuelo, ahora soy yo quien te va a pedir, es más, a suplicar, que evites dormir conmigo.

Con decisión, Ximena tiró el papel toalla al cesto y salió del baño, dejando a su amiga

descolocada frente al espejo. Ahora fue ella quien cerró los ojos y se estrujó la cara.

***

—¿Todo bien? —inquirió una de las amigas al verla llegar. Ximena se sentó en su lugar y forzó una mirada—. ¿Y…?

—Ya viene, había otra persona en los baños —mintió—. ¿Decidieron por la cabaña?

La ilusión en los rostros la hizo suspirar. Sus chicas estaban contentas con la nueva aventura y todo lo que las hiciera feliz, a ella la complacía, aunque tuviera claro que esas dos semanas transcurrirían en una larga espera. Dos minutos después, sintió en la espalda la cálida mano de su amiga; se encontró con su mirada una vez que tomó asiento y le sonrió.

—Todo estará bien —le susurró mientras las demás finiquitaban la reserva.

Capítulo 11

Los días previos al viaje a Colombia transcurrieron volando según la opinión de Ximena; no así para las otras tres, que veían demasiado lejos el momento cuando subieran al avión que las llevaría a su nueva aventura.

Días antes, Mayha, Karen y Estefanía, se reunieron en la casa de la abogada para hacer el itinerario de Medellín; esa fue la excusa, porque descorcharon una botella de vino que yacía sobre la mesa de centro que había en el balcón de la abogada. Cerca de ellas, un dispositivo electrónico que las ayudara a dirigirse u organizarse.

Hablaron sobre La Comuna 13 y el pueblito Paisa, que eran lugares turísticos obligatorios que ya habían visitado. Esta vez añadieron El Museo, El Castillo y el Jardín Botánico de Medellín; sugerencias de la menor de las tres.

—¿Y de cuándo acá te atrae la naturaleza, Karen? —se interesó Mayha en cuanto ella sugirió la atracción.

—Pensaba en que tomáramos un día de relajación, tendidas en el césped, debajo de árboles, disfrutando del cantar de los pajaritos y la brisa fresca. Llevaremos mantas y algo de picar…

—Si lo permiten —señaló Estefanía.

—Mjm. Incluso, podemos pasar una botella de vino dentro de una mochila —propuso la pediatra.

Las tres levantaron las cejas como aprobación.

—Vi imágenes en internet y llevo pensando en ello hace días. Me gustaría eso, chicas.

—¿Cómo un pasadía romántico?

—Un pasadía romántico sin enamoradas —ellas rieron tras la acotación.

Karen suspiró profundo con la añoranza plasmada en su rostro. Apoyó la cabeza del respaldo del mueble de mimbre. El largo suspiro llamó la atención de las otras, que se miraron entre ellas y fruncieron el entrecejo.

—¿Hay alguien rondando por allí? —le preguntó Estefanía, lanzándole un cojín.

Karen negó con la cabeza.

—No… Solo es un anhelo. ¿No les pasa? —ella se irguió hasta alcanzar la copa que descansaba en el suelo.

Sus amigas, que se encontraban sentadas en los sofás en posición india, tras unos minutos, asintieron.

—Mi hermano me ha preguntado por qué ninguna de nosotras está con alguien. Dice que es extraño, que somos guapas y tenemos libertad en todo sentido. Y lo peor, que ninguna de ustedes le hace caso.

Ambas sonrieron.

—Tu hermano es guapo, mas no entra en nuestro perfil —aclaró Mayha.

—Pero no siempre hemos estado solas —acotó Estefanía.

—No, y tampoco hemos estado comprometidas, ¿entiendes? Ya no somos niñas.

—Cierto, en menos de cuatro años, alcanzaré los cuarenta —se quejó la periodista, levantando la copa.

—Tranquilas, ya llegarán nuestras medias naranjas. Mientras tanto, soportaremos los comentarios.

—Sí, ya lo he escuchado. Que, si somos más que amigas y bla, bla, bla.

—O una secta.

Las tres rieron alzando las copas.

—¿Te imaginas?

La imagen de cierta pelinegra, alta y desgarbada, llegó a la mente de una de ellas; justo cuándo alzaron las copas para brindar.

—La verdad es que adoro estar con ustedes, pero… ya quiero a alguien —se quejó la pediatra, continuando con su línea de pensamiento.

—Ni siquiera Xime anda activa en estos días —señaló Mayha.

—¡Semanas! —aclaró Estefanía—. Por cierto, ¿notan a Ximena algo… extraña?

—Es bueno que no esté aquí para hablar de ella —bromeó Mayha.

Las carcajadas de las otras le hicieron coro.

—Iba a comentarles eso. No está tan ilusionada con este viaje. ¿Creen que algo le pasa?

—Es difícil saberlo. Ella no nos cuenta todo y menos de índole profesional.

—En eso es comedida. Cuando la llamé en la mañana para vernos hoy me puso todo tipo de excusas. Esa no es nuestra chica.

—Sabía que hoy tenía un adiestramiento, yo lo tomé el lunes —señaló Karen—. Ahora, por ley, debemos introducir la información de los pacientes a un portal. Toma tiempo y los cambios al proceso son complicados.

Las tres se mantuvieron un rato en silencio, con la vista fija en el mar.

—Ximena está distraída y lo que me preocupa no es que esté cargada de trabajo. La oficina le consume tiempo, pero es algo… personal. Estoy segura.

—Bueno, como ella mismo dijo hace unos días, todas tenemos algo que nos preocupa. O nos tiene distraídas, así que no le demos mucho color a lo que le ocurre a nuestra flaca. Ya nos contará.

—Esperemos que una vez aborde el avión, amplíe su visión de unas vacaciones de relajación.

***

Y así, entre especulaciones, anhelos y un poco de resistencia, llegó el jueves; día que las amigas partirían hacia el vecino país.

—No, no contesta —anunció Mayha con ansiedad, mostrando la pantalla del celular a sus amigas que, preocupadas, miraban una y otra vez sus relojes.

Estefanía se quitó las gafas oscuras, prestando atención a la entrada del aeropuerto de San Juan. Ximena no había llegado; avisó que estaba retrasada, que no la recogieran en el apartamento, pero desde eso transcurrieron cuarenta minutos y el vuelo partiría en una hora.

—Bueno, vamos adelantando el registro. Luego la fila para el control será más larga.

—¿Creen que llegue?

—No nos haría esto —respondió la mujer que, desde semanas antes, no apartaba la imagen de Ximena de su cabeza. A pesar de que después de la confesión notó cómo se distanciaba emocionalmente no solo de ella, sino también del Clan.

Cuando se le ocurrió ese viaje tuvo una doble intención. Ante todas, y la más real, era tratar de descubrir la razón por la que no podía apartar a la doctora Ávila de su cabeza. En cada ocasión que se vieron, descubría en su amiga algo que le atraía, pero que antes jamás notó. Sus largas piernas, su cabello brilloso, sus dedos, su olor. Y eso la mantenía en una lucha interna contra sus sentimientos. Porque la confusión traía malentendidos y ella no imaginaba su vida sin la Cardióloga, sin su amiga.

El Clan obtuvo sus tarjetas de embarque y etiquetas para las maletas en las máquinas de Check-In en el aeropuerto. Todas, con equipaje de mano, no tuvieron que hacer la fila de registro. El reloj corría; las mujeres avanzaron hacia el área de control, pero Ximena no aparecía y tampoco contestaba las llamadas de ninguna.

La ansiedad se estaba convirtiendo en un creciente malestar entre El Clan, que ni siquiera se percataron de que eran el foco de atención de muchos hombres a su alrededor.

—Si al menos respondiera o enviara algún mensaje —se quejó Estefanía tras un suspiro ansioso.

—De verdad que Ximena a veces no se deja entender —añadió Karen.

—Se los dije, ella no quería venir.

—Pero el compromiso con nosotras… —negó una de ellas con la cabeza y gesticuló visiblemente molesta—. Olvidémonos de ella, de verdad no puede ser que empecemos mal por su imprudencia.

—¡Cálmate! Algo importante debe ocurrir. Xime nunca nos dejaría así.

—Ximena es otra, ¿entiendes? Siempre ha sido rebelde, pero ¿esto? —reclamó la mujer con incredulidad.

Después de pasar los controles, esperaron en silencio en la sala, cada una mirando su celular, aunque sin comentar nada más.

***

Como una quinceañera, Ximena se pasó la noche anterior divagando en los pro y contras de hacer ese viaje. Se reprendió por no negarse a asistir desde el principio. Admitir que la ansiedad por lo desconocido, la descolocaba; al igual que el miedo a cometer una imprudencia, la sobrepasaba. Pero a la vez pensaba en ellas. En la ilusión en sus rostros cada vez que mencionaron el viaje, en la necesidad de compartir, de relajarse y de olvidar los problemas con los que cada una lidiaba día a día. Tenía que admitir que ellas estaban incompletas si una faltaba.

No, no podía hacerles eso. Así que, tragándose los miedos, con parsimonia, sacó su pequeña maleta, la tendió sobre la cama y comenzó a empacar. Y mientras lo hacía, una sonrisa curvó sus labios. Estar enamorada es una locura. Temía y, a la vez, deseaba ver a la mujer de su vida.

El sonido de su celular la sacó de sus pensamientos. Lo buscó debajo de la ropa tirada sobre la cama, chistó al ver el nombre mostrado en la pantalla.

“No puede ser”, pensó.

Después de terminar, se sentó en la cama, abrumada; metió los dedos entre sus cabellos y se estrujó la cara. Acto seguido, se levantó, agarró su cartera, las llaves y salió del apartamento.

Capítulo 12

—¡Vamos! Ya están abordando, ¿qué haces? —quiso saber Estefanía al ver a su Mayha caminando de un lado a otro entre los bancos, con el celular en la mano.

—Intentándolo de nuevo —respondió ella—. No puedo creer esto. Algo tiene que haber ocurrido.

Estefanía bufó con el rostro encendido.

—Créeme, si en realidad algo pasara, ya lo supiéramos. Simplemente nos plantó. Por primera vez en quince años. Es que me va a escuchar.

El bullicio en la sala de espera, los continuos avisos a través de los altoparlantes, anunciaba el proceso de abordaje.

—Grupo 1… Grupo 2 —resonó en la sala y más allá.

Y como si el grupo de amigas no tuviera ya más presión, también, y con insistencia, llamaban a los pasajeros que aún no se presentaban en sala. El nombre de Ximena Ávila fue repetido en alguna ocasión y ellas cruzaron miradas cada vez que lo escucharon.

Karen, que se hallaba sentada en un banco, bebía un trago que adquirió en uno de los concesionarios del aeropuerto. De hecho, ya era el segundo que bebía, a pesar del corto tiempo que llevaban en espera. La ansiedad y la presión en su pecho no la dejaban estar tranquila. ¿Qué había ocurrido con su amiga? ¿Qué?

Las amigas viajaban en clase ejecutiva, tenían prioridad para abordar, sin embargo, ya los grupos de clase turística hacían la fila para ingresar al avión y ellas permanecían en la sala de espera.

—Vamos, chicas, de verdad ya no va a llegar —insistió Estefanía.

Cabizbajas, las tres amigas se convencieron de que era poco probable que Ximena apareciera, ella no era impuntual. Si no se había presentado, ya no lo haría. Caminaron una detrás de la otra hasta ingresar al avión.

El pecho le dolía a una más que a las otras porque se culpaba y, a la vez, porque estaba decepcionada. Ximena pudo haberle confesado que no se sentía a gusto; pudo haberlo hecho como le confesó su amor. Recordar que sus ojos transmitían tanto temor, al decirle que la amaba, la hizo negar con la cabeza. Hablarle, tal vez solo enviarle un mensaje, les hubiera ahorrado el mal momento que ahora las tres estaban pasando.

Tras colocar sus pertenencias en el portaequipaje, ella miró la butaca vacía que se suponía ocuparía Ximena. Vio a sus amigas ocupar los asientos del pasillo contrario. Una vez acomodadas, ella salió de su espacio.

—Iré al baño antes que despeguemos —les anunció.

—Aprovecha, una vez que cierren las puertas, no te dejarán levantarte.

Ella avanzó hacia el centro de la nave, empujó la puerta del pequeño espacio y se encerró. Una vez dentro, suspiró profundo; sentía los ojos arderle. Sacó de su abrigo su celular y volvió a marcar. Ximena tenía que darle una explicación. Tras cinco timbrazos, el mensaje del correo de voz la hizo colgar. Después de aspirar varias veces frente al espejo, mientras se lavaba las manos, haló la puerta y salió, tropezando de frente con la mujer de cabello negro.

La impresión al ver a Ximena, despeinada y un poco sofocada la paralizó. Las miradas se encontraron y las lágrimas que pugnaban por salir, cedieron. Ella estaba de verdad preocupada. Por un impulso, se colgó de los hombros de Ximena, a quien le faltaba el aire porque corrió todo

el aeropuerto hasta llegar a su puerta de embarque. No fue la última en abordar, pero en su interior sentía que perdería el vuelo. Ahora, sintiendo a su amiga entre sus brazos, admitió que valió la pena.

Ximena respondió al abrazo de su amiga con fuerza; ambas eran protagonistas en medio del avión. Las otras amigas buscaron el motivo para el revuelo y en lugar de molestarse, sonrieron. Ya estaban completas.

—Señoritas, deben ocupar sus asientos —le informó una azafata, señalando el pasillo.

—Claro…, disculpe.

Ximena se dejó dirigir; la mano de su amiga apretó la suya con fuerza y la haló hasta su lugar. Una vez llegaron a sus butacas, la recién llegada extendió la mano para saludar a sus chicas, que le hicieron señas con los puños.

—Ya les explicaré —fue lo último que dijo antes de sentarse en el asiento de la ventanilla.

Después de colocarse el cinturón de seguridad y acomodarse ante la mirada atenta de la otra mujer, ella cerró los ojos y trató de calmar su respiración.

—¿Corriste mucho? —le preguntó la mujer que amaba a la vez que le acomodaba los cabellos.

—Demasiado —respondió entre jadeos. Transpiraba.

—¿Tu equipaje?

—No traigo, se tienen que sortear sus ropas.

Las tres, al escucharla, abrieron las bocas por la sorpresa.

—¿Qué pasó, Ximena? ¿Por qué no avisaste? ¿Tienes idea de cómo estábamos de preocupadas? —le preguntó con cierto aire de reclamo una de ellas.

—Tiene una buena excusa, no la atosigues —la defendió otra.

—Acabo de llegar del hospital. Anoche tuve una complicación con un paciente, estaba infartando. Solo alcancé a tomar una ducha corta y ponerme el cambio de ropa que siempre dejo en la oficina. Si iba por el equipaje, no llegaba. Y mi celular también se quedó sobre la cama. La llamada del hospital me tomó desprevenida. Por eso no les avisé.

—¡Dios! ¿Y cómo…?

—Está estable —respondió, refiriéndose al paciente—. Estuve toda la noche pendiente a su cuidado. De hecho, un colega se quedó a cargo. De verdad lo siento, chicas, no pude hacer más. Creía que no llegaba. Gracias a que el pasaporte ya estaba en mi cartera, fue que pude llegar a tiempo.

—¡Wow! Y nosotras arrancándote la piel.

Todas rieron.

—No quiero ver el celular. Debe haber unas mil llamadas perdidas —dijo pegando la cabeza al respaldo.

—Hay algunas.

—Ustedes son muy tóxicas.

Todas rieron, luego se enderezaron en sus asientos en cuanto el avión comenzó a correr en medio de la pista.

Ximena cerró los ojos; la realidad era que estaba agotada. No obstante, perdería mil veces el sueño, correría otros miles de millas por el aeropuerto, si eso le aseguraba que sentiría el calor de la mano de la mujer a su lado al tomar la suya. Abrió los ojos despacio, se encontró con la mirada profunda que la enloquecía. Esta vez los ojos le transmitían algo que se le imposibilitó descubrir, pero que hizo que su corazón se saltara más de un latido.

—Creí que no vendrías —le dijo la otra mujer con un hilo de voz.
Ximena fijó la mirada en sus ojos, tragó al verla tan cerca.
—Yo también —respondió en un susurro.

Capítulo 13

El vuelo fue tranquilo; en menos de tres horas ya el avión aterrizaba en el aeropuerto José María Córdoba de Medellín, Colombia.

Ximena durmió gran parte del vuelo. La mujer a su lado, viéndola algo incómoda, la animó a recostarse de su hombro y también cerró sus ojos, disfrutando del aroma de su cabello. A sus amigas, no le extrañó ver la escena, a fin de cuentas, siempre estaban unas encima de las otras; sabían lo cansada que salía la doctora después de una guardia y más, la pasión que ella sentía por sus pacientes.

Una vez que empezaron los avisos de aterrizaje, Ximena se removió al sentir la mano de su amiga cubrir la suya.

Para la otra mujer, que Ximena se removiera sobre su hombro, o rozara por accidente los labios en su piel, provocó un escalofrío en su cuerpo que sí le extrañó.

Después de desperezarse con las burlas del Clan de fondo, Ximena sintió que había recuperado el ánimo.

—¡Qué vuelo veloz!

—Dormiste todo el viaje —le dijo ella.

Ximena sonrió cuando se pusieron en pie para comenzar el desembarque. Caminaron hacia la salida del aeropuerto bromeando sobre lo sucedido en Puerto Rico y las posibilidades de que la amistad entre las cuatro hubiese llegado a su fin si, ciertamente, Ximena no hubiese asistido al viaje por cualquier otra razón.

Tras hacer el proceso de registro a pasajeros extranjeros, ellas se dirigieron al área de transporte.

—Traté de contactar a un conocido para que nos recogiera, pero estaba ocupado —comentó Karen con pesar.

—Bueno, veamos quién nos da confianza —dijo la abogada una vez que llegaron a la puerta de salida.

—Voy por café, aún no despierto —anunció Ximena—. Es imperdonable no tomar un café colombiano.

—¡Quiero! —exclamó Mayha, a quien se le unió Estefanía.

—Te acompañaré, ustedes busquen un taxi.

Karen se colgó del brazo de Ximena; juntas, caminaron hacia la cafetería que tenían a la vista. Ordenaron la bebida y cuatro bollitos de queso. Diez minutos después de hacer su pedido regresaron con las chicas, quienes ya estaban acompañadas por una mujer que vestía un jean ajustado y una camiseta amarilla sobre la que mostraba un chaleco de una compañía de trasporte. La mujer era atractiva y le sonrió con cierta picardía a las otras dos.

—¡Madre mía, mira eso! —exclamó Karen mientras se acercaban.

A las chicas no les quedó duda de que la taxista escuchó a Karen; el sonrojo la delató, pero esta no se inmutó. Continuó con la coquetería una vez que se dirigían hacia el vehículo amarillo. La taxista, siendo tan cortés y amable que era, tomó los equipajes para subirlos al maletero de su auto con la ayuda de Ximena.

Karen subió al asiento del copiloto y las otras, a los posteriores mientras la amable taxista mantenía la puerta abierta a la espera que se acomodaran.

—¿Boricuas? —les preguntó con verdadera curiosidad.

—Sí —contestó una de ellas—. Espero no hayas tenido una mala experiencia antes.

La taxista negó en rotundo con la cabeza.

—Para nada. Me encanta la gente de Puerto Rico. Su acento es único. Es un placer tenerles acá. ¿Qué tal el vuelo? —preguntó con un tono cordial.

—Muy bueno —respondió Ximena,

—Claro, dormiste las tres horas —acotó una de ellas.

—¡Aaah ya! Ella es quien casi no llega —bromeó la rubia taxista.

Fue evidente que mientras ellas fueron por los cafés, sus amigas le habían hablado a la taxista sobre la aventura del día.

Una vez que la taxista se incorporó a la avenida, miró a través del retrovisor y le guiñó un ojo a una de ellas.

—Vaya, ya estás informada y ni siquiera sé tu nombre —dijo Ximena.

—Andrea —se presentó la taxista con ese inigualable acento que le encantaba a todas—. A sus órdenes.

Ximena fingió un estremecimiento al escucharla y las demás se rieron.

—Ayyy, Andreita… —se burló Mayha al ver la reacción de su amiga.

La taxista sonrió sin apartar la mirada del retrovisor. El radar estaba en funcionamiento.

—¿Son parejas? —preguntó Andrea, una vez que entraron en confianza.

—¡No! —exclamaron a coro tres de ellas.

—Nos amamos mucho para enredarnos entre nosotras —aclaró una con más calma.

Andrea rio sin quitar la mirada de una de ellas que, evidentemente, respondía a su insistente atención. La dinámica dentro del vehículo alivianó lo pesado del comienzo de aquella escapada. La taxista las complació poniendo música de Vallenato; disfrutó del trayecto viendo a las amigas moverse al ritmo de la música.

Al llegar al centro de la ciudad, Ximena frunció el entrecejo cuando la taxista se detuvo frente un centro comercial.

—Este es el más completo —anunció, bajándose del auto, lo rodeó y abrió las puertas de los pasajeros.

Ximena cuestionó la razón para detenerse. Vio a Mayha abrir las manos.

—Es doctora, pero está loca, literal —aseguró.

Andrea se recostó del capó, observando la dinámica entre ellas.

Ximena las miró a cada una cuando la razón para ello se abrió paso en su mente. Las amigas habían pedido ir a un centro comercial para que comprara sus efectos personales, esos que dejó en su apartamento.

—¡Son las mejores! —exclamó antes de encaminarse hacia la entrada del centro comercial.

Una de las chicas, con evidente interés, se acercó a Andrea con la excusa de intercambiar sus números de teléfono para encontrarse a la salida; sin embargo, esta notó con desilusión que la atención de Andrea estaba puesta en otra de las mujeres del Clan.

—Bueno, bonita, no tardaremos —le anunció—. Aunque yo no sea tu crush del día, ¿nos esperas?

Andrea sonrió.

—Por supuesto, aquí estaré —le aseguró, recostándose del auto.

Cuando se unió al grupo, ellas la vieron ponerse la mano en el pecho con un gesto dramático de tener el corazón roto.

—¡¿Qué te pasa?! —le preguntaron las otras a coro.

—No soy yo a quien ama —se quejó. Las otras abrieron los ojos con curiosidad—. Es a ti, odiosa mujer —dijo, señalando a una de sus amigas y le golpeó el hombro.

Tres pares de ojos se posaron en quien abrió las manos con un gesto de inocencia.

—No he hecho nada. Solo… sonreír —se defendió.

—¡Ya! Estamos entendiendo. La mataste con los hoyuelos —ella le señaló las mejillas, levantando las cejas con coquetería.

Media hora después, tras hacerse de algunos efectos personales y ropa interior, se encontraron con la hermosa taxista, que en ese momento conversaba con otros colegas a las afueras del centro comercial. De inmediato, ella las alcanzó para ayudarlas con los paquetes.

—¿Van a su hospedaje? —les preguntó mientras se acercaban al taxi.

—Nos queda una hora antes de encontrarnos con el anfitrión —respondió Estefanía mirando su reloj.

—¿Desean comer algo? —ofreció Andrea con amabilidad, una vez que ocupó el asiento del conductor—. Puedo llevarlas al mejor restaurante típico de la zona. Se los aseguro.

—Sí, por favor. Necesito una empanada.

—Serán las mejores que hayan degustado —les aseguró la rubia taxista.

—Si es así, te contrato para toda la estadía.

—Encantadísima de servirles —respondió, devolviendo la mirada a su foco de atención, que esta vez se sonrojó cuando otra de las chicas le dio un codazo.

Andrea detuvo el auto frente a un colorido restaurante, de balcón al aire libre y mesas con manteles a cuadros. Las sillas estaban pintadas con los colores típicos de la bandera de Colombia. A las amigas les encantó la vista del lugar.

—Es el restaurante de unos amigos. Obviamente, las traigo aquí porque conozco el servicio. Espero no defraudarlas —dijo antes de bajar del auto.

Andrea, como de costumbre, les abrió las puertas a sus clientas. Las chicas la vieron quitarse el chaleco del uniforme de taxista y más de una suspiró al ver en todo su esplendor el increíble cuerpo de la mujer que las guio a la entrada del lugar.

Una pareja de ancianos abrazó con efusividad a Andrea, y esta les presentó a las amigas del Clan y les pidió que las atendieran con esmero.

Las amigas decidieron sentarse en el salón. Andrea desapareció dentro del restaurante; mientras una mesera las atendió con amabilidad después de dejar una jarra con agua y cuatro vasos en el centro de la mesa.

—Me encanta este lugar —comentó Karen, mirando a su alrededor.

—Sí, Andrea hará lo inimaginable para agradar al grupo.

—¡Claro! Tiene más de un interés, y no solo económico.

—Ya, dejen el tema, ella solo está haciendo su trabajo y siendo amable —intervino quién era el centro de atención de la taxista.

—No nos quejamos. De hecho, creo que es ideal que sea nuestro guía. Siempre que ponga su atención en la calle y no en ti.

—Si hubiese sido otra el centro de atención, no tendríamos esta conversación —se quejó.

—Es evidente que la prendaste.

—¡Bah! Cada día habrá una turista que le agrade.

—Y si no fuera así, ¿le prestarías atención? —le preguntó Ximena con evidente incomodidad.

Ellas se quedaron mirándola fijo, y Ximena se recostó del respaldo de la silla. Las otras dos

ignoraban que presenciaban una escena de celos entre la pareja de amigas.

—Voy al baño —fue la respuesta de la aludida. Se puso en pie después de taladrar a la doctora con la mirada—. Solo deseo una empanada de carne con aguacate y una cerveza, por favor —pidió sin apartar la vista de la doctora.

Ximena vio que una de las chicas frunció el entrecejo y la miró por encima de la carta. Ella la ignoró, prestando atención al menú.

—No me digas que también te gusta la taxista —dijo una de las chicas.

—¡Qué va!

—Pues, qué bueno, porque a nuestra amiga parece que Andrea no le es indiferente —añadió, dirigiendo la mirada hacia el interior del local.

Dentro del restaurante, y recostada de la barra, estaba la rubia, muy sonriente, conversando con la miembro del Clan que acababa de excusarse para ir al baño; y en la terraza del restaurante, una pelinegra suspiró profundo buscando calma a la inminente reacción de su cuerpo.

Capítulo 14

Las amigas llegaron al hospedaje pasadas las seis de la tarde. Todavía la luz del sol brillaba, lo que les permitió disfrutar del trayecto hacia Guatapé; calles angostas, rodeadas de campo y mucho verdor. En las orillas de las calles los vendedores de mangostinos, una fruta que más de una adoró, ofrecían sus frutas a todos con una amable sonrisa. Los negocios de verduras, frutas y flores añadían color y vida. De entrada, supieron que se alojarían en un lugar paradisíaco; sobre todo, para cuatro mujeres que vivían en la ciudad.

Después de cenar en el restaurante que les recomendó Andrea, fueron a hacer compras y, de ahí, a la cabaña. Todas estaban cansadas; en especial Ximena, quien, a pesar del cansancio, se maravilló con la estructura donde pasarían algunos días. Al llegar, las cuatro soltaron los paquetes y se dispusieron a recorrer el lugar.

Mayha gritó emocionada al encontrar una cama colgante de malla catamarán en una de las terrazas elevadas de la propiedad. Justo al lado, colgaba una hamaca que Ximena ocupó. Todo el espacio tenía vista al lago. Estefanía y Karen decidieron colocar las botellas de vino en el refrigerador y sacar las compras para luego ir al muelle y pasar parte de la noche ahí, contemplando el cielo despejado.

El mal momento, o el sentimiento que experimentó Ximena en el restaurante, fue disipándose a medida que la tarde transcurría. Horas antes, mientras recorrían los pasillos del supermercado, la mujer de la que estaba enamorada se colgó de su espalda, haciendo que Ximena la cargara; acción que imitaron las otras dos del grupo. Parecían niñas que jamás habían salido de sus casas. El malestar de horas antes era, en ese instante, cosa del pasado.

La cabaña era tal como se describía en la aplicación de reserva. El lugar ofrecía tranquilidad y comodidad en un área segura y alejada de todo, rodeada de vegetación y el trinar de las aves, enclavada en una montaña de paredes revestidas de bambúes, con ventanales de cristal, de las que colgaban largas cortinas blancas que se batían al compás de la brisa.

Después de curiosear por todo el espacio y platicar un rato en la terraza que Mayha ya había adoptado para sí, tomaron las dos botellas de vino ya frías, cuatro copas y se dirigieron emocionadas hacia el muelle, que quedaba a pocos metros de la estancia. Una vez bajaron las escaleras de madera, se encontraron con un acogedor espacio con cuatro tumbonas rústicas, revestidas con almohadones de color naranja. Por lo poco que habían observado, les esperaba unos maravillosos días de sosiego.

—Admito que no estaba ilusionada con este viaje —comentó la doctora, disfrutando de la vista al lago, las otras la miraron con atención—. Sin embargo, me alegra que lo hayan planeado. Siempre es bueno conectar con la naturaleza. Y con ustedes —hizo una pausa y alzó la copa; con el brazo izquierdo abrazó a Karen—, que son parte esencial de mi vida.

Ximena sintió que se le formó un nudo en la garganta cuando todas se abrazaron. Amaba a esas mujeres y sabía que el cariño era recíproco. La menor del grupo, Karen, besó su cabeza. El pecho se le infló de emoción al sentir que contaba con ellas para lo que fuera. Aunque tuviera un secreto que sabía removería los cimientos de dos de sus amigas.

Ximena se sentía un poco mareada; deseaba disfrutar de la ocasión sin el temor de cometer una imprudencia. También necesitaba sacarse de la cabeza la presencia de Andrea; la taxista que verían al día siguiente, pues, Mayha decidió contratarla para que fuera su transporte durante los días que pasarían en Medellín. La cercanía con la mujer que amaba era cada vez más tangible;

era como si no pudiera separarse de ella. Su piel se erizaba con cada roce por más inocente que fuera. Sin embargo, era difícil que el tema de la sexy taxista no saliera a colación entre el grupo y eso la incomodaba. Debía luchar por no dejar salir sus celos y su malestar. Andrea se fijó casi desde el principio en su amiga, en la mujer que ella amaba y no dudó en dejarlo saber.

—La verdad es que, si se hubiera fijado en mí, no me hubiese temblado el pulso —declaró una de ellas, recostada de la madera—. Total, ¿qué probabilidades habría de volver a verla?

—Tú no eres de juegos, no te hagas.

—No, pero es claro que es poco probable que tenga algo formal con alguien que acabo de conocer, que vive a miles de kilómetros de distancia y que cada día conoce a decenas de personas por su profesión.

—Claro, no es cuestión de amor.

—¡Es Sexo! —gritaron las demás y rieron.

Muchas veces, durante la noche, Ximena sorprendió a su amiga mirándola mientras hablaban. Su corazón se saltaba más de un latido al notarlo. La otra mujer desviaba la mirada en cuanto se veía descubierta; las mejillas se le sonrojaban, detalle que para Ximena era adorable, pero también, motivo de confusión.

Poco a poco, las botellas de vino fueron disminuyendo, y los temas de conversación. Mayha, quien menos bebía, estaba al pendiente de las otras y las animaba a irse a descansar. Se sentía cansada y preocupada; tenía algunos malestares que no les comunicó a las demás. No quería de ningún modo preocuparlas. Y, aunque la cabaña quedaba a solo metros del muelle, su instinto protector le decía que un mal paso en aquel terreno inestable podría echar a perder sus vacaciones. Así que una vez que se pusieron en camino, se tomaron de las manos.

Mayha dirigió a Karen y a Estefanía, que sostenía a Ximena, a quien más efecto le había hecho el alcohol. El camino oscuro e inestable era peligroso.

—Recuerden sugerir en la reseña de la aplicación que deben iluminar el sendero. Las farolas no son suficientes para iluminar el camino.

Para colmo, por las prisas por disfrutar del lago, olvidaron encender las luces de la cabaña. La oscuridad era casi palpable. Subieron las escaleras de madera riendo, tanteando cada paso y agarrándose entre ellas. A pesar de que Mayha era quien más alerta estaba, no se salvó de dar un mal paso al tropezar con los equipajes que yacían en medio de la entrada; cayó de rodillas, aunque sus carcajadas le quitaron importancia a la caída. Después de encontrar donde encender la luz, asegurarse que la abogada estaba bien, reír como locas por la caída, fue el momento de localizar las habitaciones, pues necesitaban descansar.

Ximena se arrastró por la sala hasta recostarse del mueble; a ella se unió otra. Esperaban que las restantes se ducharan. Nadie dijo con quién prefería dormir. Y se debía a que nunca ese tema se evaluó en ningún momento. Era lógico, era normal que durmieran juntas, las cuatro, o dos y dos, sin preferencias, aunque bromearan entre sí por los ronquidos o por quien se movía menos. Pero, en esta ocasión, el corazón de Ximena latía desbocado ante la incertidumbre.

La mujer que la acompañaba en la sala abrió su equipaje para ofrecerle algo para dormir. Después de un rato, una de las otras amigas avisó que ya había terminado, que la ducha estaba disponible y que se iría a dormir. Para sorpresa de Ximena, su amiga se levantó como un bólido y se dirigió a la habitación. Ella cerró los ojos muy fuertes; todo su ser se estremeció cuando minutos después, la mujer que amaba apareció en la sala. Vestía un conjunto de bóxer de seda y camisón de tirillas.

La pelinegra no pudo evitar recorrer con la vista el cuerpo de su amiga sin disimulo, acción

que erizó la piel de la susodicha.

—Ya estoy lista —anunció, sin sorprenderle ver con quién le tocaría dormir.

Se sonrieron con timidez bajo una especie de conformismo. La chica caminó hacia Ximena y se sentó en el mueble frente a ella, sin apartar la mirada.

—Puedo pedir dormir en la otra habitación —ofreció a media voz.

—Es lo ideal, pero sería un poco obvio para ellas. Sospecharían que algo pasa. Pensaré que esto es el destino. Parece que probará mi fortaleza —su amiga alzó las cejas y sonrió—. Además, estoy agotada, soy inofensiva. Me comportaré —le aseguró con una sonrisa de medio lado que lejos estaba de sentir.

Capítulo 15

Ximena jamás se había tardado tanto duchándose; de hecho, en el grupo mantenía el récord de velocidad cada vez que entraba al baño. Pero, en esta ocasión, los deseos de salir de ese lugar seguro, de esas cuatro paredes, se desvanecieron. En su pecho, durante el día, mantuvo la esperanza de que la mujer con la que compartiría habitación y cama no fuera quien ya ocupaba la mitad del colchón.

Sabía que no pasaría nada; jamás animaría ni forzaría algo con ninguna mujer, pero su temor consistía en cómo lograr que su respiración se normalizara estando a su lado; cómo descansar, si temía que en algún momento de la noche sus piernas se rozaran, cómo evitar que el olor que desprendía su piel la embriagaría. Además, cómo manejar los sentimientos.

Durante la tarde, y parte del viaje, su amiga estuvo atenta, cariñosa, pero eso no significaba nada. Sonrió al recordar que, incluso, subió a su espalda en plan juguetón, a pesar de su actitud chocante en el restaurante. Ese comportamiento era una de las cosas que amaba de su amiga. Su sencillez, su carisma, lo fácil que se recomponía de un mal momento.

Lo que sí Ximena tenía claro era que no había ninguna deidad en el universo que la protegiera. Porque pidió al cielo, a todos los santos y a la mujer que amaba, que no tuvieran que dormir juntas en ese viaje, y como una gran broma del destino, ahora se arrugaba en la ducha por retrasar el momento de acostarse a su lado.

—Ayúdame Dios, sé que existes, protégeme y libérame —rogó.

Al fin, con parsimonia y calculando que ya ella debía estar dormida salió de la ducha. Su amiga le proveyó una camisilla larga que, en conjunto con el bóxer femenino que compró en la tarde, no la hacían lucir para nada sexy.

¿Y quién está pensando en lucir atractiva, Ximena Ávila?, se reclamó.

Después de peinarse los cabellos con los dedos y lavarse la boca, salió del baño. La claridad de la luz al abrir la puerta iluminó el espacio ocupado en la cama. Ximena cerró la puerta y caminó de puntillas hasta llegar a la cama. Su amiga estaba acostada boca arriba, con los brazos sobre la cabeza y los ojos cerrados. Ella pudo ver que al menos se cubrió el pecho con la sábana; agradeció el detalle. Cuidando no despertarla se acomodó a su lado; de inmediato, percibió el olor característico de la mujer. Cerró los ojos para alertar sus sentidos, para embriagarse al menos con su aroma.

—Si hubiese sabido que te costaría tanto dormir a mi lado, te juro que me habría mudado al sofá —le dijo su amiga en voz baja.

Ximena giró la cabeza; se encontró con la mirada con la que soñaba desde hacía tanto. Sin analizarlo mucho, ambas se giraron sobre sus cuerpos, quedando de frente. La doctora metió las manos debajo de la almohada y descansó la cabeza sobre ella.

Un ligero reflejo de luz iluminaba el rostro de su amada.

—Lo siento. De verdad siento que esto sea tan incómodo —dijo sin dejar de mirar sus ojos.

—No tengo temor, Xime. Confío en ti y no quiero que eso que sientes —le tocó el pecho— sea un motivo para que nos alejemos.

—Es difícil imaginarte con alguien y mantener mis sentimientos escondidos, es complicado.

Ximena sacó una de sus manos de debajo de la almohada y tomó la que ella posaba en su pecho. La apretó fuerte; después de tragar, la acercó a su boca. Sintió que ella se estremeció cuando posó los labios en su piel, pero no quiso darle importancia.

—Tampoco quiero que la pases mal. Esto es solo mío y no tienes responsabilidad en ello —susurró. Su corazón saltó un latido porque imaginó que ella miraba su boca; después casi se le detiene cuando le soltó la mano para tocar sus labios.

Ximena sintió desfallecer al sentir la suave caricia.

—¿Por qué no intentamos que el tiempo pase, que las cosas transcurran, Xime? Hoy, cuando no llegabas, me sentí desfallecer imaginando que era yo la razón para que sabotearas este viaje.

—No iba a venir —confesó. Se puso boca arriba llevando la delicada mano de su amiga a su pecho—. Lo decidí en la noche, horas antes de partir. Temí cometer una locura si te veía con alguien —rio—. Por lo usual, todas tenemos una conquista en cada viaje y…

—No lo iba a hacer —la interrumpió—. Este viaje es solo nuestro. Además, también te quiero. Eres mi amiga, mi gran amiga y no te lastimaría. Mucho menos, sabiendo lo que sientes por mí.

Esas palabras calaron en la psiquis de la doctora; una amiga, así la veía, como su “gran amiga”. Una profunda tristeza se anidó en su corazón.

—Gracias —susurró. De nuevo le dejó un beso en la mano antes de voltearse de espalda y cerrar los ojos para tratar de dormir.

La otra mujer se quedó mirando la espalda firme de Ximena, su cabello negro sobre la almohada; quiso acariciarlo, tomar los rebeldes rizos y llevarlos a los labios. Pero su deseo quedó en intensión, jamás le haría daño. Cuidaría de esa amistad, aunque desde que ella le confesó su amor no dejaba de imaginar sus labios sobre los suyos. Se llevó las manos a la boca y tragó profundo, tratando de disolver el nudo que tenía en la garganta; ese deseo animal que de pronto sentía por la mujer a su lado.

—Buenas noches, Xime —se despidió con un susurro.

Ximena abrió los ojos al escucharla, aunque no respondió. La sintió girarse y entonces soltó el aire que contenía en el pecho.

Contrario a lo que ambas creyeron, el agotamiento del día las venció. Cada una tenía motivos para dudar que dormirían bien. El temor de Ximena se hizo palpable cerca del amanecer cuando se removió en la cama y sintió el calor del brazo de su amiga que descansaba sobre su cintura. Ella sonrió y negó con la cabeza. Colocó su mano sobre el delgado brazo y acariciándolo, volvió a dormirse.

Capítulo 16

Las amigas decidieron tomar el desayuno sentadas en las tumbonas frente al lago. La tarde anterior compraron empanadas que recalentaron en compañía de un café y un poco de jugo de naranja. Sentadas al aire libre, disfrutaban de la vista que les regalaba la Piedra de Guatapé. Se maravillaron al observar el movimiento de los turistas tan temprano en la mañana, el ir y venir de las decenas de camionetas de turismo. Esa atracción sería la última en visitar ese día, una vez que regresaran de la ciudad.

La llamada de Andrea, que ya estaba aparcada frente a la cabaña, las animó a moverse de las tumbonas para comenzar el día.

—Ya que tienes confianza con Andrea —le dijo una de las chicas a la compañera de cuarto de Ximena—, solicítale pasar por una casa de cambio.

—Cierto, debemos cambiar dinero y de paso, comprar algún dulce —dijo Karen—. De hecho, transitaremos por Los Altos de Chocho, allí venden unos buñuelos con chocolate caliente imposibles de dejar pasar.

—¿En serio tienes hambre? Acabas de comer —acotó Mayha.

—Estamos en Colombia, debo comer de todo —le respondió con ánimo, subiendo los escalones a la propiedad.

Las risas de las chicas al salir de la cabaña alertaron a Andrea de que ya estaban por subir al auto. Ella, solícita, abrió la puerta del pasajero en cuanto divisó a la mujer que le atraía. Ximena clavó los ojos en su amiga, que le hizo un gesto de sorpresa y subió al asiento posterior. La cardióloga, para desilusión de la rubia colombiana, ocupó el asiento del pasajero.

Para Andrea, la acción de Ximena no pasó desapercibida, por lo que levantó las cejas una vez que rodeó el auto. ¿El destino? El jardín botánico de Medellín, La plaza Botero y como destino final, el pueblito de Guatapé y la piedra que daba nombre al lugar donde cenarían.

Visitaron el jardín y recorrieron las veredas alrededor de un lago. Después de maravillarse con la arquitectura del lugar y la variedad de vegetación, avistaron patitos nadando en las aguas del lago. De hecho, se extasiaron viendo como una mamá pata enloqueció al ver a sus pequeños cruzar por debajo de una cerca hacia el agua sin que ella pudiera alcanzarlos. Karen, junto a Estefanía, trató de dirigir a la madre en apuros hasta que lograron que saltara la cerca y llegara junto a sus hijos. Mayha, fuerte en apariencia, se cubrió la cara para evitar llorar de emoción. Luego de la escena y de asegurarse que mamá pata estaba con sus crías, llegó el momento de complacer a Karen, que deseaba tenderse sobre el césped para absorber la pureza de la naturaleza.

Mayha se recostó del tronco de un árbol, sus muslos se convirtieron en el respaldo de Estefanía. Por su parte, Ximena se acostó sobre el césped, teniendo la cabeza de Karen sobre su abdomen.

Por un largo momento, se mantuvieron calladas, disfrutando de la brisa, cada una absorta en sus pensamientos.

—Se está rico aquí —comentó Karen con la vista puesta en el cielo.

—Mjm… La botella de vino no hizo falta.

—Es cierto —concordó Mayha—. En estos momentos pienso en lo dichosas que somos. Hay personas que nunca tienen la oportunidad de viajar, de conocer sitios como este. Que se van de este mundo de repente. Hay que apreciar las maravillas de la vida —dijo y suspiró profundo

—. Existen tantos lugares que nos quedan por visitar.

—Y si lo analizas a fondo, sentarse en el césped, debajo de los árboles, es algo que todos debemos hacer. Es simple y sin costo.

—Sí, pero la vida va tan de prisa. Las veces que hemos venido a este país, he podido apreciar lo mucho que valoran el tiempo, la naturaleza, la familia.

—¿Han pensado, alguna vez, en qué nos deparará el destino? —preguntó Karen, irguiéndose hasta sentarse en posición india.

—Tal vez alguna al fin encuentre el amor.

—Tal vez nuestro amor está a la vuelta de la esquina.

—Quizás, para una de nosotras, está más cerca de lo que imaginamos.

—¿Te refieres a Andrea? —preguntó una de ellas, incomodando a dos de las presentes.

La mención de Andrea le dañó el pasadía a Ximena que, aunque estaba recostada, sintió tensársele la barbilla. La taxista era respetuosa con todas, sin embargo, su atracción hacia la mujer que ella quería, era evidente. Incluso, le había obsequiado un chocolate en cuanto llegaron al jardín; acción que le costó tener que quedarse a esperarlas en las afueras del jardín en lugar de servirles de guía. Ximena fue enfática al comunicarle al grupo su incomodidad con la presencia de la rubia. “No me cae mal, pero es nuestro tiempo y ella es una desconocida”, alegó.

—¿Te imaginas que Andrea sea el amor de…?

—¡Por favor! —exclamó la susodicha, cortando las palabras de sus amigas.

—¡Vamos! Esa mujer está bien buena y se le caen las bragas por ti.

—No empiecen —pidió—. Andrea no me interesa —dijo con firmeza antes de buscar la reacción de Ximena, que miraba al cielo.

***

El día resultó ser placentero para las amigas; solo hubo una situación con Mayha una vez que subió al teleférico que cruzaba las comunas. El espacio cerrado, la altura y movimiento, provocaron que la morena palideciera, obligando al grupo a detenerse en una de las paradas a esperar que vomitara y se recompusiera.

Ximena estuvo a su lado, sosteniéndole el cabello.

—¿Esto te había pasado antes?

Mayha negó con la cabeza. La doctora frunció el entrecejo, algo extrañada; no era la primera vez que subían a una atracción de altura y, la verdad, ella estaba descompuesta. Sudaba y buscaba aire como si le faltara.

Tras continuar, descartaron visitar la Plaza Botero, ya que ninguna era persona de admirar las artes. El malestar de Mayha las obligó a mantenerse cerca de la estancia, aunque la idea de subir los 702 escalones del Peñol de Guatapé estaba descartada para ella.

La reacción inicial, una vez que entraron al área del estacionamiento, fue impresionante, aunque estaban hospedándose de cara a la atracción, ver el Peñol desde abajo, con su impresionante altura, las maravilló. Varios negocios de bebidas y comidas, sin obviar la cantidad de tienditas de souvenires, bordeaban el área.

—Es importante una foto en este lugar. Vamos, júntense, se las tomaré yo —ofreció Andrea una vez que les abrió las puertas del auto.

Las cuatro posaron para la foto de brazos echados y el típico salto de espaldas al Peñol, como si estuvieran en el aire. Su alegría y cariño era contagioso, y su presencia no pasaba desapercibida para otros. La foto que hizo detener a más de uno, y que le robó un suspiro a

Andrea se la hicieron en el borde del lago. La imagen de las cuatro, recostadas de una baranda de metal, con la complicidad que dan los años y el amor verdadero, quedaría grabada para la posteridad.

Ximena vestía con una camiseta blanca corta, acompañada de un jean ajustado y zapatillas blancas; como accesorio, una gorra rosada con la visera hacia atrás, su cabello negro le caía sobre los hombros. La vestimenta era cortesía de su Clan. Mayha a su lado, un poco más formal, también iba de jean, con una ligera blusa, de color crema, de mangas al codo; llevaba el cabello suelto y las gafas oscuras le otorgaban más estilo del que, por lo usual, desplegaba. Estefanía y Karen lucían impresionantes con gorras de visera hacia atrás y unos cómodos jeans, doblados a media pierna. La sesión fotográfica permitió que en más de una ocasión el contacto entre Ximena y su *crush* fuera palpable. Pero una de esas fotografías las dejó a ambas con deseos de más. Fue en esa misma baranda, cuando Ximena pegó a la chica a su pecho, abrazándola por la espalda, luego acomodó la cabeza en su cuello. Las otras dos también se abrazaban, mas no con la misma fuerza.

La mujer se dejó abrazar, incluso, estrechó las manos de Ximena para esa foto. Andrea, quien no le quitaba los ojos de encima, notó cuando ella cerró los ojos, disfrutando el momento.

Capítulo 17

La tarde en Guatapé y la visita a un restaurante del área las mantuvo ocupadas hasta entrada la noche. Las cuatro amigas estaban exhaustas, pero dispuestas a disfrutar hasta el último momento. Se reunieron en uno de los balcones de la cabaña donde, desde el techo, colgaba una cómoda silla. Descorcharon botellas de vino que dejaron sobre una mesita y vertieron varias bolsas de papas fritas de diferentes sabores en un gran bol.

Ximena ocupó la silla colgante; era tan amplia, que ella casi se perdía dentro. Las otras se dividieron entre las hamacas. La mujer que la doctora amaba fue por su celular con la intensión de ambientar la tarde con un poco de música.

—Mañana será un día intenso —comentó una de las mujeres que se columpiaba en una de las hamacas—. Entre la Comuna y la discoteca, estaremos todo el día, ocupadas.

—¿Cómo se nos ocurrió planearlo así? Estamos locas y no tan jóvenes.

—Bueno, mañana es sábado, es cuando las discotecas están en su punto.

—Mjm… Mañana no las conozco —advirtió una, apuntando a las demás poniéndolas en sobre aviso—. Planeo pasarla bien con una colombiana, así que, si ocurre, no me interrumpan.

Las otras rieron.

—Ya tengo la música —se oyó el anuncio. De repente, la recién llegada abrió las manos, cuestionando. Las miró a cada una, buscando donde sentarse—. Iré por una silla. Ustedes de lo más cómodas —se quejó— y yo…

—Aquí cabes —ofreció Ximena. Aunque desde que llegaron su amiga evitaba el contacto físico, ella sí lo buscó, por lo que esta vez vio la oportunidad de tenerla cerca—. Ya me bañé, así que no corres peligro —le dijo en son de broma.

Las miradas se encontraron en medio de la tenue luz. La otra mujer no dudó en aceptar la invitación, así que se acurrucó a su lado; subió las piernas a los fuertes muslos de la doctora. En un principio ambas estaban tensas, mucho, pero a medida que la conversación entre el Clan se desarrollaba y las copas se vaciaban, empezaron los leves roces. Primero, inconscientemente al tomar una copa o alcanzar una papita, luego se hizo familiar sentir la mano de la doctora acariciarle las piernas.

Sus ojos se buscaban en medio de la conversación; Ximena sintió que todo su ser se debilitó cuando, sin mala intención, ella limpió de sus labios una gota de vino. Lo hizo lento, mirándola a los ojos. Ambas pudieron sentir la tensión sexual en aquella silla.

—Chicas, vayamos a dormir. Estoy entre exhausta y ebria —sugirió una de ellas, sobresaltándolas un poco.

Las otras tres asintieron, pero a medida que se levantaban y caminaban hacia el interior de la cabaña, seguían conversando, contándose anécdotas de viajes pasados hasta que llegaron a la habitación que ocupaba Ximena. Todas subieron a la cama con la intención de terminar la última copa. Poco a poco era menos lo que decían, y los silencios se hacían más frecuentes. Dos de ellas dormitaban.

Pero lo que desarmó a Ximena fue que su amiga, la que ella amaba, se durmió pegada a su cuerpo, con la cabeza casi hundida en el hueco de su espalda.

—¿Se durmió? —le preguntó otra de las mujeres en un susurro, conteniendo los deseos de reír al ver que Ximena estaba inmóvil.

Ella asintió con media sonrisa en los labios.

—No puedo moverme —dijo.

—Yo también me retiro o terminaré como ella.

Las tres rieron bajo.

—Acomódate, Xime. La cubriré con la sábana.

Y así lo hizo; Ximena extendió su cuerpo en la cama, cuidando de no despertar a su amada. Las otras dos chicas salieron casi en puntillas, después de apagar la luz.

La oscuridad y la intimidad en la habitación fueron tan palpables, que Ximena sintió que todo el sueño que tenía antes, se había evaporado. La mujer estaba por completo aferrada a su cuerpo, y lo peor, con un lento movimiento, la abrazó por la cintura. Ella abrió las manos queriendo estrecharla, deseando besar sus manos o cubrírselas. Pero los mensajes eran confusos, muy confusos. Su amiga era sumamente pegajosa con todas; tal vez ahora ella lo hacía más tangible por el sentimiento que albergaba en su corazón.

Temiendo cometer una imprudencia, Ximena no se aferró a los brazos que la rodeaban.

***

La mañana llegó y con ella, un nuevo día. Ximena despertó sola en la cama. No se percató cuando, una hora antes, la otra despertó y se encontró aferrada a su largo cuerpo, disfrutando su calor. No fue testigo de cómo, una vez que sus pensamientos fueron aclarándose, ella se quedó aspirando el aroma de sus cabellos, llenándose de ellos, antes de sentarse en la cama y estrujarse la cara. Estaba confundida y alterada.

Su amiga deseó regresar a su posición y volver a abrazarla, meter la cabeza debajo de su barbilla y buscar sus brazos, su seguridad. Ella se puso en pie con cuidado de no despertar a Ximena; la observó desde el pie de la cama y quiso quedarse ahí hasta que el destino o su realidad se hicieran tangible. Buscaba respuestas a eso que estaba sintiendo, porque no quería confusiones, no quería dañar algo hermoso. Ella cerró los ojos, fuerte; luego se dirigió al baño. Minutos después, con pesar, salió de la habitación.

Ximena abrió los ojos y se removió en la cama; sintió las consecuencias de dormir toda la noche sobre un brazo. Le dolía, pero lejos de molestarse, sonrió. Adoraría despertar cada día con dolor en los brazos si era la consecuencia de amanecer a su lado. Se volteó buscando la almohada de la mujer y se la llevó al pecho; ella también absorbió el olor que desprendía. A su memoria llegaron fragmentos de los momentos que compartieron la noche anterior. Las miradas y algún roce o caricia que en otros tiempos no tenían mayor significado.

Las cuatro amigas siempre se acomodaban en los mismos muebles, o alguna se sentaba sobre la otra si no había lugar. Incluso, en más de una ocasión, y en compañía de otras personas, viajaron sentadas sobre las piernas de otra en algún vehículo. No era extraño, no había por qué ilusionarse. Pero no; existía algo especial en aquellas caricias, en sus ojos. Ella no podía estar tan confundida.

Con pesar, Ximena se irguió y salió de la cama. Además de los pensamientos locos que rondaban su cabeza, moría por un café.

—¡Buenos días! —saludó al encontrarse con parte del Clan.

—¡Buenos días, dormilona! —respondieron dos de las mujeres que iban de camino al balcón con sus tazas en las manos.

Ximena fue hacia la cafetera antes de verlas desaparecer; vertió un poco de líquido humeante en la taza y las siguió. Encontró a sus amigas en los lugares donde estaban la noche anterior. Ella pasó frente a la mujer que amaba que se hallaba acurrucada en la silla colgante y le

extendió la mano como saludo, luego se paró frente al lago y dejó que los rayos del sol la acariciaran.

—¿Dormiste bien? —le preguntó la mujer con genuino interés.

Ella volteó y recostó el cuerpo de la baranda.

—¡Oye, tú sí que caíste como piedra! —la chinchó la chica que ocupaba una de las hamacas.

—Sí, estaba muerta. Creo que no le dejé espacio a Xime en la cama —reconoció.

La pelinegra rio.

—Dormí de un solo lado, pero, dormí —respondió Ximena moviendo el brazo. Su amiga hizo un gesto de disculpa—. Tranquila, aun así, dormí. ¿Qué hora es? —preguntó—. Estar sin celular me hace perder la noción del tiempo y mi reloj está ya sin carga.

—Son cerca de las nueve. Tenemos que alistarnos. Andrea debe estar por llegar —anunció.

—¿Te dijo a qué hora venía por nosotras? —le preguntó la mujer que ocupaba la silla.

Ella negó.

—Debe estar ansiosa por ver a nuestra amiguita. ¡A ver si te animas, tonta! —la chincharon.

Ximena la miró por encima de la taza, buscando alguna reacción.

—No pasará nada con Andrea —aseguró—. Dejen el lío —pidió con incomodidad.

—No te entiendo. Estamos para buscar un ligue esta noche, tú ya lo tienes y no le paras. Y yo, ciertamente, sí estoy interesada en esa rubia, pero…

—¿En serio no te atrae? —se interesó otra de ellas.

—Bueno, es simpática. Sí, es guapísima y *sexy* —reconoció.

—¿Pero? —le preguntó Ximena con interés.

La mujer se encontró con su mirada.

—No estoy interesada —respondió con firmeza sin apartar la vista.

Una de ellas frunció el entrecejo; había visto ciertas miradas entre sus amigas que le estaban causando un poco de curiosidad. La noche anterior notó como una acariciaba la pierna de la otra y en alguna ocasión, se sonrieron sin motivo. Además, era extraño que Ximena llevara tanto tiempo sin mencionar alguna conquista. Algo ocurría y ella estaría atenta hasta averiguarlo.

Capítulo 18

¿Cuánto tiempo dura la estabilidad emocional cuando hay situaciones que amenazan con fragmentar una relación? ¿Cuánto dura mantener las apariencias de que todo anda bien entre dos personas que se atraen?

Para las chicas del Clan las vacaciones estaban yendo de maravilla. Para la pareja de amigas, cuyos sentimientos estaban a flor de piel, cualquier situación era motivo para vivir momentos de incomodidad. Ximena fue enfática con su amiga en cuanto a sus sentimientos; lo que no sabía la otra mujer era que una vez que la doctora se enamoraba, podía ser algo insegura, aunque no lo aparentara. Y eso estaba ocurriendo desde tempranas horas de la tarde.

Andrea, además de taxista, era una excelente guía para los visitantes de su ciudad. Durante la visita a la Comuna 13, las chicas le solicitaron que fuera quien las guiara a través del barrio. Con placer, la taxista aceptó, pero desde el comienzo del recorrido se situó al lado de la mujer que le atraía. Buscaba cualquier excusa para estar a su lado y, en apariencia, la otra lo permitía; ante los ojos de Ximena, lo disfrutaba. Ella no tuvo más opción que caminar junto a sus otras amigas, tuvo que escuchar sus comentarios mientras animaban a la mujer de su vida para que tuviera un affaire con la taxista.

Ese día, las cinco mujeres vestían de shorts y camisillas; muy buena elección, ya que el sol en Medellín atacaba sin piedad. El calor se intensificaba por la cantidad de turistas y, peor aún era en los sitios que servían como museos a lo largo de la Comuna; no eran capaces de albergar a más de veinte personas sin que se rozaran entre sí. En el área de la Comuna el recorrido en sí era de calles empinadas y estrechas.

Desde el comienzo del recorrido, las chicas observaron con admiración como los habitantes habían logrado posicionar un barrio, que hacía años era reconocido como uno de los más peligrosos de Colombia, como un centro turístico lleno de color, arte, música y bailes. No se daban más de cinco pasos sin tropezar con artistas locales que exhibían sus obras, ya fueran camisetas, gorras, enormes murales o bailes callejeros.

Las casas o habitaciones, que en algún momento sirvieron de viviendas, en la actualidad eran museos donde los visitantes podían conocer la historia del lugar.

—Este es el pequeño homenaje a las víctimas de Orión* —les informó la taxista al entrar a una de las habitaciones habilitada como museo. Las mujeres escuchaban con atención la narración de Andrea, que conocía el tema. Miraban con asombro la exhibición de fotografías sangrientas, muy difíciles de aceptar, sobre la matanza de la que los habitantes de esa zona de Medellín fueron víctimas—. En el año 2002 —explicó—, el Barrio Orión fue escenario de un violento ataque por parte de grupos armados y del ejército. Este evento causó gran conmoción en la ciudad y en el país, ya que evidenció la grave situación de violencia y conflicto que se vivía en la zona en aquel momento.

—¿Qué cantidad de persona perecieron en ese ataque? —cuestionó la chica mientras se aferraba al brazo de Ximena, quien, al sentirla, le sonrió y le puso el brazo por los hombros, acunándola contra su pecho.

—No hay un número exacto de víctimas. Muchas de ellas se cuentan como desaparecidas, aunque las historias de camino dicen que fueron cientos.

Andrea vio el acercamiento entre las amigas, pero mantuvo el hilo de su explicación, prestando atención a otros turistas que aprovecharon para escuchar la narración.

Tras salir del lugar y continuar con el recorrido, subieron algunas escaleras, disfrutando de los bailes hasta que se detuvieron en un pequeño descanso donde pudieron sentarse para refrescarse.

—¿Gustan una cerveza local? O si prefieren algo comercial… —les ofreció la taxista.

Las cuatro mujeres aceptaron la invitación mientras se sentaban en una diminuta mesa rodeada de cuatro sillas. Para ese momento del recorrido, ya las chicas llevaban los cabellos recogidos con sendos moños y tenían las pieles perladas de sudor. Una cerveza era oro en ese instante. Minutos después, y con sorpresa, Ximena observó a su rival ofrecerle, junto con la cerveza, una rosa blanca a su amiga. Ella cruzó miradas con las otras dos integrantes del Clan. Todas notaron el sonrojo de la mujer al recibir la rosa.

—¡Vamos con todo! —dijo una de ellas con la intensión de que la taxista la escuchara.

—Nunca se pierde la esperanza —respondió Andrea entre broma y en serio, guiñándole un ojo.

La realidad era que la mujer respondía a los acercamientos de la taxista en su afán por ser cortés y amable; no creía que ese coqueteo le fuera a traer problemas. Aunque la verdad, no tenía por qué.

Pero la incomodidad de Ximena iba en aumento, sobre todo, por los continuos comentarios de las demás y la manera como la colombiana se acercaba a la mujer que amaba. Así que, con disimulo, esperó prudentemente unos minutos y luego se levantó con la excusa de entrar a una de las tiendas de arte. Necesitaba alejarse de ahí cuanto antes.

Una de las chicas, la que sospechaba que algo sucedía, notó la incomodidad de la pelinegra y la siguió.

—Quiero ver también —le dijo a las demás, y siguió los pasos de Ximena.

A ellas se sumó la tercera amiga, dejando solas a Andrea y a su cortejada.

Aprovechando una vez más la ocasión, Andrea ocupó la silla junto a la de la mujer. Para la chica, le estaba resultando incómodo el comportamiento de la taxista; sobre todo porque notó que sus acercamientos molestaban a Ximena, pero le era difícil pararla en seco.

Sin embargo, la colombiana era intuitiva; ya había notado que algo ocurría entre las dos mujeres.

—No le caigo bien a tu amiga, ¿cierto? —comentó, antes de llevarse el botellín a la boca. Luego se recostó del respaldo de la silla.

La otra frunció el ceño y la miró con extrañeza.

—¿Por qué dices eso? Si no nos cayeras bien, no estaríamos aquí. ¿No crees?

—Tú le gustas —afirmó Andrea con determinación.

Ella tragó en seco y rio nerviosa.

—¿A quién le gusto, según tú? —le preguntó, aunque sabía la respuesta—. Porque somos amigas. Las cuatro somos casi hermanas.

Andrea sonrió.

—Bueno, hay riesgo de un caso de incesto aquí —comentó con un tono burlón—. Porque estoy segura de que ella, Ximena, no te ve precisamente como una hermana. Y para ti, ella tampoco es indiferente.

—Andrea —pronunció el nombre con un tono de advertencia, mirándola con los ojos algo entornados.

—¡Ya! ¡Me callo! —exclamó, levantando las manos a modo de rendición—. No arriesgaré mi trabajo. Sin embargo, no retiro lo dicho —declaró y, acto seguido, se levantó y le ofreció otra

cerveza a la mujer, que esta rechazó.

Dentro de la tienda, Ximena oyó las voces de sus amigas a sus espaldas; intentó recomponerse para evitar que alguna se diera cuenta de su malestar, así que se situó cerca de un estante, buscando entre las obras de arte una que le llamara la atención, aunque no tenía intención de comprar. Solo quería distraer la mente, que hervía cada vez que Andrea se acercaba a la mujer de sus sueños.

Ximena veía los cuadros sin reparar en ninguno en especial, cuando sintió la presencia de una de las chicas del Clan a su lado.

—¿Estás bien? —le preguntó, pasándole un brazo por la espalda.

Ximena suspiró y sonrió; su respuesta fue levantar uno de los cuadros que fingía mirar.

—¿Este te gusta?

Su amiga desvió la mirada hacia el cuadro; era la imagen de una morena con un turbante en la cabeza de colores vivos y ojos expresivos.

—Es lindo —admitió—, pero conociéndote, lo comprarás e irá a parar a un cajón. Deja eso —le pidió y la tomó de la mano.

—No he terminado de mirar —se quejó, pero su amiga la haló, fuera del local. Luego llamó la atención de su otra amiga, que sí estaba comprando algo.

—No vas a comprar nada —repitió—. Continuemos con el recorrido. En la parte de arriba recuerdo que hay una barra con una excelente atención y vista. Vayamos allá. Nos distraeremos con algo frío.

Al salir, vieron a su amiga, sola en la mesa.

—¿Y Andrea?

—Fue por cervezas —respondió, buscando los ojos de Ximena, que se sentó a su lado.

—¡Ay! Creo que también tienen empanadas. Yo quiero una. ¿Deseas algo, Ximena?

La doctora negó, viendo como ambas se quedaban solas mientras las otras chicas se alejaban. Ella evitaba mirar al amor de su vida, aunque la tenía justo enfrente. Le sonrió a cada persona que pasó por su lado, cerca de la mesa. Miraba hacia los escaparates, pero nunca a su amiga. De repente, sus ojos fueron al tope de la mesa; tomó la rosa que antes le regaló Andrea y la contempló en silencio. Bufó.

El aire se estaba tornando espeso.

—Xime —la llamó en voz baja, acercándose a ella—, lamento…

—Olvídalo. No tienes por qué disculparte —la interrumpió—. Mejor, no digas nada. Te repito, no tienes culpa de ser tan… —cerró los ojos y suspiró profundo— bella.

—No quiero que te sientas incómoda. Si lo deseas, la evito —le dijo, refiriéndose a Andrea. Le tomó la mano sobre la rosa—. No es mi intensión molestarte.

Ximena le chocó esa frase en cuanto la escuchó; le devolvió la flor y se apartó. Jamás le prohibiría nada a una pareja. Nunca lo hizo. El comentario la hizo sentirse como una mujer celosa y posesiva. Ella era su amiga, tenía que saberlo.

En ese instante, las otras tres mujeres aparecieron en escena. Entonces, sin mediar una palabra, continuaron con el recorrido. La última parada fue una barra en uno de los puntos más altos de la Comuna. Era una terraza enorme con vistas a las comunas vecinas, de mesas altas, música de vallenato y algo de reguetón a medio volumen.

Ximena se recompuso, pues Andrea, por alguna razón que ella desconocía, se distanció un poco de su amiga. Eso la tranquilizó, aunque también la descolocó.

Bebieron bastante; acordaron encontrarse con la taxista en la disco más tarde. De nuevo, fue

una de las otras dos quien invitó a la colombiana a pasar la noche en su compañía. Ni Ximena, ni la otra mujer, quisieron poner algún pretexto, querían mantener su secreto solo entre ellas.

Lo que ninguna sospechó era que la visita que harían en la noche a la discoteca de ambiente pondría fin al secreto que las dos cargaban dentro.

*La Operación Orión fue uno de los diecisiete operativos militares de la guerra urbana de la Comuna 13 de Medellín llevado a cabo entre el 16 y el 17 de octubre de 2002. El operativo buscaba acabar con la presencia de grupos de Milicias Urbanas de las guerrillas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo (FARC-EP), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y los Comandos Armados del Pueblo (CAP).

Capítulo 19

—Si no cambias esa cara no se te acercará nadie.

Fue el comentario que le hizo una de sus grandes amigas a Ximena tras lanzarse al sofá donde ella observaba el movimiento en el centro de la pista que se hallaba repleto de hermosas mujeres. Más de una no le quitaba los ojos de encima, aunque ella permanecía sentada en el rincón que escogieron para pasar la noche.

Ximena vestía un estrecho pantalón de piel, de color negro y una ligera blusa blanca, que se sostenía con una delicada cadena en el cuello y espalda, dejando poco a la imaginación. Sus largas piernas cruzadas, y su pose de mujer fatal, le otorgaban un aura de misterio que llamaba la atención. Sin embargo, ella no se percataba de nada; miraba a su alrededor porque solo tenía ojos para un objetivo. Su amiga, la que le ofreció evitar a Andrea, pero que ahora bailaba justo con ella.

Desde que el grupo llegó al lugar y ocuparon un espacio exclusivo que reservaron, su amiga y Andrea, tras tomarse la primera cerveza, se lanzaron a la pista a bailar. La verdad era que no había mucho contacto físico, a eso Ximena se mantenía atenta, pero a todas luces se notaba que la taxista estaba extasiada con su amiga.

La música electrónica, unida a las luces de múltiples colores, se mezclaba con el movimiento sensual de decenas de mujeres que estaban ahí para divertirse. Algunas iban en busca de conquista; algo que sus amigas planearon desde el primer momento cuando hablaron de ir a la discoteca durante su estadía en Medellín.

La disco, ubicada en el centro de la ciudad, era prestigiosa en el ambiente LGBTQ; esa noche predominaban las mujeres más hermosas.

—No tengo ninguna cara —se defendió Ximena después de un buen rato.

La mujer a su lado se acomodó frente a ella, obligándola a mirarla.

—Vamos, Xime. Algo te ocurre. Desde que subimos al auto estás con un humor del demonio. ¿Cuántas copas has bebido ya?

Ximena la miró, luego desvió los ojos de nuevo hacia la pista. Era cierto, cuando se reunieron en la sala de la cabaña, ya listas para esperar a que Andrea pasara a buscarlas, ella reparó en la vestimenta de la mujer con la que compartía habitación. El aire le faltó en cuanto la vio salir de la habitación vestida con una minifalda color piel que dejaba al descubierto sus torneadas piernas; calzaba unos tacones de color bronce. La blusa, de color vino, a la altura de su abdomen, de manguillos, se cerraba en frente con una cremallera cobriza. Estaba más que hermosa. Desde que llegaron a la discoteca Andrea no le quitaba las manos de encima. Además, para rematar su mal humor, la taxista también estaba arrebatadoramente sexy. Era imposible que no le atrajera a su amiga. Imposible.

—¿Qué te molesta? ¿Qué hayamos invitado a Andrea? —insistió su amiga.

Ximena no la miraba, pero ella buscó su atención.

—¿Qué dices? —torció los labios—. ¿Andrea? ¿Qué tiene que ver ella?

—Dímelo tú —la retó. Ella clavó los ojos en los de Ximena, esperando una respuesta. Su amiga, un poco nerviosa, puso el vaso encima de la mesa—. Ya hemos aclarado que no te gusta la taxista, pero ella no está aquí y tú estás como perro con hambre.

—Bueno, en cierto modo, esta salida la planeamos para nosotras —explicó—. Andrea es una añadida y tampoco deja en paz a…

—¡¿Es eso lo que te tiene tan malhumorada?! —la interrumpió, sorprendida—. ¿Qué ha acaparado a nuestra amiga? —miró hacia la pista—. La verdad es que no sé por qué te molesta, ella no parece incómoda —Ximena, con hastío, se echó en el sofá y descansó la cabeza en el respaldo—. ¿Pasa algo entre ustedes? — disparó a quemarropa su sospecha. Había notado, desde hacía días, que cuando ellas estaban juntas se adoraban o se evitaban. Eso era algo que nunca antes pasó.

—No quiero que ella salga lastimada —mintió.

Su amiga bufó y levantó las cejas.

—¿Lastimada? Mírala, poco les falta para irse a un cuarto de hotel —se burló.

La mujer en cuestión, desde la pista, notó que hablaban de ella; era evidente, pues ambas la miraban. Una de ellas sonreía. Justo en ese momento, y llevada por la curiosidad, ella y Andrea se acercaron hasta el reservado.

—¿Todo está bien acá? —preguntó con curiosidad—. ¿Qué hacen que no están bailando? —insistió, poniendo una mano en el brazo de Ximena.

—Aquí —la otra mujer señaló a Ximena—, nuestra amiga, le hierve la sangre porque no sabe con cuál de esas chicas —señaló a un grupo de féminas que no quitaba los ojos de ellas— escoger para pasar la noche —bromeó.

Su amiga recibió una mirada asesina de parte de Ximena, que sintió como la mano que antes cubrió su brazo, se iba retirando.

Andrea se unió a la broma y las animó a buscar una pareja para bailar. Ximena, con reserva, y viendo la reacción de la mujer que amaba, solo sonrió.

—Vamos a bailar, vengan —invitó de repente Ximena, situándose en frente de la fila, bailando hacia la pista.

De camino, Ximena le ofreció la mano a una hermosa mujer que hacía un rato, no apartaba los ojos de ella.

Obviamente, la doctora no notó como el rostro de la mujer que amaba se transformó.

***

Entrar a una pista de baile como esa podía convertirse en un caos. Las mujeres comenzaron a bailar entre ellas. De la nada, apareció la cuarta integrante del Clan. La música y los tragos las envolvió en una marejada de sudor y movimientos sensuales.

En una ocasión, Ximena y la mujer que habitaba en su corazón se encontraron de frente mientras se movían con sensualidad. Ella la tomó por la cintura y la acercó a su cuerpo, causándole estremecimiento.

—¿Estás pasándola bien? —le preguntó la pelinegra con un tono seco.

Al separarse, se retaron con la mirada. Ximena esperaba otro tipo de acercamiento y no un reproche, pues no habían compartido desde que llegaron a la discoteca.

—Muy bien —respondió con el mismo tono seco que ella—. ¿Qué tal tú? Veo que conseguiste con quien quitarte la calentura —comentó, señalando a la chica alta y morena, de largas trenzas y ojos verdes, que se movía con descaro a sus espaldas.

Para Ximena aquello fue un mal indicio; su amiga la retaba con la mirada, pero no alejaba las manos que se posaban de su cintura.

Sin embargo, la taxista notó con decepción que por más interés que le pusiera a su compañera de baile, ella no le prestaba atención. Estaba más atenta mirando a Ximena que le sonreía a la mujer con la que bailaba; esta le dijo algo al oído y, de repente, desapareció de la

pista.

—Andrea, iré a refrescarme —anunció, algo incómoda, antes de ir hacia el reservado, llamar a un mesero y pedir un trago.

Desde ahí, ella tuvo una vista más clara hacia la barra donde se encontraba Ximena, quien a pesar de que le había confesado su amor, sonreía y aceptaba con coquetería los avances de una desconocida que le tenía los brazos sobre los hombros.

A partir de ese momento, la diversión de la noche comenzó a deteriorarse. Dos de las integrantes del Clan continuaron bailando sin parar. Ximena, sentada en un taburete frente a la barra, mantuvo su atención puesta en la mujer que bebía un trago tras otro, hundida en el sofá del reservado.

Ximena, notando que la mujer estaba bastante bebida, se despidió de la morena y, veloz, llegó al reservado.

—¡Vámonos! —ordenó, agachándose frente a ella.

—Las chicas están divirtiéndose y tú también. No veo la razón para irnos —respondió a la defensiva.

—Ellas se quedan, tú y yo nos iremos —le aclaró.

—No iré contigo a ningún lado —dijo con la voz inestable—. Ve con la morena, te espera.

Ximena suspiró fuerte; abrumada, no tuvo otra opción de tomarla por el brazo y forzarla a levantarse. Llevaba rato viéndola beber sin control y estaba preocupada. Cuando al fin su amiga se puso en pie, ella la tomó por la cintura, sosteniéndola con fuerza. Los rostros quedaron cerca; la doctora no pudo identificar lo que vio en su mirada. Con delicadeza le acarició el rostro, apartándole el cabello de la cara. La otra estaba tensa y con los ojos vidriosos.

Andrea, quien ya no tenía dudas de lo que ocurría, le buscó otro taxista de su confianza para que las llevara a la cabaña.

—Gracias, Andrea —le dijo Ximena por facilitarle las cosas—. Por favor, avísales a las chicas que nos fuimos.

—Claro. Espero que lleguen bien y… Ximena…, no la dejes escapar.

La pelinegra frunció los labios y asintió.

***

El trayecto lo hicieron en silencio. Su amiga miraba a través de la ventanilla. El aire dentro del auto se podía cortar con un cuchillo. En más de una ocasión Ximena le tomó la mano para llamar su atención, pero ella evitaba cualquier roce; no podía identificar en qué momento todo se salió de control.

Veinte minutos después, ambas bajaron del taxi. Ximena extendió la mano, que ella esta vez aceptó y la ayudó a salir. Con las manos entrelazadas y tras subir los escalones que daban a la cabaña, ella se pegó al rostro de la doctora, que respingó al encontrarla tan cerca.

—Estamos solas —le dijo en voz baja.

—Vamos, entra —le ordenó Ximena, ignorando el tono sensual que usó.

—No me hables como a una niña —le pidió en la oscuridad de la estancia.

—No, tengo claro que no lo eres, pero estás ebria.

Ximena buscó a tientas el interruptor; al encender la luz, su amiga se lanzó a sus brazos. Ella la recibió. Tenerla tan cerca, con la respiración agitada, convirtió su cuerpo en un manojo de nervios; de deseos irreprimibles. Pero no podía aprovecharse de eso que ella le ofrecía. No y otra vez no, aunque se muriera por besarla, por tenerla y hacerla suya.

—¡Vamos, Xime! ¿No que me amabas?

La doctora, con la poca fuerza de voluntad que le quedaba, la agarró por los brazos y la separó de su cuerpo. Tragó fuerte y respiró hondo, buscando calma. La mujer que amaba, por quien perdía el sueño, estaba entre sus brazos y ella no podía hacer nada.

—Ve a bañarte —le ordenó con firmeza—. Un poco de agua fría puede aclararte los sentidos.

Su amiga ladeó la cabeza, la miró fijo y tensó la barbilla. Estaba molesta. Negó, se dio la vuelta y desapareció de su vista.

Ximena, desesperada y al borde de los nervios, se sentó en la sala, con las manos agarrándose la cabeza. Su temor se estaba haciendo realidad y era peor de lo que imaginó.

Capítulo 20

Tras diez minutos, Ximena fue a la habitación. La encontró sentada en la cama. Sus miradas se toparon; cada una reflejaba la turbulencia de las tormentas que las azotaba.

—Ximena, si tanto te hierve la sangre, ¿por qué no lo resolvemos? —sugirió, evidentemente embriagada.

La doctora frunció el entrecejo.

—¿De qué hablas?

—Estás caliente —respondió—. Lo veo en tus ojos, te conozco. Lo dijiste en la mesa, estoy bebida, pero te aseguro que en plena conciencia de lo que hago. Somos amigas, sé que te gusto, podemos… divertimos. Las amigas se divierten juntas —dijo con un tono sugerente, dibujando en su rostro una sonrisa sensual.

Las arrugas del entrecejo de Ximena se acentuaron. Su corazón se agitó al escuchar sus palabras. Era tentador, y también una locura. Una total locura.

—Las amigas adolescentes —acotó, luego se aclaró la garganta—. Y nosotras pasamos esa etapa —el corazón le latía a mil, pero esa conversación con su amiga era importante. Con temor a sus instintos, se acercó y se sentó en el borde de la cama—. Estás ebria, no sabes lo que dices. Por favor, acuéstate ya —le pidió mirándola a los ojos con una calma que no sentía—. Yo iré a bañarme.

Tras cerrar la puerta, Ximena se recostó de la madera; estaba agitada, nerviosa y colmada de deseo. En su mente, la imagen del rostro de su amiga, por lo usual sereno, se había transformado. La rabia bullía en sus ojos y eso le dolía tanto como no poder besarla, amarla.

Ximena se tomó su tiempo en la ducha; necesitaba calmarse, que sus pensamientos dejaran de exigirle que tomara lo que le fue ofrecido. Sin embargo, la mujer en la habitación era su amiga, le debía respeto. Minutos después, sin prisa, salió de la ducha y se envolvió en una toalla; así salió del baño. Se detuvo apenas se asomó a la habitación.

Ya su amiga se había cambiado. La encontró con los ojos encendidos de deseo, sentada en la cama en posición india. Vestía un set de dormir de pantalones cortos y camisilla, que poco dejaba a la imaginación. Ella tragó saliva, pero mantuvo su determinación.

—En serio, no estoy para juegos —aclaró antes de acostarse a su lado.

—No estoy jugando, Ximena. Lo sabes —la voz de su amiga sonó más clara y firme.

La mujer se irguió en la cama frente a ella, que permanecía en la misma posición con un gesto serio.

—Te la pasaste coqueteando con esa colombiana, casi la empotras en la pared y no te importó que yo estuviera allí —le reclamó.

Ximena frunció el entrecejo; nada de eso pasó con la colombiana con la que estuvo conversando.

—¡Por favor! Lo dice quién estuvo ilusionando a la pobre Andrea. ¿Qué querías? ¡¿Ponerme celosa?! —atacó, levantándose de la cama.

—¡¿Acaso te importó saber lo que yo sentía?!

Ximena se apretó entre los ojos en busca de paciencia.

—Te dije que solo yo iba a perder en esto. Te vestiste con esa ropa sabiendo lo que siento y duermes tan pegada a mí. No estaba haciendo nada y si lo hice, pues… ¿qué quieres? No soy de hielo. En serio, ¿no puedes ponerte en mi lugar?

—¿Quién te asegura que no lo hago? —su amiga se arrodilló en la cama—. No fue lindo verte buscando lo que deseas en…

—¡¿Y qué se supone que haga?! —la interrumpió, enfrentándola. Subió a la cama, yendo a su encuentro.

—¡Que me respetes! —respondió su amiga con arrebato. Ximena frunció el entrecejo al escucharla. Negó con la cabeza porque no entendía lo que sucedía. Su amiga le tomó el rostro entre las manos, obligándola a mirarla—. Me confesaste que me amabas, Ximena —susurró reflejando en sus ojos una profunda desesperación—. No quiero que desees a otra. No lo soporto —confesó, negando con la cabeza.

Ximena parpadeó al escuchar su confesión. ¿Escuchó bien? ¿O la desesperación le estaba jugando una mala pasada? ¿El amor de su vida le hacía una escena de celos?

Ella la miró a los ojos; su vista se posó en su boca, en los labios entreabiertos. Notó su respiración agitada. Desvió la vista para buscar sus ojos.

—¿Te estás escuchando? —le preguntó con la voz ronca.

La mujer asintió antes de pronunciar una palabra.

—Clara y perfectamente —respondió, luego le acunó el rostro—. Si soy el amor de tu vida, si me amas como dices, ¿por qué no puedes solo verme a mí?

Los ojos de Ximena bailaban buscando los de ella; su respiración estaba agitada por lo fuerte que su corazón palpitaba. Podía sentir su aliento rozar sus labios; era la primera vez en sus vidas que se encontraban tan cerca. Tan cerca que solo bastaba un mínimo movimiento para unir sus labios. Todo su ser bullía de deseo por hacerlo; por eso y más.

Su amiga le miraba los labios con insistencia.

—Quiero besarte en este momento —dijo Ximena con la voz deformada por el deseo.

Su amiga tragó fuerte antes de que su lengua se asomara para humedecerse los labios.

—Bésame, Xime —la invitó, acercando su cuerpo al centro de la cama.

Los ojos de la doctora se clavaron en la tentadora boca. Acercó los labios a los de su amiga, entonces pudo aspirar su aliento y eso le arrebató un poco de conciencia. Su amiga no le soltaba el rostro. Con cuidado, y sin dejar de mirarla, de perderse en los ojos llenos de deseo, Ximena le apartó las manos de su cara. Entrelazó sus dedos y sin soltarla, la empujó contra el colchón.

La otra mujer soltó un gemido ahogado cuando la pelinegra se tendió sobre su cuerpo y le extendió las manos en la cama. Los ojos de ambas gritaban deseo; brillaban de anhelos por caricias prohibidas, por besos interminables y entrega.

Incluso con el torso levantado, los pechos agitados se podían sentir. Ximena fue acortando la distancia entre ellas mientras buscaba una señal para detener lo que había soñado desde hacía tanto. El aliento caliente de la mujer debajo de ella chocando con sus labios la estaba enloqueciendo.

—Pruébame… —la animó con la voz ronca.

Esa fue la señal que Ximena recibió para rendirse a su anhelo. A su más loco deseo. Ese que soñó por tanto tiempo y creyó inalcanzable. Ella unió sus labios lentos, como se posa una pluma sobre el agua. Un gemido que nació de ambas fue la nota perfecta para la ansiada unión. La besó lento, saboreando cada milímetro de su boca, succionando sus labios como el más dulce manjar. A medida que el beso se intensificaba y las lenguas se entrelazaban, también aumentaba la presión de las manos contra el colchón. El calor las envolvía, a su alrededor no existía nada más que deseo bullendo.

Ximena le separó las piernas con las suyas y se acomodó entre ellas. Había perdido toda

cordura entre el cuerpo y los labios de su amiga, que abrió la boca con hambre, con necesidad, y ella respondió a la pasión que le imprimió a aquel delicioso beso.

Con un deseo imparable, de repente su boca no fue suficiente. Sin pensar en nada, Ximena descendió hasta lamer la piel del cuello, de la barbilla. Se impregnó con el olor de su piel.

—Mi amor… —susurró con un suspiro y volvió a buscar su boca ahora con ímpetu, con el deseo pugnando con hacerla perder la razón, pero el gemido que oyó salir del pecho de su amiga cuando levantó la pelvis buscando más contacto, la hizo detenerse.

Ximena detuvo el contacto; no se apartó de inmediato, no. Disminuyó la presión en las manos. Tras unos segundos en los que sus ojos se mantuvieron fijos en los de su amiga, con delicadeza le dejó un beso, esta vez, tímido, en los labios. Poco a poco, y sin apartar la mirada, fue irguiéndose hasta sentarse en la cama, de espaldas a su amiga. Podía percibir su respiración agitada, sus ojos clavados en su espalda.

—Ximena —la llamó con un susurro.

—No quiero que sea así. No quiero —dijo, negando con la cabeza.

—No es lo que esperabas —su amiga afirmó con voz trémula.

—Demonios, ¿cómo me dices eso? —negó con la cabeza de nuevo, sin mirarla—. No tienes idea cuánto tiempo llevo deseándolo. Tus labios son como miel, como el más delicioso dulce. Pero…

Ella se pegó a su espalda. Ximena deseaba llorar de amor, de confusión, de miedo. Había besado a su amiga y sus pechos ahora le rozaban la espalda. ¿Qué la detenía de volverse hacia ella y hacerle el amor?

—Dijiste que me amabas —le recordó.

—Y te amo, te lo repetiría mil veces.

—¿Entonces?

Ximena suspiró fuerte; se llenó el pecho de aire antes de soltarlo, luego se giró. Le tomó las manos todavía sin atreverse a mirarla a los ojos y se las besó con ternura. Fue entonces cuando sus miradas se encontraron.

—Tú no me amas —afirmó con convicción—. No estás enamorada de mí —su amiga bufó —. No lo estás —recalcó ante la evidente protesta—, y si sigo besándote, si te hago el amor como lo deseo, si luego de esta noche en la que estás confundida, te arrepientes, te perderé. Y créeme, prefiero detenerme y sufrir por no tenerte entre mis brazos, que nunca volver a verte.

El dolor y la decepción en la mirada de su amiga amenazaron con destruir a Ximena.

Lo que ella comenzaba a sentir por la doctora era intenso. El miedo que sintió días antes, cuando no la vio llegar al aeropuerto, la impotencia que la colmaba cada vez que alguien le coqueteaba, le estaba abriendo los ojos. Su confesión lo cambió todo y ahora, después de besarla, de saborear sus labios e impregnarse con el olor de su piel, sus dudas se intensificaron. ¿Era Ximena la dueña de su corazón? ¿Lo era?

Ella pegó la cabeza a la de Ximena; con los ojos cerrados y sus sentidos alertas, la tomó por las orejas, acariciándole los lóbulos. Entrelazó sus manos en la nuca. Comenzaba a hacerse adicta a su olor, a las noches que ella se acurrucó en su espalda haciéndose la dormida para que Ximena no se moviera. La mañana anterior, cuando despertó abrazándola, y ella no objetó, le pareció lo más hermosa de su vida. ¿Qué le estaba pasando? ¿También la amaba? ¿Era solo un capricho de piel? ¿Era necesidad o curiosidad?

Para Ximena su propio dolor, su lucha por permanecer firme, se debilitaba con cada una de sus caricias. Podía morir aspirando su aliento, olvidarse de todo y besarla como si no hubiese

mañana; pero todavía le quedaba un poco de cordura. Aún quedaba en su memoria los años de amistad, de confidencias, de amor.

Ximena interrumpió su trance y se levantó de la cama, temblando. Con reserva, y despertando a su realidad, agarró las manos que envolvían su rostro y las alejó, dejando un beso en sus nudillos.

Poco después, Ximena salió de la habitación sin mirar atrás, sin atreverse a volver la cara. Entonces fue su amiga quien se sintió abandonada; agarró la sábana y se la llevó al pecho, haciéndose un ovillo en la cama.

Capítulo 21

La cardióloga salió de la cabaña en silencio, agradeciendo que ninguna de sus otras amigas estuviera ahí. En cuanto abrió la puerta, una brisa helada la arropó, aun así, nada le importó porque necesitaba salir. Vagó por la vía que daba al lago; la luz de las farolas le iluminaba el camino. Deseó un cigarrillo, aunque jamás había fumado en su vida. Su padre padecía de enfisema pulmonar gracias al uso constante del tabaco; ese precedente en su vida la animó a hacerse cardióloga, pero en ese momento podía olvidar su convicción. Estaba demasiado ansiosa.

—¡Dios! ¿Qué hice? —susurró, agarrándose la cabeza. Aún apreciaba el sabor de los labios de la mujer que amaba impregnado en los suyos. Aún podía sentir la suavidad de su cabello entre los dedos. Su centro palpitaba lleno de deseo—. Voy a enloquecer. Enloqueceré.

Ella no supo cuánto tiempo estuvo sentada en la silla, abrazándose las piernas. El sonido de unas pisadas le avisó que alguien se acercaba. La caricia en sus cabellos se lo confirmó. Levantó la cabeza al reconocer el peculiar aroma; Mayha la cubrió con una manta y se sentó a su lado.

—¿No puedes dormir? —le preguntó. Ximena solo negó con la cabeza—. Hace mucho frío —acotó.

—Estoy bien.

La morena asintió.

—¿Me quieres contar qué te pasa? Porque algo ocurre, nunca nos habías plantado.

Ximena torció un poco la boca.

—Discúlpame, no quería arruinar la noche.

Ximena giró la cabeza, le mantuvo la vista fija en busca de una señal.

Mayha se quedó mirando hacia el lago. La comunicación entre ellas era buena, aunque la morena enfrentaba una situación que la otra desconocía, pero ese no era el momento de contárselo. Hacía días que ella tampoco dormía. Cuando llegó de la discoteca junto a su amiga, la vio sentada allí; permaneció atenta y pudo notar su desasosiego, aun en la oscuridad. Buscó dos mantas y fue a su encuentro. Ella sospechaba lo que le pasaba; lo sospechaba hacía mucho.

—Estoy enamorada de Estefanía, Mayha —al fin confesó y la miró con las lágrimas pugnando por salir.

La morena suspiró profundo al confirmar sus sospechas. Hacía semanas que notó las miradas y las discusiones entre ellas por cualquier cosa. Sin embargo, la escena del día que arribaron a Colombia hizo que esas sospechas se intensificaran; el saber que se habían regresado juntas a la cabaña se lo confirmó.

Mayha se movió de su silla y se arrimó a Ximena, que apoyó la cabeza en su pecho. Ella la abrazó fuerte.

—Estefanía… ¿Ella lo sabe? —le preguntó con calma.

Ximena solo asintió.

—Se lo confesé hace semanas, pero es difícil seguir a su lado, Mayha. Me estoy rompiendo por dentro.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué estás aquí sola? ¿Discutieron?

Ximena ahora negó con la cabeza.

—Nos besamos —confesó.

Mayha se echó hacia atrás por la sorpresa, luego analizó la situación.

—Bueno, eso es positivo, ¿no? Si ella te correspondió —señaló.

La doctora sonrió con ironía.

—Está borracha, Mayha. Borracha y confundida. Por eso la arrastré hasta aquí. Y estoy volviéndome loca porque la amo tanto, amiga. La deseo más y… —se irguió en la silla para agarrarse la cabeza y soplarse la nariz. Su angustia era palpable.

—Xime, mírame, cariño —le pidió. Mayha se agachó en el suelo y le tomó las manos—. Si Estefi lo sabe y permaneció a tu lado, es porque no le eres indiferente —ella negó con vehemencia ante su afirmación—. Mira…, te confesaré algo. Ella pidió dormir contigo —Ximena se quedó mirándola, sorprendida—. He visto miradas. He notado gestos. Por eso no indagué, simplemente cedí a su pedido. Karen ni en cuenta, ya sabes como es.

—¿En serio pidió quedarse conmigo? —preguntó, incrédula.

—Sí. Alegó que en las últimas ocasiones ella dormía conmigo, y que yo…

—Roncas y te mueves demasiado —completó ella.

Ambas rieron a pesar de las lágrimas.

—Sin detalles, solo mencionó que me muevo mucho y es verdad. Así que por eso decidimos la división de cuartos como lo hicimos. Ella lo pidió, amor. Y no estaba borracha.

Ximena alzó las cejas.

—¿Entiendes que estás tratando de convencerme de que también le gusto?

—No lo sé. Conocemos a Estefi, sabemos que no miente. De eso es lo único de lo que puedo estar segura.

La doctora se irguió un poco más, recogió las piernas al pecho, abrazándolas; mantuvo los ojos fijos al frente. La información que acababa de recibir lo cambiaba todo.

—No sé, ya regresamos mañana. Tal vez un poco de distancia cambiará todo —dijo.

—¿Ella… respondió a tu beso?

—Ella me pidió que la besara.

—Ohhhuuuu —reaccionó, abriendo los ojos como platos—. ¡Vaya con la periodista!

Ximena asintió. De repente, soltó un suspiro seguido por una carcajada.

—Besa increíble, Mayha —confesó.

La abogada subió a la tumbona y la abrazó por la espalda. Después de hablar por una hora, quiso ir a descansar.

—Es tarde y hace frío. ¿Subes? —le propuso.

—Voy en un rato —respondió Ximena.

—¿Le contarás a Karen?

Ella suspiró hondo, considerándolo.

—Cuéntaselo tú.

Mayha se fue y Ximena pasó parte de la noche en la tumbona; su mente era un cúmulo de pensamientos que no la dejaban descansar. Hablar con la abogada le hizo bien. Le contó sobre el momento en que se dio cuenta de sus sentimientos, lo que sufría en soledad y lo que le costó confesarse. Mayha le reclamó que hubiese pasado todo ese proceso sola; ella explicó que no fue por falta de confianza, sino por prudencia.

Cerca de las tres de la madrugada, Ximena decidió subir a la estancia; la temperatura amenazaba con congelarla. Al llegar a la habitación en penumbras, se sentó en su lado de la cama; miró a Estefanía, que dormía de espaldas a ella. Notó su respiración inestable y supo que había llorado. Eso la hizo sentir culpable. Estiró la mano y acarició su muslo. No hubo ninguna reacción, así que se acostó y se cubrió con la manta.

***

El olor del café inundó la habitación. Ximena se removió en la cama al percibirlo, aun en su inconsciencia. Se giró buscando la presencia de Estefanía, pero no estaba en la habitación; extrañó su calor. Afuera las voces de las mujeres se oían con nitidez. Extrañada, ella miró el reloj de Estefanía. Ya pasaban las nueve, era raro que no la hubiesen despertado.

Ximena se quedó sentada en la cama tratando de ordenar sus ideas; sentía una fuerte opresión en el pecho. A su memoria llegó el beso que compartió con su amiga, la conversación. Miró a su lado y agarró la almohada de Estefanía. Se la llevó a su nariz y aspiró el dulce olor. La amaba demasiado. Ahora debía tomar decisiones; llevó la almohada al pecho y volvió a recostarse. Justo en ese momento, la puerta de la habitación se abrió. Una tímida Karen se asomó con una humeante taza de café en la mano.

—Buenos días, Julieta.

Ximena se cubrió el rostro mientras Karen sonreía comprensiva y se sentó al borde de la cama.

—Es tarde, ten —le ofreció la taza y luego le acarició las piernas sin apartar la mirada—. ¿Cómo te sientes?

Ximena alzó las cejas y tomó un sorbo de café.

—No sé. Tengo el pecho que quiere explotar y, a la vez, me siento un poco liberada.

Karen la miró fijo sin dejar de acariciar sus piernas.

—No voy a reclamarte, pero debiste contarme, soy tu mejor amiga. Te hubiese ayudado a pasar este proceso. Sabes que puedes confiar en mí.

Ximena puso su mano sobre la de ella.

—Lo sé, es que tuve miedo… ¿Cómo está? —ella movió la cabeza, señalando hacia la puerta, como referencia a Estefanía.

—No ha dicho nada. Se la ha pasado en el balcón, acurrucada en la silla. Tal vez cree que no sabemos. Pero se nota que ha llorado. Ante nuestras preguntas sobre qué le ocurre, solo niega con la cabeza.

—Me está protegiendo. Le pedí que no dijera nada —explicó.

—Siempre lo ha hecho. Eso me lleva a analizar que tal vez… eres especial para Estefi —afirmó. Hubo silencio entre las dos, cada una analizó esa posibilidad. Sin embargo, ninguna dijo nada al respecto—. Ahora termina ese café y alístate. En dos horas debemos salir al aeropuerto y quiero desayunar en el puesto a la salida.

Ximena asintió, luego terminó su café. Después de ducharse, se cubrió con la toalla y salió a la habitación. Buscó sobre una mesa la ropa que recolectó entre sus amigas; escogió una camiseta corta, con la sensual imagen de Karol G que compró en el poblado y lo acompañó con unos shorts deshilados de Karen. Se calzaba las zapatillas cuando advirtió que Estefanía entró a la habitación.

Ella la miró, pero su amiga no le dirigió su atención; fue como si ella no estuviera en la misma habitación.

—Buenos días, Estefi —la saludó, poniéndose en pie.

La vio tomar aire.

—Buenos días —respondió.

Estefanía agarró su cartera de maquillaje y salió de la habitación.

Ximena volvió a sentarse, abrumada; sus peores miedos se hacían casi tangibles. La opresión en su pecho se intensificaba a cada segundo.

En la sala, Mayha y Karen se miraron en silencio al ver a la periodista pasar con su bolso hasta donde estaba la silla colgante. Karen intentó ir detrás, y Mayha se lo impidió.

—Déjala sola —le dijo—. No debemos comentar nada. Creo que Xime no le ha dicho que ya sabemos.

—Bueno, pero no podemos seguir con tanto misterio. Ya sabemos que se gustan, y también lo que pasó anoche…

—¡¿En serio?! —el cuestionamiento se escuchó a espaldas de las amigas. Ambas cerraron los ojos justo cuando Ximena apareció también en la sala. El silencio entre las tres fue sepulcral, no así para Estefanía—. ¿En serio, Ximena? —la interpeló, muy seria, mirándola a los ojos.

—¿Qué? En serio, ¿qué? —preguntó Ximena, inocente, pues acababa de llegar y no tenía idea de que hablaban.

—¿Le dijiste todos a las chicas? —abrió las manos con un gesto exasperado, mezclado con incredulidad. Ximena caminó hacia Estefanía, y ella retrocedió—. Ahora… —se dirigió a Karen y Mayha—. ¿Han estado preguntándome qué me pasa cuando tienen toda la información? Pero ¿qué clase de amigas son?

—Estefanía, cálmate —le pidió Ximena—. No es lo que crees.

—No me pidas calma. No lo hagas —le exigió con la voz rota.

—¿Qué tienes? ¡¿Por qué reaccionas así?! —exclamó Mayha, poniéndose en pie, enfrentándola. Estefanía negó con la cabeza; no podía expresar lo que sentía porque saberse humillada por Ximena era fuerte, pero que sus amigas lo supieran, era más de lo que era capaz de tolerar—. Era cuestión de tiempo para que supiéramos todo, amiga.

—Somos amigas, Estefi —intervino Karen—. Ustedes están atravesando una situación delicada y no le veo el sentido a que lo pasen solas —añadió.

Ximena, en silencio y sin comprender la reacción de Estefanía, se sentó en el sofá. Esta, cubriéndose la cara, también tomó asiento frente a ella.

—No quiero hablar de esto, ¿de acuerdo? —ella levantó la cabeza.

Karen y Mayha abrieron los ojos, sorprendidas; luego asintieron y salieron de la sala. Ximena estuvo atenta a que bajaran los escalones y las vio dirigirse hacia las tumbonas. Entonces ella se sentó al lado de Estefanía, que no levantó la cabeza cuando se acercó.

—En algún momento debemos hablar, Estefi. No entiendo qué te pasa. Anoche…

—Anoche me ofrecí, Ximena —la interrumpió. Al fin levantó la mirada—. Y…

—Para mí no fue un ofrecimiento. Jamás pensaría eso.

—¿Por qué? ¿Porque estaba ebria, según tú? ¿Eso les dijiste a las chicas? ¿Por eso no quisiste acostarte conmigo?

Ximena frunció el entrecejo y se puso de pie. Llevándose la mano a la boca, caminó hasta el centro de la sala. Entonces buscó aire después de estrujarse la cara. Todo estaba claro ahora. ¡Era eso! Estefanía se sentía avergonzada. En los ojos verdes se reflejaba tanto dolor; dolor que era insoportable.

Ximena se acercó y se agachó frente a ella, buscando su mirada. Le tomó las manos; Estefanía no opuso resistencia.

—Estefi, yo… jamás, jamás, tomaría lo que pasó anoche como un…

El timbre del celular de Estefanía interrumpió la conversación. En la pantalla titiló el nombre de Andrea. Ximena lo vio y sus ojos se posaron en los verdes.

Estefanía se deshizo de su agarre y se puso en pie para responder la llamada.

Capítulo 22

—Andrea ya viene —anunció Estefanía, poniéndose en pie y dándole la espalda a Ximena, que se quedó agachada frente a ella. Era, para Estefanía, el momento adecuado para evitar una conversación incómoda—. Tengo que empacar.

—Estefanía —la llamó. La doctora se irguió hasta acercarse y tocar su hombro.

—En otro momento, Ximena —dijo sin detenerse, caminó a la habitación.

Ella, desolada, apretó los puños y la siguió. El golpe al cerrar la puerta sobresaltó a la periodista.

—¡Estefanía! —repitió.

—Te dije que no quiero hablar —insistió con un tono molesto.

—¿Qué fue lo que te hice? —cuestionó la pelinegra con un hilo de voz.

Estefanía no esperaba esa interrogación. Se quedó quieta, de espalda, con los ojos cerrados.

—¿Por qué preguntas eso? —quiso saber, hablando con los dientes apretados; agarró algunas prendas de ropa colgadas en el vestidor.

—Por tu actitud. Nos conocemos hace años —añadió—. No te comportas así cada vez que alguien te confiesa su amor.

Estefanía se giró, enfrentándola. Un certero golpe al pecho por poco la derrumba al ver la mirada de Ximena; sus ojos, casi anegados en lágrimas, reflejaban dolor, miedo. Ella bajó la cabeza; tenía tanto por expresar y, a la vez, no quería decir nada.

Después de aclararse la garganta, levantó la cabeza, buscando su atención.

—No sabes cómo reacciono cuando alguien me confiesa su amor —respondió, retándola con la mirada.

Ximena se sentía desolada; no era así como quería que las cosas fluyeran entre ellas. Había tensión, algo de frialdad en los ojos y palabras de Estefanía, y ella solo quería… quererla.

La periodista, al no recibir una reacción, volvió a su tarea con el equipaje; agarró su maleta y echó su ropa sin acomodar, simplemente la tiraba.

Ximena sabía que evitaba sus ojos y eso la hundía, cada vez, más en su angustia.

—Se te olvida cuánto te conozco, ¿verdad? —acotó con la decepción reflejada en la voz—. ¿Decirte lo que siento fue tan demoledor que no puedes ni siquiera mirarme a los ojos?

—No cambié mi actitud contigo cuando te confesaste. No sé a qué viene eso.

—No, es cierto. Me trataste como siempre, inclusive, con un poco más de afecto. Pero ahora, después de anoche…, no sé por qué me tratas así. ¿Es porque no te dejé en la discoteca?

—¿De qué hablas…? —por fin la enfrentó. En su frente las arrugas marcadas por la sorpresa eran visibles.

—¡Contesta!

Golpes en la puerta, unidos al llamado de Karen, las hizo girar la cabeza.

—Estamos ocupadas —le advirtió Ximena en voz baja, procurando terminar la conversación.

—Ya se hace tarde, apúrense —las apremió la pediatra.

—¡Estamos ocupadas! —gritó Ximena sin apartar los ojos de la castaña—. ¿Es eso, Estefanía? —se acercó, buscando su atención—. Querías quedarte y te obligué a venir. ¿O fue que me pediste que te besara y accedí? ¿Fue eso? Te besé y ahora…

A Estefanía se le transformó el rostro al mirarla. Su amiga no podía estar más afligida, y ella

sabía que su comportamiento era el causante de la pena y dolor de Ximena. Se sentó al borde la cama; su amiga la vio cubrirse la cara y llorar. La periodista enredó sus dedos en el cabello, con impotencia. ¡¿Qué era lo que le pasaba?! ¿Por qué quería herirla? ¿Por qué?

La habitación se llenó de gemidos llenos de angustia; ambas lloraban al ver su amistar desquebrajarse. Ximena se sentó a su lado, como hacen las amigas cuando una necesita hablar. Estefanía metió las manos entre sus piernas; ella podía ver las lágrimas que bajaban por sus mejillas.

—Fue un error, tenías razón. No debí pedirte que me besaras —dijo con firmeza.

Ximena parpadeó, evitando las lágrimas; se echó hacia atrás intentando recomponerse. Una daga ardiendo atravesó su corazón cuando escuchó aquello. Lo que para ella fue lo más hermoso de su vida, para la mujer que amaba fue un error, y dolía. Dolía como el demonio.

Estefanía giró el rostro para encontrarse con los ojos impregnados del más profundo dolor. Las miradas permanecieron unidas por varios segundos, que para ella fueron siglos. Vio como Ximena asentía conforme, pero en realidad trataba de absorber el significado de aquella revelación. Se secó las lágrimas que no pudo evitar y le extendió la mano abierta sobre el muslo.

Estefanía, con reserva, entrelazó sus dedos. Ximena llevó sus manos unidas a sus labios y la besó. A continuación, se puso en pie, agarró su bulto con sus pocas cosas personales y salió de la habitación.

La periodista la siguió con la mirada; recordó sus lágrimas, y su dolor se multiplicó por mil. La había herido; por mero orgullo o por mucho temor, no pudo identificarlo. De lo que sí estaba segura era que su corazón se marchó detrás de la pelinegra.

Pero Ximena ya no quería pedir más, no podía. Si Estefanía entendía que lo que pasó entre ellas fue un error, pues lo era. No iba a luchar. Eran demasiados años esperando ese beso, luchando con el dolor de verla tan cerca y no tenerla. Y ahora, cuando más cerca estuvo, cuando al fin saboreó sus labios y se impregnó del dulce aroma, ella le dijo que fue un error y le creía. No debió acceder.

No debió besar sus labios, besar su piel, impregnarse de su calor, de su aroma. Su temor, su miedo, se hizo realidad. Por amar como amaba, perdió a una amiga. Porque jamás podría volver a verla como tal.

***

Tras cerrar la puerta, Ximena tragó profundo, buscando recomponerse; secó la humedad de sus mejillas y se dirigió a la sala. Encontró a Karen y a Mayha sentadas en el comedor; ellas de inmediato notaron su desasosiego. Un asomo de sonrisa se dibujó en sus labios al notar su reacción de pena. Se le acercó por la espalda a Karen y la abrazó después de besar su cabeza.

—Discúlpame, no quise gritarte —susurró, pegada a sus cabellos.

Karen le apretó la mano y la invitó a sentarse a su lado. Mayha extendió la mano sobre la mesa y la pelinegra se la tomó. La vieron buscar las palabras para decirles algo. Ximena echó la cabeza atrás y sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

Ellas se miraron; vieron el movimiento en su garganta cuando trató de deshacer el nudo que la asfixiaba. Ximena levantó la mano pidiéndoles que no dijeran nada. Tras respirar profundo, abrió los ojos.

—No quiero que se complique más las últimas horas de nuestro viaje —declaró—. Les pido que no hagan preguntas, que se mantengan al margen, como si nada pasara.

—Xime… —fue Mayha quien habló—, no pueden guardarse tanto dolor. Somos su soporte.

Jamás te vi así.

Ella sonrió, luego se sorbió la nariz.

—Hoy no es el momento de explicarles nada. Sé que les debo una conversación y una disculpa. Les prometo que cuando esté lista, hablaremos —abrió las manos, pidiendo comprensión. Ellas correspondieron a su pedido—. Tampoco le cuestionen nada a Estefi, ¿de acuerdo?

Ellas asintieron. Tras besarles los nudillos, Ximena salió de la cabaña. No la siguieron; unos minutos en soledad les vendría bien.

***

Estefanía se derrumbó una vez que oyó la puerta de la habitación cerrarse. Se tiró de espalda a la cama y se llevó las manos al rostro. Lloraba de dolor, de incertidumbre, de vergüenza y sobre todo, de culpa.

Ximena solo intentó amarla; eso fue lo que le ofreció hacía semanas.

Ximena la besó porque ella, en su sana consciencia, se lo pidió, pero no la deseaba tanto para hacerla suya.

Ximena la besó y se marchó. Nada más humillante que eso. Para su castigo, ella volteó y vio encima de la almohada la ancha camiseta que su amiga usó las noches anteriores; una suya que le facilitó. Sin poder evitarlo, la agarró y se llevó al rostro, llenándola de su humedad.

No supo cuánto tiempo pasó acostada en la cama con la camiseta en la cara, cuando sintió la mano de Mayha que le acarició las piernas. Ella se irguió, buscando sus brazos. Su amiga la estrechó contra su pecho, pegó la boca a su cabeza y la animó a levantarse.

—Vamos, ya nos esperan. Ve, lávate la cara, yo terminaré esto —ofreció, refiriéndose a ordenar su equipaje—. Ya Andrea está afuera.

Estefanía obedeció. En silencio fue al baño y se lavó la cara.

En la habitación, Mayha solo negó con la cabeza, mientras intentaba ordenar la cama repleta de pertenencias de su amiga. Minutos después, Estefanía salió del baño; se había puesto una gorra y la ancha blusa que Ximena usó. Buscó sus gafas oscuras sobre el tocador. Se detuvo en medio de la habitación y miró a su amiga que la seguía.

Estefanía suspiró hondo antes de sollozar.

—Abrázame —le pidió.

Mayha soltó el equipaje y la acunó entre sus brazos. Un fuerte gemido salió del centro de su pecho. La morena descansó la barbilla en su cabeza y Estefanía se aferró más a su pecho.

—Esto va a pasar. Sea lo que sea que ocurra entre ustedes, te juro que pasará.

Capítulo 23

El trayecto al aeropuerto duró una hora; antes, el Clan, por petición de Karen, desayunó en un restaurante a la salida de la cabaña donde se hospedaron.

El ambiente estaba pesado dentro del auto y en la mesa del restaurante, pero las cuatro hicieron su mejor esfuerzo para que, a pesar del momento difícil en el que se encontraban, al menos hubiera cordialidad. Su amor, la madurez y la amistad que las unía, hacía más llevadero cualquier desacuerdo; siempre era así.

En esa crisis, Mayha se hizo cargo de Estefanía acompañándola, buscándole conversación y permaneciendo a su lado. Karen hizo lo propio con Ximena, cuya apariencia de que todo estaba bien, podía engañar a Andrea, pero no a las demás.

En la mesa era imposible que la pareja no tuviese contacto. En más de una ocasión sus miradas se cruzaron, aunque Estefanía no apartó las gafas oscuras de su rostro. Ximena, sintiéndose culpable por la situación, no quería que sus amigas fueran víctimas del malentendido entre ella y la periodista, así que con la poca fuerza que le quedaba, trató de que las cinco, incluida Andrea, tuvieran un desayuno agradable.

—Karen, ¿cómo supiste de este lugar? —le preguntó, admirando la decoración típica y sencilla del sitio.

Las mesas de madera, y las paredes coloridas con imágenes de cantantes de salsa, lograban que el lugar fuera acogedor e invitaba a los turistas a entrar.

—Lo vi cuando llegamos. Después busqué las referencias —respondió Karen.

—Algo te atrajo, confiesa —dijo, llevándose el vaso con jugo de parcha natural a la boca.

—Lo típico. Además del desayuno de reyes que pedimos. Dicen que el trato es bueno.

—Es cierto, la gente es maravillosa. Por cierto, Andrea, después de hoy, ¿tomarás unos días libres o regresarás al trabajo? —se interesó Mayha.

Andrea alzó las cejas; estaba agradecida con el trato de las mujeres, que la invitaron a desayunar.

—No, ya tengo otra vuelta en la tarde. Justo dejándolas en el aeropuerto, llegará un grupo de Estados Unidos.

—¿Así es siempre? ¿Sin descanso? —indagó Ximena.

Andrea la miró y le dedicó una amable sonrisa.

—Así es nuestra vida acá en Colombia. Tengo que trabajar mucho porque las ganancias no son cuantiosas. Además, no siempre se consigue un grupo como ustedes que me contrataron de forma exclusiva. A veces, es una vuelta al aeropuerto o algún *tour* —explicó.

Las chicas la escuchaban atentas; independientemente de los celos que le causó a Ximena su cercanía con Estefanía, Andrea le parecía una mujer, además de hermosa, muy atenta y respetuosa. No dudarían en buscarla en otra ocasión.

—¿Te dedicas a esto por necesidad o porque te gusta? —preguntó la periodista. Andrea sonrió; dejó las manos entre las piernas y se quedó unos segundos en silencio—. Oh, disculpa mi imprudencia.

—No, no, no es nada. No te apenes —le pidió—. Estoy orgullosa de trabajar como taxista. Aunque no es lo que deseo hacer toda la vida. Estudio en las noches para estilista. A veces hago algunos servicios en la casa para practicar. La realidad es que no es suficiente. Mi hermana tiene un niño de tres años y es madre soltera. Vive conmigo, así que… no es fácil, pero al menos llevo la comida a la mesa.

Las cuatro intercambiaron miradas. Ellas tenían una posición social acomodada, nunca tuvieron que trabajar en algo que no fuera la profesión que eligieron por vocación.

Unos minutos después, el desayuno fue servido; entre trivialidades pasaron el rato mientras comían. La madurez emocional de Ximena y Estefanía hizo que la mañana fuese agradable para todas. Llegaron justo una hora antes al aeropuerto. Todas abrazaron a Andrea al despedirse; le agradecieron sus atenciones y le dejaron una jugosa propina que hizo a la mujer emocionarse hasta las lágrimas.

Luego, Estefanía se quedó algo rezagada, a solas con la rubia. Ximena lo notó cuando Karen le puso el brazo en los hombros, pero no prestó mayor atención. Su decisión era llegar a Puerto Rico y, de alguna forma, poner distancia entre ellas. Era lo más saludable y en algún momento se lo haría saber a las demás.

—Fue un placer tu compañía —le dijo Estefanía a Andrea, que frunció los labios con una sonrisa cuando notó el sonrojo en sus mejillas—. Quiero disculparme si en algún momento hice que te confundieras. No era cuestión de pasar el rato.

—También fue un placer conocerte —dijo Andrea—. Y sí, me hubiese gustado compartir más, pero supe que no tenía oportunidad contra esa pelinegra —señaló con la barbilla a Ximena.

Estefanía la vio de espaldas y asintió. No, nadie tenía oportunidad con ella mientras no se aclarara.

—Todo se salió de control —explicó—. Ahora mismo, no creo que ella quiera ni siquiera verme —dijo con pesar, y suspiró.

Andrea le tomó las manos.

—No sé mucho de relaciones, pero creo que si no funciona como pareja, deben manejarlo. Hubiera dado lo que no tengo por unas amigas como ustedes. Las cuatro —aclaró—. Conocerlas será algo de lo que hablaré por mucho tiempo. La pasé *chimba* con ustedes.

A Estefanía se le saltó un latido; era hermoso escuchar de boca de otra persona lo que ellas transmitían. Después de abrazarla, ella se unió con el grupo que la esperaba en el área de abordaje. No pasaron por registro en el aeropuerto, usaron las computadoras de abordaje electrónico.

Ximena lucía ansiosa; estaba callada, sentada en una silla con las piernas sobre la maleta de una de ellas. Karen, que permanecía a su lado, la vio morderse las uñas.

—Te quedarás sin dedos. ¿Qué te pasa?

—Recordé la ubicación de los asientos —respondió con un murmullo.

Karen rio; buscó dentro de su pasaporte y le extendió los boletos de abordaje.

—Tranquila. En la mañana hice el *check-in*. Te sentarás a mi lado.

Ximena, aliviada, le tomó la mano y la besó. Luego, sin decir nada más, se movió hasta ir a una de las tiendas de suvenires.

Lo que para Ximena fue un alivio, para la Estefanía no lo era. Ella tuvo todo el trayecto hacia el aeropuerto para analizar los eventos de la mañana; las palabras dichas y no dichas. El panorama que se pintaba para ellas tras sus palabras. Esas tres horas de viaje hasta Puerto Rico, al lado de Ximena, tal vez le alivianarían el pesar que llevaba dentro. Desde que ella le dijo que todo fue un error, a partir de ahí, su amiga no le había dirigido la palabra. Eso le estaba doliendo demasiado.

La llamada para abordar llegó; los ojos de Estefanía buscaban con disimulo la alta figura de Ximena, que aún no regresaba. La alcanzó a ver cargando con cuatro cafés en una bandeja de cartón.

—Chicas, el último café de Colombia —anunció Ximena con entusiasmo.

Les extendió la bandeja para que lo tomaran.

—¡Eres un mor! —dijo Mayha.

—Gracias, mor.

Los últimos vasos fueron los de ellas. Ximena le extendió la bandeja a la periodista; su cuerpo se paralizó cuando, por obligación, se encontró con su mirada. Fueron solo unos segundos, pero le vio los parpados inflamados y su pecho se detuvo. Estefanía quiso sonreír, no obstante, su gesto se quedó a medias cuando ella desvió la mirada.

—Gracias, Xime.

Ella asintió en silencio, y se dio la vuelta para encontrarse con Karen en la fila, su refugio.

* Mor: En Medellín, y otras regiones de Antioquia, “mor” es una expresión coloquial que se utiliza de manera amigable y cariñosa para referirse a alguien. Es similar a decir amigo o compañero en otros lugares.

Capítulo 24

Una vez salieron del aeropuerto, tras tres horas de vuelo, Estefanía anunció que iría por su auto al estacionamiento donde lo dejó días atrás. Ximena agradeció al cielo haberse atrasado el día que partieron a Colombia, pues ahora, ella no tendría que compartir más tiempo con la periodista. Se despediría de una vez e iría a refugiarse a su apartamento. Anhelaba llegar a su habitación y dejar salir toda la frustración y tristeza que cargaba desde la mañana.

Las cuatro mujeres se encaminaron hacia el área de parqueo. Para la pareja, cada paso era pesado; la despedida se acercaba, hacía demasiadas horas que no se dirigían la palabra y era una situación incómoda para ellas, y para las demás.

Karen y Mayha ya estaban contagiadas con el pesar que cargaban sus amigas; ninguna sabía cómo ayudarlas. No tuvieron oportunidad de conversar sobre el tema a solas, aunque la realidad era que solo ellas podían manejar la situación.

—Vamos al baño —dijo Mayha, tirando de su amiga por el brazo, en cuanto llegaron al área donde recogían los autos.

—De acuerdo. Pagaremos y nos veremos a la salida —anunció Estefanía, buscando en su cartera el recibo de su auto.

—De acuerdo.

Ximena y Estefanía, una al lado de la otra, caminaron en silencio hasta el área de pago. La doctora fue quien primero finalizó la transacción. Con el boleto en la mano se giró, encontrándose de frente con la castaña, que se le quedó mirando.

—Bueno, nos estamos viendo —se despidió, sin intención de permanecer un segundo más a su lado.

Estefanía se quitó las gafas y le puso una mano en el brazo, deteniéndola.

—Espera un minuto, por favor —le pidió.

Ximena tragó, asintió y esperó en una esquina, con los brazos cruzados en el pecho. Los nervios la carcomían; no sabía qué decir y tampoco imaginaba lo que Estefanía le diría. Solo temía que en cualquier momento sus piernas le fallaran porque temblaba como un papel.

Una vez Estefanía finalizó su transacción, cabizbaja y con las llaves en la mano, se acercó a la doctora. Levantó la mirada, posándola en ella.

—¿Qué pasará con nosotras? —preguntó con la voz temblándole.

A Ximena, aunque tenía claro los pasos que daría una vez se despidieran, se le debilitaron las ideas al escuchar el tono de inseguridad en las palabras de Estefanía, que mantuvo la mirada fija en ella, a la espera de una respuesta.

—No… estoy lista para responderte, Estefi —respondió tras un breve silencio.

Estefanía asintió, mirando hacia otro lado. Tensó la barbilla.

—¿Podemos hablarlo… algún día?

—¡Estefanía!

—No te voy a rogar, como sé que tampoco lo harás, porque así somos. Solo creo que vale la pena que hablemos…

—Intenté…

—Lo sé, lo sé —movió sus manos—. Fui yo quien se negó.

—¿Entonces? ¿Por qué ahora? —preguntó, ladeando la cabeza cerca de su rostro.

—Porque he pensado mucho —respondió—. Porque tu silencio ha sido devastador para mí. Porque somos amigas antes que todo y me niego a perderte.

Ximena cerró los ojos. Ella había atrasado su confesión por esa misma razón y ahí estaban ahora. Esas palabras fueron demoledoras. Ese no era el lugar para una conversación de ese tipo; y mucho menos para aceptar que eso era ella para la periodista, su amiga, solo su amiga. Y era lo que le preocupaba, terminar aquello que empezó hacía quince años. Así que lo mejor era, pedirle un tiempo. El destino se encargaría de poner las cosas en su lugar.



—Estefanía… —habló al fin—, yo necesito espacio —explicó con un nudo que se le formó en la garganta—. Sabes lo que eres para mí —la agarró por los brazos—. No voy a mirarte de otro modo solo porque tú me lo pidas. No después que nos besamos —le recordó. Sus ojos, esos ojos verdes que no se apartaban de su mente, ahora reflejaban el dolor de la decepción, del dolor. Ximena tragó y buscó aire porque el pecho lo sentía encogido. Estefanía apretó los labios; toda ella estaba tensa—. Por ahora, creo que un poco de distancia es lo que corresponde.

Estefanía asintió, esta vez, con la cabeza baja. Ximena acunó su rostro y le dejó un beso en la frente. Sin decir más, dio la vuelta y fue en busca de su vehículo. De reojo, vio a Mayha y a Karen acercarse a la periodista, pero ella no podía detenerse. Ya su fortaleza había mermado; ya no podía fingir más que se encontraba bien. Le faltaba el aire; y el peso de mantener una imagen inquebrantable, le estaba destrozando los músculos del cuerpo. No solo acababa de perder a su amiga, también a su gran amor.

Una vez dentro de su vehículo, agarró el volante fuerte; hizo algunos ejercicios de respiración antes de arrancar el motor y salir de las inmediaciones del aeropuerto.

***

—¿Estás bien? —le preguntó Karen a Estefanía una vez que llegaron a su lado.

—Sí —respondió, secándose la humedad de sus mejillas sin dejar de mirar hacia la salida del parqueo, por donde salió Ximena—. Vamos, ya tengo deseos de descansar.

A pesar de su silencio, ella no rechazó el abrazo de sus dos amigas. Después de dejar su equipaje en el maletero, subieron al vehículo en silencio y salieron a prisa.

***

La noche fue larga para Ximena; era otra noche sin poder dormir. Las luces de los vehículos que transitaban por la avenida le lastimaban los ojos, pero no deseaba de la ventana que daba a la avenida. Vivir en un quinto piso le otorgaba el privilegio de una vista amplia de la avenida principal, en la entrada del Viejo San Juan. Sabía que si sobre estimulaba su visión, encontraría alivio al cerrar los ojos; con eso en mente, tal vez llegaría el sueño y un poco de calma a su cabeza y cuerpo. Con la mirada fija en el ir y venir de cientos de vehículos, la imaginación se le quedó en blanco; eso era, precisamente, lo que deseaba, no pensar.

Cuatro horas antes, cuando al fin abrió la puerta de su apartamento, toda la aflicción le cayó encima. Ahí, en su lugar seguro, en sus cuatro paredes, no tenía que aparentar. Tras dejar su bolso en la entrada y tirar las llaves en cualquier lugar, ella se derrumbó. Su sofá fue su soporte cuando se hundió en el mullido mueble, donde se lamió las heridas por horas. Durante el trayecto a su edificio, en su mente, lo único que se reflejaba como *flashes* fueron las palabras de Estefanía. “Bésame”… “Pruébame”… “Fue un error”.

Ni la larga ducha, ni el trago de *whisky* lograron aliviar su pesar. A sus pies, en el borde de esa ventana que tantas veces la acogió durante sus dudas, descansaba la foto del Clan. Ella la

tomó entre sus manos; la observó en detalle antes de llevársela al pecho. La pantalla gigantesca, en los altos de un edificio, le mostró la hora; 2:27 a. m. Tenía unas veinticuatro horas sin dormir. Concluyó que debía tratar de descansar, pues en la mañana tenía pacientes que atender.

Con parsimonia, se levantó hasta llegar a su habitación.

—¡Oh, mierda! —exclamó al ver sobre su cama la ropa y el equipaje que nunca llevó al viaje.

Su intención inicial fue tirarlo todo al suelo y acostarse, pero su forma ordenada de vivir no se lo iba a permitir, así que, con calma, echó todo dentro de la maleta, la cerró y colocó en una esquina. Tras sacar la sábana que vestía el colchón, se fijó que su teléfono estaba descargado. Resopló antes de ponerlo a cargar, pero antes, se sentó en la orilla de la cama y esperó unos minutos a que el equipo encendiera.

Veintitrés llamadas perdidas, leyó las notificaciones que aparecieron en la pantalla. Con curiosidad, pero sabiendo lo que podía encontrar, deslizó su dedo por la pantalla hasta buscar la aplicación de mensajes.

Veinticinco mensajes sin leer.

Pulsó el último que recibió, unas horas antes.

El Clan.

Karen: “Mensaje para Xime. Amiga, por favor, avisa que llegaste bien”.

Ella sonrió; había olvidado la costumbre de anunciarse entre ellas cuando ya estaban seguras en casa.

Mayha: “Ya en mi palacio. Buenas noches a todas, menos a Ximena, que no se despidió”.

Estefanía: “Ya en casa”.

Ximena se quedó mirando el parco mensaje. Pensó si era saludable silenciar ese *chat*, porque solo vio su nombre y su corazón se aceleró.

Ximena: “Sí, llegué bien. Justo ahora pretendo ir a dormir”.

La pantalla parpadeó de inmediato.

Karen: “Vaya, hasta que respondes. Descansa. Mañana te veo. Te quiero… Te queremos”.

Ximena: “Yo también las quiero”.

Tecleó su respuesta y dejó el equipo sobre la mesa. Ya su cuerpo no daba para más.

Capítulo 25

—Doctora, buenos días —escuchó Ximena el saludo al entrar a su oficina.

Kelvin, su asistente, se puso en pie en cuanto la vio temprano en la mañana, ataviada con un conjunto de chaqueta blanca, con bolsillos y detalles negros, cortada en desigual, sobre un jean y zapatillas blancas. Quien la viera en la calle, jamás imaginaría que detrás de esa apariencia informal, se encontraba una de las más cotizadas cardiólogas de San Juan.

Ella le sonrió y se pegó al *counter* que separaba la sala de espera de las oficinas médicas. Kelvin, un guapo hombre de veinticinco años, manejaba su oficina como nadie; era respetuoso y de sonrisa sincera. Sus espejuelos le otorgaban una apariencia un poco *nerd*. Él estudiaba medicina y trabajaba para Ximena para ayudarse a costear la universidad. La doctora le ayudaba con las dudas que se le presentaban, se preocupaba por él.

—Llega temprano —observó con una gran sonrisa en los labios, viéndola dejar su cartera y maletín sobre el *counter*.

—Sí, quiero ponerme al tanto de los récords de los pacientes de hoy —no haber dormido la hizo levantarse temprano, conducir en bicicleta por el viejo San Juan y salir a su oficina con la intención de mantener su mente ocupada—. ¿Todo bien por acá? —se interesó, mientras miraba los sobres que el asistente ya le tenía sobre el *counter*.

—Sí. El señor Bustamante ya descansa en su hogar. El doctor Jiménez lo atendió de maravilla. La familia está encantada con él.

—Jiménez es excelente, de mi entera confianza —señaló, abriendo uno de los sobres.

—De hecho, dejaron esto para usted.

Ella apartó los sobres para poner atención en la cajita de colores brillantes que Kelvin le entregó. Alzó las cejas en cuanto abrió la nota sobre la tapa.

—¡A ver! —cuando comenzó a leer, sus ojos se iluminaron.

La familia de su paciente agradecía la atención inmediata, la dedicación y cuido que ella le ofreció al hombre durante su crisis de salud. Tras secar una solitaria lágrima, le sonrió a su asistente, que la miraba con evidente admiración. Luego abrió la caja de finas galletas, que parecían más una obra de arte que algo comestible.

—Es una pena comer esto —dijo, extendiéndole la caja.

—¿Qué tal Colombia? —preguntó Kelvin con interés.

La doctora intentó mantener su sonrisa, pero un halo de tristeza sombreó su gesto. Ella suspiró.

—Bien. De hecho… —sacó del bolsillo de la chaqueta una bolsita con un suvenir del país —. Para tu colección.

Tras platicar un rato, ella abrió la puerta hacia las oficinas. No sin antes detenerse al escuchar que Kelvin le hablaba.

—No la esperaba tan temprano. Imagino que aún no desayuna —observó, preocupado.

—Estoy bien. Gracias.

—¿Café? —insistió, viendo las ojeras debajo de sus ojos.

—Eso sí te lo acepto. Me llevas los reportes, ¿de acuerdo?… ¡Ah! Y la caja de galletas.

Él rio después de ver que ella le guiñó un ojo. La vio desaparecer por el pasillo.

Ximena entró a su oficina; una vez que cerró la puerta, se recostó de ella. Buscó con la mirada la fotografía de sus amigas sobre el escritorio. La noche no le hizo bien; la mañana, menos.

El rostro de Estefanía aparecía, nítida, en su mente como *flashes* intermitentes; y ahora, físicamente, su imagen la veía enmarcada en un cuadro. Soltó su maletín, la cartera y se acercó al escritorio; tomó el marco en las manos y sonrió. Fue uno de sus últimos viajes a Orlando, Florida. Mayha cargaba en su espalda a Karen y ella, a Estefanía, que sonreía, abrazándola por el cuello. Las cuatro con orejas de Mickey en la cabeza; a sus espaldas, el castillo de la Princesa. Disfrutaban como niñas en cada oportunidad que iban a Disney. Ya en aquel momento empezaba a amarla. Recordó cada minuto a su lado.

Tras unos segundos, Ximena agachó la cabeza sin soltar el cuadro. Con los ojos cerrados pidió al cielo un poco de alivio a su pena. Se negaba a mantener ese duelo. Fue un error; enamorarse, confesarse, tener esperanzas cuando ella le pidió un beso. Fue un completo error; los errores se pagan y ella estaba de pie, frente a su escritorio, con una fotografía de días felices pegada al pecho.

—No, no puedo dejarme caer —se dijo.

Devolvió la fotografía a su lugar, llenó sus pulmones de aire y comenzó un nuevo día de trabajo.

***

Para Estefanía la noche no fue muy distinta a la de Ximena; con la excepción de que ella mantuvo su celular encendido, viendo las fotos que se tomaron en el viaje. Detallando los momentos de felicidad de su amiga y también percatándose, en la última foto antes de subir al auto de Andrea, de su sonrisa a medias y sus ojos. Transmitían el pesar que ella misma compartía.

En el auto, de regreso a sus casas, Karen y Mayha la atacaron con preguntas sobre la incómoda situación entre las dos. Ella conservó la calma; estaba demasiado afectada para comentar sobre la situación. El mal sabor de boca, tras una despedida tan fría, la mantenía anestesiada.

—¿Qué ocurrió entre Ximena y tú? —preguntó Mayha.

—¿Qué tan grave para que ni siquiera se hablen? —Siguió Karen—. Ustedes no pueden estar así. No podemos separarnos —acotó, con el dolor marcado en la voz.

Ella, tras dudarlo un poco, por temor a quedar como una exagerada, mantuvo silencio; aunque moría por defenderse. Ella no fue quien falló, según su punto de vista, lo hizo Ximena.

Ximena contó lo que ocurrió en la habitación y también develó su secreto. Lo que pasó fue algo de ellas, un secreto que la doctora le pidió guardar. Y si antes no les reveló los sentimientos que Ximena abrigaba, ¿por qué no pudo mantener el pacto? ¿Por qué? Era la más centrada de las cuatro, la más seria. A ella acudían las otras en busca de consejos de amor. ¿Cómo quedaba su autoestima ahora?

Borracha y ofrecida, pensó. Se cubrió el rostro con las manos. Ella se ofreció y Ximena la rechazó. En cualquier distinta situación, con cualquier otra persona, no le hubiese dado tanto peso, pero era su amiga. Era amiga de todas. No podía verlas a los ojos sin sentir pena. Sin sonrojarse. Sin imaginar lo que pensaban de ella. El orgullo, su maldito orgullo, laceraba cada segundo su corazón. Y moría por llamar a Ximena, moría por ir a su encuentro.

Pero no lo haría. Jamás se volvería a rebajar. Jamás.

La aplicación de mensajes anunciaba cuando una de ellas estaba en línea; esa noche el nombre de Ximena no tuvo movimiento. Solo el parco aviso generalizado en el *chat* grupal. Hacía unas horas que se despidieron y ya la extrañaba.

Estefanía se acostó en la cama dispuesta a descansar, pero el olor en la camiseta que Ximena utilizó la noche antes no había desaparecido. Ni siquiera su propio aroma lograba disfrazar su esencia.

—¿Qué me hiciste Ximena? —dijo, mirando al techo con la camiseta en el pecho.

Cerró los ojos y acarició sus labios, anhelando la suavidad de los de su amiga sobre ellos. Recordó su peso, su mirada llena de deseo, de amor. Cerró también sus manos, recordando la deliciosa presión que ella ejerció al besarla. Era una locura; quince años a su lado y ahora sospechaba que nadie jamás la besaría de aquel modo.

No, no iba a poder continuar viéndola como amiga. Era imposible.

Ximena era mujer de noches locas; ella no soportaría que mirara a otras. Sería devastador escucharla mencionar otro nombre. Saber que besa otros labios. A medida que imaginaba escenarios poco agradables, ella presionaba la camiseta contra su cara.

Quería alejarse, pero si lo hacía, ¿cómo descubriría la razón por la que su pecho se agitaba solo al sentirla cerca? ¿Cómo le explicaba a su corazón que el amor se transforma y que ahora Ximena Ávila ocupaba un espacio importante en su pecho?

¿Cómo, Estefanía? ¿Cómo?

Capítulo 26

—¡Doctora Ávila! Es raro verte por aquí. ¿Cómo estás?

—Más o menos, Yira. Vine a hablar contigo de otro tema —anunció, sentándose con confianza en el mullido sofá, de color gris, que su colega tenía en la oficina.

La doctora Yira Arslain la vio cruzar las piernas y descansar los brazos en el respaldo del mueble. Yira era la directora del Departamento de Oncología en el Centro Médico donde Ximena hizo su residencia médica, hacía ya algunos años.

—¿Cómo estás? —prosiguió Ximena—. Supe que andan algo cortos de personal.

Su colega le sonrió.

—Estoy bien. En relación con el piso, ya sabes, manteniendo el departamento funcional. Mucho trabajo, Ávila.

—Lo supe, por eso vine. Quiero ofrecerte mi tiempo —expresó.

Yira, una mujer morena, frunció el ceño.

—¿Tu tiempo? ¿Aquí? —le preguntó, queriendo aclarar ese punto.

—Sí. Supe que tienes algunas vacantes. Aunque mi especialidad es Cardiología, puedo ayudar en el área de observación, o haciendo algún tipo de guardia cualquier día que no sea de fin de semana —aclaró, guiñándole un ojo.

Yira sonrió y se sentó a su lado.

—Por mí, encantada. La crisis de especialistas en este país nos está asfixiando. El trabajo no se acaba, las aseguradoras no pagan. En fin.

—Sí, lo sé. En mi consultorio estoy limitando la entrada de nuevos pacientes, sin embargo, hay casos que ameritan atención inmediata y si lo llego a saber, no puedo negarme.

—Es triste —reconoció Yira—. Conozco varios colegas con la misma situación. Nos preparamos para ayudar, pero el sistema no nos deja casi vivir.

—Por eso quiero ayudarte y ayudarme. Como te dije, no ando muy bien en estos días y me gustaría mantener mi cabeza ocupada.

Yira le prestó atención a los gestos de su colega. Le tenía gran aprecio, Ávila era una reconocida especialista, por lo que le extrañó aquel ofrecimiento, mas le ofrecía su ayuda, así que, en lo que pudiera tenderle una mano, estaba dispuesta a hacerlo.

—Está claro que puedes ayudar al hospital, entiendo que en cualquier área serás de gran asistencia, pero ¿en qué te ayudo yo?

Ximena sonrió.

—Permitiéndome tiempo en piso. Ofreciéndome alguna tarea. Puedo extender mi horario en el consultorio, pero la idea de estar tanto tiempo en un solo lugar me deprime más.

—¿Mal de amores o problemas económicos? Aunque por lo que sé, se corría en los pasillos de residencia que eras tú la que causabas los males de amores.

Ximena recostó la cabeza del respaldo.

—No tengo problemas económicos —admitió.

Yira asintió; intuyó que no debía abundar en el tema, así que le palmó el muslo, como aceptación de su ofrecimiento.

—Bien, acepto tu ayuda. En lo que yo pueda ayudarte, estaré para ti.

—Gracias, Arslain —respondió irguiéndose hasta quedar a su altura.

—Mañana veré los turnos disponibles. ¿Algún horario en específico?

—Noche, Yira. Noche.

Tras una breve conversación fuera de ese tema, Ximena salió de la oficina bastante contenta con el paso que acababa de dar. Hacía tres días que llegó del viaje y todavía no había encendido su celular. Justo cuando se abría la puerta del ascensor que la llevaría al piso principal, se tropezó de frente con Karen, que palideció al verla.

—¡Karen! —exclamó ella, sorprendida.

—Xime, ¿cómo estás? ¿Qué haces por aquí? —le preguntó su amiga después de que se fundieron en un fuerte abrazo.

—Vine a ver a Yira —respondió, tomándole las manos.

—¿Estás bien? —cuestionó la pediatra con preocupación.

—Sí, lo estoy —mintió—. Vine por asuntos de trabajo —explicó. Karen se le quedó mirando. La conocía bien, el silencio de esos días la tenía en extremo preocupada—. ¿Café? —la invitó, rompiendo su mutismo.

Ximena asintió y se colgó de su brazo. Entraron al ascensor juntas.

—Te he extrañado —confesó Karen justo cuando las puertas se cerraron.

—También yo. Las extraño mucho —dijo con un nudo en la garganta.

—¿Quieres hablar?

Ximena asintió. Salieron del ascensor y juntas fueron por un café a la cafetería. Una vez se hicieron con la bebida, se dirigieron hacia un parque que había en las inmediaciones del hospital.

—No te pregunté. ¿Qué haces acá? —quiso saber Ximena esta vez, señalando el área donde podían sentarse.

—¡Ah! Tengo un caso pediátrico.

—¿En Oncología? Creí que en tu hospital tenían área Pediátrica Oncológica.

—Sí, pero fue una emergencia. El padre del paciente lo trajo acá. Ya lo vi, está estable —explicó.

Las dos se sentaron en un banco de hormigón, una de frente a la otra, con una pierna doblada. Ximena notó un poco de inseguridad en las respuestas de su amiga.

—Karen —llamó su atención—, ¿estás bien? No estás enferma, ¿cierto?

Su amiga frunció el entrecejo.

—Sí, corazón, estoy bien —le apretó la mano—. Cuéntame tú, ¿por qué tanto silencio?

Ximena se enderezó, tras suspirar profundo. ¿Cómo comenzar a explicar lo que pasaba por su cabeza? Pasó esas noches en vela, analizando qué hacer para evitar el tsunami de emociones que le esperaría si insistía en continuar con la amistad de Estefanía o si la cortaba. Su lío eran ellas; sus amigas. Pero, a la vez, su estabilidad dependía solo de sí misma. No podía contar con las demás.

—Mayha está muy sentida y Estefi se siente por completo culpable —confesó Karen—. Tu silencio es aterrador.

Ximena bufó.

—Soy quien más habla. Les hacen falta mis quejas.

—Y yo la más loca de las cuatro, pero sabes que siempre estoy para ti y que sus secretos irán conmigo hasta la tumba. Xime, puedes contar conmigo, siempre, lo sabes.

Karen le quitó el vaso de café y los puso en el suelo.

—Lo sé, amiga. Mira, no te conté lo de Estefanía porque… si tú lo sabías, si Estefi lo sabía y Mayha no, era como violar nuestro pacto de sinceridad. Y no supe cómo manejarlo. Primero, me sentí culpable. Me sentí como si me enamorará de una hermana, ¿sabes?

—Cuando Mayha me despertó aquella noche tan angustiada para contarme esto, imaginé que esa tontada se te pudo haber pasado por la cabeza loca esa que tienes —le dijo, golpeándole la frente con un dedo. Ella rio—, sin embargo, lo analicé y, Ximena —apretó sus manos con fuerza—, ninguna de nosotras lo somos, nos queremos, pero no somos hermanas —aclaró—. Al menos en ese sentido no tienes por qué sentirte ni culpable ni aterrada, ni que debes dar explicaciones.

—No quiero que tú ni Mayha piensen que estoy saboteando nuestro grupo. Yo las amo, Karen. Sufro también por ustedes. Y te pido…, les pido —recalcó— que me disculpen por no recurrir a mis amigas.

—Tranquila, tuviste tus razones. La razón por la que estamos algo sentidas es por tu repentino distanciamiento. Es como si nos apartaras de tu vida.

Ella suspiró hondo y la miró a los ojos.

—Estefanía las necesita —dijo con un nudo en la garganta—. Quiero que tenga su apoyo y yo, por ahora, no puedo estar cerca de ella.

Karen frunció la boca.

—¿Entonces debemos escoger entre las integrantes del Clan?

—No, no voy a ceder tu cariño, ni el de Mayha, amor —la abrazó—. Es solo que tengo que protegerme —explicó sin separarse de ella—. Estefanía me dijo que todo lo que pasó entre nosotras fue un error y yo lo creo también. Si ella siente que ustedes me apoyan, será quien se aleje.

—Xime —Karen soltó el abrazo y le acunó el rostro—, no sé si además de su beso pasó algo más entre ustedes, pero Estefanía siente que la traicionaste.

Ximena frunció el entrecejo y se puso en pie sin entender lo que Karen le decía.

—¡¿Pero en qué la traicioné?!

—No sé, eso debes aclararlo con ella. ¡Por favor! Estefi no quiere hablar, no explica y hasta ha expresado que Mayha y yo estamos al tanto.

Ximena estaba perpleja. Caminaba de un lado a otro buscaba en su memoria los motivos para aquel malentendido con Estefanía.

—Nunca la traicionaría —declaró con un hilo de voz, parándose frente a su amiga.

—Lo sé. Tú, Mayha y yo, lo sabemos, pero nuestra amiga está encaprichada con que le fallaste.

Ella negó con la cabeza, sin entender nada. De repente, se sentó en el banco, buscó el vaso de café y lo tomó de un sorbo. Luego descansó la cabeza en las manos. Karen la veía negar en silencio, estrujarse la cara y, al final, posar los ojos en ella.

—No estoy lista para verla sin echarme a llorar, Karen —confesó.

—Cuando estés lista, amiga. Solo voy a pedirte algo.

Ximena ya imaginaba lo que le pediría. Hizo pucheros y la abrazó.

—No te alejas de nosotras —dijo con los labios pegados a su cabeza—. No lo estamos soportando. ¿Ok?

Ximena se separó, le tomó la cara entre las manos y dejó un beso en su frente. Era una promesa.

Capítulo 27

—Señorita Lara, tiene llamada. ¿La acepta?

Estefanía levantó la cabeza al escuchar el mensaje a través del altavoz del intercomunicador. Llevaba días enfrascada, trabajando en un reporte y pidió que no le pasaran llamadas. Sin embargo, en esta ocasión, al parecer, era importante. Sonrió al escuchar el nombre de quien la llamaba.

—Sí, gracias —accedió y pulsó el botón para aceptar la llamada. Se irguió en la silla a la espera de que la interlocutora se comunicara—. Buenas tardes, Estefanía Lara le habla —saludó.

—Estefanía, soy Eleonora Rivas, ¿Cómo está?

—Muy bien, candidata —respondió con una sonrisa plasmada en los labios—. ¿Qué tal usted?

Desde la entrevista que ella hizo, no había tenido comunicación con Eleonora, a pesar de que la revista rompió récord en ventas con el ejemplar que incluía su reportaje.

—Estoy bien. Supe que nuestro trabajo en conjunto le dio buenos resultados a la revista. La felicito.

—Muchas gracias. Es cierto, fue todo un éxito. Le agradezco su apertura.

—Sus preguntas fueron interesantes y al punto. También tuve una buena recepción del electorado indeciso, así que salí ganando al aceptar reunirnos. Creo que debimos celebrar hace unas semanas. Me preguntaba si está disponible para una copa hoy en la tarde —propuso sin preámbulo alguno.

Estefanía se llevó el bolígrafo a los labios. No esperaba esa invitación y mucho menos de esa forma tan directa. Se puso en pie solo para luego recostarse del borde del escritorio. Tragó antes de responder porque, por algún motivo, la imagen de Ximena llegó a su memoria creándole una leve sensación de vacío en el pecho.

—Pues…, estoy trabajando en un proyecto importante que debo entregar esta misma semana —confesó.

—Ya veo —dijo la candidata con decepción—. ¿De qué se trata? Prometo ser discreta.

—COVID —respondió—. Investigo los casos de las personas que, aun sin vacunarse, han sido inmunes a la enfermedad.

—Interesante —le concedió Eleonora—. Por cierto, no recuerdo haberme contagiado —comentó con coquetería. Estefanía se cubrió la boca, era agradable saber que esa mujer le coqueteaba—. Puede ser que mi experiencia le ayude de alguna manera —dijo con la voz ronca.

—Me parece que es usted directa.

Ella oyó una ligera risa en el teléfono.

—Siempre intento no darle vueltas a lo que deseo y… anhelo verla. Si no tiene inconveniente —aclaró.

Tras aceptar verse con Eleonora esa misma tarde, Estefanía se sentó frente a su computadora, abrió el archivo en el que trabajaba, pero solo veía líneas y manchas negras en la pantalla. Cerró los ojos en un intento por concentrarse; esa investigación requería de toda su atención y entrega. Sin embargo, cada día, desde que regresó de vacaciones, dedicaba poco tiempo al proyecto. No porque quisiera, ella era una periodista excelente, responsable y dedicada. Se debía a que en su cabeza solo se reflejaba un rostro y su estado anímico disminuía al recordar un nombre.

Se movió en su silla giratoria hacia su derecha y miró la fotografía grupal de sus amigas; una foto que cada una de ellas tenía en sus respectivas oficinas. La tomó entre las manos y sonrió. Ese viaje fue especial; las cuatro durmieron en una sola habitación. Unieron las camas y durmieron juntas. Las risas, las confesiones y abrazos de aquella semana, siempre las llevaría presente en su corazón. Pero, a pesar de que rememoró esa aventura, sus ojos no se apartaban de la imagen de la mujer que la cargaba sobre su espalda. Pasó el dedo por la imagen como si quisiera acariciarla, luego llevó ese dedo a sus labios.

—Xime —susurró, cerrando los ojos.

Estefanía no podía quitarse del pensamiento el efecto de los labios de Ximena cuando la besó; intentaba olvidar la sensación del peso de su cuerpo sobre el suyo, los gemidos de ambas antes de que ella abandonara sus labios.

Dos días antes, almorzó con Mayha y Karen. Desde que se citaron, sus nervios amenazaban con no dejarla respirar. Quería ver a Ximena, esperaba verla, quería saber cómo ambas manejarían ese encuentro, pero la cardióloga, no llegó. Y eso le dejó un mal sabor en la boca.

—¿Y Xime? —recordó cuando preguntó por ella en cuanto vio a las chicas.

—No pudimos contactarla, tiene el celular apagado —fue la respuesta que recibió de Karen.

Y era verdad; ella llevaba días marcando el número de Ximena, escuchando la maldita grabación del contestador. Podría ir a su apartamento, o a su oficina, pero no sabía cómo verla a la cara; no tenía el valor, y su orgullo tampoco la dejaba actuar con libertad. Y por ese orgullo herido, fue que decidió aceptar esa copa con la imponente y peligrosamente sexy, candidata.

***

Eleonora resultó ser una persona encantadora y galante. Era el prototipo de mujer que hacía que más de uno volteara a mirar al pasar. La cita fue en un elegante restaurante de la capital. Cuando Estefanía se anunció en la recepción, de inmediato la dirigieron hacia la mesa donde la candidata, al verla, se puso en pie para recibirla con un beso en la mejilla.

El sonrojo de la periodista fue instantáneo; y no por emoción, sino por las cabezas que se voltearon al reconocer a la candidata.

—No te preocupa que te vean conmigo, ¿verdad? —le preguntó Eleonora al notar su sonrojo.

Estefanía sonrió nerviosa.

—¿Por qué habría de preocuparme? —cuestionó a su vez con seguridad, colgando su cartera en el respaldo de la silla.

—Tal vez por mi conocida sexualidad.

—Tranquila, ese no es tema de conversación, Eleonora. Jugamos en el mismo equipo —dijo con determinación.

La candidata sonrió complacida; con coquetería se acomodó el cabello. Estudió con descaro cada gesto de Estefanía que, al sentirse tan estudiada, se mostró algo nerviosa.

—¿Va a mirarme de esa manera toda la noche? —le preguntó sin mirarla de forma directa.

—¿Vino? —ofreció Eleonora como respuesta cuando el mesero se acercó. Estefanía desvió la vista hacia el hombre que esperaba a su lado, luego asintió—. Estamos celebrando, permíteme ser quien lo escoja.

—Por supuesto —respondió ella con una encantadora sonrisa.

—Una botella de Dominus Estate Napa Valley, por favor —ordenó Eleonora con orgullo.

—Enseguida, candidata.

Estefanía siguió los pasos del hombre hasta verlo desaparecer, entonces devolvió su atención a su acompañante, que la miraba con la cabeza ladeada. De nuevo sus mejillas se sonrojaron.

—Estefanía, eres tan elegante. ¿Me permites tutearte? —le preguntó con un brillo en la mirada que la periodista reconocía bien.

Su gesto de sorpresa ante la solicitud fue evidente. Eleonora Rivas estaba coqueteándole descaradamente y la verdad era que, aunque le honraban sus atenciones, se sentía algo cohibida.

—Exageras un poco, pero gracias —susurró, sosteniéndole la mirada.

—Debo incluir en mi lista de logros el haber dejado sin palabras a la periodista de moda —comentó la candidata con una sonrosa coqueta.

Estefanía bufó. Descansó los codos en el borde de la mesa y entrelazó los dedos.

—Bueno, en mi defensa, solo diré que suelo recibir algunos avances de tipo romántico, pero…

—Nada tan directo —culminó la candidata la oración.

Estefanía asintió, manteniéndole la mirada.

—Los hoyuelos en las mejillas suelen ser un kriptonita para mí, y los suyos son encantadores.

—Ya veo.

El mesero se acercó con la botella del costoso vino. Eleonora lo aprobó y él se dispuso a verter el líquido en las copas. Esos instantes los utilizó la periodista para darse tiempo, aunque los intensos ojos de Eleonora no se apartaban de ella. De repente, la comodidad que pensó sentir al lado de una persona tan interesante se convirtió en un poco de fastidio.

—¿Cómo va tu campaña? —preguntó Estefanía, en cuanto el mesero las dejó a solas.

—Bien. Como te dije —ella levantó la copa y brindaron—, el reportaje me convino. Las encuestas se mantienen estables con un alza considerable entre los electores de mi partido.

—Sí, estoy al tanto. Estos días previos a las elecciones son de excesivo trabajo, ¿no?

—Pero valdrá la pena —acotó la candidata—. Estoy segura de que saldré airosa en la contienda.

—Así será —le concedió la periodista alzando su copa.

Traer a la mesa su candidatura fue una excelente oportunidad para desviar el tema que tanto incomodó a Estefanía. Tras una conversación profunda, en la que platicaron de temas e ideas sobre las propuestas electorales, ella se encontró por fin a gusto.

De pronto, el movimiento de una joven en una de las mesas cercanas llamó la atención de la periodista, que puso la copa en la mesa y frunció el entrecejo. Eleonora la imitó, sospechando que ella había visto algo que la incomodó.

—¿Ocurre algo? —le preguntó con evidente preocupación—. Estás pálida.

—Creo que alguien nos está fotografiando —su experiencia en los medios de comunicación la hacía capaz de detectar a un paparazzi a millas de distancia.

—Ya.

Estefanía giró la cabeza para encontrar que la candidata ni se inmutó, ni le extrañó el suceso.

—¿No te preocupa?

—¿A mí? ¿Por qué? —Eleonora se encogió de hombros—. Que me vean con semejante mujer, me halaga —expresó con orgullo. La periodista se recostó del respaldo de la silla; ahora su rostro no era tan sereno como antes—. En serio, Estefanía, relájate —le pidió.

—No sé cómo puedes manejar esto.

—Eres tú la periodista —le recordó—. Es lo que ustedes hacen.

Estefanía frunció el entrecejo; el comentario no le agradó ni una pizca.

—Soy periodista. No suelo andar siguiendo celebridades ni políticos —explicó.

Eleonora la vio tensar la barbilla; dejó la copa en la mesa y, sin reservas, clavó su mirada en los ojos verdes.

—Ya va —pidió—. Estás comprometida y no quieres que sepan que andas en una cita —dedujo de pronto.

—Rivas, no estamos en una cita romántica y no estoy comprometida —le aclaró con un tono firme.

Eleonora, acostumbrada a ser deseada por todos, no le estaba agradando que justo la mujer que le había encantado por su belleza e inteligencia no respondiera a sus avances. La tensión se hizo sentir en la mesa.

Estefanía bebió un último sorbo de su copa justo antes de escuchar a la candidata hablar.

—¿Estás con alguien? —le preguntó de forma directa.

Ella bufó a la vez que negó con la cabeza. La imagen de su amiga pelinegra, su mirada felina y la suavidad de sus labios, llenó su mente.

—No estoy con alguien, pero debo admitir que una mujer ronda mi corazón —explicó. Extendió la mano hasta cubrir la de la candidata—. Me siento halagada, Eleonora. Sin embargo, lamento no poder responder a tus avances.

Los ojos de la candidata se entornaron, luego torció un poco el gesto.

—Lo entiendo. Fue ambicioso intentarlo contigo, pero siendo lo sincera que soy, no podía andarme con paños fríos. Desde que te vi, quedé prendada de tu belleza.

Estefanía se sonrojó una vez más.

—No soy bella, Eleonora —dijo riendo con timidez.

—Una mujer seria, con esa mirada y a la vez con una capacidad intelectual tan avasallante, es, ante mis ojos, una belleza —Estefanía bajó la vista, entonces Eleonora le apretó la mano, buscando su atención—. ¿Eres correspondida?

Estefanía tragó saliva; volvió a recordar a Ximena. En su pecho se anidó un halo de esperanza, de tranquilidad, como si esa conversación le hubiese abierto los ojos y el corazón. Ya tenía las respuestas. Poco a poco, los ojos verdes fueron develándose ante Eleonora y una sonrisa apareció en su rostro.

—¡Vaya! —exclamó al verla sonreír—. Entonces no tengo más nada que buscar. Está usted, enamorada —sentenció.

Capítulo 28

“Está usted enamorada”. Las palabras de Eleonora se repetían en la mente de Estefanía mientras transitaba por la avenida, de regreso a su apartamento. Sabía que una sonrisa se iba formando en su rostro al recordar la afirmación de la candidata; lo sabía. Y también sentía calor en las mejillas, estaba sonrojada.

“Está usted enamorada”. Insistió en más de una ocasión Eleonora. Y ella no iba a luchar con aquello que había nacido en su ser desde hacía semanas, cuando Ximena le confesó su atracción y amor. Cada momento desde aquella confesión pasó por su cabeza como una película que la hizo sonreír; que le hizo entender que cuando los latidos de su corazón se alteraban, cuando suspiraba al mirar cualquier cosa relacionada con la cardióloga, era porque ya la magia de la atracción nacía en su ser.

Durante la corta estadía en Colombia, Estefanía despertó de madrugada y se encontró mirándola dormir, a pesar de la poca luz que se colaba por las ventanas de la habitación. Aquella noche, antes del beso que se dieron, Ximena fue protagonista de una intensa exploración de parte de la periodista que, sentada al borde de la cama, la observó con absoluto detenimiento. Sus ojos verdes deambularon por sus piernas desnudas, su redondeado trasero que cubría con un bóxer de algodón; su cabello revuelto extendido sobre la almohada. Aquella noche confirmó que su amiga era tan atractiva como interesante y era increíble que después de tantos años viera en ella esas cualidades. Y era más increíble aún, que, al mirarla, el deseo por tocarla, por besar aquella piel descubierta, creciera en su interior.

De niña le enseñaron que debía conocer el interior de las personas antes de brindarle su cariño, su amor, su compañía. Ya esa parte, la más complicada en una convivencia de pareja, estaba más que cubierta. Quince años se lo confirmaban. Ella conocía todo sobre Ximena, todo su entorno; tenían casi el mismo grupo de amistades, conocía la familia, sus manías y cualidades. Sabía cómo era como pareja; Ximena se mostraba protectora con sus amantes, era atenta y muy celosa… Celosa; igual que ella. Volvió a sonreír decidiendo que lo único que le faltaba por conocer, ella lo descubriría.

Estefanía se detuvo en una intersección; sin pensarlo mucho, giró a la derecha. Cruzó el túnel que separaba su apartamento del de su amiga. De repente, necesitaba aire fresco, pues las mejillas amenazaban con explotarle y los latidos de su corazón se habían alterado. Bajó la ventanilla dejando que la brisa nocturna la acariciara.

Veinte minutos después, se encontraba frente a la puerta del apartamento de Ximena. No necesitaba anunciarse, pues la seguridad del edificio tenía instrucciones de dejar pasar a las miembros del Clan, a cualquier hora. Decidida, dio dos delicados golpes en la puerta. Se recostó de la pared porque sentía que las piernas le fallarían en cualquier momento. Dos golpes más, esta vez un poco más fuertes. No hubo respuesta.

Estefanía frunció el entrecejo, extrañada; era casi media noche y un día entre semana. Ella llamó a Ximena en varias ocasiones, pero esta mantenía su celular apagado. Decepcionada, esperó unos minutos más, sin recibir respuestas; esperaba que ella no estuviera en su apartamento. Esperaba que Ximena fuera incapaz de dejarla en el pasillo sin recibirla; estaba segura de eso.

Minutos después, con el dolor rasgándole el pecho y los ánimos por el piso, ella subió a su vehículo. Apretó el volante y, decidida, rodeó el aparcamiento hasta el área donde estacionaba

su amiga.

El puesto de estacionamiento de Ximena estaba desocupado.

***

—Doctora Ávila, favor comunicarse a la 345. Dra. Ávila, la solicitan en la 345.

Ximena oyó el llamado; en ese momento se encontraba en la cafetería junto a algunos colegas que, como ella, asistían en el Área de Traumas. A esa hora de la madrugada pasaban por un café que les ayudara a permanecer alertas. Enseguida, ella tomó el estetoscopio que antes dejó sobre la mesa, se lo colgó del cuello, ajustó su bata y salió directo a la recepción del hospital.

—Ávila —se anunció a las enfermeras.

—Doctora, llegó una paciente con presión en el pecho, pero el Área de Traumas está repleta —le informaron.

Estefanía se llevó una mano a la cabeza. Solo llevaba dos semanas haciendo guardias y siempre era la misma situación. La indisponibilidad de enfermeras, asistentes y médicos especializados en las diferentes ramas creaban un caos en la sala de emergencias. Las camillas no daban abasto. Era, ciertamente, un gran problema que no solo afectaba a ese hospital, sino a todos los del país.

Ella siguió al enfermero hasta el área de espera. La paciente, una joven mujer de unos veinticuatro años, iba acompañada de un hombre que se identificó como su compañero de trabajo. La paciente lloraba por el fuerte dolor que sentía en el pecho y también por miedo; se encontraba sentada en una silla de ruedas.

—Hola, soy la doctora Ávila —se presentó Ximena.

La paciente le asió el brazo, suplicando ayuda. La doctora agarró su estetoscopio y comenzó a auscultarla. El enfermero se encargó de colocarle, a su vez, el brazalete de la máquina para medir la presión arterial.

—Tengo taquicardia, me duele mucho —se quejó la joven entre llanto, apretándose el pecho.

—Tranquila. Te voy a ayudar, pero debes calmarte —le dijo mirando el resultado que arrojó la máquina de presión.

Segundos después, los presentes vieron como la doctora cerró los ojos, poniendo toda su atención en lo que hacía; le tomaba el pulso.

—Tengo taquicardia —repitió la paciente.

—¿Hay alguna oficina disponible? —Ximena se dirigió al enfermero que la asistía, quitándose el estetoscopio de los oídos—. Necesito hacerle un EKG.

—Permítame un momento, lo verifico.

—Consigue un antihipertensivo —le pidió también al enfermero que, al escucharla asintió, sin dejar de atender el celular—. ¿Cómo te llamas? —le preguntó a la paciente con un tono compasivo.

—Lisbeth.

—Bien, Lisbeth, tienes la presión arterial alta. ¿Pasaste algún mal rato? —ella negó—. ¿Eres hipertensa?

—Doctora —interrumpió el enfermero—, solo la sala de récords de radiología está disponible.

Ximena negó con la cabeza; en su mente esas cosas no podían estar pasando.

—No importa, habilítenla. Yo llevaré a la paciente.

El equipo de dos enfermeros se adelantó para tener listo lo necesario para que la doctora pudiera hacer su trabajo. Ximena condujo la silla de ruedas mientras le hablaba a la paciente. Aunque la distancia entre la sala de traumas y la oficina de récords era corta, ella pudo informarse de que, en efecto, la joven presentaba una condición cardiaca preexistente.

Después de una hora trabajando con la situación de Lisbeth, Ximena se sentía agotada. En la oficina, la paciente permanecía acostada en una camilla; dormitaba tras haberle aplicado una vía con Nicardipina. La doctora decidió permanecer a su lado para mantenerla en observación.

Ximena, con las manos en los bolsillos de su bata, salió en varias ocasiones a dar alguna ronda en el piso. Intercambiaba algunas opiniones con sus colegas, pero regresaba a la oficina con la atención puesta en su paciente, que poco a poco iba estabilizándose.

La oficina tenía un largo archivo pegado a la pared, repleto de documentos y récords distribuidos por colores. Ella buscó un hueco para recostarse, el cansancio la vencía. Al menos, una vez diera el alta de la joven, regresaría a su casa a dormir. Tal vez se dormitó unos segundos cuando sintió un leve estirón en el brazo que la hizo resbalar, haciendo caer algunos de los expedientes al suelo.

Tras estrujarse la cara por la torpeza cometida, Ximena se agachó a recoger las carpetas y hojas sueltas que quedaron esparcidos en el suelo. Le llamó la atención uno de los expedientes; el de color amarillo que había quedado más apartado de los demás, pero que tenía una nota adhesiva de color rojo, pegado en la carpeta. Era un expediente de Oncología.

Ximena no supo por qué, al estirar la mano para agarrarlo, tembló, y su corazón se detuvo cuando detalló en el nombre al borde del expediente. No conocía otra Mayha Solís que no fuera su amiga y solo leer ese nombre unido a aquella nota, le paralizó el corazón. En cámara lenta, a medida que la realidad la alcanzaba, ella abrió los ojos y la respiración le faltó. Temblando, abrió el expediente y, como un mal cuento, comenzaron a pasar imágenes de sucesos que vivió en las últimas semanas al lado de su amiga Mayha. El cansancio, los vómitos, la delgadez. Aquella hoja dentro del expediente amarillo era el resultado de una resonancia magnética. Ella era médica, no se le hizo difícil saber que su amiga tenía cáncer.

—Tiene que ser un error —dijo en voz baja a la vez que buscaba la información personal en aquella maldita hoja.

Mayha Solís.

Mujer.

34 años.

San Juan.

Ximena volvió a recostarse del archivo; un movimiento frente a ella le indicó que la paciente que atendía estaba alerta y mirándola.

—Doctora, ¿está usted bien? —le preguntó al encontrarse con sus ojos cristalinos.

Ximena intentó sonreír. Dejó el archivo sobre la mesita, y fue a su encuentro.

—Sí. Estoy algo cansada, pero veamos esa presión arterial.

Tras verificar que todo estuviera en orden y darle indicaciones, Ximena llamó a un enfermero. Asistió a la paciente hasta la sala de espera y completó los documentos del alta.

De regreso a su apartamento, Ximena lo hizo como un autómata. No tuvo una idea clara de cómo llego hasta ahí. Lo que sí tenía claro era que tomaría las cosas con calma hasta que amaneciera. Ese sería un mal sueño, no una pesadilla y ella lo corroboraría.

Capítulo 29

—Doctora, buenos días —saludó Yira Arslain, una mujer bajita y elegante, poniéndose de pie para recibir a Ximena cuando entró a su oficina. Tras besarse las mejillas, de inmediato la directora del hospital notó el rostro desencajado de su colega. Con la mano, la invitó a sentarse, rodeó el escritorio y ocupó la silla de frente a ella—. Llegas temprano. Espero que no hayas dormido aquí.

Ximena negó con la cabeza; el nudo en la garganta casi le impedía hablar. Yira la vio cerrar los ojos y aspirar profundo; buscaba relajarse porque necesitaba respuestas que solo la morena frente a ella le podía dar.

—Ammm… —Ximena soltó el aire contenido—. No sé qué será lo correcto, Yira. Si hablarte como colega, como doctora preocupada o como una amiga desesperada.

Yira frunció el entrecejo.

—Me estás poniendo nerviosa. ¿Qué sucede?

Ella tragó. De ninguna manera quería violar algún código de ética profesional, pero estaba desesperada. La noche la pasó en vela, recordando, buscando opciones. Precisaba que Yira le dijera que todo era un error.

—Necesito que me des una información que sé que es confidencial —soltó a quemarropa, mirándola con determinación.

La morena frunció el entrecejo un tanto más, unió las manos sobre su abdomen y se recostó del respaldo.

—Anoche, por la falta de camillas, de facilidades para atender pacientes tuve que usar la oficina de Radiología—la directora la escuchaba atenta, no decía nada—. Por una torpeza mía, cayeron unos expedientes al piso y… —se estrujó la cara con evidente ansiedad—. ¡Necesito…! ¡Te suplico que me dejes ver el expediente de Mayha Solís!

El silencio las envolvió tras la petición. Yira tardó solo unos instantes en reaccionar.

—¿Mayha? ¿Tu amiga? —cuestionó, extrañada.

—Mi Mayha —confirmó ella.

Yira se quedó mirándola; los ojos de Ximena lucían inflamados y su mirada reflejaba angustia y desesperación. Ella solía ser una mujer de carácter libre, una profesional en toda norma, con una desenvoltura envidiable en cualquier situación. Que le solicitara una información que era confidencial, significaba que estaba desesperada. En ese momento, se mostraba débil, insegura y la angustia en su voz hizo que la directora fuera empática.

Yira desvió la vista para posarla en el teclado de su computadora. En silencio, Ximena la vio buscar lo que ella sabía era el expediente médico de Mayha. La directora se aproximó a la pantalla y su rostro, a medida que ella leía, fue cambiando de expresión, luego la miró por encima de sus espejuelos antes de que la impresora empezara a emitir su característico sonido cuando empezaba a funcionar.

Yira recogió las hojas de la impresora y se puso de pie hasta apostarse frente a Ximena, que casi gemía en espera de respuestas. La otra mujer cruzó los brazos sin soltar las hojas.

—¿Qué es lo que quieres encontrar aquí?

Ximena clavó la mirada en sus ojos.

—Respuestas, Yira. Mayha es como mi hermana. Descubrir que está enferma… —no fue capaz de continuar; un profundo dolor le atenazaba cada latido de su corazón.

—Sabes que esto es una falta de ética, ¿verdad?

Ella asintió entre sollozos.

—Voy a compartir esta información de profesional a profesional de la salud. Como colegas, pero este archivo no debe salir de aquí.

Ximena asintió con vehemencia.

—¿Cáncer? ¿Tiene cáncer? —le preguntó con un hilo de voz.

Yira asintió, luego le entregó las hojas. A medida que Ximena leía, las lágrimas empapaban su rostro. Su colega, conmovida, se sentó a su lado y le tomó las manos.

—Ximena, Mayha está en las mejores manos —le aseguró.

—Lo sé —reconoció con un gemido—, pero…

—Escúchame —le pidió, apretando sus manos—. Este tipo de cáncer es algo agresivo, lo sabemos, pero Mayha se encuentra en etapa uno. Tiene un carcinoma *in situ*, no hay propagación a los ganglios —explicó—. Vamos a controlarlo. Yo me encargaré de consultar su caso en persona con el especialista.

Ximena, sintiéndose rota, la abrazó fuerte y pudo desahogarse en su hombro. Tras varios minutos en los que la calma llegó, ella estudió y discutió con Arslain en detalle los hallazgos y los resultados de los exámenes médicos.

Casi al finalizar de revisar el historial médico, Ximena se llevó otra sorpresa, que volvió a golpear su corazón. Yira la vio abrir los ojos y fruncir el entrecejo. Ahora su rostro no era de preocupación. Su colega leyó:

Persona de contacto en caso de emergencia: Doctora Karen Silva.

***

No, Ximena no podía extraer los archivos del hospital, pero en su mente fotográfica veía cada línea, cada resultado. Mayha llevaba casi dos meses sabiendo de su enfermedad. ¡Dos meses! Negó una y otra vez con la cabeza porque le parecía inconcebible no estar al tanto. En esas semanas, y aunque ella dio algunos vistos de la enfermedad, estuvieron juntas, bebieron, viajaron. ¿Cómo Mayha era tan irresponsable? No podía entenderlo. Su amiga debía estar en un proceso médico agresivo; Karen lo sabía, también era médica. El solo pensarlo le hacía hervir la sangre y le laceraba más el corazón.

De repente, Ximena pensó en Estefanía. Las situaciones desde el día anterior le habían dado una tregua en cuanto a ella. Pero ahora solo necesitaba verla; ver a su amiga. Detenida en un semáforo, sentía que los ojos se le cerraban por más que intentaba estar alerta. Un bocinazo la sacó de su estado adormilado, pero no la hizo moverse de inmediato. Otro bocinazo y algunos más que se unieron, la hicieron reaccionar. Ella continuó su marcha antes de ocasionar una hecatombe en medio de la calle; la intolerancia estaba ese día en su máximo nivel. ¿O era ella, que llevaba más de un lío mental que no sabía cómo resolver?

Con la mano derecha abrió su cartera y sacó el celular, que no había encendido desde hacía días. Esperó a que la pantalla se iluminara. De inmediato los mensajes en la aplicación comenzaron a aparecer. Demasiados para ponerse al día en ese momento.

Ximena miró la hora en la pantalla del auto; todavía no eran las diez de la mañana. Estefanía aún debía estar en su casa. Sin pensarlo, se dirigió hacia allá.

Segura de que la hallaría en su apartamento, ella tocó a su puerta dos veces. Casi de inmediato, la puerta se abrió y su mundo se iluminó al ver a Estefanía. Las miradas se encontraron y fue como un choque de rayos en medio de una tormenta. ¡Cuánto necesitaba

abrazarla! Como amiga, como ese ser que siempre había estado para ella. Y lo hizo, se lanzó a sus brazos.

Estefanía también sintió que su corazón tomaba las riendas de su vida. Ximena estaba ahí; y aunque sus ojos reflejaban una inmensa preocupación, ella se sintió completa teniéndola entre sus brazos.

El abrazo fue extenso, consolador, pero cuando un gemido brotó del interior de Ximena; Estefanía se separó de ella, acunó su rostro y pudo ver cuánta angustia había en sus ojos negros. Una angustia infinita, como ninguna otra. Ella frunció el entrecejo porque la mirada de su amiga no estaba llena de pasión y amor como días antes, no; era algo más.

Ximena se tomó su tiempo para soltar los brazos de su amiga. Estefanía le quitó la cartera y la colocó sobre una mesa de la entrada. Subió las manos por los brazos hasta acunarle el rostro de nuevo. Con los dedos, le acarició la barbilla sin perder de vista sus gestos y limpió la humedad de sus mejillas.

—Necesito hablar contigo —le dijo con un hilo de voz, antes de alejarse y caminar hacia la sala.

A Estefanía el corazón le saltó un latido por la anticipación y la siguió.

—Claro. Anoche fui a tu apartamento, pero…

—¿Sabías que Mayha está enferma? —le soltó, interrumpiéndola, girándose hacia ella. Necesitaba corroborar que solo ella no estaba al tanto de esa información—. ¿Sabías que tiene cáncer?

Estefanía recibió la noticia como un golpe en la cara. Sus ojos se entornaron con un gesto de sorpresa. Las arrugas en su frente no dejaron duda de que, ciertamente, ella tampoco sabía nada de la enfermedad de Mayha.

Ximena tragó saliva. Al percatarse de su brusquedad al informarle, la tomó por los hombros. Bajó la cabeza y suspiró antes de levantar la mirada y ver que Estefanía continuaba perpleja.

—¿Cáncer? —inquirió la periodista con un hilo de voz, queriendo haber escuchado mal.

La reacción de Estefanía fue un duro golpe al pecho de la pelinegra; sobre todo cuando vio que las lágrimas colmaban su rostro. Ximena la pegó a su pecho, abrazándola fuerte.

La carga emocional que pesaba sobre la periodista desde que regresó de Colombia, unida a la decepción de no saber nada de Ximena por tantos días y ahora con esa noticia, fue demasiado fuerte para mantenerse en pie. Ella se rompió; se rompió en decenas de partes. Pero ahí estaba Ximena para alivianar el peso de su pena, de su coraje y tristeza; estaba para sostenerla.

***

Estefanía se recuperó minutos después. Sentada frente a Ximena, esperaba que le explicara cómo lo supo, qué tan grave era la situación y cómo lo enfrentarían.

—No entiendo por qué no confió en mí, también soy médico —se lamentó la pelinegra con pesar.

—Tampoco yo lo sabía —ella le tomó la mano. Ximena la miró a los ojos—. Parece que ellas también guardaban un secreto —comentó sin segundas intenciones.

—No es lo mismo —dijo—. Soy médico, tengo contactos. Pudieron haberme dicho. ¿Cómo sostienes una cosa así, Estefi? ¿Cómo? —cuestionó con indignación.

Ximena se recostó del respaldo y cerró los ojos, llevándose la mano de Estefanía a los labios; le dio un beso en los nudillos. Con la mano libre, su amiga volvió a secarle otra lágrima que rodó por su mejilla. Con la vista fija en la doctora, la periodista notó sus ojeras alrededor de

sus ojos libres de maquillaje y las mejillas pálidas. Ella se notaba tan abatida y cansada.

Con la fuerza que da el amor, Estefanía le retiró el cabello de la frente antes de ponerse en pie. Tomó una manta que siempre colgaba del respaldo del sofá y la cubrió con ella.

Al sentir la suave tela sobre los hombros, Ximena abrió los ojos.

—Estás agotada —susurró Estefanía—. Por favor, descansa. Prometo que no me iré —le acarició el cabello con una infinita ternura—. Cuando despiertes, veremos cómo proceder, ¿de acuerdo? —dijo con voz dulce.

Ximena, envuelta en la bruma del sueño, asintió y cerró los ojos. Cuando sintió los cálidos labios de Estefanía sobre su frente, creyó que todo era una pesadilla. No podía suceder nada malo porque ella estaba llegando al cielo.

Capítulo 30

Tres horas después…

El olor a comida caliente se adueñó de los sentidos de la doctora que, abrazada a un cojín, de espaldas a la sala, se removió en el sofá. Sentía los párpados pesados y le dolía un poco la cabeza. Una de las razones por la que abrió su consultorio, una vez tomó la reválida de medicina, fue porque no quería hacer guardias. Perder la noche no estaba entre sus capacidades profesionales. Ahora, se enderezó en aquel sofá, uno que no le era extraño, pues en más de una ocasión pasó la noche ahí, junto a sus amigas cuando el alcohol era partícipe de sus fiestas.

Miró hacia la cocina abierta y la vio. De nuevo, como en cada ocasión que la miraba, sentía que dejaba de respirar. Estefanía, de espalda y ataviada con un conjunto de algodón largo, caminaba de lado a lado, abría los gabinetes y el refrigerador, sacando platos y una jarra con jugo. Ximena se acomodó de lado para disfrutar de la vista. Su amiga llevaba el cabello por los hombros, era una mujer guapa, elegante y fina. Y con esas cualidades se conducía en la cocina, era tan correcta que parecía que actuaba para algún noticiero. Imaginarlo la hizo sonreír.

Esos minutos, admirando a la mujer de su vida, fueron una pausa a lo que la acongojaba. De nuevo la situación llenó su mente y la bruma volvió a hacerse presente. Se sentó con las manos en la cabeza. El movimiento llamó la atención de la castaña que, en cuanto la vio sentarse, soltó lo que tenía en las manos y fue a su encuentro.

Ximena percibió cuando llegó a su lado, así que le hizo hueco en el sofá. Estefanía tomó asiento, tan cerca, que rozaba sus rodillas.

—Me dejaste dormir mucho —le dijo cubriendo su mano entre las suyas.

—Estás agotada, Xime —alegó con dulzura—. Quiero que comas algo. Luego, si lo deseas, iremos con las chicas.

La mirada de Ximena se ensombreció un poco más y tragó fuerte.

—Debo ir al consultorio, ya es tarde.

Estefanía se quedó mirándola; las horas que Ximena estuvo dormida, ella permaneció acompañado su descanso. Llamó a la oficina de redacción para anunciar que iría más tarde de lo habitual. Sentada en el sofá, admirándola, y a la vez, tratando de entender el proceder de Karen y Mayha. No quería más enfrentamientos; Ximena estaba alterada, era capaz de cualquier cosa y también se mostraba agotada y dolida. Se quedó pensando en la estabilidad emocional de su amiga; eran muchas cosas por las que pasó en esos días, al punto de desaparecer.

Ahora la salud de Mayha y Ximena serían su prioridad, decidió. Verlas tranquilas y acompañarlas en el proceso.

—Está bien, pero antes debes comer —le dijo, luego le apartó un mechón de cabello y se lo colocó detrás de la oreja. La vio cerrar los ojos tras la caricia.

Ximena ladeó la cabeza y sus miradas se encontraron; ella no pudo, sino acariciar su mejilla, admirarla y sonreírle. El silencio las rodeó, sin embargo, esta vez no hubo tensión, ni zozobra; sola la paz de estar con la compañía perfecta. El contacto de sus miradas fue intenso, sanador. Ellas tenían algo, pero no era el momento de hablarlo.

***

El guisado caliente y espeso fue un manjar que disfrutaron en silencio, solo comentaron uno

que otro tema trivial. Ninguna deseaba añadir más peso a las situaciones que pasaban. Morían por hablar de lo que ambas sentían, pero temían, a la vez, que alguna tomara una decisión que afectara su estabilidad.

De repente, fue Ximena quien frunció el entrecejo, al recordar algo.

—Estefi —su amiga prestó atención—, dijiste que anoche estuviste en el apartamento.

Estefanía bajó la cabeza y soltó la cuchara, despacio, sobre el plato. Tras asentir y forzar una sonrisa, descansó la espalda en el respaldo de la silla.

—Sí —admitió—, fui a buscarte. Hace días que no tenía noticias tuyas.

Ximena se mordió el labio inferior.

—Lo siento, he estado algo abrumada.

Estefanía asintió con cierto pesar.

—Lo imaginé —dijo. Extendió la mano hasta tomar la de ella—. No sabía que habías tomado esas guardias —Ximena sonrió con cierta timidez y luego asintió—. Sé la razón por lo que lo hiciste —señaló, sabiendo de su aversión a perder noches. Ahora la doctora se tensó, sintiéndose descubierta—. Lamento mucho lo que pasó en Colombia —habló con voz contenida.

Ximena tragó saliva. Lo último que quería era caer de nuevo en una discusión por un tema que intentaba olvidar.

—No es momento de hablar de eso —dijo mirándola. Estaba aterrada y no soportaría lidiar con otra emoción fuerte.

Estefanía le tomó la mano que tenía sobre la mesa.

—Pero debemos hacerlo —acotó ella—. Sé que te pedí que lo dejaras, no obstante, lo he pensado mucho y tenemos que hablar —opinó sin apartar la mirada.

El corazón de Ximena comenzó a latir fuerte; se mordió los labios, suspiró fuerte, asintió y llevó la mano a su mejilla, dejando una suave caricia en los dedos.

—Hablaremos —prometió con un susurro.

El resto del día transcurrió demasiado lento para las mujeres que, tras despedirse a mediodía, se dirigieron a sus respectivas oficinas. Para Ximena, el trabajo en su consultorio estuvo pesado; haber llegado tarde atrasó considerablemente las citas de sus pacientes. Ella, consciente de ello, no hizo una pausa en su agenda ni un minuto. Solo un instante en que Estefanía la llamó para decirle que ya había quedado con sus amigas.

—¿Pasas por mí? —le pidió Estefanía.

—Desde luego, llegaremos juntas.

***

Y así fue. Rondando las siete de la noche, Ximena pasó por la periodista. La tensión era evidente dentro del auto; enfrentarían una noticia difícil y se le añadía a la ecuación la falta de confianza y lealtad de Karen y Mayha.

—No existe ninguna excusa justificada, Estefi. No la hay —repetía la doctora en cada ocasión que ella intentó convencerla de no pedirles cuentas—. No es una migraña lo que tiene Mayha. No se puede tomar algo así como una nimiedad —explicó con voz contenida por la rabia que la embargaba.

Ambas decidieron que fuera Ximena quien tomara el giro de la conversación. Veinte minutos después, ellas entraron a la hermosa residencia de la abogada. Karen, que se encontraba sentada en la hamaca de la terraza, saltó emocionada al verlas llegar. Las abrazó como si en ello se le fuera la vida. Para las dos, Mayha lucía desmejorada, pero, no harían comentario sobre

ello.

Las cuatro se acomodaron en la terraza, como solían hacer cuando se reunían ahí. La conversación comenzó con temas triviales, el trabajo y un poco de indirectas de las otras dos amigas en cuanto a la pareja. Karen, acostada en la hamaca, se comportaba con toda la naturalidad del mundo; en realidad parecía que no ocurría nada en lo absoluto que le preocupara. Si no hubiese sido porque Mayha se quejó de dolor de cabeza y permaneció recostada en el largo mueble del balcón, con las piernas sobre los muslos de Estefanía, que la acariciaba, ellas habrían creído que todo era un error.

Que aquella Mayha Solís que se hacía resonancias y exámenes médicos en el Departamento de Oncología era otra persona. Y vaya que ellas hubiesen dado todo porque así fuera. Ante la situación, era obvio y notable la frialdad de Ximena al responder en la conversación. Estaba apartada, se mostraba nerviosa; la tensión en sus mejillas se lo hacía notar. Buscó con desesperación el momento adecuado para expresar su sentir.

—Bueno, señoritas. ¿Hay algo que contar? —preguntó Mayha con un tono divertido—. ¿O seguirán con el misterio?

Ximena buscó la mirada de Estefanía, que se la mantuvo, pidiéndole en silencio calma.

—Mira cómo se miran. “El amor en el aire”, debe llamarse su historia —se burló Karen.

Mayha acompañó sus risas.

—En serio, chicas. ¿Se arreglaron? Llegaron juntas así que ya Xime desbloqueó su teléfono —continuó la abogada chinchando.

Los ojos de Estefanía se ampliaron por la sorpresa de la suposición de su amiga, y también porque advirtió el fin de la calma de Ximena, que no pudo más. El corazón de la periodista se detuvo cuando la vio levantarse del borde del balcón.

La doctora se llevó las manos a la boca y se giró de espalda, solo para buscar calma. Mientras todas hablaban, ella no podía apartar de su mente la imagen de su amiga. Sus ojeras y en la falta de brillo de sus ojos. No era migraña lo que aquejaba a Mayha, ella lo sabía y le dolía en el alma que no tuviera la confianza de admitirle lo que padecía su cuerpo.

Decidida, Ximena caminó hacia el sofá donde se hallaba Mayha; sin desviar la vista de ella, se sentó en el borde. Rodeó con los brazos el cuerpo de su amiga sin tocarla. Mayha comenzó a temblar al ver la mirada incisiva de la más fuerte de sus amigas. De repente, en la escena pareció sonar una banda sonora con una música de extrema tensión. Fue como si todo se hubiese congelado o hecho lento cada segundo.

Karen, al advertir la decisión de su amiga, detuvo el movimiento de la hamaca y tragó saliva. Antes de que Ximena hablara, ya ambas sospechaban que sabía todo.

—Dime algo, Mayha —le pidió Ximena, mirándola a los ojos—. La semana anterior, cuando fui a tu oficina y no estabas, tu secretaria me dijo que te encontrabas con tu familia. ¿Por qué no nos comentaste nada?

Mayha no era capaz de ocultar su sorpresa ante la acotación, pero intentó reponerse rápido.

—No podía comunicarme contigo, Ximena —se excusó con un leve temblor en la voz—. Tenías el…

—¿Cuál es el paso que seguirás? —le preguntó con un hilo de voz, interrumpiéndola.

La sorpresa paralizó a Mayha aún más. Veía como los ojos de su amiga se entornaban mientras esperaba por su respuesta. El corazón amenazaba con salirse de su pecho mientras en su mente buscaba la manera para enfrentar aquella mirada suspicaz.

—¿De…? ¿De qué hablas? —cuestionó sabiendo a lo que ella se refería. Se irguió en el sofá

solo para no sentirse tan en desventaja.

—¿Cirugía? —le preguntó sin apartar la vista—. ¿Quimioterapia, radioterapia, terapia dirigida, inmunoterapia, cuidados paliativos? ¿Cuál de todos los procesos decidieron tomar? —Ximena desvió la vista para encontrarse con los ojos de Karen, cuya alegría desapareció en el instante.

Como en cámara lenta, con pasos cuidados, Mayha se removió en el sofá hasta ponerse en pie. Buscó atenta los ojos de Karen.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó sin apartar la mirada de Karen, que se mostraba tan sorprendida como ella.

—No lo supimos por ella, May —aclaró Estefanía, rompiendo por fin su silencio.

Mayha asintió lento, sin todavía apartar la vista de Karen. Luego bajó la cabeza y tomó aire.

—Ya veo —dijo y volvió a sentarse junto a su amiga.

—No debo pedirte cuentas —acotó Ximena con la voz ronca—, pero creí que éramos amigas. Casi hermanas —aclaró. Las tres la miraron cuando sollozó. Ella no era mujer de lágrimas, sin embargo, en ese momento estaba rota por completo—. Que Karen lo supiera me es irrelevante. Tú, obviamente, buscarías apoyo. Pero, también soy médico —alegó—. Estudié mucho y aunque el… —titubeó porque se sintió incapaz de pronunciar esa palabra que parecía una sentencia de muerte.

—Cáncer —completó Mayha por ella.

La palabra la perturbaba, en cualquier situación la afectaba. Ximena asintió y tragó sin mirarla.

—No soy especialista en esa enfermedad —continuó hablando la doctora—, pero sí te pude haber ayudado. No sé si me duele más como una amiga que te ama, que me hayas ocultado esto o como doctora, que no procedieras con la premura que esto amerita.

Ximena buscó la mirada de Mayha, que lucía desencajada. Ella le tomó ambas manos y se las llevó a los labios; se las llenó de besos, empapándola con sus lágrimas.

—De las cuatro, Xime, tú, aunque no lo aparentas, eres la más débil emocionalmente —dijo Mayha—. Cualquier situación, por mínima que sea, te afecta demasiado. Te preocupas en exceso, así que no podía decírtelo hasta tener certeza de cuan avanzado estaba el tumor. En seguida, vino el viaje y no quise dañar la aventura. Y, después, cuando ya había decidido contarles lo que me sucedía, surgió lo tuyo con Estefi —explicó, luego le tomó la mano a la periodista, que también sollozaba—. No decirte nos dolió demasiado, pero, de verdad, no quería afectarte.

—¿Nos dolió? —cuestionó con un tono de sorpresa—. ¿Te refieres a Karen?

Mayha asintió.

—¿Y por qué me lo ocultaron a mí también? —reclamó Estefanía.

Mayha y Karen la miraron con evidente tristeza.

—Por la misma razón por la que ustedes ocultaron su situación —respondió Karen—. No somos amigas de dejar a una a la deriva —dijo tras levantarse de la hamaca y darles la espalda para mirar al mar.

La explicación provocó que un bufido se oyera en la sala. Estefanía se levantó del sofá y fue a agacharse frente a Mayha.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó tras tomar sus manos.

La barbilla de Mayha comenzó a temblar; soltó las manos para abrazarlas a las dos. Con ese abrazo estaba soltando la presión de todas esas semanas. Al fin podía liberarse y no sentir la

culpa que arrastraba.

—Perdónenme. No quería preocuparlas. Solo eso —alegó entre sollozos.

Ximena sintió alivio al abrazar a su amiga. El miedo desde que supo de su condición la cegó. Ella quiso correr a buscarla la noche anterior, pero la impotencia, y un poco de decepción, la hizo reaccionar de otro modo.

Ahora, al fin se sentía libre para ayudarla, para hacer lo humanamente posible porque ella recuperara su salud. Eso era, ahora, lo único que importaba.

Capítulo 31

El abrazo fue largo. Mayha no se cansaba de repetir que lo sentía, que solo lo ocultó para no preocuparlas. Tras terminar el abrazo, ella y Estefanía se quedaron sentadas en el mismo sofá. Mayha recostada del pecho de la periodista, que la abrazaba, dejándole besos en la cabeza. Ximena a sus pies, tomó la posición que la otra ocupó minutos antes. Y Karen terminó sentada en el suelo, frente a ellas.

Esa no era una reunión alegre, no lo era. Porque aún el corazón de Ximena dolía; estaba sentida, preocupada y molesta. Sus ojos evitaban a los de Karen, aunque ella comentara, aunque intentara un acercamiento. Para Estefanía, desde el costado del sofá, era doloroso ver como las doctoras evitaban las miradas.

Mayha les relató cómo empezó todo. Ellas recordaron el momento cuando comenzó a sentirse mal. A medida que ella hablaba, Ximena y Estefanía asentían, atando cabos. *Todo el tiempo pensé que eran nódulos inflamados*, reconoció la doctora, lamentando no haber puesto más atención.

—Recuerdo que fuiste a tu ginecólogo. ¿Qué te dijo? —le preguntó Ximena—. Porque te envió a realizar pruebas de laboratorio debido a que te quejaste también de dolor.

Mayha asintió y Ximena torció la boca al recordar que no le mostró los resultados. Lo despachó como que no era nada, solo un malestar.

—Me los hice…

—Lo sé. Hace casi dos meses —acotó la cardióloga.

—Todo fue muy rápido —intervino Karen.

—¿Cuándo lo supiste, Karen? — le preguntó esta vez Estefanía, con voz contenida, mirándola con determinación.

—Cuando le enviaron la prueba SA125 —respondió con su mismo arrojo.

—¿Qué refleja esa prueba? —se interesó en saber la periodista con el ceño fruncido.

—Es una prueba de antígeno del cáncer —respondió Mayha.

Ximena se removió en el sofá y tensó la mandíbula. Cada detalle, cada información adicional, la incomodaba más. Confirmó que Mayha había atrasado, según ella, mucho el tiempo para comenzar el tratamiento.

La sala quedó en silencio, cada una internalizando la información. Ximena descansó la cabeza del respaldo del sofá con los ojos cerrados. Intentaba no hacer visible su angustia, que Mayha no lo notara porque sentía el pecho apretado. Pero Mayha la conocía bien; verla en ese estado añadía un poco más de preocupación a la que ya cargaba. Se irguió hasta sentarse, rodeó con los brazos la cintura de la pelinegra y se recostó de su pecho.

Ximena, por supuesto, respondió al abrazo, pegándola a ella.

—Todo estará bien, Xime, te lo prometo —le dijo.

Su amiga respondió besándole la cabeza. Los ojos de Estefanía brillaron y Karen se mordió los labios.

—Ya que lo saben quiero pedirles algo —anunció Mayha y se aclaró la garganta—. Esto no es culpa de nadie —dijo con firmeza—. Mi entorno más cercano son ustedes, y sé que me van a ayudar a pasar este trago amargo —sollozó sin poder evitarlo; sus ojos húmedos mostraban su dolor—. Mis padres no lo saben y no quiero que lo sepan. Tienen que guardar este secreto.

Ximena la separó de su cuerpo, mirándola fijo.

—¡May! —la reprendió con un hilo de voz que parecía más una súplica.

—No, Xime. Papá y mamá son mayores, no quiero que me vean cabizbaja, angustiada. No quiero que me tengan pena.

—No, amor. No es cuestión de pena —intervino Ximena—. Es que necesitas el apoyo de todos. Ahora vienen las radioterapias. Es un proceso duro y, aunque…

—No diremos nada, Mayha —intervino Karen con firmeza. La mirada de Ximena se clavó por primera vez en su amiga—. Si así lo quieres, vamos a respetarlo —le dijo.

Ximena buscó apoyo en Estefanía, que asintió a las palabras de Karen, aunque no estaba de acuerdo. Entendió que era el deseo de Mayha y contra eso ella no iba a luchar.

***

—¡Xime, espera! —llamó Karen en cuanto las dos salieron de la casa.

Estefanía se retrasó un tanto para darles privacidad. Las amigas se despidieron cerca de las diez de la noche. Ximena era quien más premura tenía por salir de ahí; sentía que en cualquier momento explotaría en contra de Karen y no deseaba causar otra situación incómoda entre ellas, mucho menos un malestar a Mayha, que ya mostraba signos de cansancio.

Ximena ya había activado la alarma de su auto, cuando oyó el llamado. Cerró los ojos y aspiró profundo antes de girarse. Se topó de frente con su amiga, que tenía el ceño fruncido y un gesto de consternación en su rostro.

—Dime, Karen —respondió con aridez.

—Estás molesta conmigo, es evidente.

—Sí, lo estoy, Karen —admitió, mirándola fijo—. Estoy molesta y muy decepcionada de ti.

—¿De mí? —cuestionó, sin desviar la mirada.

Ximena se cruzó de brazos y se acercó para fijar la vista en sus ojos; se acercó tanto, que la otra retornó dos pasos.

—¿Cómo se te ocurrió no empezar con el tratamiento de Mayha en cuánto supiste? —le preguntó entre dientes, con la rabia brillando en sus ojos.

Karen la miró con extrañeza.

—Mayha ya se hizo las resonancias de rigor, los exa…

—Sé lo que se hizo —interrumpió su explicación—, vi el reporte médico.

Ellas se enfrentaron en una dura lucha de miradas. La pediatra frunció el ceño y arrugó los labios; una leve sonrisa que parecía más una burla apareció en sus labios.

—¿Esto es por ella o por qué estás dolida por no ser la primera en enterarse?

Ximena se tensó; aquello que Karen sugería no tenía lógica, pues se trataba de la salud de Mayha, no de ella.

—¿De qué demonios hablas? —cuestionó con el rostro desencajado por la sorpresa.

—Siempre quieres tener el control —respondió ella con dureza, cruzándose de brazos. Su actitud era de absoluta confrontación.

—Sabes que, si hubieses dado los pasos correctos, te estaría agradecida en lugar de reprocharte. Fuiste irresponsable y eso no te lo conocía, “doctora” —recalcó.

—No fui irresponsable, “doctora” —replicó con sarcasmo—. Respeté una decisión. Porque sí sabes que fue decisión de May no decir nada, ¿no? O se supone que, ante una negativa de un paciente, ¿voy a violar los cánones de confidencialidad para que tú lo supieras? ¿Para qué te sintieras incluida?

El golpe fue bajo; Ximena cerró los puños buscando calma. Se giró para darle la espalda.

Karen la vio frotarse la frente, y abrir la puerta del auto. Con ella abierta, volvió a girarse para enfrentarla otra vez.

—Eres mi mejor amiga —dijo entre dientes, con un tono bajo porque ya Estefanía se acercaba—. Debiste compartir esto. El cáncer es algo grave, lo sabes.

—¡Ahora lo soy! —exclamó con el dolor marcado en la voz—. ¡Ahora recuerdas que soy tu mejor amiga!

Ximena desvió la mirada al ver a la periodista acercarse, quien disminuyó los pasos al notar que discutían. Karen parpadeó porque los ojos le ardían; quería llorar de rabia. ¿Cómo Ximena se atrevía a criticarla? ¿Cómo, si la excluyó cuando más la necesitaba?

Como pudo, Karen se repuso y le sonrió a Estefanía que llegó hasta ellas. La pediatra volvió a buscar los ojos de Ximena. La periodista las vio mirarse con ferocidad.

—Ya dejé a Mayha acomodada. ¿Nos vamos? —dijo, tratando de suavizar el ambiente.

Ellas asintieron, pero no desviaron sus miradas.

—¿Chicas? —intervino de nuevo Estefanía; ninguna le hizo caso.

Karen se acercó más a su amiga hasta casi respirar su mismo aire, con la barbilla tensa, parecía el comienzo de una batalla.

—Estuviste años guardando un secreto que te hacía daño —le reclamó—, decidiste guardarlo para ti y no compartirlo conmigo. “Tu mejor amiga” —recalcó sus propias palabras, tanto, que Ximena tuvo que esforzarse para sostenerla la mirada—. Te respeté y hasta ahora no te comenté nada. Me enseñaste que no todo lo que me pase debo contártelo. No lo olvides.

Dicho eso, Karen se apartó, dejando a la otra sin palabras. Suspiró fuerte y se despidió de Estefanía mientras se encaminaba hacia su auto.

—¡Karen! —la llamó Ximena. Ella se detuvo, pero no se dio la vuelta—, te repito, no se trata de nosotras. Se trata de nuestra amiga. No lo olvides.

Karen cerró los ojos; sin decir más, caminó hacia el auto.

Estefanía, perpleja por ser partícipe de aquel intercambio de palabras, le puso la mano en el hombro a Ximena, haciéndola reaccionar. La vio desencajada, con la barbilla tensa y la mirada furibunda. Ella bajó la cabeza y le extendió las llaves del auto. Estando en ese estado, no podía manejar.

Capítulo 32

—Has estado callada, Ximena —dijo Estefanía, a la vez que giraba la llave del encendido del auto para apagarlo, viéndola recostada de la ventanilla del área de pasajero.

Afuera hacía un poco de brisa fría y la luna no brillaba como de costumbre, por lo que la opacidad de la noche originaba un ambiente de completa intimidad dentro del auto. Hacía algunos minutos que estaban estacionadas frente al complejo de apartamentos donde vivía la periodista. Ella esperó a que Ximena reaccionara al darse cuenta de que habían llegado a su destino. Cosa que no ocurrió, sino hasta que ella llamó su atención.

—Disculpa, Estefi —al fin Ximena le regaló su mirada—. Me siento cansada y abrumada. Mi cabeza está llena de miles de pensamientos y enredos, pero ya pasará.

—Lo entiendo —dijo poniendo una mano sobre el muslo, sin ninguna intensión. El estremecimiento que ella sintió se sumó a su ya frecuente conmoción cada vez que la tenía cerca.

Ximena le cubrió la mano y jugó con sus largos dedos; buscaba darse tiempo porque no quería mirarla a los ojos. Se dice que los ojos son el reflejo del alma, y su alma estaba por completo volcada en ella, en sus sentimientos.

—Gracias por manejar —dijo apretando su mano. Necesitaba zanjar el espeso ambiente en el interior del auto.

—¿Quieres subir? Te prepararé un café —le ofreció Estefanía, viendo el agotamiento reflejado en su rostro.

—Me encantaría. Y te lo agradezco, pero tengo que ir al hospital —respondió con pesar.

—¿A estas horas? —reaccionó sorprendida.

—Tengo guardia, Estefi —explicó.

Estefanía suspiró profundo; se enderezó en el asiento colocando las manos sobre el volante con la vista al frente. Que ella tuviera que cumplir con guardias innecesarias, la hacía sentir culpable. Ximena odiaba trasnocharse; ni en sus años universitarios malgastó una noche en fiestas. Era la mujer más extraña que conocía. Si ahora lo hacía, era porque no estaba durmiendo bien. Ella sabía que, cada contrariedad que la otra cargaba, le atacaba con sus horas de sueño. Y esa noche, en particular, además de la noticia de la enfermedad de su amiga Mayha, se unía su molestia con Karen y la situación con ella.

En fin, Ximena cargaba con situaciones de peso para una persona que solía mantener su vida libre de preocupaciones.

—¿Es necesario que sigas haciéndolas? —le preguntó sin mirarla—. Anoche la pasaste en el hospital —acotó—. Llegaste demasiado temprano a casa, trabajaste todo el día y luego fuimos con Mayha. ¿Cuántas noches has pasado en el hospital?

—Le prometí a Yira que la ayudaría —respondió.

Ella giró la cabeza, encontrándose con su mirada.

—¿Cuántas, Xime? —insistió en saber.

—Cinco noches.

—No has descansado —sentenció con la preocupación marcada en la voz—. Eres médico, pero no estás exenta de enfermarte.

—Lo sé —susurró Ximena sin abundar.

—Si lo sabes, ¿por qué lo haces? ¿Lo haces para no pensar? —su amiga tragó y se mordió los labios sin desviar la mirada—. Sé lo que pasa por tu cabeza cuando algo te tensa.

—Ya te dije, ayudo a Yira —insistió sin convicción.

Ximena sintió el corazón latir de prisa. Explicarle sus razones no era adecuado, pero por la mirada intuitiva de Estefanía, asumía que no había nada que explicar; ella sabía las respuestas. Tras un largo silencio, la pelinegra suspiró hondo, se movió, abrió la puerta del pasajero y rodeó el auto hasta el área del conductor.

Estefanía la siguió con la mirada hasta abrir su puerta, ella bajó del auto y se recostó del costado del vehículo. Ximena mantuvo el brazo extendido, sosteniendo la puerta abierta. Entonces sucedió lo que ambas evitaban y también, esperaban.

Con un solo movimiento, Ximena apoyó el otro brazo en el capó del auto, por encima del hombro de la periodista, rodeándola entre sus brazos abiertos.

Sus ojos se encontraron. Estefanía se perdió en la oscuridad de la mirada tan profunda de Ximena y esta deseó excavar cualquier mina, con tal de perderse en la búsqueda de sus ojos color esmeralda. Con movimientos delicados, Estefanía levantó la mano hasta rozar con un solo dedo la barbilla de su amiga, que cerró los ojos al sentir la caricia. Ella rozó sus mejillas siguiendo con la mirada el camino que su dedo trazaba. Una fuerte sensación de deleite hizo que Ximena reaccionara, porque esa caricia casi hace que su corazón detuviera sus latidos. Le agarró la mano, le cubrió los dedos y los besó. Vio como ahora los ojos de Estefanía se cerraron cuando unieron sus frentes, respirando el mismo aire, armándose de valor para evitar desencadenar los deseos que pugnaban en hacerse reales.

Pero el miedo, el temor a cometer algún error, hizo reaccionar a Ximena, que levantó la cabeza hacia el cielo rompiendo el contacto. Sin embargo, el valor para alejarse de la mujer que amaba no era tan firme. Ella la tomó por los hombros y pegó sus labios a la frente dejando un tierno beso de despedida.

Dolía, alejarse de ella, le dolía.

***

Estefanía entró al lobby del edificio sin mirar atrás; no oyó el motor del auto de Ximena arrancar, así que pensó que ella esperaba hasta que estuviera segura dentro del edificio. La realidad era que no escuchaba nada a su alrededor; ni siquiera sus pasos, solo el latir de su corazón bombeando en su pecho. Las puertas de ascensor se abrieron, permitiéndole la entrada y dejando por breves segundos que la soledad de aquellas paredes metálicas le devolvieran un poco de compostura.

En cuanto el ascensor llegó al piso cinco, ella se encontró con la puerta de su apartamento. Agradecía no necesitar dar un solo paso adicional para llegar a su lugar seguro. La agitación de su cuerpo debilitaba su andar. En cuanto cerró la puerta tras de sí, soltó el aire que creía contenía en el pecho.

La carga de todo el día menoscabó sus emociones; la tristeza, la preocupación y un poco la decepción por la enfermedad de su amiga. Todo ese mar de turbaciones, más la ansiedad, la incertidumbre, la duda y la atracción por Ximena, desencadenaron un torrente de lágrimas y gemidos angustiados que llenaron el lugar. Ni siquiera llegó a la sala; ella se sentó en un taburete de la entrada que utilizaba como decoración y ahí se mantuvo quieta, llorando, buscando serenarse.

Estefanía se sentía perdida; por primera vez en años no sabía cómo conducirse, qué hacer que no fuera incorrecto. Por otro lado, la noticia de la enfermedad de Mayha la tomó desprevenida y un poco culpable. ¿Cómo no se percató de que algo andaba mal? Su amiga en

breve tomaría sus primeras radioterapias y ella por semanas la mantuvo ignorante de su situación.

Estefanía permaneció largos minutos cubriéndose los ojos con las manos y oyendo los quejidos de angustia que salían de su pecho. Un rato después se calmó; por fin encendió la luz de un pasillo y fue a su habitación. Tras un baño tibio, no se vistió para ir a descansar, pues mientras el agua caliente recorría su cuerpo, una idea se surgió en su mente. Entusiasmada por llevarla a cabo, por primera vez en el día, ella sonrió. Salió de la ducha, buscó un conjunto de algodón y se vistió.

***

La noche estaba movida en el hospital. Un accidente de moto, un tiroteo entre autos en plena avenida principal, tenía en un corre y corre al personal de la sala de urgencias. Ximena mantenía su atención en dos casos cardiacos que al menos no eran de gravedad. Sin embargo, ayudaba a sus colegas de trauma con las emergencias de esa madrugada. En un momento de calma, ella cruzó dos grandes puertas metálicas que dividían la antesala del hospital de la sala de urgencias, hasta llegar a la oficina de Radiología, donde la noche anterior descubrió la enfermedad de su amiga.

Los pasillos que la dirigían a la oficina, cerca del *lobby* de entrada al hospital, estaba desierta. De camino, vio una máquina expendedora de café; no le encantaba el café de máquina, pero lo necesitaba. Ya dentro de la sala de Radiología, y sin encender ninguna luz, buscó un espacio en el suelo donde se sentó, después de quitarse la bata blanca y dejarla sobre una silla. Suspiró aliviada al estirar las piernas, y cerrar los ojos.

Ximena bebía de su café cuando oyó dos ligeros toques en la puerta.

—No puede ser —murmuró como lamento por no tener un respiro.

—¿Xime? —ella frunció el entrecejo. Estaba tan agotada que ya escuchaba voces—. Xime, soy yo —repitió quien la llamaba desde afuera.

Quieta, Ximena vio como la puerta se abría despacio, revelándole que era Estefanía quien la llamaba. Le pareció a un ángel cuando ingresó a la sala sin apartar sus ojos de ella. El mundo de la periodista se vino abajo al ver a la mujer de la que se estaba enamorando sentada en el suelo. Se veía tan frágil, tan cansada.

—Te vi cruzar hasta aquí —explicó al ver su ceño—. Le dije a seguridad que traía algo de cenar para la doctora Ávila y me permitieron la entrada —le mostró la bolsa que traía en sus manos.

—Así se cuelan los matones —comentó Ximena con un tono irónico.

Estefanía sonrió.

—Es cierto —dijo agachándose a su lado, muy cerca—. Pero no vengo a hacerte daño —aclaró con voz ronca.

Para Ximena, todos los pesares, todo a su alrededor, desapareció cuando sintió la mano de Estefanía cubrir su nuca para acercarla a ella. La doctora cerró los ojos por la anticipación; su cuerpo se estremeció al sentir la suave boca de su amiga unirse a la suya.

Fue un beso cálido, fue el alimento de toda su semana. Los labios de Estefanía se movieron sobre los suyos provocándole una marejada de sensaciones de bienestar, de paz, de amor.

Estefanía la estaba besando y eso era como alcanzar lo infinito.

Capítulo 33

Las manos de Ximena ascendieron acariciando los brazos de Estefanía, acercándola más a ella. El beso nunca dejó de ser sutil, suave, tierno. Se extendió lo suficiente para que ambas lo disfrutaran entregándose a la pasión, el deseo y la ternura, hasta que el aire les faltó; entonces se separaron. Sin abrir los ojos unieron sus frentes.

Ximena tragó porque una inusitada felicidad se anidó en su ser. Cuando al fin abrió los ojos, se encontró con la profundidad de los de Estefanía y se fundió en su mirada. Ella recorrió con la vista todo el rostro de su amada, acariciando su cabello; estaba ensimismada, disfrutando del momento.

Ambas se sonrieron con ternura. Estefanía acunó entonces su rostro y mirándola fijo, suspiró profundo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó la doctora con la voz ronca.

Estefanía sonrió sin apartar los ojos.

—Te traje de comer —respondió como si aquello fuera lo más lógico. Ella levantó las cejas con sorpresa—. No creo que hayas cenado nada antes de venir al hospital.

Ximena le acarició las mejillas. Con ese detalle, confirmó que se enamoró de la mujer más maravillosa del mundo.

—¿Y qué hay en ese bolso? —susurró.

La periodista hizo el amague de levantarse para acercar la cena, pero ella la haló por un brazo hasta hacerla sentarse sobre sus piernas. Esta vez fue la doctora quien le acunó el rostro y volvió a besarla. Y otra vez sus miradas se encontraron, se dijeron tanto sin pronunciar una palabra.

Tras suspirar profundo, Estefanía se apartó con suavidad sin soltar la mano que la aferraba. Ximena no apartaba los ojos de cada movimiento de su amiga. La vio agarrar la bolsa y regresar a su lado.

Estefanía sacó un envase con caldo caliente y desenvolvió unas rodajas de pan tostado. El olor, al destapar el envase, inundó la habitación y Ximena se percató de cuánta hambre tenía.

—¡Wow! Esto huele exquisito.

Estefanía sonrió complacida; la doctora se irguió hasta alcanzar su bata, sacó del bolsillo un pote de líquido antibacteriano, se lo untó en las manos y luego se acomodó en posición india frente a la otra mujer.

—Ojalá te guste.

—¿Lo probaste?

Estefanía negó con la cabeza, entonces la doctora le ofreció una cucharada de sopa. Su vista se desvió hacia sus labios cuando saboreó el caldo; sonrió al verla tragar. Sus miradas se encontraron y ambas sonrieron por la complicidad que compartían en ese momento.

—Está rico —afirmó la periodista—, pero necesito que lo comas todo, ¿sí?

Ximena asintió y se dejó mimar. Estefanía le quitó la cuchara y fue ella quien con mucha calma se dedicó a ofrecerle el caldo.

—Me siento como niña.

—Estás lejos de serlo, pero eres tan terca que no me iré hasta verte terminarlo.

Ximena cubrió su mano y le quitó la cuchara. Hablaron poco porque comunicarse con la mirada y las constantes sonrisas, consumían el tiempo compartido.

Estefanía rebosaba de puro placer al verla comer lo que ella le preparó. Cuando decidió llevarle algo caliente para cenar, jamás imaginó que terminaría besándola, y es que, de haberlo imaginado, tal vez no se hubiese decidido a ir. Ahora, tras disfrutar de la calidez de su boca, la suavidad de su lengua y el sabor de sus labios se sentía eufórica, y enamorada. Lo estaba, ya no le quedaba restos de dudas.

Ya rondaban las dos de la mañana; todavía quedaban unas tres horas para que la doctora terminara su turno. Solo llevaba media hora en compañía de Estefanía, tiempo que Ximena hubiese extendido si no fuera porque la burbuja de la intimidad se rompió cuando por los altavoces requirieron su presencia en sala de emergencias.

Ximena se puso en pie y la ayudó a levantarse; cuando lo hizo, quedaron muy cerca. Con naturalidad, ella la rodeó por la cintura atrayéndola a su cuerpo. Después de abrazarla fuerte, se separó un poco. Estefanía colocó sus manos en su pecho mientras ella le apartaba mechones de cabello de la cara.

—Quiero pedirte algo —le dijo con un tono de duda. Ximena frunció el entrecejo—. Que cuando termines el turno, vayas a casa. A mi apartamento quiero decir —aclaró con un poco de nerviosismo en la voz.

A la pelinegra le tomó por sorpresa esa petición. Estefanía notó que ella suavizó el gesto, pero también sintió como de repente se estremeció.

—¿Y eso?

—Quiero asegurarme de que descansarás, de que te alimentes —ella la miró fijo, con la preocupación presente en los ojos—. Déjame cuidarte, Xime —le pidió con un halo de súplica.

Ximena no pudo hacer otra cosa que aferrarla fuerte a su pecho. La emoción dentro de su ser era indescriptible.

Un segundo llamado la hizo deshacer el abrazo y tomarle la barbilla. Dejó en sus labios un cálido beso que desató para ambas una carrera de latidos sin precedentes en sus corazones. No habían dicho una sola palabra sobre su relación, pero ambas ya estaban por completo volcadas en la otra.

No hubo palabras, porque a veces… las palabras sobran.

Capítulo 34

Cuatro horas más tarde…

Los golpes en la puerta no fueron bruscos; a esa hora de la mañana la posibilidad de que Estefanía estuviera despierta era nula. Pero Ximena, cumpliendo la palabra que le dio, y llena de emoción, se encontraba frente al apartamento, llamando a su puerta.

El turno en la sala de emergencias se le hizo lento, a pesar de la cantidad de trabajo durante la madrugada. Desde que su amiga le pidió que fuera a descansar a su casa, en su cama, ella se llenó de expectación y felicidad. Más de un compañero de trabajo la vio sonreír sin un motivo, y otros pocos la oyeron suspirar a menudo. Estefanía la besó; ella besó a Estefanía y no hubo reproches, ni dudas. Aquel acercamiento estuvo lleno de ternura y de palabras no dichas, aunque ella no se iba por las ramas. Sabía que tarde o temprano tenían que hablar; debían poner un nombre a aquello que las acometía, que las hacía suspirar.

La puerta se abrió sin siquiera cuestionar quién tocaba. Una Estefanía dormitada, con los pelos revueltos, vestida con un pijama de satín, y pantalón largo, la haló hacia el interior y se colgó de su cuello.

—¿Te ducharás? —le preguntó acunando su rostro.

Ximena la sostuvo por la cintura sin dejar de mirar sus ojos hinchados por el sueño. Se veía adorable y sintió que la amaba un poco más.

—No salgo del hospital sin bañarme —respondió, dejándole un beso en los labios.

Estefanía sonrió; tras llenarla de besos en la cara, la arrastró hacia su habitación, tan cálida, tan oscura y con su olor en el aire.

Ximena, tanteando el borde del colchón, subió a la cama tras los suaves empujones de Estefanía, que no tenía mucho control de sus movimientos por la somnolencia que la embargaba. La doctora también estaba agotada, pero decidió en ese instante que haría todas las guardias del mundo, todas las que su cuerpo soportara si el premio al comienzo del día, después de trasnocharse trabajando, era sentir los brazos de la mujer envolviéndola por la espalda y rodeando su cintura. Escuchar su respiración pausada cuando ya dormía, sentir el calor al que se estaba haciendo adicta, era alucinante. Con una sonrisa en los labios, y envolviendo las manos que la abrazaban, se durmió.

***

Los rayos de un nuevo día se colaron a través de la ventana; Estefanía despertó, pero no deseaba apartarse de la calidez de los brazos que ahora la envolvían. Durante la madrugada, Ximena se puso bocarriba reclamándola hacia su pecho y así amanecieron, una sobre la otra.

Ella suspiró en silencio; sobre todo cuando internalizó que deseaba amanecer cada día entre aquellos brazos. Que su día empezaría con el pie derecho si al abrir los ojos su primera vista era la barbilla de Ximena. Así, en la comodidad de su pecho, era como quería despertar. Sonrió emocionada. Cuando conoció a la doctora por ningún resquicio de su mente, pasó que podía enamorarse de ella. Nunca, jamás. Ahora, teniéndola así, a su lado, como mujer, sentía que su vida estaba completa.

Poco a poco levantó el brazo que la acunaba y se removió hasta salir de la cama. Estefanía se puso en pie sin apartar la vista de ella. Negó con la cabeza al ver el cuerpo de la doctora en

todo su esplendor extendido en su cama. Ximena tenía la costumbre de ocupar gran parte del colchón, por suerte en esta ocasión ella casi durmió encima.

Mientras Estefanía decidía, mirando el refrigerador, qué iba a preparar para desayunar, oyó que llamaron a su puerta; frunció el entrecejo porque no esperaba a nadie. Extrañada, miró hacia el pasillo que daba a su habitación, tal vez con la idea de que Ximena había despertado; pero la puerta permanecía cerrada. Por costumbre se miró en el espejo del pasillo antes de ir a abrir, vestía de pijama de pantalones largos, así que no tenía que cambiarse.

Estefanía reaccionó con asombro, acompañado con una leve punzada en el pecho, cuando vio quién estaba tras su puerta.

—¡Karen!

—Buenos días —saludó la otra doctora, mirándola de arriba abajo. Consultó la hora en su reloj—. ¿Te desperté?

—No, claro que no —respondió—. Pasa, por favor, estoy por hacer desayuno. ¿Qué haces tan temprano acá? —quiso saber mientras caminaba por el pasillo.

—¡Ay! —Karen suspiró y ella vio su cara de angustia.

Estefanía se giró, le tomó las manos antes de ofrecerle un café que ella aceptó. En la cocina, Karen subió al taburete de la barra mientras la anfitriona sacaba dos tazas y vertía el oscuro líquido en ellas.

—¿Estás bien? —volvió a interesarse.

—Quería hablarte sobre lo que ocurrió anoche con Ximena.

Estefanía levantó la vista ante la mención del nombre; ahora evaluaba en qué contexto le diría que la pelinegra estaba en su cama. Sin percatarse sonrió.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Karen al verla sonreír. Ella solo negó en silencio; le puso la taza en las manos y se sentó a su lado en el otro taburete—. Te contaré en cuanto me digas qué pasa.

—Odio discutir con Xime —confesó su amiga con un nudo atenazándole la garganta.

Todas sabían sobre la estrecha relación entre ellas; no había nada en el mundo que una quisiera que la otra no le complaciera. Para Karen, Ximena era más que una hermana mayor, era su mejor amiga; era ella quien la hacía entrar en razón, quien la dirigió durante su carrera de medicina. La cuidaba y también atendió a sus padres cuando vivían.

—¿En qué momento nos perdimos? —se lamentó—. No lo sé, Estefi.

—Bueno, no creo que se hayan perdido —acotó—. Mantenemos nuestra relación y en ella siempre habrá descontentos y algo de tensión. Somos humanos.

—Lo sé, pero anoche la sentí tan fría, tan molesta. Lo peor, está decepcionada de mí —expresó mordiéndose el labio mientras luchaba con las ganas de llorar—. Es que no podía revelar algo a lo que no tenía derecho, ¿me entiendes? —añadió, ya con los ojos inundados de lágrimas —. Y también lo de ustedes… Me dolió que me excluyeran. Nunca Xime tuvo un secreto de ese tipo conmigo y… no lo entendí. Traté, pero no pude entender su razón. En mi mente solo se repetía que ya no contaba con ella, ni ella conmigo.

Estefanía dejó la taza sobre la barra, se acercó y la haló contra su pecho.

—Lo siento, Karen —dijo abrazándola—. No puedo meterme en la mente de Xime, solo sé que está… Que estamos —se corrigió— muy preocupadas por Mayha. Tal vez esa carga emocional repercutió en sus palabras. No creo que de verdad esté decepcionada de ti —le acunó el rostro—. Se trata de que ella está aterrada por lo de Mayha. Sabes cómo es nuestra doc.

Karen cerró los ojos y se aferró de nuevo a su amiga.

—De repente todo nos cayó encima —comentó—. No estoy acostumbrada a manejar crisis emocionales.

—Eso es cierto, eres la que mejor maneja las situaciones entre nosotras. Pero nuestro cariño es más fuerte, amiga. Ximena te adora y sí, no hemos hablado el tema, anoche estuvo callada de camino a la casa. Respeté su silencio porque, cuando está tensa, mantiene el hermetismo —Karen asintió con vehemencia—. Con relación a nosotras, pues… tampoco hemos hablado de eso —señaló con timidez—, no obstante… —la separó de ella. Karen vio una gran sonrisa en el rostro de la castaña— desde que nos besamos, siento que mi vida tiene otro sentido, ¿sabes?

Karen abrió los ojos con un gesto de sorpresa y un poco de euforia también. El sonrojo en sus mejillas era evidente.

—¿Te enamoraste? —le preguntó.

Estefanía asintió.

—Tenerla y no tenerla en estos días, me hizo abrir los ojos, Karen —confesó—. Y no creo que sea una confusión, pero aún no lo hemos aclarado —repitió.

Karen sonrió emocionada al ver la mirada ilusionada de su amiga. Ella había vuelto a abrazarla cuando un movimiento en el pasillo llamó su atención. Ella se irguió sin apartar los ojos, acción que llamó la atención de la periodista.

De la habitación de Estefanía salió Ximena y, por su apariencia, acababa de despertar.

Capítulo 35

—Buenos días, Karen —saludó Ximena yendo hacia la pareja de amigas.

Estefanía se sobresaltó al escuchar la voz; se giró para encontrarse con la mujer con quien pasó la noche. A pesar de que mostraba un gesto duro hacia Karen, Ximena le regaló una sonrisa y le acarició el brazo de una manera casual cuando se detuvo a su lado.

El rostro de Karen evidenciaba la sorpresa por encontrar a su mejor amiga, vestida de pijama, que, aunque iba con suficiente ropa, gritaba a viva voz que había pasado la noche ahí.

Las doctoras se mantuvieron la mirada; de repente el ambiente se tornó pesado. Estefanía, ansiosa por encontrarse en medio de tal situación, tocó el brazo de Ximena para llamar su atención.

—¿Café? —le ofreció, tratando de quitarle peso al incómodo momento.

Ximena asintió sin apartar los ojos de Karen, que también la retaba con la mirada. Entonces Estefanía se puso en pie y rodeó la barra para servirle el café.

Karen se sintió aliviada cuando, ante la ausencia de Estefanía, notó que el gesto de Ximena, que antes lucía molesto, se iba suavizando; una leve sonrisa se dibujó en los labios de su amiga. Ella conocía al dedillo sus cambios de ánimo, sus semblantes, así que, sin dirigirse una palabra, supo que su amiga ya no estaba tan molesta. Después de fruncir el entrecejo, con descaro la miró de arriba abajo, estudiándola; cuestionándola en silencio.

Ximena estaba en pijama, por lo que ambas morían por echarse a reír, pero jugaban con la psiquis de Estefanía, que se notaba nerviosa, aunque se hallaba en la cocina.

—¿No crees que es muy temprano para visitas? —le dijo Ximena, torciendo los labios y guiñando un ojo.

—Bueno, al parecer llegaste antes que yo. O sea, más temprano… O… —bajó del taburete y se posicionó frente a la pelinegra con los brazos cruzados— dormiste aquí —señaló con sarcasmo.

—No tengo que darte ninguna explicación —respondió con la barbilla tensa.

Estefanía se quedó paralizada viendo el intercambio de palabras. Las dos amigas frente a frente, sin apartar las miradas.

—¿Vas a abrazarme?

Estefanía se tensó al escuchar aquello. Soltó el aire que contenía cuando ambas se brindaron una sincera sonrisa, al tiempo que se colgaban de los brazos de la otra. Sus ojos se humedecieron al verlas abrazándose de un modo tan filial. Se emocionó también al escuchar las disculpas de cada una.

—Te extrañé, imbécil —confesó la menor del Clan.

—Yo a ti… —respondió Ximena, secándose las lágrimas y aferrándola con mayor fuerza contra su cuerpo.

—Vaya susto que me han dado —intervino la periodista con el alma en un hilo, acercándose al dúo—. Ya me preparaba para la guerra civil.

Ximena se separó para recibir la taza de café que ella le ofreció; Karen le pasó un brazo sobre los hombros, envolviéndola entre sus brazos.

—Y tú… —le dijo— tienes mucho que contar… Aparentemente —bromeó viéndola sonrojarse.

Estefanía buscó la mirada de Ximena, que alzó las cejas, esperando la respuesta que le daría

a Karen.

—Bueno —balbuceó con la voz entrecortada—, no hay nada que contar. Lo que te dije es lo único… ¿Cierto?

—A ver —intervino Ximena—, ¿qué le dijiste? —le preguntó con un gesto serio.

La periodista suspiró profundo, mirándola fijo.

—La verdad, Xime —respondió.

Karen notó que el ambiente se tensó. Ximena, experta en salir de situaciones incómodas, le pasó un brazo por los hombros a la mujer que amaba, atrayéndola a su pecho y dejándole un beso en la cabeza, relajándose. Ya tendrían tiempo para conversar.

Las tres se sentaron en la sala; Karen resolvió la situación que la apremiaba, hacer las paces con su amiga. Estar de malas con cualquiera de las tres era difícil para ella, pero en el caso de su colega, la situación se le complicaba por dos. En primer lugar, porque cargaba la enfermedad de Mayha sobre sus hombros y, segundo, debido a que las palabras de su amiga la noche anterior, removieron un sentimiento de culpa.

—Ximena, tienes razón —admitió apretándole las manos—. Fui irresponsable por complacer los caprichos de Mayha. Un capricho que no es otra cosa que miedo.

—Lo imaginé. A Mayha le pesa las consecuencias de las quimioterapias.

—Se lo he explicado, créeme.

—Vamos a trabajar con ella. En este momento es cuando más apoyo necesita.

—Lo tiene, Estefi. Jamás la dejaremos sola —Ximena unió las manos de las tres. Esas palabras eran una promesa—. Y si tengo que arrastrarla al hospital para que se trate, lo haré. No me importará mucho si deja de hablarme.

Las tres lloraron juntas; hablaron sobre lo que debían esperar de la afección que padecía Mayha. Y ahí decidieron que estarían más unidas que nunca; por ellas, para apoyarse y, sobre todo, por la morena a la que tanto amaban.

Lo que Karen no imaginó cuando decidió recurrir al apoyo de Estefanía, fue que la relación con Ximena, en apariencia, se solucionaba a su favor. Además, la periodista confesó que estaba enamorada y eso la hizo feliz.

Hablaron sobre la razón por la que Ximena durmió allí, pero, a pesar de que la excusa era creíble solo para quien la espera, Karen notó algo de ansiedad en Estefanía, que lucía nerviosa. Decidió que no era momento de permanecer mucho tiempo en el apartamento; sus amigas tenían cosas sobre las que conversar y ella, aunque moría por presionarlas, no lo haría.

—Chicas, debo retírame ya —anunció—. ¿Podemos reunirnos hoy con Mayha?

Tanto Ximena como Estefanía asintieron y concertaron la cita; después de despedirse, la periodista acompañó a su amiga a la puerta. El pecho le ardía, el momento de poner la relación con la pelinegra en contexto había llegado, lo tenía claro.

—Escuché todo —dijo Ximena en cuanto quedaron a solas.

Estefanía cerró los ojos al escucharla a sus espaldas, aún no apartaba la mano del pomo de la puerta. Ella se giró para encontrarla recostada de la pared, al comienzo del pasillo; lucía un gesto relajado y una media sonrisa que provocó que su corazón se saltara un latido. Tras morderse los labios, se acercó y se recostó de la pared contraria, con los brazos cruzados.

—Si escuchaste todo, no creo que haya más que decir —dijo.

—Me gustaría que me confirmaras lo que oí, temo haber escuchado mal.

Estefanía descruzó los brazos, dio un paso al frente y puso las manos en el pecho de la otra.

—No escuchaste mal. Estoy enamorada de ti —susurró cerca de su boca.

Para Ximena el tiempo se detuvo; aunque en su mente sabía que aquello era real, su corazón dudaba de que lo fuera. ¿De verdad sus sentimientos eran correspondidos? ¿Era real que su amiga sintiera lo mismo que ella? Su mirada brilló de pura emoción. La estrechó contra su cuerpo antes de levantarle la barbilla.

—Te amo, Estefanía —susurró con la voz ronca—. Te amo, y a pesar de la pena que llevo en mi alma, escucharte decir que me quieres en tu vida como algo más que una amiga, me hace la mujer más feliz del mundo —confesó con los ojos brillosos por el amor y el deseo contenido — y quiero compartir esta felicidad contigo. Deseo hacerte feliz —tragó saliva para poder seguir hablando—. ¿Me dejas hacerte feliz?

Estefanía la rodeó por el cuello, y con una mano acarició su cabello.

—Sí —respondió—. Contigo sí.

Sin dejar de sostenerla, Ximena se quedó embelesada, admirando cada detalle de su rostro como si fuera la primera vez que la tenía tan cerca. Con su dedo dibujó sus hoyuelos, la forma de sus ojos, su nariz. Y sonreía al ver como ella disfrutaba con cada caricia y se sonrojaba.

Con sutileza, Ximena posó los labios sobre los de Estefanía que, sedienta de su boca, la besó como si en ello se le fuera la vida. La doctora era más alta, sus brazos rodearon su cuerpo, atrayéndolo al suyo como si de poderosos imanes se tratara. Sin romper la unión de sus bocas, retrocedieron abrazadas hacia la habitación.

Con una ternura indescriptible y sin apartar las manos de su cintura, Ximena cubrió el cuerpo de la periodista, que ahora yacía sobre la cama. Se besaron con ternura, con extrema calma, absorbiendo cada suspiro. Estefanía tomó entre sus dedos los mechones de cabello negro que colgaban sobre su cara y los acomodó detrás la oreja, devolviendo cada beso que le daba sobre la nariz, la barbilla.

La pelinegra apoyó su peso sobre un brazo, acomodándose al lado de Estefanía, que se sentía derretida de amor. Ella le sonrió antes de hundirse en su cuello. Rozó con los labios cada resquicio de piel mientras aspiraba su aroma; un aroma que ella era capaz de detectar a millas de distancia, pero que ahora era tan palpable, que incluso podía saborearlo.

Los movimientos de la pelvis de Estefanía y la manera como arañaba sus hombros le confirmaban que ella estaba ardiendo al igual que su centro, que su vientre, que se avivaba un poco más cada vez que oía sus gemidos de placer. Ella anhelaba darle todo, calmar su propio deseo, pero había esperado tanto por tenerla que no iría con prisa; iba a disfrutar de su cuerpo, a amarla con ternura, a demostrarle de lo que era capaz.

Ximena deseaba comenzar a cumplir la promesa de hacerla feliz.

Capítulo 36

Los besos y las caricias fueron el preámbulo para la explosión de placer que Ximena y Estefanía experimentaron.

El corazón de la doctora latía como nunca antes; se le formó un nudo en la garganta al sentir los temblores en el cuerpo de Estefanía tras un orgasmo poderoso y extenso.

La periodista, por su parte, era incapaz de abrir los ojos; se mantenía aferrada al cuerpo de Ximena, que le había regalado la más grande prueba de entrega que, a sus treinta y cinco años, experimentó. Porque ella supo al instante que la razón para ese maravillo estremecimiento de su cuerpo y su corazón, no era otra cosa que el amor que la mujer que la mantenía entre sus brazos, sentía por ella. Ximena fue pasional, pero tierna. Cuidadosa y considerada. Se entregó a ella sin contemplaciones, sin reservas. La hizo sentir segura, protegida y amada. Amada como nunca antes.

Despacio se separaron solo para mirarse a los ojos. Estefanía la acarició, ascendiendo por los largos brazos que aún envolvían su cintura hasta acunar su rostro. Vio sus ojos dilatados y sonrió antes de besar sus labios.

—Eso fue… increíble —susurró.

Ximena apartó su cabello antes de recostarla sobre la almohada y acomodarse sobre su pecho; ella también necesitaba controlar su corazón agitado. Estefanía la abrazó con delicadeza.

—Soñé con este momento hace tanto, Estefi —confesó—. Y ni en mis más lejanos pensamientos imaginé que podía ser así.

—¿Por qué?

—Siento que voy a infartar —respondió, besándola en el centro del pecho—. Tengo todos los síntomas de un pre infarto.

Estefanía rio.

—¡Ay, doctora! —exclamó, tomando su rostro entre las manos, atrayéndola—. ¿Debo llamar a alguna cardióloga para que nos trate a las dos?

Ximena la miró.

—Te amo, Estefanía. Te amo tanto.

Los ojos verdes se humedecieron al ver en los de color café la sinceridad en su mirada. Al escuchar sus palabras, la agitación en su pecho le confirmó que lo que ella también sentía era amor. El más puro amor que se cultivó con el trato, cuidados y consideración que Ximena le ofreció desde el momento cuando se conocieron. Ahora, abrazada a su amiga, y experimentando un sinfín de emociones desconocidas, su cuerpo, sus sentidos, su corazón, se lo confirmaron.

Ximena la vio tragar antes de acariciarle con un dedo el centro de su frente, descender por su nariz hasta llegar a su boca. Estefanía dibujó los labios hinchados mientras se mordía y humedecía los suyos.

—Xime —habló con un hilo de voz, buscando su mirada. Ella se apoyó en un codo, prestándole atención. Su pecho se comprimió cuando de nuevo la vio tragar—, ¿es posible que… esto que siento también sea amor?

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Ximena, que sintió que su cielo se abría para darle paso a la gloria. Tragó saliva también.

—¿Qué sientes? —preguntó con un hilo de voz.

—Siento que deseo amanecer contigo cada día —acarició su cabello—. Que quiero ser la única persona que te toque y ser a la única que amas. Voy a cuidarte. Cuidaré tu corazón para

nunca dejes de amarme de ese modo… Desear eso, ¿no es otra cosa que confirmar que te amo?

La respuesta de Ximena fue volver a besarla, esta vez con más pasión y entrega, pero Estefanía quería devolverle con creces todo el placer que ella antes le concedió; deseaba demostrarle, y demostrarse, que ella era su persona amada.

Sin dejar de besarla la empujó hasta quedar sobre ella, le extendió los brazos sobre el colchón, mirándola con un gesto travieso. Ximena río porque nunca imaginó verse dominada por su amiga; a la vez, sentía que podía morir debajo de su cuerpo, que, si era con Estefanía, poco le importaba ser una marioneta.

Después de las risas, llegó la calma cuando la periodista aflojó el agarre de las muñecas y hundió la nariz en el largo cuello. Tras aspirar su aroma, recorrió la delicada piel con los labios, dejando besos que estremecieron a la doctora. Besos que cubrieron su pecho y descendieron por su abdomen hasta culminar en su centro, en la cúspide del placer.

El estómago hizo trizas el deseo de ambas de permanecer amándose todo el día. Después de levantarse y preparar sándwiches para almorzar, ellas regaron los cojines de los muebles sobre la alfombra de la sala y se recostaron ahí. Una, apoyada en el abdomen de la otra, jugaban con sus manos sin dejar de mirarse y compartir sonrisas cómplices. Los rayos del sol que se colaban por la pared de cristal, le ofrecían esa mañana un ambiente de calma.

Ximena mordió uno de los dedos de Estefanía, que de repente se puso pensativa.

—¿En qué piensas? —le preguntó.

Estefanía levantó la mirada y le sonrió, negando con la cabeza.

—Dime —le pidió, moviéndola con la pierna.

—Sé todo sobre ti —le respondió la periodista.

Ximena asintió y abrió los ojos sin saber de qué iba el comentario.

—Es correcto —concordó—. Creo que también sé todo sobre ti. Son muchos años. Pero, ¿a qué viene eso?

—¿No te preocupa?

—¿Qué cosa?

—Que seamos tan transparentes, que acabamos de iniciar una relación y no hay nada que descubrir.

—En eso estás equivocada —dijo Ximena con la voz ronca antes de morderle otro dedo—. Acabo de descubrir lo deliciosa que eres.

El sonrojo en las mejillas de Estefanía fue instantáneo. Ella la haló por la cintura hasta sentarla en sus piernas, rodeándola con los brazos. La periodista peinó sus cabellos y levantó la cabeza para mirar al techo.

—¿Qué pasa? —quiso saber Ximena con el corazón en un hilo.

Al fin, la castaña buscó sus ojos.

—Muero de celos —admitió. La pelinegra frunció el entrecejo; le apartó el cabello de los hombros sin dejar de mirarla—. Solo reconocer la cantidad de mujeres que has tenido, que han acariciado tu cuerpo, a las que has amado…

Ella le tomó la cara entre las manos y la silenció con los labios. Estefanía mantuvo los ojos cerrados.

—Mírame. Mírame, Estefi —le pidió. Con algo de resistencia, ella obedeció; la rodeó por los hombros—. He estado con muchas mujeres, es verdad, lo sabes bien, pero no he amado a ninguna —declaró, mirándola a los ojos con absoluta determinación—. Y eso también lo sabes.

Estefanía hizo pucheros; la empujó hasta acostarla de espalda en el suelo, subió sobre ella

con la barbilla sobre su pecho. Tras suspirar profundo y jugar con sus labios, le confesó:

—Te amo, Ximena —el corazón de la pelinegra se detuvo. Esa confesión era más de lo que alguna vez soñó—. Definitivamente, te amo —repitió, acariciando sus mejillas—. Gracias por elegirme —susurró, luego la besó lento, con una exquisita ternura.

Ximena la rodeó con los brazos. Estefanía se acurrucó en su pecho; el silencio inundó la sala, solo sus respiraciones y los suspiros rompían el silencio y llenaban el espacio. Por breves minutos disfrutaron de su cercanía, del calor de sus cuerpos.

—Créeme…, estoy celosa —insistió Estefanía.

Ximena no pudo hacer otra cosa que reír; sabía que su confesión no era una verdad a medias, si estaba celosa. Estefanía no era una mujer segura; la conocía demasiado y esas palabras brotaban de lo profundo de su ser, de su corazón.

—Haré que olvides todo mi pasado —le dijo—. A partir de hoy, soy solo tuya, Estefi —tras sus palabras, ella la sintió suspirar mientras le acariciaba la espalda—. Lo fui desde que te confesé que te amaba. Hoy te tengo y te aseguro que no tienes por qué estar celosa. A nadie he amado como a ti.

Estefanía se irguió hasta encontrarse con sus ojos. Vio en ellos tanta sinceridad que sus inseguridades quedaron en ese momento en el pasado.

Capítulo 37

Durante la tarde, Estefanía preparó café; la pareja pasó toda la mañana y parte de tarde de ese sábado en la cama. Hacía poco más de una hora que habían salido de ducharse, pero el agua templada no les aplacó ni un poco los deseos de la piel. El baño duró más de lo usual.

Ahora, estaban tranquilas en plan relajado, con sendas camisetas anchas como vestimenta. Ninguna tenía que ir a sus oficinas, así que pasaron su primer día como pareja juntas en el apartamento de Estefanía. De reojo, mientras la periodista mezclaba el café con un poco de crema, vio el rostro compungido de su ahora amante. Prestó atención a sus gestos mientras se hallaba sentada en el mueble, hablando por teléfono. Ximena se mordió los labios varias veces y, en más de una ocasión también, la notó tensa, respirando profundo.

—Bien, nos vemos en un rato.

Estefanía la escuchó despedirse de su interlocutor. Fue entonces cuando tomó la bandeja donde había servido dos tazas con el café. Ahí también sirvió unos trozos de queso de bola y se acercó a la sala.

—¿Está todo bien? —le preguntó, ofreciéndole el café; dejó la bandeja sobre la mesa de centro, luego se sentó a su lado. Ver la expresión apesadumbrada en su rostro, después de terminar la llamada, le provocó una punzada en el pecho.

Ximena asintió, tras suspirar profundo.

—Sí —respondió—. Era Karen asegurándose de que esta noche iremos a casa de Mayha —explicó, recostando la cabeza del respaldo del sofá.

—¿Qué pasa? —quiso saber Estefanía, y le tomó la mano.

Ximena tragó saliva, levantó la cabeza y posó los ojos en ella. Pasó la otra mano por su mejilla.

—Karen se comunicó con el doctor de Mayha. Logró que adelantaran el proceso—informó —. Es lo que le diremos hoy.

—Eso es bueno, ¿no? —ella asintió, frunciendo los labios—. ¿Entonces por qué estás preocupada?

—Mayha no está preparada —dijo de golpe, sin mirar a la mujer que no apartaba los ojos de ella. Tomó un sorbo de café—. Temo que se descompense.

Estefanía imaginaba lo que ella pensaba; sabía que en su cabeza había una revolución de emociones. Con cuidado le quitó la taza y la dejó junto a la de ella, luego se acurrucó en su pecho. Casi al instante sintió sus brazos rodearla.

—Xime —habló tras algunos segundos—, sé que nos ves débiles…

—No las veo así —replicó—. No son débiles.

—No lo somos, bebé. La menor de nosotras ya cumplió treinta y dos años. Es evidente que no lo somos, pero tienes que creer un poco más en la fuerza de Mayha —Estefanía se irguió hasta quedar frente a ella, le tomó la cara entre las manos y limpió con un dedo una solitaria lágrima que descendía por la mejilla—. Sé que sientes preocupación, por eso es nuestro momento de apoyarla, de darle ánimos —Ximena sollozó fuerte antes de soltar el peso de su pena en lágrimas. La periodista le acunó el rostro—. Ya, no llores —suplicó con el corazón en vilo.

—Tengo miedo, Estefi —confesó.

—Lo sé —dijo mirándola a los ojos—. Mi niña de hierro muere de miedo, pero todo va a

estar bien. May saldrá de esto y quedará como un mal momento. Y nosotras estaremos en cada paso. ¿De acuerdo?

—Amor, desde el punto de vista médico, su tipo de cáncer es complicado —explicó. Se estrujó la cara—. Tengo fe en la medicina, confío en su estado físico porque es importante mantener un cuerpo saludable y ágil en los procesos para una buena recuperación. Eso no me preocupa, Mayha tiene todo. Pero… —fue incapaz de continuar.

—¿Pero? —insistió Estefanía ante su silencio.

—Temo que no tome los efectos del tratamiento a bien. Mayha es demasiado presumida —explicó.

—¡Xime!

—Hablo en serio —dijo, irguiéndose—. En estos procesos es importante mantener una actitud optimista. ¡Hay que querer salir de la enfermedad! Hay que desear que todo lo que no nos pertenece salga de nuestro cuerpo.

Ahora fue la periodista quien recostó la cabeza del respaldo. Lo que su novia explicaba tenía lógica; no quería aceptarlo, pero la realidad era que su amiga era la mujer más presumida que conocía. Quedarse sin cabello, perder el brillo de su piel y que tal vez le aparecieran manchas, la descompensarían.

—Mira, amor —habló la doctora con un hilo de voz tomándole las manos—, he visto casos donde el paciente no quiere combatir, cree que todo está perdido y no lucha. He visto personas que se apagan igual que una vela. Otros, por el contrario, desean salir de la enfermedad, quieren vivir, sonríen, viven, a pesar de lo que arrastran —ella detuvo su explicación y cerró los ojos—. Ese es mi temor con Mayha, que no desee luchar. Tras suspirar profundo, sintiendo que lo peor del proceso se acercaba, metió los brazos por detrás de la espalda de su novia y se aferró a su cuerpo. Estaba agotada mentalmente.

Estefanía acarició su espalda, besó su frente y la animó a descansar sobre su pecho.

***

Cerca de las seis de la tarde, Karen les abrió la puerta en cuanto oyó el Jeep de Estefanía estacionarse afuera; solía reconocerlo. Con una sonrisa traviesa recibió a la pareja que entró tomadas de las manos.

Karen fijó la mirada en las manos entrelazadas mientras alzaba las cejas, viendo lo obvio.

—¿Cómo está? —le preguntó Ximena.

—Hoy no es su mejor día —respondió la pediatra haciendo una mueca—, pero entren, les alegrará verlas.

—¿Le dijiste? —quiso saber también. Ella habló en voz baja.

Karen negó con la cabeza.

—Las esperaba.

La mano de Ximena apretó con fuerza la de su novia que, al sentirla, acarició su brazo. Las tres amigas llegaron a la terraza donde vieron a Mayha sentada en un mueble, mirando al mar.

—¡Preciosura! —la saludó Estefanía al instante.

Todas vieron con emoción como la sonrisa de su amiga iluminó el espacio; sonrisa que fue convirtiéndose en un gesto de sorpresa al ver a la pareja agarrada de manos. Sorprendida, Mayha desvió la mirada a los tres pares de ojos frente a ella. Lento fue girándose mientras las señalaba.

Las novias bajaron la cabeza, acción que le confirmó lo que ya sospechaba.

—¡¿Es en serio?! —preguntó con una intensa carga de emoción. Ellas asintieron—. ¿Y tú

los sabías? —interrogó a Karen, que negó con la cabeza y manos—. Lo sabías, no me mientas.

—Bueno, tenía una ligera sospecha después de que encontré a la doctora en paños menores esta mañana en el apartamento de Estefi.

Ambas abrieron la boca, sorprendidas.

—¡No estaba en ropas menores! —replicaron a coro.

—Bueno, estar en pijamas es andar en ropas menores —se defendió Karen, yendo hacia uno de los sofás.

Mayha, aún con la sorpresa reflejada en el rostro, se unió a las recién llegadas en un gran abrazo. Era su momento relajado del día. Ese sábado estuvo con dolores de estómago que le ocasionaron vómitos. Ver a su Clan, la reanimó.

—¡Cuéntenmelo todo! —pidió, llevándolas casi a rastras al enorme mueble. Cada una se sentó a los costados y con las manos unidas les contaron todo sobre su recién relación.

—Pero aquí lo más importante es preguntarle a Estefi…

—¡Mayha! —la interrumpió Ximena con un tono de advertencia, sabiendo lo que preguntaría.

Mayha se puso seria.

—Estoy en un proceso difícil, amiga. ¿Podrías, por favor, buscarme un poco de agua? —pidió, frunciendo la boca como niña.

—¡Karen! —reclamó la pelinegra.

—Ya he hecho bastante hoy —arguyó la aludida—. Te toca. Yo también quiero enterarme.

Vencida, Ximena las fulminó con la mirada y se puso en pie. Era evidente que querían que se fuera de la sala. Estefanía la siguió con la vista mientras se dirigía a la cocina; de repente, la vio regresarse y se acercó a ella. Le tomó la barbilla y la besó profundo.

Las otras dos gritaron, llenas de emoción. Después, Ximena regresó a la cocina. Una vez solas, Karen ocupó su lugar y Estefanía se cubrió el rostro.

—Cuenta, ¿es verdad lo que se rumora?

—¿Qué se rumora? —preguntó la periodista con una inocencia que no poseía.

Ellas la vieron morderse los labios.

—¿Es nuestra doc tan excelente amante?

Estefanía se echó hacia atrás en el mueble, cubriéndose el rostro. Mayha, tras luchar con ella, le apartó las manos. Se encontró con sus mejillas sonrojadas.

—Excelente no es la descripción —confesó.

Un movimiento en el pasillo las hizo desviar su atención. Ximena se acercaba sonriendo de medio lado, con el vaso de agua. Estefanía clavó los ojos en ella; las miradas se entrelazaron y cientos de violines llenaron el espacio con sus mágicas notas.

—Mi novia —habló sin pestañear—, es la mejor amante del mundo.

Capítulo 38

—Entonces están juntas —confirmó Mayha con una enorme sonrisa, a la vez que sus enormes y hermosos ojos se paseaban entre una y otra.

Estefanía, asintiendo, apretó su mano antes de dejar un beso en los nudillos de su novia.

—Sí, lo estamos —la voz de Ximena reveló su emoción. Unos meses antes, ella no imaginó que ese momento pudiera hacerse realidad. Y, aunque el grupo estaba ahí reunido para algo que no era tan agradable, el ver la cara de felicidad de su amiga hacía que las otras tres integrantes del Clan respiraran un poco de emoción.

—¿Y… han hablado de cómo manejarán su relación? —preguntó Karen, sentándose en el suelo frente a las otras mujeres, que fruncieron el entrecejo ante su interrogante—. ¿Van a mudarse juntas? Ya saben… —agitó las manos buscando expresarse mejor—, las lesbianas besamos y al día siguiente nos mudamos juntas.

Estefanía y Ximena se miraron; para ellas ese tema no era relevante en ese momento. Fue la periodista quien se encogió de hombros.

—No sé… —respondió—. Me quedaré con ella algunas noches.

—Habrá días que tal vez necesitemos espacio… ¡Qué sé yo! Lo tomaremos al paso —por alguna razón, los ojos verdes se clavaron en Ximena, quien, al notarse observada, devolvió la mirada.

—Es cierto. Es pronto para ese tipo de decisiones —opinó Mayha, que las miraba con atención—. Por cierto, compré un vino que me recomendaron. Dicen que es una delicia. Es un excelente momento para celebrar. Mis chicas se hicieron novias. ¿Lo descorchamos? —ofreció con emoción.

Esta vez, los otros tres pares de ojos se buscaron; el ambiente se hizo espeso. Karen apoyó su cuerpo en los brazos detrás de su espalda. Ximena con disimulo se puso en pie y Estefanía solo se le quedó mirándola fijo.

Ante el repentino silencio, la morena reaccionó.

—De acuerdo, entiendo. No quieren que beba, entonces no lo haré. La verdad es que no me he sentido bien hoy, así que al menos ustedes si lo beben…

—Esperaremos a que termines el tratamiento, Mayha —la interrumpió Estefanía, apretando su mano—. Ese vino será nuestra celebración cuando nos confirmen que estás en remisión.

Mayha se recostó del respaldo del sofá; en segundos su semblante adoptó un gesto cansino, en sus ojos no quedó nada de brillo. Ximena suspiró profundo y buscó la mirada de las otras mujeres. El grupo batallaba con una verdad de la que casi no se hablaba. Rodeó el sofá hasta sentarse donde antes estuvo. Pasó el brazo por detrás de la cabeza de su amiga y la atrajo a su pecho. Después de dejar un cálido beso en sus cabellos, ella le tomó la mano.

—Mayha… —Ximena suspiró fuerte antes de continuar—, Karen logró que el doctor Gallardo adelantara tu proceso —le comunicó.

La morena se separó poco a poco, extrañada por esa información. Ella sabía que ese era el siguiente paso, era algo que tenía presente día y noche. Que la atormentaba porque no es fácil lidiar con lo desconocido y ella sabía que los efectos de las quimioterapias eran fuertes para su cuerpo, pero, a la vez, entendía que era necesario. Entonces, ¿por qué tanto misterio?

—El lunes, en dos días, entrarás a sala de operación —señaló la doctora Ávila.

Mayha se irguió en el sofá, pero no se puso en pie.

—¿Operación? ¿No íbamos con quimioterapias primero? —ella descansó los brazos sobre las rodillas y entrelazó los dedos de sus manos.

Las tres mujeres sintieron que les ardían los ojos. Aquella información era esperada, pero, también, era un golpe de realidad que Mayha trataba de que no se materializara. Para ella aquello era lo peor que le podía pasar. Sin embargo, necesitaba estar fuerte si quería sobrevivir. Su lucha entre la razón y la mente acababa de desvanecerse.

—¿Por qué tan deprisa? —preguntó con la voz en un hilo.

—Has esperado mucho. Esperamos demasiado, May —se corrigió Karen—. Lo más seguro es eliminar el tumor de tu cuerpo —explicó también con un hilo de voz. Cada día se maldecía por no ser fuerte, por no obligarla a comenzar el tratamiento mucho antes.

—¿Ha empeorado? —la voz de Mayha se oyó temblorosa.

—No. El tumor no se ha expandido, estás en etapa I —explicó Karen con firmeza—. Por eso necesitamos que apruebes este proceso. Si continuamos posponiéndolo, los riesgos aumentan cada minuto. Gallardo hizo esto, te dio prioridad porque nos conoce a Xime y a mí —un gemido salió de la garganta de la morena—. Las tres te acompañaremos. No estarás sola, May.

Las tres fueron levantando la vista según la morena se ponía en pie. Mayha caminó hacia la terraza en silencio. Karen y Ximena tuvieron la intención seguirla, pero Estefanía las detuvo con un solo movimiento de mano.

—Démosle espacio —les pidió. Aun así, la pediatra caminó hacia el pasillo sin perderla de vista; se cruzó de brazos.

Ximena se abrazó a su novia.

La morena se mantuvo mirando el mar, a la infinidad del horizonte. Le ardían los ojos, sin embargo, necesitaba ser fuerte. Agradecía la presencia de esas mujeres en su vida, y esperaba que Dios, o el universo, le permitiera vivir mucho, eliminar de su cuerpo aquello que tanto daño le estaba causando. No obstante…, no había seguridad de que saliera airosa. Ella investigó hasta el cansancio; conocía las probabilidades de que el cáncer desapareciera de su cuerpo. Era bastante probable, pero las secuelas físicas la aterraban. Ella tenía treinta y cuatro años; solo treinta y cuatro.

Un gemido salió del pecho de Mayha; un gemido que la hizo romperse en lágrimas. La impotencia, el miedo a un futuro incierto ante una enfermedad rondaron a su alrededor por demasiados días. La calidez de los largos brazos de Ximena la acogieron por la espalda, impidiendo una caída; a ellos se unieron cuatro brazos más, que la acunaron y acompañaron.

La noche fue larga; como tantos sábados, cuando las amigas se reunían para platicar, beber algún trago y pasar agradables momentos. Esta vez también estaban unidas, pero por un motivo que no las hacía reír, ni bromear. Ni siquiera hablaban de temas triviales; no, las cuatro solo permanecían en silencio. Ellas unieron dos tumbonas, así que yacían acostadas en pareja en la terraza, frente al mar.

Mayha, un poco más calmada, por fin accedió a platicar sobre el proceso al que se enfrentaría. Las doctoras respondiendo a sus dudas, esas que rondaban una y otra vez su cabeza. La opción que su médico le ofreció desde el inicio de su consulta fue comenzar con quimioterapias, con el fin de disminuir el tumor sin dejar secuelas físicas. Aunque lo ideal, según Ximena, era extirpar de una vez. Dos días antes del inicio de ese proceso, todavía ella tenía dudas. Al final, después de hablarlo hasta el cansancio, ellas decidieron por su amiga. Mayha tenía la última palabra, pero ninguna descansaría hasta que aceptara la operación.

Era cierto, el tumor de Mayha aún era un adenocarcinoma; no se había extendido a otros

órganos y eso era bueno. Sin embargo, el miedo a elegir un camino incorrecto aterraba a las doctoras. Porque no es lo mismo tener conocimientos médicos que ayudan a otros; no, no es lo mismo cuando se trata de un ser amado. Ellas tenían dudas, muchas dudas. No obstante, la capacidad de las doctoras las dirigió a buscar una tercera opinión.

Fueron con un especialista, con un experto en el tema que, obviamente, no tenía lazos emocionales con la paciente. Y él se inclinó por operar, por extirpar el tumor que habitaba en el cuerpo de su amiga. La paciente era joven, las marcas en su piel desaparecerían con un proceso estético; con eso no había mayor problema, aunque, en ese instante, a ninguna le interesaba ese futuro, solo querían ver a Mayha sana, por completo libre de cáncer.

Al final de la noche, Mayha pidió quedarse sola. Todas insistieron en dormir ahí para acompañarla, a fin de cuentas, era domingo. Pero ella les aseguró que estaba bien; ya había llorado suficiente y necesitaba descansar.

—Está bien, May —dijo Ximena, tomando sus manos—, aun así, no importa la hora. Si nos necesitas, llámanos. ¿De acuerdo?

Mayha asintió mirándola a los ojos y apretó su mano. Al cabo de unos minutos, las tres salieron de la residencia en silencio. Estefanía sintió que los dedos de su novia apretaron los suyos con fuerza, casi lastimándolos. Y Karen, quien por lo usual solía mostrarse impasible, dejó salir un sollozo; uno que desde temprano amenazaba con escapar de su pecho.

—No se ha muerto nadie —dijo Estefanía, llamando la atención de las mujeres cuando estaban al lado de sus vehículos—. Esta es una prueba y créanme, estoy tan destrozada como ustedes, pero no podemos bajar la guardia. Ella nos necesita —señaló hacia la casa de su amiga — y nos precisamos fuertes entre nosotras.

Karen le extendió su mano después de secar sus mejillas. Intentaron sonreír, aceptando que Estefanía tenía razón. Valía sentirse decaído, pero no debían dejar que el dolor las avasallase.

No en ese momento.

Capítulo 39

La sala de espera de un hospital no es un lugar cálido, por más seres amados que estén a tu lado. No resulta agradable, ni siquiera ante la alegría de esperar un nacimiento.

Los padres de Mayha estaban desconsolados; ella les avisó del proceso justo el día anterior, y no por decisión propia. Entre los consejos que recibió de sus amigas también hubo presión para que lo hiciera. No era justo mantenerlos desinformados en un momento tan crucial.

Ximena, a pesar de ser una cardióloga tan reconocida, una mujer, hasta ese instante, de apariencia fuerte, era quien mantenía a las demás en una constante ansiedad. Caminaba de un lado a otro mordiéndose las uñas. La noche la pasó en vela; al menos encontró algo de sosiego en los brazos de su novia.

—Xime, amor, todo saldrá bien, lo sabes —le dijo Estefanía en un susurro al percatarse de que se le humedecían las mejillas. Los sollozos de su mujer hicieron que su pecho se agitara. Ella también estaba preocupada. ¿Cómo no estarlo?

Por primera vez Ximena no dijo nada, se limitó a acurrucarse en su pecho y dejarse consolar. Era la primera vez en su vida que tenía miedo; Estefanía lo sabía, por eso no dejaba de aferrarla contra su pecho. La calidez y la seguridad de sus abrazos la hicieron por fin descansar.

—Doctoras, la tumorectomía salió como esperábamos.

Ellas esperaban con ansias esa noticia del especialista. Las tres amigas, que se mantenían con las manos entrelazadas, suspiraron al escuchar la seguridad con que el médico habló.

—Pueden estar tranquilas —anunció el especialista—. Removimos el tumor, se limpió el área en su totalidad. No creo que haya posibilidad de que se propague. Sin embargo, es necesario que Mayha siga al pie de la letra los tratamientos y revisiones médicas, por lo que es importante que acuda a todas sus citas médicas de seguimiento. El cáncer es una enfermedad impredecible.

Ellas asintieron.

—De eso no se preocupe nos encaremos de que no falle ni a una sola cita —dijo Ximena.

—Doctor… —la voz de Karen se escuchó insegura—, con relación a las cicatrices…

—En cuanto cicatrice por completo —la interrumpió el especialista— debe venir a evaluación. Dependerá entonces de como esté el área afectada si se puede proceder con una cirugía. Ella es joven, no hay que apresurarse. En estos casos, lo imprescindible es que una vez que ella se recupere, mantenga una salud emocional estable. Esa, para mí, es la prioridad y debe serlo para Mayha —dijo con firmeza.

Las tres mujeres asintieron. El doctor se despidió tras informarles que la paciente tardaría algunas horas en despertar de la anestesia, por lo que les recomendó descansar y regresar al hospital más tarde. Y así lo hicieron; pidieron comida para llevar y cenaron en el apartamento de Karen, que era el más cercano al hospital. Ninguna durmió, aunque sí estuvieron descansando en los cómodos sofás.

Tres horas después ya estaban de vuelta en el hospital. Sus posiciones como médicos les permitía el beneficio de aguardar dentro de la habitación de recuperación. Las doctoras verificaban continuamente la temperatura corporal de la paciente, sus latidos y su presión. Estefanía las observaba desde un sillón de descanso, ubicado a un costado de la habitación; ella sonreía de medio lado sin emitir comentario alguno porque su novia y amiga, a pesar de ser médicos, se comportaban con mucha inseguridad o tal vez algo de temor. Esa era la desventaja de conocer los riesgos de intervenciones como esa.

Cuando al fin se oyó un quejido en la habitación, las tres se apresuraron a acercarse a la camilla. Mayha poco a poco fue abriendo los ojos. Levantó la mano donde tenía la vía y se miró ahí, luego buscó a su alrededor. Se encontró con sus chicas. En sus labios se dibujó una sonrisa al reconocerlas.

—Hola —dijo con voz rasposa y débil.

—Hola preciosa —respondió Ximena con dulzura. De inmediato se acercó; tras besar su frente, le abrió los parpados. Con un oftalmoscopio verificó la reacción de sus pupilas.

Cuando Mayha intentó hablar, Estefanía le apretó la mano.

—Tranquila, acabas de despertar. Hazlo poco a poco —le aconsejó con ternura.

Ximena terminó de examinarle las pupilas, sonrió y miró a Karen, asintiendo. En apariencia, todo estaba bien. A continuación, ella acarició la cabeza de la paciente. La emoción por verla despierta se hizo sentir en su pecho que rebosaba de ansiedad.

—Están aquí —a pesar de su debilidad, un halo de alegría se notó en la voz de Mayha, mientras paseaba la mirada entre las tres mujeres. El contacto entre las amigas fue inminente; una la tocó en las piernas y las otras dos, le tomaron las manos.

El doctor de Mayha se presentó en la habitación en los siguientes diez minutos; después de auscultarla y comprobar sus signos vitales, mostró una amplia sonrisa y buen ánimo, lo que les confirmó a las amigas que el proceso de recuperación había iniciado con éxito. La paciente se mantenía alerta y sus molestias eran mínimas.

La paciente no habló mucho, ellas no se lo permitieron. El color en sus mejillas iba apareciendo a medida que las horas transcurrían, lo que les aseguraba a las amigas que pronto Mayha estaría en pie de lucha y podrían celebrar y abrir la botella de vino que quedó guardada en su casa.

Ellas estuvieron un rato más acompañando a Mayha; una vez que sus padres entraron a la habitación, se despidieron para irse a descansar.

Capítulo 40

Estefanía se removió en su cama al sentir la aspereza de una lengua caliente y húmeda lamiéndole los tobillos. Eso, unido a las caricias en sus piernas, logró que un cosquilleo en todo su cuerpo, sobre todo en su intimidad, la despertara sobresaltada. Era una mezcla de sensaciones entre dulces y dolorosas. Un estremecimiento difícil de controlar que la hizo gemir.

Ella supo de inmediato lo que estaba sucediendo debajo de sus sábanas; y no solo por ver el bulto que se movía a los pies de la cama, sino porque los maravillosos lametazos se intercalaban con dulces mordidas a medida que Ximena escalaba por sus piernas.

Por instinto, ella abrió las piernas y levantó las caderas en busca de calma a la necesidad que palpitaba en su vientre. Su mujer la torturaba de una manera deliciosamente agradable; el calor en el centro de su cuerpo se convirtió en lava ardiendo a medida que las manos expertas de Ximena acariciaban y estrujaban el interior de sus muslos, rozando el borde de su ropa interior, luego pasó la punta de los dedos cerca de su vulva.

Ximena fue ascendiendo por su cuerpo siguiendo la carrera de besos que depositaba en su piel. Estefanía hundió la cabeza en la almohada porque el deseo por culminar aquello que la hacía agonizar, la enloquecía.

—Xime —gimió.

El tono desesperado animó a Ximena a retrasar su llegada. Las caricias se volvieron más lentas, más cercanas a su sexo sin llegar ahí; los mordiscos se convirtieron en suaves y dolorosas caricias con los labios.

—Ximena, por favor —rogó en medio de la nubla. Estefanía sintió que la boca de su mujer se torció con una sonrisa sobre su piel. Ximena disfrutaba aquello mientras ella agonizaba debajo de su cuerpo.

Ximena amplió su sonrisa cuando la mujer que amaba metió las manos por debajo de las sábanas y las apartó, permitiéndose ver el negro cabello desparramado entre sus piernas, agarró su cabeza, instándola a atender su apremiante necesidad.

La doctora amándola como si con ello se le fuera la vida, la tomó por las caderas tirando de ella hasta clavarse en su interior.

El gemido fue intenso, lánguido. Con los ojos cerrados con fuerza, Estefanía se aferró a los bordes del colchón y levantó las caderas, suplicando por más, entregándose por completo. Su cuerpo se convirtió en una marejada de furiosas olas, alcanzando lo más alto para luego caer en picada contra la boca y la lengua que la poseía con hambre, con una lujuria voraz.

El orgasmo fue devastador. Las lágrimas en los ojos de Estefanía, la marca de las uñas clavadas en la palma de la mano, eran la evidencia de que su cuerpo alcanzó el pico máximo de excitación que ella, a sus treinta y cinco años, alcanzó nunca.

—Te amo —fue lo único que Estefanía alcanzó a decir antes de abrazar a Ximena, que ya estaba cerca de su rostro.

Ella apoyó los codos a los costados de la almohada y la miró con los ojos dilatados y el deseo aun brillando en su mirada. La besó dejando rastros de su propia pasión en la boca. Ximena tiró de su labio inferior, lo chupó y jugó con su lengua, que era para ella el más delicioso manjar.

Entonces las manos de Estefanía recorrieron la espalda desnuda de la doctora; su vista se clavó en los ojos oscuros que la miraban con devoción. ¿Cómo tardó tanto tiempo en darse

cuenta de que su todo estaba justo frente a ella? La vio fruncir el entrecejo. Ximena buscó respuestas a la mirada verde, indescifrable, dilatada, hermosa.

—Buenos días —saludó Estefanía con una sonrisa. Ximena acarició su nariz con un dedo sin apartar la mirada—. ¿Estás bien?

—Buenos días, amor —la doctora besó su nariz—. No, no estoy bien —respondió casi en un susurro. La otra mujer frunció el entrecejo—. De hecho, estoy bastante débil.

Con solo movimiento, Ximena se acomodó a su lado, llevándola con ella hasta hacerla descansar sobre su cuerpo. Estefanía acomodó la cabeza en su cuello, aspirando el aroma que destilaba su piel, tratando de controlar su respiración.

—Descansa. Lo último que quiero es que te debilites —dijo con una sonrisa en los labios.

—¡Idiota! Tengo suerte de contar con una cardióloga en mi cama. Despertar así cada mañana puede ocasionarme infartos.

Ella rio y la abrazó, pero, de repente, se puso seria.

—Estefi, cuando desperté… —carraspeó adoptando un tono de voz trémulo—. Verás… Después de una larga noche, suelo quedarme quieta en la cama una vez que despierto —explicó —. No debe extrañarte que no diga nada, que me mantenga en silencio

—Lo sé. He dormido a tu lado por muchos años, Xime —le recordó.

La pelinegra asintió y besó su frente.

—Son en esos momentos cuando comienzo a analizar lo que haya pasado durante el día anterior, incluso, durante la semana —hizo una pausa para llenar los pulmones de aire. Lo que estaba por decir le aceleraba el corazón a mil—. Estos días han sido intensos para mí —reveló—. De hecho, desde que te confesé que te amaba.

Estefanía comenzó a preocuparse por el tono de sus palabras; se irguió hasta apoyarse en un codo, quería ver cada gesto de su mujer porque parecía que era algo serio lo que iba a expresar. Ximena desvió los ojos hasta encontrase con ella. Con delicadeza apartó sus cabellos y luego regresó la mirada al techo.

—Esta mañana abrí los ojos y solo pensé en lo afortunada que soy de que seas tú quien amanezcas a mi lado. No como la amiga que sueles ser, sino como mi amante. Como la persona que escogí para caminar a mi lado. Para compartir mi vida.

Ambas se acomodaron una frente a la otra en la cama. Ximena le tomó las manos; dejó una cadena de besos en sus dedos. Después se llevó sus manos al pecho, tomándose su tiempo para confesar lo que su corazón anhelaba expresar.

—Estefi —habló con solemnidad—, te amo. De verdad te amo como jamás podré amar a nadie más. Como se ve en las series, en las novelas —acarició su barbilla—. Mientras dormías me deleité mirando tu perfil, tus pestañas, tus labios tan apetecibles. Podría vivir besándolos… —declaró con la mirada clavada en su boca— y me reía. Sola, como una demente, porque comprendí que te amo y no encuentro imperfecciones en ti —negó con la cabeza y sonrió—. Te veía en un sueño profundo y mi corazón se hacía demasiado grande, tan enorme, que temí que explotara en mi pecho.

Estefanía se irguió hasta colocarse sobre su pecho; su corazón latía fuerte y los deseos de llorar se hacían cada vez más insoportables.

—A veces, cuando escuchaba historias de amor entre compañeros —explicó—, en las películas esas cursis que tú y Karen suelen ver —ella rio—, me preguntaba de dónde salían esas historias. Cómo es que alguien siente que puede hacer todo por esa otra persona. Cómo es posible que haya gente que enloquezca en nombre del amor. Pero, ahora, debo admitir que todo

eso es posible, porque lo estoy viviendo en carne propia. Porque necesito que seas esa persona con la cual camine en mi vida, por lo que me resta de ella. Porque eres mi amiga, quien sabe todo sobre mí. Y, aunque sé que no todo es perfecto, creo que juntas podremos perfeccionarlo. Porque lo sé todo sobre ti y todo me gusta.

Ximena parpadeó y el silencio inundó la habitación como si una descabellada idea tomara forma en su mente.

Los ojos de ambas se encontraron en medio del silencio. Ximena se sentó en el colchón y tiró de la ojiverde hasta quedar ambas frente a frente. En silencio, acunó su cara.

—¿Es demasiado pronto para pedirte que nos casemos? —susurró.

Capítulo 41

Cuando recibimos una noticia tan inesperada, por lo usual, nos quedamos perplejos, sin palabras. Eso fue lo que le ocurrió a Estefanía; aunque las palabras que acababa de escuchar no eran una noticia, sino una petición. Ella no solía quedarse en silencio, pocas cosas la dejaban sin respuestas. De todas las posibilidades que imaginó una vez que comenzó la relación con su amiga, la última que consideró fue que ella le pidiera matrimonio; mucho menos que lo hiciera en menos de una semana de relación, tal vez eran cuatro días.

Así que, tras parpadear con incredulidad, Ximena la vio fruncir su ceño. En su rostro, Estefanía no reflejó molestia, ni duda, pero tampoco era una expresión que la doctora pudiera leer, ni interpretar.

Los ojos verdes se clavaron en los oscuros, se desviaron hasta su boca. Estefanía le acarició los hombros y bajó la cabeza para recomponerse de la impresión. Tras tragar el nudo en su garganta, al fin habló.

—¿Casarnos?

Ximena levantó la barbilla al escucharla; ella no esperaba una respuesta contundente, no. Pero esos microsegundos de duda en Estefanía hicieron que sintiera una leve hincada en su pecho.

Con la tensión latente en el cuerpo, y viendo como el semblante de su novia se transformó, Estefanía pasó un dedo por su barbilla y, sin apartar la mirada, sonrió de medio lado.

—Ni sueñes que voy a rechazar tu propuesta —dijo con un asomo de diversión y luego cubrió su mano. Ximena se relajó al escucharla—. Solo creo que es algo precipitado.

—Lo es —aceptó la doctora. Apartó la mano que cubría la suya y la besó—. Pero tarde o temprano te lo pediré. ¿Por qué esperar?

Estefanía solo pudo sonreír a su lógica. Estaba enamorada; locamente enamorada, así que no iba a rebatir ni una de sus palabras.

Sonriendo, se recostaron del respaldo de la cama. Ximena la acunó en su pecho. Actuaban tan complementadas que parecían pareja de años, quizá el hecho de que se conocían tan bien, lograba tal química. Se mantuvieron en silencio, acariciándose y jugando con las manos; analizando la propuesta en su interior.

Para Ximena aquella petición no fue planificada, ella solo lo sintió y lo expresó, como cada cosa que hacía; no era de darle muchas vueltas a las situaciones. Lo único que pensó y reconsideró en su vida fue confesarse con Estefanía y fue por el miedo atroz que tenía de perderla.

El sonido del celular de Estefanía las hizo reaccionar. Con cuidado, sin prisa y sin soltar la mano de su novia, ella se estiró hasta alcanzar el equipo sobre la mesa de noche.

—¡Estefi!

—Hola Karen.

—¿Estás con Xime?

—Mjm.

—Mayha despertó y quiere verlas —anuncio su amiga con emoción.

—Enseguida estamos allá —dijo y colgó. Ella se giró con una gran sonrisa en el rostro. Ximena, que ya sabía la razón, alzó las cejas—. Despertó y quiere vernos.

***

Las dos entraron a la habitación sin siquiera preguntar si se podía. Encontraron a Mayha comiendo un puré que le daba en la boca su madre; por supuesto, Karen se hallaba parada a los pies de la camilla. La sonrisa del dúo al irrumpir en la habitación fue enorme al ver a la morena alerta. Ella también sonrió, aunque con un poco de debilidad.

Ximena se acercó a la camilla, levantó la sábana y examinó sus piernas, sus brazos hasta reparar en el vendaje en su pecho. Después de constatar que estaba bien, acunó su rostro y besó su frente. Fue entonces cuando la abrazó y dejó salir los sollozos que contuvo desde que ella entró a sala de operaciones el día anterior.

—Eres tan exagerada —susurró Mayha con media sonrisa.

—Hoy no será, pero hablaremos muy seriamente —le advirtió Ximena—. Jamás vuelvas a ocultarme algo. No tienes derecho a hacerlo. No lo tienes —dijo sin apartar los labios de su frente.

Mayha levantó el brazo en el que no tenía la vía y la abrazó. Karen y Estefanía, que miraban la escena, se secaron las lágrimas de emoción. Ver a la fuerte Ximena tan frágil añadía un poco de conmoción a lo vivido en los últimos días.

—Te quiero, amiga. Aunque mueras por regañarme.

Ximena se separó y le sostuvo su cara entra las manos. Ella notó que a pesar de la resequedad en los labios y las ojeras debajo de sus preciosos ojos, Mayha lucía hermosa. No había manera de que su belleza se viera opacada por la enfermedad.

—Yo también te quiero. Estarás bien, recuperada por completo —le dijo con dulzura.

Mayha asintió y le besó la mano. Luego extendió los brazos hacia la periodista, que observaba la escena llena de emoción.

—¿Me vas a saludar? —Estefanía se acercó y, con mucho cuidado, la abrazó—. Quiero saber si soñé que ustedes estaban juntas o si es verdad.

—¿Cómo que lo soñaste? —dijeron a coro, extrañadas.

—Bueno, sé de personas que imaginan cosas, gente que tras una intervención tienen alucinaciones —alegó.

Las dos negaron con la cabeza; Ximena abrazó a su mujer por la espalda y le besó la nuca, mostrando lo obvio.

Mayha rio complacida.

—No, no lo soñé —confirmó, mirando a su madre.

—De hecho, nos vamos a casar —anunció Estefanía, dejando a todos perplejos y logrando que su novia se paralizara.

Capítulo 42

Lentamente, Ximena giró a su mujer entre sus brazos hasta quedar de frente, con la vista fija en sus ojos. Estefanía sonrió al ver la mirada cristalina y el rostro conmocionado de su novia.

—¿Me estás diciendo que sí? ¿Qué aceptas a casarte conmigo? —le preguntó Ximena con las emociones a flor de piel.

Estefanía asintió, tomándole la cara entre las manos, feliz, pero con el corazón afligido al ver su expresión de sorpresa e incredulidad. La habitación quedó desierta para ellas; todo desapareció a su alrededor. Ni siquiera la presencia de las demás mujeres existía para las dos, que no apartaban los ojos de la otra.

Ximena tomó la mano de su mujer y cerrando los ojos, la besó. Todo fue tan apresurado que ahora parecía irreal. Se abrazaron fuerte, muy fuerte, ambas con lágrimas en los ojos. La emoción era palpable.

Las expresiones de alegría de sus amigas lograron que al fin se separaran.

—¿Cómo se les ocurre hacer esa escena aquí? ¡Estoy convaleciente, chicas! —reclamó Mayha con un hilo de voz debido a la emoción.

Karen no pudo, sino acercarse a la pareja y unirse al abrazo.

—¡Felicidades, chicas! Desde que supe que estaban juntas, no me imagino a una sin la otra —declaró con una enorme sonrisa.

Mayha extendió una mano y las tres amigas se acercaron a la camilla. Ella unió las manos de las mujeres y las besó.

—Me alegra mucho que se tengan la una a la otra. Si me lo hubiesen preguntado hace dos meses, mi respuesta habría sido que era una locura —dijo, mirándolas—. Que Ximena sentara cabeza era irreal para mí y que Estefanía, con lo seria que es y con lo que la conoce, que la hubiese aceptado, era impensable —la pelinegra golpeó suave su hombro, haciéndolas reír a todas—, pero sé cuánto la amas, amiga. Sé cuánto se aman y apuesto a ustedes.

—Y eso que no crees en el matrimonio —dijo Ximena.

—No —confirmó Mayha—. Y conocen las razones —todas bajaron la cabeza. Años atrás, Mayha planeó su boda con Liza, pero una vez que comenzaron los preparativos, la relación se evaporó. Por eso la palabra “matrimonio” le causaba zozobra—. Simplemente, confío en su amor —añadió. Un movimiento en un rincón de la habitación captó su atención. Su mirada se encontró con la de su madre—. Mamá… —se dirigió a la mujer que le dio la vida, que desde el pie de la camilla observaba la escena—, tal vez todo esto es extraño para ti.

Su madre le asintió.

—Lo es —afirmó—. Para mí ustedes son como hermanas —confesó mirando a cada una.

—¡No! —exclamó Ximena.

—¡No, no, doña Isabella! No lo somos —aclaró Karen de inmediato.

—Lo sé, hija. Lo que sucede es que llevo tantos años viéndolas juntas que para mí se convirtieron en hermanas. Y que ahora Xime haya asentado cabeza… con Estefanía… Pues me resulta raro.

Todas rieron por la sinceridad con que la madre de Mayha lo dijo. Estefanía se le acercó por la espalda y la abrazó con cariño.

—Debo llevarle la contraria, Isabella. Nos amamos mucho, las cuatro. Solo que ahora, y por cosas que no podemos entender, el amor entre Xime y yo se transformó.

Isabella asintió.

—Tranquila, hija. Así como entendí y acepté que las cuatro tenían preferencia hacia su mismo sexo, de la misma manera me acostumbraré a verlas como pareja —explicó y extendió la mano hacia la doctora Ávila.

Ximena se unió a su mujer para recibir la bendición de Isabella.

El repentino timbre de un celular llamó la atención de las mujeres; era un timbre personalizado, ninguna lo reconocía. Fue Karen quien corrió hacia su bolso y respondió la llamada. El resto de ellas notaron un asomo de sonrisa en sus labios, luego la vieron salir al pasillo. Las tres amigas fruncieron el ceño por la extraña reacción, pero continuaron con la conversación que tenían antes de la interrupción.

***

Cinco días después de la intervención de Mayha, al fin estaba de alta. Fue Karen quien pasó a recogerla para llevarla a su hogar.

Con el paso de los días, Mayha fue recuperándose gracias a su empeño por salir adelante y a los cuidados de sus amigas, que se turnaron para cuidarla en las noches. Durante el día, y mientras ellas trabajaban, eran sus padres quienes se hacían cargo de su cuidado.

Un día martes, a media mañana, el timbre de la puerta sonó. Mayha se hallaba sentada en la terraza, leyendo. Ella oyó el timbre; y también a su madre ir a abrir. Poco después oyó una voz conocida que le congeló la sangre.

Con el corazón a mil, Mayha se irguió y cerró el libro que leía. Por algunos segundos, que le parecieron siglos, hubo silencio. De repente, las pisadas a su espalda la prepararon para la impresión que recibiría.

—Mayha, hija, aquí esta Liza —anunció su madre.

La sola mención de ese nombre provocó un fuerte estremecimiento en Mayha. Cerró los ojos no solo por la avalancha de emociones que la inundó, sino también porque sintió una leve punzada en la herida que tenía en el pecho. Ella se tomó unos segundos para buscar calma, para permitir que las emociones cesaran.

Mayha suspiró profundo antes de girarse para encontrarse con la única mujer que había amado con todas sus fuerzas. Liza era de piel pálida y ojos rasgados; en ese momento vestía un elegante traje masculino.

Liza la miraba con una inmensa ternura, pero también con el temor al rechazo reflejado en sus ojos. Para Mayha la separación entre ellas fue innecesaria, igual que las lágrimas que ambas derramaron; porque no hubo un engaño, ni falta de amor.

Liza ocupaba un escaño político importante y como solía suceder en ese medio, ser lesbiana no era bien visto. Mayha no toleró mantenerse oculta, ni participar en las actividades de la posición que Liza ocupaba solo como alguien de su equipo de trabajo. No pudo guardar las apariencias cuando, en muchas ocasiones, debieron dormir en habitaciones separadas por temor a que la oposición política la dañara. Y peor aún, no soportó que su novia no rechazara en público los rumores de un pretendiente masculino.

—No quiero seguir así, Liza. Te amo, pero esto no es vida —le dijo Mayha en aquella ocasión ahogada en llanto en el momento más crucial de su carrera política.

Liza lo tomó como una falta de apoyo y el orgullo hizo de las suyas al aceptar romper una relación de años, sin buscar una solución a la situación que las afectaba a ambas. Tras la impresión de aquella conversación, la política lo aceptó sin más. Sin intentar salvarlo, sin ni

siquiera ofrecer un tiempo. Ella simplemente lo aceptó y eso laceró un poco más el corazón de Mayha, que entendió, con esa actitud, que había tomado la decisión correcta. Dejarla ir.

—Liza… —pronunció el nombre con un hilo de voz y el corazón latiéndole veloz.

La mujer dio algunos pasos y le sonrió al llegar a su lado. No se atrevía a tocarla, ni abrazarla, aunque moría un poco por hacerlo.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó en voz baja, como si le susurrara un secreto.

Mayha parpadeó, como si quisiera comprobar que lo que sucedía era real. Tragó saliva antes de poder hablar.

—Estoy bien —respondió—. Pero ¿qué haces aquí?

La mujer de cabello negro y rasgos orientales le tomó la mano y se la estrechó sin apartar la mirada. Mayha la vio levantar la cabeza buscando un poco de aire; ella soltó su mano para limpiar una lágrima que descendió por su mejilla.

Liza se agachó hasta quedar cerca de Mayha, que notó como tragó sin poder emitir palabras. Ella le acarició la cabeza con ternura, porque la tentación de tocarla era más fuerte que su dolor.

—Cuando supe lo que te había pasado quise morirme, May —dijo Liza con voz trémula—. Llegaron tantos recuerdos a mi memoria y… Dios mío, Mayha, te extraño tanto. Si te hubiese pasado algo… —parecía que pronunciar cada palabra le producía dolor—. Dios, Mayha —jadeó, ya rota en llanto.

Para la morena fue como si su tarde tomara color. Sintió como su pecho se agrandaba para recibirla de nuevo, aun sin haber dicho una sola palabra. Durante esos años de separación, ella siguió desde lejos su carrera; vio cómo salió airosa en la contienda política. Fue testigo de cómo trabajó incansablemente por los derechos de su comunidad. Pero también notó que a ella nunca se le conoció a nadie en el aspecto romántico.

Era cierto, ellas no volvieron a encontrarse hasta ese momento y, por alguna extraña razón, Mayha no sentía dolor al tenerla enfrente. Su único deseo era acunarla en su pecho e intentar calmar su llanto.

—Liza —susurró su nombre.

—¡Perdóname Mayha! —pidió sin levantar la cabeza—. Déjame volver a tu lado. Permíteme cuidarte, por favor.

Mayha le levantó la barbilla. Verla tan afectada le aprisionó el pecho. Supo entonces que jamás la había olvidado. Y aunque lloró a mares durante su ruptura, nunca la juzgó. A pesar de que le dolió mucho su decisión, ella la entendió.

Así es el amor. El verdadero. El que deja ir y da espacio para crecer y acoge cuando se regresa arrepentido.

Capítulo 43

La tarde del martes fue un bálsamo para las emociones de Mayha. Tras compartir varios abrazos y ponerse al día, ella y Liza decidieron con emoción retomar su relación.

Por supuesto, no era que se mudarían de inmediato para vivir juntas; antes, debían sanar las heridas que se causaron y caminar de la mano en busca de una relación saludable, en la que no quedaran rastros de resentimientos.

—Voy a recuperarte, Mayha. Te recuperaré y te cuidaré —repitió Liza en más de una ocasión sin moverse de los pies de la tumbona de mimbre.

Isabella, la madre de Mayha, sonrió desde la sala en cada ocasión que veía la cara de felicidad de su hija. Ella, como madre, tuvo sus dudas cuando vio aparecer a Liza en la puerta; a su memoria llegaron recuerdos de las ocasiones en que vio a su hija pensativa, sin una sonrisa en los labios, con el dolor palpable en su hermosa mirada. Mayha era su única hija, su padre y ella la adoraban.

Cerca de las siete de la noche, Mayha y Liza cenaban en el comedor, cuando el sonido de unas llaves, seguido por la algarabía provocada por las voces de Estefanía, Karen y Ximena, se hicieron oír en la casa.

Mayha advirtió que la mujer a su lado se tensó cuando las escuchó, así que le tomó la mano por encima de la mesa, transmitiéndole apoyo.

Ximena fue quien primero notó la presencia de Liza; frenó sus pasos. Sus ojos de inmediato se desviaron hacia la mesa al notar los dedos entrelazados.

Las risas cesaron cuando las otras dos miembros del Clan llegaron a su lado.

—Buenas noches —Estefanía rompió el mutismo. Con discreción, colocó su mano sobre el brazo de su novia, haciéndola reaccionar, pues advirtió que había dejado de respirar.

—Liza —Karen pronunció el nombre a modo de saludo, caminando despacio hacia Mayha —. ¿Cómo estás? —la saludó con cordialidad, llegando a la altura de su amiga a quien besó en la cabeza sin apartar la mirada.

Ximena y Estefanía la imitaron una vez que reaccionaron tras la primera impresión, también dejaron un beso en la cabeza de su amiga, que estudiaba con detenimiento las reacciones en sus rostros. A sus mentes, y como era normal, llegaron imágenes de Mayha llorando por la ruptura entre ellas.

—Hola, chicas. Me da gusto verlas —respondió la política, con la voz afectada. Ella sabía que ese encuentro sería álgido porque conocía la relación entre las cuatro mujeres. Desde que internalizó que su felicidad era Mayha, se preparó para lo que en ese momento vivía en carne propia; enfrentarse al Clan, a las mujeres que daban la vida por su novia. Ahora estaba resistiendo la mirada de cada una de ellas, las mejores amigas de Mayha, que siempre fueron adorables con ella durante la relación, pero, una vez que rompieron, también desaparecieron de su vida. Nunca hubo un encuentro ni una felicitación por sus logros. Liza jamás lo resintió. Contra el Clan nunca se ganaba.

—¿Cenaron? —les preguntó Mayha, tratando de normalizar el momento.

—No. Pretendíamos hacerlo aquí —respondió Ximena, mostrando las bolsas que llevaba en la mano, luego le sonrió de medio lado.

—Te trajimos tu comida favorita —informó Estefanía.

—Mofongo relleno de pollo en salsa criolla —describió Liza. Por ello recibió una media

sonrisa de Karen y la mirada complacida de Mayha.

Las recién llegadas también sonrieron; asintieron sin dejar de mirarla a los ojos. No sentían coraje con Liza, solo estaban sorprendidas y, obviamente, preocupadas por su amiga. Lo menos que imaginaron era que ella hubiese aparecido de repente y en el momento cuando Mayha más la necesitaba.

—Mamá nos preparó de cenar y se fue —anunció la abogada.

El ambiente estaba tenso; era de esperar. El Clan no supo qué hacer. Las tres permanecían de pie, alrededor del comedor, con las bolsas de comida en las manos. Se miraban entre sí y de vez en cuando le echaron un vistazo a Liza.

—Bueno, entiendo que estás ocupada —dijo Karen, dirigiéndose a Mayha, rompiendo el incómodo momento—. Tienes una visita que tiene prioridad sobre nosotras… —titubeó un poco antes de continuar—. No quiero ser imprudente, pero ¡tengo hambre!

El comentario fue seguido por una expresión de asombro de Estefanía, cuando la vio sacar la comida de las bolsas, retirar la silla y sentarse a la mesa.

—¡Karen! —la reprendió.

—Lo siento Estefi, una vez que cene dejaremos en paz a las tortolitas. Por cierto…

—Karen —la interrumpió ella una vez más, intentando reprenderla otra vez.

—Chicas, no sean tontas —intervino Mayha—. Siéntense y acompáñenos a cenar. ¿De acuerdo? —paseó la mirada entre sus amigas. Ella se sentía algo cohibida por el temor a alguna imprudencia que pudiera lastimar a Liza y también le preocupaba la incomodidad de todas.

Hubo un breve silencio mientras ellas comenzaban a cenar. Liza, que ya estaba preparada para el incómodo momento, se envalentonó para enfrentar la situación, así que pidió la atención de las cuatro.

—Me alegra mucho habernos encontrado todas aquí —todas dejaron los cubiertos y pusieron atención—. Deseo evitar un ambiente tenso con mi presencia. Como se habrán percatado —levantó sus manos entrelazadas—. Mayha y yo deseamos retomar nuestra relación y…

—Liza, no tienes nada de que preocuparte —la interrumpió Ximena—. Estamos bien, solo algo impresionadas. Lo que Mayha haga con su vida nos interesa, claro que sí —reconoció—. No apoyaríamos algo que la dañe, pero tampoco somos capaces de intervenir con sus decisiones —las demás asintieron, incluyendo Mayha—. Sabemos que ella no te olvidó —declaró. Todas notaron el sonrojo en las mejillas de la morena—. Tal vez nuestra reacción es incómoda, y la verdad, después de todo lo que ha pasado, no debe extrañarte.

—Lo sé, Ximena —dijo Liza—. Y entiendo que se sientan descolocadas. A fin de cuenta, son familia de Mayha y sé cómo manejan estas cosas —en la mesa toda la atención estaba puesta en la mujer de rasgos asiáticos, cuya seguridad no era tan palpable en ese instante—. Mayha me contó todo lo que han hecho por ella —continuó— y la verdad es que no me extrañó nada. Ustedes siempre han sido el ejemplo de lo que es apoyo y amor incondicional. Si en mi vida hubiese tenido una sola amiga como ustedes, tal vez no habría cometido tantos errores en mi relación con May —declaró con un halo de tristeza en la voz.

Ellas bajaron la cabeza, evidentemente emocionadas.

—Yo también tuve culpa de nuestra separación —intervino Mayha, levantándole la barbilla — porque no supe esperar. Y tampoco te apoyé. Mis chicas estuvieron allí, pero no tienes por qué preocuparte. Lo único que siempre han deseado es mi felicidad y… si te tengo junto a ellas, todo será más placentero en mi vida.

—¡Ay, por Dios! Dejemos el drama y comamos. Me desmayaré —Karen, que estaba al borde de las lágrimas, quiso poner algo de diversión al momento, que ya se tornaba triste—. Recuerda invitarnos una copa —añadió, dirigiéndose a Liza.

Ella sonrió y le regaló un guiño, agradeciendo la bienvenida.

La noche fue una de las más agradables que habían vivido en mucho tiempo. Después de cenar, el grupo se reunió en la terraza, poniéndose al día. Todas con una copa en la mano del vino que Mayha reservaba para una ocasión especial; aunque ella era la única que no tenía una copa en la mano, aun así, quiso que la descorcharan.

Mayha, después de tanto, se sentía plena, rodeada de las personas que amaba y con el corazón rebosante de ilusión. Sobre todo, viendo que dos de sus amigas estaban enfrascadas en una profunda conversación con quien, desde ese momento, compartiría su vida.

—¡Karen! —llamó Ximena de pronto. La rubia parecía absorta mirando la pantalla de su celular sin ser parte de la conversación. Hacía rato que la doctora la estudiaba con curiosidad; sobre todo viendo como mordía su labio inferior—. ¡Karen! —esta al fin levantó la vista, encontrándose con cuatro pares de ojos fijos en ella—. ¿Nos compartes de qué te ríes?

Capítulo 44

Karen palideció en cuanto levantó la cabeza y se encontró con la mirada incisiva de sus amigas.

Su gesto de sorpresa fue tan evidente, que más de una de sus amigas frunció el entrecejo. La realidad era que hacía un buen rato que ellas la observaban con curiosidad. Estefanía no podía contar las veces que recibió un codazo de su novia para que mirara a Karen. Sus muecas más evidentes eran sonreír, torcer la boca y, sus ojos… Sus ojos brillaban de una manera que ellas conocían bien.

—Liza —Estefanía buscó la atención de la mujer junto a Mayha—, ¿te postularás el próximo cuatrienio? —le preguntó, logrando desviar el interés de Karen, que aún no pronunciaba palabra.

A la vez, Estefanía llamó la atención de su novia, que no apartaba la mirada incisiva de su amiga, colocando la mano en su antebrazo.

—Son los planes —respondió Liza, descansando los codos en las rodillas—. Deseo terminar mis propuestas de una manera total, no quiero dejar ningún cabo suelto. Ya saben cómo es; en cuanto me retire de la posición, los adversarios dejarán los planes a medio concluir.

Todas asintieron. Aunque no tuvieron contacto durante el tiempo que Liza estuvo separada de su amiga, ellas sí la apoyaban desde afuera porque la verdad era que Liza Del Valle era una buena representante para el país. Sus propuestas eran asertivas y realistas.

—Y les digo que son los planes porque no sé si vuelva a ser escogida por el pueblo —continuó la política.

—Estoy segura de que sí —añadió Mayha con evidente orgullo—. En poco tiempo has hecho más que algunos políticos que llevan décadas en el gobierno creando unas leyes que solo les benefician a ellos y sus familias.

—Así es. Y lo terrible es que se siguen postulando y una parte del país los sigue escogiendo.

—Y no porque lo hagan bien —aportó Karen.

—¡Exacto! —exclamaron a coro.

—Bien… —Ximena se puso en pie— nosotras nos retiramos —anunció—. Ya es algo tarde y, aunque no tuve guardia, ando extenuada.

—Xime, ¿por cuánto tiempo estarás haciendo guardias en el hospital? —preguntó Mayha.

Ella miró a su novia, que le preguntaba lo mismo cada noche que salía a trabajar.

—Hice un compromiso con Yira —explicó tras un suspiro—. Culminaré este mes. La falta de médicos en el hospital es preocupante y quiero cumplir con mi palabra.

El grupo asintió. Estefanía, orgullosa, la abrazó por la cintura.

—Karen… —Liza se puso en pie, y se acercó a la pediatra—, me dijo May que quedarás esta noche. ¿Puedes cederme el lugar? Me gustaría quedarme.

Karen buscó la mirada de su amiga; antes de decidir, necesitaba confirmar que Mayha estuviera de acuerdo.

—No es necesario, Liza —intervino Mayha.

Liza se giró y regresó al sofá. Sentada a su lado, le tomó las manos.

—Lo es —acotó con determinación—. Necesitamos hablar mucho. Además, no hay nada más que desee que cuidarte. He perdido mucho tiempo.

Vientos de pura ternura llenaron la sala.

Estefanía estrechó un poco más la cintura de su novia, atrayéndola hacia ella; descansó su barbilla en el hombro para no perderse la escena y la sonrisa de Karen se amplió. Estaban seguras de que esta vez la relación entre Mayha y Liza era de más compromiso. Adoraban ver el brillo en los ojos de su amiga, que, con un movimiento lento, asintió.

Sin mucho que añadir, porque todo estaba claro, las amigas se despidieron de la pareja; no sin antes describir en detalle el proceso de medicación de la paciente. Liza rio cuando las doctoras repitieron una y otra vez las instrucciones, asegurándose que había entendido, mientras Estefanía negaba con la cabeza, mirando a Mayha que sonreía.

De camino a los autos, el silencio se hizo espeso. Cuando llegó el momento de despedirse, Ximena rodeó a Karen por el cuello y la atrajo a su pecho con cariño.

Karen la abrazó fuerte.

—Te adoro —le dijo Ximena con la barbilla apoyada en su hombro—. Puedes contarnos cuando estés lista, pero no te tardes mucho.

La rubia se separó y colocó sus manos en los brazos.

—Es complicado —declaró.

—Lo imagino. Para mantenerlo tan en secreto, debe serlo.

Ellas no necesitaban explicar nada, porque se conocían tan bien, que Ximena sabía cuándo Karen andaba con una lucha interna; así que estaba segura de que era una de esas ocasiones.

Karen era, de las tres, la más alocada. Sus conquistas, cuando no eran serias, las comentaba sin pudor, pero si alguna persona le tocaba una fibra, solía mantenerlo oculto hasta que se materializaba. Lo extraño, en esta ocasión, era que ninguna del Clan tenía idea de quién se trataba. Porque estaban seguras de que era una cuestión del corazón. Karen se notaba distraída, ellas la conocían bien. Esa era la curiosidad que las carcomía, aun así, de ninguna manera la forzarían a hablar.

Estefanía estaba a su lado; observó la escena hasta que las amigas se separaron y Karen abrió los brazos pidiendo un abrazo. Lo necesitaba; esta vez era ella quien precisaba apoyo.

***

—¿Quién será? —se preguntó Estefanía, que apoyaba la cabeza en el hombro de su novia que conducía.

—Te juro que no tengo idea, pero estoy preocupada —confesó.

—Lo sé, me siento igual. Pocas veces Karen actúa con tanto misterio.

—No quiero que vuelva a sufrir. Cuando se enamora se pone medio tonta.

—Ya ha madurado. Además, nosotras estaremos para que abra los ojos si vemos algo extraño. No dejaremos que vuelvan a lastimarla.

—Eso no nos toca, amor —dijo Ximena—. Es ella quien tiene que poner los límites.

En el pasado, Karen estuvo en una relación tóxica en la que ella no poseía control de sus actos. Se dejó manipular, incluso alejándose un poco de sus amigas. Su pareja, en aquel momento, era una de sus profesoras que, con la excusa de querer ser prioridad en su vida, la celaba de todo lo que la rodeaba, incluyendo, por supuesto, al Clan. Aquella mujer logró que Mayha, Ximena y Estefanía se alejaran para mantener el control sobre ella.

Ellas se amaban como las mejores amigas, pero conservaban sus espacios personales intactos. Si Karen se mantenía distante, ellas la respetaban. En aquella ocasión, el supuesto espacio le hizo daño a la menor del Clan. Esa situación desencadenó mucho sufrimiento para Karen, incluso, en la restricción de su libertad.

Después de lo vivido, Karen adoptó un comportamiento algo peculiar, pues no tomaba en serio a nadie por el mero hecho de cuidarse, pero, sin quererlo, dañaba a otras personas.

—Cuéntame, Xime —Estefanía se giró en el asiento para verla, aunque estaba algo oscuro —, ¿qué te pareció el regreso de Liza? —preguntó, cambiando el tema.

Ximena volteó a verla.

—Tan calladita y eres terriblemente curiosa —dijo sonriendo, luego regresó la mirada al frente.

—Me sorprende que lo hayas tomado con tanta tranquilidad.

—Ver a Mayha tan feliz, me contagia. Aparte, la verdad es que su separación fue por falta de comunicación.

La pelinegra apoyó su cabeza en la de Estefanía; movió una de las manos que tomaba el volante para descansarla en el muslo de su mujer.

—Prométeme que hablaremos todo, lo bueno y lo malo. Lo que nos moleste o inquiete.

— Te lo prometo y creo que esas palabras las puedes usar para nuestro intercambio de votos.

Ximena frunció el entrecejo.

—Vamos a casarnos amor, te juro que lo nuestro será para toda la vida.

Capítulo 45

El trinar de los pájaros fue lo que logró que Estefanía abriera sus ojos, aunque aún sentía que le ardían por la falta de descanso. Ni siquiera el peso de Ximena sobre su cuerpo logró despertarla a la hora que se propuso. Miró el reloj de la mesita; aunque apenas eran las siete de la mañana, sintió que ya era tarde. Tenía tantos pendientes por hacer.

La claridad de una mañana lluviosa entraba con sutilidad por algún espacio que le permitía la gruesa cortina que cubría la ventana de la habitación, dándole al momento un aire de intimidad que la periodista amaba y que le dificultaba abandonar. Ya habían transcurrido ocho semanas desde que su mundo cambió y se completó con amor, entrega y cuidado. Con la compañía de su Ximena.

Ella se removió; aunque estaba casi inmóvil, estiró sus brazos sobre el colchón. Ximena, que era mucho más alta que ella, y de contextura delgada, a pesar de dormir en una cama de tamaño considerable, solía descansar sobre ella.

Estefanía sonrió; acarició su espalda desnuda y posó los labios en su cabeza. Le parecía increíble que después de tantos años de amistad, ahora considerara que dormir incómoda, levantarse con pesadez, le era placentero si lo primero que sentía al comenzar un nuevo día, era el aroma y la calidez de la piel de Ximena.

La amaba tanto.

La noche anterior había sido especial. Después de una cena íntima en la soledad de su apartamento, hicieron el amor; eso era normal para una pareja que se desea y ama. Sobre todo, con tan pocas semanas de relación y con tantos eventos que celebrar. Pero no fue especial porque tuvieran sexo, no. Hacer el amor para ellas, era algo más. Era sentir la conexión cuando se besaban todo el cuerpo con ternura, aunque estuvieran agotadas tras un día largo en sus oficinas. Era cuando enloquecían de pasión y los besos se complementaban con suaves mordidas, que llenaban la habitación de lánguidos gemidos y orgasmos agotadores, para luego cubrirse de besos y dormir abrazadas. Era así como deseaba estar. Sobre todo, esa mañana; su último día como novias.

“Último día como novias”.

Internalizarlo, la movió a abrazarla; cerró los ojos antes de posar los labios en su cabeza otra vez y aspirar su olor. La emoción se desencadenó dejando rodar una solitaria lágrima por su mejilla; apretó los ojos muy fuertes para que no se escapara otra más. Trató de evitar, sin éxito, transmitirle sus emociones a Ximena, pero fue algo imposible de lograr porque en segundos sintió que sus ojos se abrían y sus miradas se encontraron.

La pelinegra extendió su brazo hasta acariciar su labio inferior y sonreír.

—Buenos días, bebé.

—Hola, mi amor —respondió a Estefanía con la voz ronca mientras la miraba con adoración.

Con un solo movimiento, después de besarles los hoyuelos, esos que ella adoraba. Ximena, se giró de espalda sobre el colchón, llevándola sobre su cuerpo.

—¡Cuanta agilidad acabada de despertar! —exclamó Estefanía con sorpresa antes de quedarse en silencio, mirando con detenimiento los ojos de su novia, que tenían ese brillo especial, lleno de ilusión y de ansias.

—Gracias, Estefi —susurró con la voz cargada de emoción—. Gracias por hacer mi vida

completa. Gracias por tus años de amistad, por cada palabra compartida y cada noche de pasión, en todos estos años.

Estefanía frunció el entrecejo.

—¿Todos estos años? —se extrañó. Ximena asintió en silencio. Entonces la periodista le acunó el rostro—. Bebé, tenemos solo dos meses de relación —le aclaró.

Ximena asintió y una linda sonrisa apareció en sus labios.

—Hoy nos casaremos. Estoy practicando para repetirlo cada día, por el resto de nuestras vidas.

***

—Es un evento privado, señor —reiteró un hombre robusto, que había sido contratado para servir de seguridad en la puerta del salón en un lujoso hotel de la capital.

Varios periodistas apostados en la entrada del restaurante intentaban ingresar, sin éxito, a la boda de una colega y personalidad conocida en los medios.

“La prestigiosa periodista, Estefanía Lara, deja su soltería. Contraerá nupcias con su amiga, la doctora Ximena Ávila. Entre los invitados destaca Liza Del Valle y Eleonora Rivas, quien oficiará la ceremonia”, se leía en algunos diarios digitales del país; además, era el titular en la sección de farándula de los noticiarios, junto con la única foto oficial que la pareja se tomó para los medios.

El evento era, por supuesto, la comidilla de ese día; algunos canales y blogueros deseaban obtener una exclusiva. Sin embargo, solo una colega de Estefanía fue autorizada para cubrir, de forma limitada, la boda y porque el canal para el que trabajaba lo solicitó. La pareja deseaba hacer su unión muy íntima; y lo era. Solo un puñado de amigos del Clan estaban presenten. Ese detalle era bastante beneficioso, pues las amigas compartían el noventa por ciento de su mismo círculo social.

El salón, decorado con flores otoñales, se acentuaba con interminables luces naranjas entrelazadas entre telas blancas que colgaban desde el techo. Fotos de la pareja en diferentes momentos de su vida se apreciaban a medida que los cincuenta invitados hacían entrada al salón, hasta ubicarse en sillas transparentes frente al área donde se oficiaría la ceremonia. En la pared, al fondo, se apreciaban las iniciales, XE; dos reflectores de luces tenues enfocaban las iniciales hechas con flores de colores otoñales. A un costado había dos largas mesas decoradas con tres únicos arreglos florales en cada extremo; con el debido marcaje de platos, la mesa se encontraba lista para la cena de celebración preparada para los invitados, una vez que la ceremonia culminara.

Los murmullos y risas de las personas reunidas fueron opacándose una vez que la música comenzó a sonar y la candidata Rivas tomó posición frente al pequeño estrado. Los reflectores se dirigieron hacia el comienzo del salón. Más de un invitado exclamó emocionado al ver a Karen y Mayha presidiendo el séquito, una al lado de la otra, ataviadas con hermosos vestidos de color pastel.

Karen, con su cabello rubio ondulado, cuyos rizos caían sobre sus hombros, lucía un diseño largo y cruzado a la cintura, de color mostaza; en sus manos llevaba una cajita con los anillos de las novias. A su lado, Mayha lucía imponente, a pesar de que aún estaba convaleciente; caminaba orgullosa, luciendo un traje de color caqui, con una extensa abertura que dejaba ver su larga pierna derecha. Escogió para su cabello un moño alto, dejando libre por completo su hermoso rostro. Llevaba un ramo de flores en sus manos. Ambas parecían hermosas deidades, mostrando

su mejor sonrisa. Y era que estaban extasiadas por lo que vivían en ese momento. Minutos antes, ellas acompañaron a las novias en su preparación; ninguna pudo contener las lágrimas de emoción. Ahora marchaban, abriendo el camino para que los padres de las novias se acercaran a la hilera de sillas frente al altar.

Una vez que las dos parejas de padres se ubicaron en sus lugares, fue el momento de que las novias, acompañadas de los aplausos de sus amigos y familiares, desfilaran hasta el lugar donde se jurarían amor eterno.

Decidieron caminar juntas, con las manos entrelazadas, entregándose, una a la otra, como lo hicieron desde el instante en que se unieron íntimamente.

La visión de los invitados al verlas casi los deja sin aliento. Ellas se veían bellas; la felicidad en sus rostros era palpable. Ximena escogió un modelo sencillo de pantalón y chaqueta blanca satinada, que cubría un top strapple ajustado a su cintura, decorado con diminutas piedras brillantes. Su cabello negro, como siempre, lo dejó suelto, pero esta vez peinado con ondas moldeadas, que caían sobre sus hombros, logrando un hermoso contraste del negro de su cabello sobre el blanco de la tela de la chaqueta. Se calzó con zapatos stilettos que la hacían ver imponente, más de lo usual.

Estefanía, delicada como era, caminaba de la mano de su prometida ataviada con un vestido tipo sirena, de mangas largas, ajustado a su cuerpo. La tela, de diseños tejidos, asomaba trazos de su piel bronceada. Se calzó también de stilettos, que le permitía parecer de la misma estatura que la mujer que caminaba a su lado.

Ximena suspiró profundo cuando la música que las acompañaba terminó; el momento que tanto esperó había llegado. La candidata Rivas les dio la bienvenida y las invitó a acercarse. El corazón de la doctora latía fuerte; tanto, que miró de reojo a Estefanía intentando adivinar si ella podía escucharlo. Sonrió complacida cuando notó el movimiento agitado de su pecho al respirar.

De frente, los ojos verdes y los oscuros se transmitieron en silencio todo lo que sentían y lo que esperaban de aquella unión. No necesitaban palabras porque, en la mañana, antes de levantarse de la cama, hicieron sus votos, con los que se prometieron ser amigas ante todo y nunca causarse dolor.

Ahora, frente a sus amigos, solo quedaba oficializar su unión y celebrarlo con una linda fiesta.

—Es un verdadero honor para mí declarar a esta hermosa pareja oficialmente en matrimonio bajo las leyes del Estado Libre Asociado de Puerto Rico —dijo la candidata Rivas—. Felicidades, Ximena y Estefanía. Que toda la paz, libertad y amor, permanezcan para ustedes y su familia.

Ximena, con lágrimas rodando por sus mejillas, tomó a su esposa por la cintura y la atrajo hacia su pecho. Estefanía se colgó de sus hombros y permanecieron abrazadas con los ojos cerrados mientras, a cada lado, sus amigas, su Clan, sonreían y las acompañaban con lágrimas de emoción.

Los aplausos se escucharon vibrantes y la petición para que se besaran no se hizo esperar. El beso, cargado de ternura, cerró la ceremonia mientras los reflectores, protagonista de la ambientación, se posaron centelleantes sobre ellas.

—Gracias por esto, mi amor. Por esto y por tanto —le dijo Estefanía con la voz afectada de emoción a su esposa a través del micrófono cuando llegó la hora del brindis—. Gracias por tu amistad durante casi la mitad de nuestras vidas. Por enseñarme a jugar tenis, por cuidarme y cuidarnos —señaló a sus chicas—. Por amarme en secreto por tanto tiempo y saber esperarme —

Ximena bajó la cabeza con algo de pudor—. Gracias, Ximena, de verdad. Frente a todos te repito que te amo con locura, con sinceridad y deseo. Te amo para siempre.

Capítulo 46

La mesa de las novias no podía ser, de ninguna manera, solo para las recién casadas. Si bien era cierto que Ximena y Estefanía estaban sentadas justo en el centro de la mesa, a los lados de cada una, dos parejas adicionales las acompañaban.

Las risas entre ellas eran contagiosas, la felicidad, palpable. Los flashes de las cámaras de los celulares de los invitados hacían mágico el momento para quienes captaban las sonrisas compartidas, los gestos, la felicidad.

Se dice que no se puede tener todo en la vida; en cierto modo, es verdad. Hay carencias, familiares y físicas, con las que podemos batallar, pero no siempre ganar. Dentro del Clan destacaba el amor entre ellas; el compromiso no establecido de que una estaría para la otra. Así fue siempre.

No importaba las situaciones que como seres humanos pasaran, esas mujeres contaban con ellas mismas. No tenían hermanos. Solo dos compartían profesión. Valoraban su espacio y también sus cambios de humor. Para sus conocidos, amistades, compañeros de trabajo, igualmente para las cuatro familias, Mayha, Karen, Estefanía y Ximena, eran un complemento. Ellas eran su propia familia. Era difícil no ver a una sin las otras. El Clan era una especie de Yin Yang; sus energías eran necesarias para mantener el equilibrio de su amistad.

Ximena observaba a sus amigas, cada una con su respectiva pareja. Estefanía también estaba enfrascada en una conversación, por lo que no se percató de que las mujeres eran objeto de contemplación de la pelinegra.

Poco después, Estefanía notó que su esposa no se integraba a la conversación de las otras, a las risas desordenadas. Con los codos sobre la mesa, ella solo las miraba por encima de su copa y sonreía complacida.

—Xime, ¿estás bien?

Ella asintió, luego agarró su mano. Tras besarle los nudillos, suspiró profundo.

—Estoy recordando cada detalle del momento en que nos conocimos, las cuatro.

La castaña miró a su alrededor y también sonrió.

—Ninguna hubiese pasado la clase de tenis —se burló.

—No, definitivamente. Todavía me pregunto cómo Mayha logró pegarle a las pelotas —las dos rieron llamando la atención de las otras—. Son muchos años —añadió alzando su copa.

Karen y Mayha de inmediato supieron de qué iba su disertación y se unieron con las copas de champaña en alto.

—Sí, muchos. Y cada uno ha sido especial. Siempre hemos estado juntas, aun en los momentos cuando nos separábamos físicamente —añadió Estefanía.

—O cuando nos enojábamos —dijo Karen.

—Es parte de reconocer que, con verdadero compromiso en las discrepancias, también hay armonía.

—Hoy Estefi y yo nos dimos el sí como amantes y pareja frente a todos —dijo Ximena con la voz afectada de emoción—. Quiero agradecerles que también me dieron el sí hace quince años. Deseo que tengan en su vida la felicidad que hoy siento. Esta seguridad de que, si ustedes permanecen a mi lado, nada malo pasará.

“El mundo cambia si dos se miran y se reconocen” (Octavio Paz)

FIN

Epílogo

Cinco horas antes de la boda…

—Karen, acepté que viniéramos en autos separados para cumplir su capricho, pero ya se están tardando —dijo Ximena, ataviada con una simple bata de seda, con el cabello en rulos enormes y caminando de un lado a otro en el salón.

La maquillista se rascaba el cuello cada vez que la pelinegra se levantaba y se movía, impidiéndole terminar su trabajo.

—Ya vienen. Tranquila —le aseguró su amiga mirando su celular.

—Por cierto… —añadió acercándose hasta taparle la pantalla que miraba.

—También viene. Cálmate, que estoy ya bastante nerviosa para que vengas tú a colmarme con los tuyos.

—Es mi boda, debes aceptar todo —dijo con autoridad.

—Coño, Xime, siempre acepto todo, pero estás insoportable hoy. Tómate algo.

—Lo hago —levantó la copa—. Simplemente, no entiendo por qué Estefanía y Mayha no están aquí ya.

—Simple. Porque ustedes, queriendo romper esquemas, son las únicas novias que duermen juntas la noche antes de su boda. ¡Desfilarán juntas y, aun así, sienten que morirán si no se ven por siete minutos! —casi le gritó—. La maquillista está a punto de tirarse por la ventana —la mujer asintió, con la brocha de maquillaje en alto—. Y yo de abandonarte.

—No… Eso no. Tienes que presentarme a tu novia. Ese tema me ha dolido. Y no diré sí frente al altar si no la conozco antes.

—No empieces —le advirtió, rodando los ojos.

—Karen…

La puerta se abrió de golpe; Estefanía, también con rulos, seguida por Mayha, interrumpió la discusión.

—Gracias a Dios llegaron. Temo que nos quedemos sin maquillista —dijo Karen.

La mujer, que esperaba de brazos cruzados, volvió a asentir y a levantar la brocha.

—¿Qué haces que no estás maquillada? —fue el saludo de Mayha, antes de pasar al lado de Ximena y colgar los bolsos que llevaba en las manos.

—¡Mi amor! —exclamó Ximena, caminando hacia su novia. Al instante le dio un beso.

—En serio, Xime, ¿por qué no estás maquillada? —Estefanía miró la hora en su reloj—. Llegué ahora dándote el tiempo.

—Y, a pesar de la hora, cobraré tiempo completo —advirtió la maquillista—. Estoy esperando para comenzar.

Ximena frunció la boca, luego hizo pucheros. Acababa de recibir tres regaños el día de su boda.

—Mmm… Solo estaba preocupada, Estefi. No llegabas. Creí que te arrepentirías.

Estefanía, débil ante los berrinches de su novia, le sonrió con ternura; se acercó, le agarró las mejillas antes de besarla.

—Tonta. Tendrás que cargar este paquete toda tu vida. Ahora siéntate, mientras ayudo a las chicas a vestirse. Ya pronto llegará la invitada misteriosa.

—¡Uy! —exclamaron todas menos Karen, que se sonrojó.

La pediatra, sintiendo algo de culpa, se reunió con ellas días antes, para explicarles lo que le sucedía; y como si no fuera obvio, admitió que estaba conociendo a alguien, pero que la situación era algo complicada y que por eso prefería mantenerlo oculto.

—No por falta de confianza, sino porque si sale mal, seríamos dos las afectadas, así que lo llevamos con calma.

Ellas, aunque no entendían las razones, lo aceptaron, pero la hicieron prometer que la mujer estaría presente en la boda. Aunque Karen lucía nerviosa, estaba segura de que el momento había llegado; la relación estaba madurando a pasos lentos y firmes.

La habitación donde las amigas se alistaban para la ceremonia era el preámbulo de lo que los invitados verían en la noche. Entre risas y una copa, las cuatro fueron preparándose para la ceremonia. En la habitación reinaba la expectación.

La maquillista no tuvo que hacer demasiado trabajo. Para Ximena un maquillaje sencillo fue suficiente, pero terminó sacando más de una frase de admiración y un suspiro profundo de parte de su novia al ver lo hermosa que había quedado. Ella, a su vez, sintió que el aire le faltaba cuando Estefanía estuvo lista.

Las presentes fueron testigos de lo enamoradas que estaban; sus miradas lo decían todo. Ese instante mágico entre la pareja de novias se interrumpió con el toque de dos golpes en la puerta. Segundos antes, el timbre del celular de Karen le anunció la recepción de un mensaje. El resto de las mujeres vieron como los nervios se apoderaron de su ser.

Tras los toques en la puerta, como en cámara lenta, tres pares de ojos se posaron en Karen, que suspiró profundo. Se puso en pie para abrir la puerta. Sus miradas la siguieron y las bocas se abrieron cuando el misterio de su amiga fue revelado.

Parada debajo del marco de la puerta, y visiblemente nerviosa, se encontraba la hermosa mujer que conocieron en Colombia.

—¡Andrea!

LIBROS PUBLICADOS

Mi regalo de Navidad (2024): Las luces en el árbol de Navidad en el Café Bar centelleaban brillantemente, pero en la vida de Julieta solo había oscuridad. La falta de una ilusión, unida a la celebración de esa época del año, avivaba el deseo de la mujer por tener una ilusión.

Linnette buscaba regalarse algo hermoso; algo que anhelaba y deseaba con todo su corazón. Entrar al café de Julieta aquella tarde lluviosa fue como encontrar un tesoro… Un tesoro que ella sentía merecía.

La atracción entre las dos fue instantánea, pero ¿será suficiente para que Julieta se rinda ante la petición de la visitante?

Estúpida (Libro 1, Trilogía Tres Plumas) (2023): El deseo de lograr metas, de sentirse completa profesionalmente, fue lo que hizo que Kritzia Rey, "la fiera" se dedicara por completo a su carrera como piloto de autos de carreras. Tras una primera desilusión con su padre, y otra por parte de su última amante, la mujer de cabellos negros y carácter indomable, decidió que jamás nadie la postergaría y que su mundo giraría solo en torno a su nombre como gran piloto de autos. Lograr el título de campeona en el campeonato más importante en su categoría, el B.F.D. Race, era su meta y nada ni nadie la desviaría de su objetivo. Nadie.

Ary Stevens es una ingeniera encargada del equipo mecánico del auto de "la fiera", pero su primer encuentro no fue nada bien. El choque fue instantáneo y los ánimos se caldearon desde ese momento. Pero la atracción de polos opuestos es inevitable, y así fue para la mujer de cabellos borgoña.

¿Será Kritzia tan indomable como aparenta? ¿Podrá Ary hacerla ganar y de paso, conquistar su corazón?

Sugar mami (2023): Cuando a Tanya Casellas, su nuera le sugirió que colocara un aviso buscando compañía en una aplicación de citas, ella y su hija la tacharon de desquiciada; porque la sola idea, era una locura difícil de asimilar.

Por otro lado, Amy Suárez, estudiante de Farmacia en la Universidad de Chicago, necesita ayuda para cubrir algunos gastos. Haber llevado una vida de libertinaje al inicio de su carrera, hizo que sus padres le quitaran su apoyo económico. Con las cosas así, ella decidió imitar a su cercano grupo de amigas, que vivían a costa de "patrocinadores", a cambio de compañía.

Pero no todo es como lo pintan y para la joven estudiante aquello no fue un negocio. Cuando conoció a la ingeniera Casellas su vida cambió. Su idea de tener una Sugar Mami, tuvo otro significado. Amy se enamoró, pero ¿cómo confesar una mala intención sin ser juzgada?

Mi secreto (2022): Un matrimonio perfecto comienza a destruirse cuando se ve rodeado de un SECRETO que para otros es una bendición. Paola y Gabriela son doctoras que, dentro del mismo hospital, encontraron en la otra su razón para vivir. Las dudas y errores llevan a Gabriela Medina, Médico generalista a ocultar un secreto por temor a perder a Paola, su amada pediatra. Sin imaginar que lo que ocultaba era para ella, su mayor ilusión. Una novela que lleva a evaluar si es mejor decir una verdad que duela o una mentira que destruya. Esta es la edición LGBT publicada anteriormente bajo el mismo título.

Coraza (2021): Claudia Saavedra es una rubia vaquera dueña de la hacienda más importante de

Voldeville que estaba acostumbrada a ser el centro de todo, a tomar y dejar a cuanta mujer se le atravesara en su camino sin medir las consecuencias. Pero ella no siempre fue así; una herida abierta le hizo encerrar su corazón en una coraza de acero con la única intención de protegerse. De impedir que otro amor le hiciera daño.

El empeño de los hermanos Saavedra por conservar el buen nombre de su patrimonio se vio amenazado con la llegada de MerkLand, una gran cadena de supermercados. Claudia hará lo imposible porque esta empresa no destruya lo que con tanto esfuerzo su padre levantó, pero para ella ese no era su único problema.

Con el problema que no contaba la mujer de hermosos rulos de color maíz era que la llegada de MerkLand, incluía la maravillosa aparición de una hermosa morena en el pueblo de Voldeville… Una mujer que noches atrás puso patas arriba su tranquilidad.

Eres tú (2021): Cuando la psicóloga, Raissa Bellucci, conoció a la dueña del Box más reconocido de la ciudad, se perdió en sus ojos; la inflamación en sus párpados a causa de un padecimiento médico, la inquieto de sobre manera. Semanas después la recibiría en su consultorio y sus historias cambiarían drásticamente.

La licenciada Johana Trejo, reconocida y respetada letrada de la ciudad lleva una doble vida; por un lado, su imponente presencia y su respetado título le permiten ser admirada por muchos, pero en el seno de su hogar, otra es la historia. Mujer de mentiras y grandes presunciones, hace de su pareja, Brianna Zavala, una persona atrapada en un ciclo de toxicidad en el que el sexo es su recompensa, su solución, su reconciliación; el sexo es todo, menos un acto de amor.

Eres tú, es la historia de tres mujeres atrapadas en un triángulo amoroso, cuyo final no será el que se esperaba.

Doce meses (2020)

Cuando Astrid Lozano decidió regresar a su país, Puerto Rico, nunca imaginó que la joven y hermosa vecina de su padre, le robaría su corazón.

Kelly Velarde, una rubia enfermera cuya relación pasada se vio afectada por su infidelidad, quedó prendada de la hija de Jeremías, una elegante y hermosa pelinegra quince años mayor que ella. Ese detalle no le permitía a Astrid dar rienda a la fuerte atracción que sentía por la rubia y joven mujer.

El calendario tiene doce meses, ¿será ese tiempo suficiente para descubrir si lo que dicen es cierto? ¿Que el amor no tiene edad?

Secuestrando tu corazón (2019)

Zuleyka Gil, una mujer de cabello de color miel, se encontró con la mirada de Valkyria Mayer sin sospechar que no era la primera vez que aquella morena, de ojos profundos y cabellos rizados, la veía. Las circunstancias fueron delicadas; aquel hombre pelirrojo la estaba tratando con violencia y la morena temió que la escena que presenciaba se tornara peligrosa.

Valkyria descubrió el amor por aquella mujer antes de saber que estaría involucrada en la peor y mejor experiencia de su vida… En su secuestro.

Por ti, una canción (2018)

Dos mujeres. Kara y Enya son dos cantantes famosas a quienes miles de personas aclaman, pero viven en una eterna soledad en un mundo donde la magia, la música, luces y la fama, son

sus únicas compañías. Ambas buscan encontrar el amor verdadero de maneras diferentes; una, en la eterna espera. La otra, en cualquier lugar.

Una canción y un escenario las une. La atracción es inmediata, pero no será fácil, cada una deberá descubrir si la otra es la persona merecedora de esa canción. ¡Ojo!, si no tienes una ilusión, si no crees en historias rosadas o en el amor verdadero, esta historia no es para ti.

Tatuada en tu piel (2017)

La primera vez que Anna y Zoei se encontraron, nada fue bien. Cada una deseaba con desesperación que todo aquello terminara, pero el destino y, tal vez, el amor ya había tejido sus hilos.

Ninguna de las dos puede apartarse de sus mentes e inevitablemente, la atracción que surge entre las dos hace su juego. Pero cada una tiene una historia.

El tatuaje que marca la piel de Anna cuenta su doloroso pasado cual animal herido. Y Zoei está atada a Gale… ambas tendrán que enfrentarse a lo que inevitablemente hay entre las dos y solo así podrán escribir una nueva historia. La de Anna y Zoei.

Entre la ley y el amor (2017)

«... estaba sumida en mis pensamientos cuando tocaron mi ventanilla. Allí, frente a mí los ojos azules más hermosos que había visto en mi vida».

Milady Rigo es una exitosa abogada que jamás imaginó que el amor de su vida vendría en el cuerpo de una hermosa mujer llamada Daniela Coss. Entre la ley y el amor es una historia repleta de ternura, pasión y la lucha por gritar a los cuatro vientos que el amor no se escoge... LLEGA.

A cuatro manos con L. Farinelli:

Servicio al cliente (2022): Naomi Rivas lleva años como gerente de Molloy, una concurrida tienda de regalos y café; sin embargo, a pesar del éxito, el servicio al cliente no es el mejor porque no cuenta con suficientes empleados. La lucha de la gerente con la dueña de la tienda parece eterna, pero cuando alguien ataca la fachada de Molloy, esta finalmente acude a una agencia de colocaciones.

Michelle Muñoz llega a la tienda vistiendo su uniforme de guardia de seguridad cuando Naomi lo que necesita son empleados para el área de ventas. A partir de ese momento comienza a tejerse una historia de amor que llevará a una cumplir su sueño de amor y a la otra, a cambiar su vida profesional.

Legado de amor (2024): Mara Betancourt sintió hervir su sangre cuando, después de un año de ausencia, se encontró con Oriana, su cuñada. La tachó de egoísta y cruel por haberse marchado sin avisar y dejar sin saber de ella a Lita y Mario, tras la trágica muerte de Liam.

Para Oriana fue muy difícil asimilar su viudez. Amaba a su esposo con todas sus fuerzas y también adoraba a su familia. Su dolor era inmenso, desgarrador. La pérdida de su esposo la hizo huir, dejar todo atrás sin dar explicaciones a nadie.

Un año después, ninguna de las dos imaginó lo que ese encuentro les depararía. La atracción entre ellas surgió de improviso, causándoles dudas y rechazo. La lucha interna entre lo correcto y lo incorrecto las hizo alejarse la una de la otra sin que ninguna tuviera clara la razón.

Mara y Oriana quieren derribar los muros que las separan y los prejuicios de una familia

tradicional para darle rienda suelta a su amor.

¿Será Oriana el legado de amor que Liam Betancourt le dejó a su familia?